This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

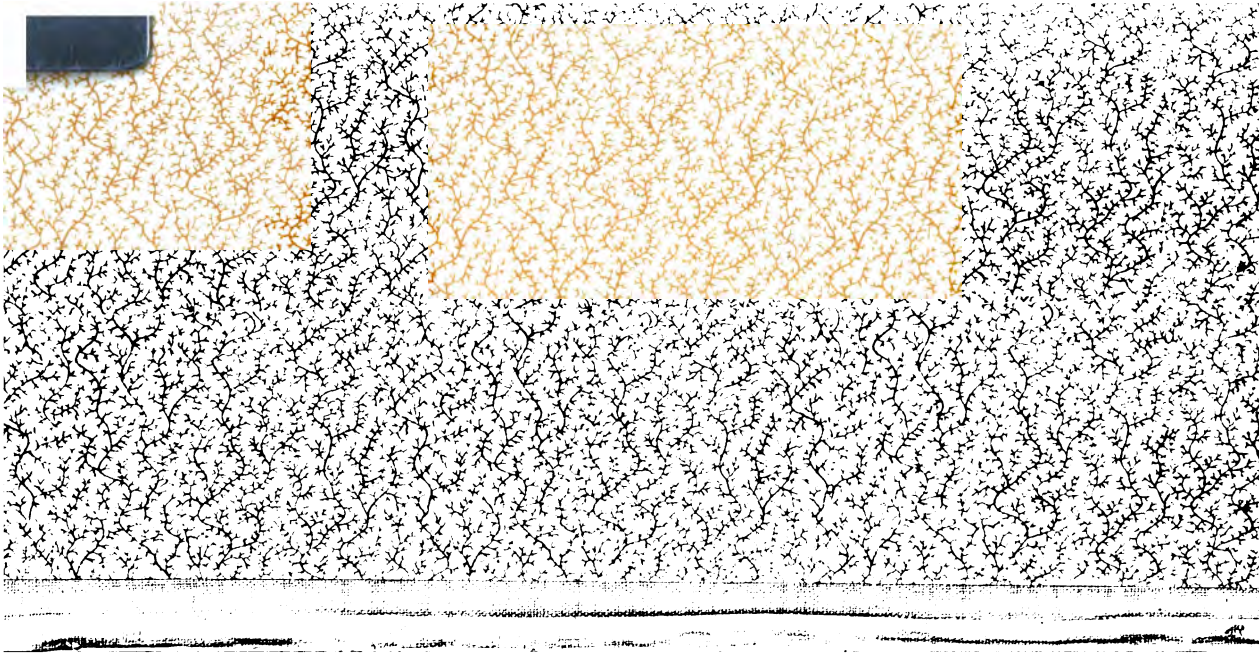
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`



EL

MORO EXPÓSITO,

Ó

CÓRDOBA Y BÚRGOS

EN EL SIGLO DÉCIMO.

IMPRENTA DE J. SMITH, CALLE DE MONTMORENCY, 16.

EL

MORO EXPÓSITO,

Ó

CÓRDOBA Y BÚRGOS

EN EL SIGLO DÉCIMO,

LEYENDA EN DOCE ROMANCES

POR

DON ÁNGEL DE SAAVEDRA.

EN UN APÉNDICE SE AÑADEN LA *FLORINDA* Y ALGUNAS OTRAS COMPOSICIONES INÉDITAS DEL MISMO AUTOR.

TOMO SEGUNDO.

PARIS,

EN LA LIBRERÍA HISPANO-AMERICANA

DE LA CALLE DE RICHELIEU, N.º 60.

1834.

ROMANCE NONO.

Catád que son diez vestiglos,
Non cosas del mundo non,
Contra quien fallescen lanzas
E no arremete el troton.

Romance antiguo.

Todo cuanto escucho y veo,
Son imágenes, son sombras
De mi desdicha.

Zamora.

De fortuna y poder en la alta cumbre
Veinte años ha que vive Rui-Velázquez:
Mas que señor, hallando esclavo humilde
En el conde don Sancho, adquirió tales

Riquezas, importancia y poderío,
Miéntras rigió su cetro, que la márgen
Traspasó de vasallo. Leyes fueron
Supremas sus caprichos, sin que osase

El valor, la virtud ó la nobleza
Cortar los vuelos á poder tan grande;
O imponer á ambicion tan peligrosa,
Si no barrera, moderado cauce.

Aunqué le maldijeran en secreto
Prelados, ricos-hombres y magnates,
De rodillas su gracia mendigando,
Le incensaban sumisos y cobardes;

Y hasta le procuró la ciega suerte
Con dos altas victorias afirmarse,
Una ganada al guerreador navarro,
Otra á los poderosos musulmanes.

Mas fué dichoso? — No: de su grandeza
El árbol colosal creció con sangre;
Y que lluvia de sangre le derribe,
Teme su corazon á cada instante.

La mole donde estriba su arrogancia,
Se amasó y se asentó tambien con sangre;
Y tiembla que de sangre una avenida
La embista y vuelque, y rápida la arrastre.

Ah! no le muerden solo y le devoran,
Convertidos en vívoras voraces,
Hondos remordimientos; no tansolo
Los fantasmas le afligen formidables

Que el sueño al poderoso turban siempre,
Que siempre le envenenan los manjares:
No, la oculta justicia de los cielos
Tambien quiso oprimirle y castigarle

Con disgustos domésticos, los goces
De esposo tierno y de amoroso padre
Robándole tenaz, sin permitirle
Dejar un sucesor de su linaje.

— Su mujer doña Lambra, instigadora,
Si es que orígen no fué de sus crueldades,
Hermosa, aunqué pasado el fresco brillo
De la primera juventud, carácter

Desde luego mostró tan orgulloso,
Altivez, tan feroz é intolerable,
Que de esposo y familia la opresora
No tardó mucho tiempo en declararse.

Amor, halagos, sumision, caricias
Fueron, para amansar su pecho, en balde;
Telas, joyas, poder y rico Estado
No lograron saciar sus vanidades;

Adulacion, inciensos y festines
No consiguieron dar á su semblante
El hermoso matiz de la alegría,
Ni sonrisa á sus labios de corales.

Deudos, amigos, siervos y vasallos
Huyeron su presencia formidable,
Y el alcázar quedó solo y desierto,
De discordia y tristezas hospedaje.

Si convertido en tentador demonio
Vió con asombro el triste Rui-Velázquez,
La que juzgó, de amor en los delirios,
Íris de paz y de virtudes ángel;

Aun fiel esposa hallaba en su consorte;
Y á la propia mujer da tal realze
Cumplir con esta obligacion sagrada,
Que á su sombra encontrar suele bastante

Disculpa ante los ojos del prudente
De otros deslices y defectos graves,
Como el soldado que en valor descuella,
La encuentra de sus vicios y maldades

Fruto logró su union á los dos años
En un hermoso y delicado infante,
Que dió, naciendo en robustez lozana,
Esperanzas altísimas al padre.

En Barbadillo y en Castilla toda,
Siendo padrino el conde al cristianarle,
Fué su venida al mundo celebrada
Con iluminacion, repique y baile.

Suelen los hijos ser vínculo estrecho
Que liga las opuestas voluntades,
Y encanto de tan alto poderío,
Que borra los enconos mas tenaces;

Porqué en dos corazones que á un objeto
Consagran su ternura y sus afanes,
De la conformidad de sensaciones
Mutuo cariño, union, amores nacen.

Mas era el corazon de doña Lambra
Compuesto de venenos infernales,
Y del niño inocente la presencia,
En vez de corregirle y aplacarle,

Pareció que su fiera altanería
Y condicion terrible acrecentase.
Creyó sin duda su beldad ajada
Por haber dado fruto, su semblante

Y su seno marchitos ; esta idea
Era para su orgullo insoportable.
Desde el principio con atroz despego
Vió al inocente niño, sin dignarse

De ponérsele al pecho una vez sola,
De dormirle en sus brazos y arrullarle.
Aquella dulce prenda parecía
Ser objeto que solo le inspirase

Mayor odio y desprecio á su marido,
Aspereza mayor, nuevas maldades ;
Pues la sola virtud que fué su escudo,
Dió á poco tiempo de repente al traste.

No amor, viles caprichos la asaltaron,
Tal vez probar queriendo, si aun bastante
Atractivo y belleza mantenía ;
Y el lecho conyugal manchó la infame.

— Aunqué ya treinta y cinco primaveras
Contado hubiese, y aunqué fuera madre,
Fresca se conservaba su hermosura :
Era su boca perlas y corales,

Sus ojos dos luceros refulgentes,
Nieve y rosa su faz, y de azabache
Las luengas trenzas, que su frente orlaban
Descendiendo gallardas hasta el talle.

Alabastro bruñido parecían
Garganta y pechos, y de formas tales,
Que no hubiera buscado Praxitéles
Otras que colocar en sus deidades.

Breves el pié y cintura, de jazmines
Las delicadas manos, el donaire
Y estatura gentil un todo hacían,
Cuales los vió el ingenio y trazó el arte

Del inmortal pintor, gloria de Urbino.
¿Por qué en tal solio una alma noble y grande
No puso el cielo, generosa y digna
De tan bello y magnífico hospedaje?

Era un sepulcro de luciente mármol,
De podredumbre y de gusanos cárcel;
Era un palacio hermoso, do brillaban
Bruñido el bronce, cincelado el jaspe,

De proporcion sublime, enriquecido
Con columnas, relieves y follajes;
Habitado por hienas furibundas,
Hambrientos lobos y arrabiados canes.

Puso los ojos pues en un mancebo,
Imberbe y lindo, de su alcázar paje,
Que apénas veinte abriles contaría,
Y no tardó sagaz en enlazarle.

¿Quién su presencia hermosa resistiera,
De su grandeza el brillo deslumbrante,
Su pompa, su magnífico atavío,
Su poder, su riqueza y sus avances?

Cayó al punto en la red el mozo incauto,
A amor con vanidad, que es muy bastante
A trastornar un gigantesco escollo,
Entregándose ciego á todo trance.

Pronto, si fué fortuña, sú fortuna
Y de la dama la conducta infame
Se descubrieron, (nunca en los palacios
Largo tiempo se esconden cosas tales)

Y pronto entre las dueñas y escuderos
A escándalos y hablillas dieron márgen,
Corriendo en Barbadillo la noticia,
Sin tardar por el mundo en divulgarse.

El último en saber tanto desórden
Fué, cual siempre acontece, Rui-Velázquez;
Mas ó la desvergüenza de su esposa,
O bien la inexperiencia del amante,

O de algun favorito malicioso
Inoportuno chiste, ó los mordaces
Labios de una envidiosa, ó que los cielos
Queriendo á un mismo tiempo castigarle,

Y castigar á entrambos delincuentes,
Con roedoras sospechas le avisase;
Tuvo por fin noticia del exceso,
Y pruebas luego del horrendo ultraje;

Y lo vengó. Vengólo sí: furioso
Bañó sus manos en la torpe sangre
Del adúltero, haciéndole pedazos
El corazon, de la perjura infame

Ante los ojos; y la ardiente daga,
Enrojecida toda y humeante,
Vibró en seguida contra el pecho de ella.
Pero cuando iba el golpe á descargarle,

Viéndola dar en tierra desmayada,
Suspendió el brazo; y en su atroz semblante
Brillaron, cual relámpago en la nube,
De inspiracion horrenda las señales;

Y llamando á sus fieles servidores,
Con voces al graznido semejantes
Que lanza el cuervo, cuando hambriento encuentra
En la desierta playa algun cadáver;

Mandó arrastrar al punto del castillo
A un subterráneo al desangrado paje
Y á la perjura infiel; y allí encerrada
Dejóla con los restos de su amante.

Por aquel tiempo se encendió una guerra
Con Navarra, y al frente de las haces
De Castilla, á los límites del Ebro
Marchó de adelantado Rui-Velázquez;

Y consiguió feliz una victoria,
Que produciendo ventajosas paces,
Le dió renombre y esplendente brillo,
Y á su excelso poder mayor ensanche.

Tornó orgulloso á Búrgos con la pompa,
Que siempre cerca al capitan triunfante,
Y apoyado en sus glorias y laureles,
Dió á su hinchada ambicion mas amplia calle.

Miéntras estuvo ausente, doña Lambra
Consiguió quebrantar su horrenda cárcel,
Seduciendo á sus guardas, y á Galicia,
Acompañada de un abad, fugarse.

Bramó Velázquez de furor, con muerte
Castigó fiero al sobornado alcaide;
Mas luego se templó, todo embebido
Del mando y del dominio en los afanes,

Y en el que demostraba al hijo tierno,
Objeto de esperanzas colosales.
De la cuna este ya salido había,
Como lozano en la floresta sale

Un vástago robusto, en quien espera
Ver el agricultor cedro gigante,
Que sombra dé y amparo á las labores,
Y que rey sea del fecundo valle;

Mas, ay! á Gústios Lara le ha robado
Siete hijos, ya mancebos, Rui-Velázquez,
Y ver logrado al suyo, es imposible
Que quiera el justo cielo tolerarle.

Llegó una aciaga noche, y en su lecho
De un hondo sueño en el descanso suave
Estaba ya el señor de Barbadillo,
Despues de haber revuelto locos planes

De orgullo y de ambicion allá en su mente;
Y soñaba tal vez que con sus artes
Colocaba en el trono de Castilla
Al hijo; que á sus plantas los magnates,

Prelados y justicias le juraban
Humildes obediencia y vasallaje;
Y escuchaba del pueblo los aplausos,
Y alegres vivas asordar el aire;

Cuando de pronto despertó. Las voces
Oyó de turba inmensa, y asordarse
Todo el palacio con rumor confuso:
Restregóse los ojos, anhelante.

Descorrió las cortinas, con asombro
Vió por las claraboyas derramarse
Un rojo resplandor que iluminaba
El aposento, y empezó á turbarle

El conocer que respiraba humo.
Un vuelco dióle el corazon cobarde;
Salta del lecho, envuélvese en su manto,
Coge una daga, de la alcoba sale,

Y halla el palacio en combustion horrible,
Presa de ardientes llamas, que voraces
Taladrando artesones y techumbres,
Por las tinieblas lóbregas se esparcen.

—Por sueño, ó por descuido, alguna dueña
Que en la antesala del pequeño infante
Se quedaba á velar, dejó una antorcha
Inmediata á un movible cortinaje,

Donde prendió la llama voladora,
Que subió por molduras y pilares,
Cebándose furiosa en las maderas
Del arteson, y en las tendidas trabes;

Y agitada del viento que soplaba,
Corrió el incendio á pasos de gigante
Por todo el edificio. No respeta
Ni de las fuertes torres los sillares;

Alza hasta el alto cielo remolinos
De humo y de espesas chispas, que combaten
A los astros y ofuscan sus fulgores,
Con luz siniestra iluminando valles,

Y selvas, y apartados caseríos,
Y en las lejanas cumbres desiguales
Reflejando del último horizonte,
Cual suelen encendidos los volcanes.

—Toda la poblacion de Barbadillo
Acudiera solícita al desastre,
Y de los dependientes del palacio
Tornan la confusion mas ciega y grande.

Todos se mezclan, corren, gritan, mandan,
Disponen, bajan, suben, entran, salen;
La muchedumbre acrece el embarazo,
Y al fuego tronador no hay quien ataje.

La confusion aumenta y el asombro
La súbita presencia de Velázquez,
Que en roncas voces, émulas del trueno,
Vuelto del edificio acia la parte

De la ruina mayor, pregunta á todos,
¿Dónde está el hijo? y no responde nadie.
Adivinó que estaba en su aposento,
Y vuela denodado, (que era padre)

Despreciando su vida en tal conflicto,
A tentar el camino de salvarle.
Dos fieles escuderos tras de él siguen:
Se lanza á los escombros humeantes,

Salta de viga en viga, que á su planta
Cedèn, y sin temer precipitarse
Dentro de un mar de fuego á cada paso,
Senda por medio de las llamas abre;

Y á la cámara llega de su hijo.
Era el momento mismo en que lo grande
Del incendio voraz en ella estaba:
Ya las molduras que la adornan, arden,

Y vuelan en ceniza y humo leve.
La dorada techumbre á desplomarse
Va al momento : del suelo, quebrantado
Por las grietas, el humo empieza á alzarse,

Y acaso llamas : crujen las paredes,
Y aun está en un rincon el rico catre,
Y el niño en él. De despertar acaba,
Cuando iba ya el vapor á sofocarle,

Porqué una brasa ó chispa le ha caido
En el pecho inocente. Rui-Velázquez
Le ve al traves del humo, oye su llanto,
Mira sus manecitas levantarse.

Respira el padre; es suyo : corre, vuela....
Pero en el punto mismo de salvarle,
Una viga del suelo en aquel lado
Falta, se troncha con fragor, y el catre,

Y el niño, y la bordada colgadura
Se hunden en un abismo y hondo cráter,
Por do rompe de llamas un torrente,
Que todo lo consume en el instante.

Tras del hijo inocente, despechado
Fuése á arrojar el desdichado padre;
Mas firmes le detienen y sujetan
Entrambos escuderos, que constantes

Hasta aquel sitio horrendo le han seguido;
Y desmayado logran retirarle,
Y atravesando por peligros nuevos,
Quemados los cabellos, barba y trajes,

Con él en hombros, como muerto, pronto
Salvos al patio del castillo salen.
La muchedumbre á su señor circunda,
Y él, en cuanto en el rostro le dió el aire

A cielo abierto, y respiró el ambiente,
Tornó en sí, y furibundo á levantarse.
Maldijo, blasfemó, con roncas voces
Aterró á los confusos circunstantes;

Llamó al hijo mil veces, anheloso
Corrió lijero de una en otra parte,
Y en tronador acento, que vencía
Del incendio el rumor, y el espantable

Estruendo que los muros y techumbres
Formaban al hundirse y desplomarse;
Gritó á sus servidores y vasallos:
"Fuera canalla vil....fuera cobardes:"

"Dejád, dejád arder estas ruinas;
Muerte á quien una chispa sola apague.
Arda el palacio, y arda Barbadillo,
Y Castilla, y el mundo.... Si abrasarse"

"He visto mi esperanza, ¿qué me importa
"Que el universo mísero se abrase."—
Gritando así furioso se metía
En pórticos, salones y desvanes,

Y á los que aun se afanaban denodados
Por atajar el fuego, á retirarse
Con golpes y amenazas compelía;
Mas aunqué trabajando continuasen,

Nada lograr pudieran. Del incendio,
Descuidado al principio, eran ya tales
Los rápidos progresos, que no había
Manera de extinguirle ó de cortarle.

— Salió el sol entre cárdenos vapores,
Que dieron á su faz color de sangre,
Y pálido y sin brillo, en el espacio,
Cual si una gasa densa lo ofuscase,

Se alzó, y siguió su curso. A su presencia,
Si no furor, perdieron las voraces
Llamas su resplandor, miéntras el humo
Cobró aspecto mas negro y formidable,

Cubriendo con fantásticos colosos
Del cielo azul el empañado esmalte;
Y entre ruinas y escombros se veía
Aparecer al despechado padre,

Ora al hundirse una maciza torre,
Ora al volar el humo, acia otra parte:
Ser el Genio del mal se hubiera dicho
Que presidía destruccion tan grande.

Duró el incendio en su furor tres dias,
Y por muchos despues quedó constante
Una coluna de humo, que se alzaba
Hasta los cielos recta por el aire,

Cual si fuese un puntal del firmamento;
U ondeaba en brazos del ambiente suave;
O rota por el viento, se esparcía,
Cual humo leve, por los hondos valles.

Cuando al conde don Sancho de Castilla
La noticia llegó de tal desastre,
Voló en persona á dar al favorito
Consuelo, y del estrago á retirarle;

Y un palacio magnífico, que estaba
Entre florestas y extendidos parques
A dos leguas de Búrgos, regaléle,
Para que le sirviera de hospedaje.

De él hizo su mansion casi continua
Desde aquella desgracia Rui Velázquez,
O por estar mas cerca de la corte,
O porqué Barbadillo y los lugares

Donde perdió el honor, y los tesoros,
Y al hijo, centro de esperanzas tales;
Contrarios á su nombre y su fortuna,
Y de siniestro agüero los juzgase.

El tiempo, á cuyo curso todo cede,
Consolador de penas y de males,
Llegó á calmar su pecho, destrozado
Con tantos contratiempos y desastres;

Mas quedó tan acedo, que por puntos
La violencia aumentó de su carácter;
Y si ántes sanguinario por venganza,
Despues lo fué por ansia de crueldades.

El afan de dejar un heredero
A su poder, á su fortuna y sangre,
Viéndolo por el cielo contrariado,
De la ciega ambicion en maridaje,

Le inspiró el atrevido pensamiento
De al punto celebrar segundo enlaze
Con doña Sol, hermana de don Sancho;
Que ya no aspira á ménos tal magnate.

No halló en el conde obstáculo ninguno;
Mas lo halló, sin poder sobrepujarle,
En la tenacidad del arzobispo,
Y de su esposa infiel en los parciales.

Aquel (aunqué frecuente entónces fuera
Para príncipes y altos personajes
Del matrimonio relajar los nudos,
Y aunqué desde el tumulto contra Zaide,

Acia el noble señor de Barbadillo
Complaciente en extremo se mostrase)
De zelo religioso dominado,
Negóse á permitirle inexorable

Los vínculos romper del sacramento,
Y para nueva boda autorizarle.
Con este firme apoyo, los parientes
De doña Lambra osaron declararse,

Dispuestos á oponerse aun con la fuerza
A ver en su familia tal desaire;
Empezándose á alzar tan gran borrasca
Contra el omnipotente gobernante,

Que se encontró obligado por entónces
A diferir sus orgullosos planes,
Y al puerto se acogió de la prudencia,
Para salvar de su ambicion la nave.

Vióse en tan grandes sustos y zozobras,
Temió tantos venenos y puñales
En aquella ocasion, que ardió en él ansia
De arrancar á las lumbres celestiales

Del porvenir oscuro el gran secreto,
Apelando al poder de ocultas artes;
Pues querer penetrar en lo futuro,
Es propio de ambiciosos y cobardes.

—Por aquel tiempo se mostró en Castilla
Un extraño y famoso personaje,
Dálmata de nacion, de noble aspecto,
Astrólogo sublime y nigromante.

Europa estaba de su nombre llena,
Y corriendo sus varias capitales,
Despues de haber en África y en Asia
Dado fin á larguísimos viajes;

Hizo de su saber pasmosas pruebas,
Predijo con acierto acasos graves,
Y ganó cuantiosísimo tesoro,
Vendiendo raras drogas y brebajes.

Príncipes y monarcas á porfía
Tenerle en su servicio y sujetarle
En su corte quisieron, con halagos
Y con ofertas de riquezas grandes;

Mas él, independiente, jamas quiso
Ni hacer larga mansion en una parte,
Ni á servir solamente á un soberano
Y á una sola nacion acomodarse,

Diciendo ser universal su ciencia,
Y que por todo el orbe derramarse
Debía su excelso influjo, cual derrama
La luz el sol, á quien llamaba padre.

Con grande autoridad y altanería
Trataba á los guerreros y magnates,
Sentando, que la ciencia es don del cielo,
Don mas sublime que poder y sangre.

Unas veces tenaz se desdeñaba
De hacer un vaticinio, aunqué rogarle
Viera á sus piés á un príncipe; mas otras
Vaticinaba sin pedirlo nadie.

Curaba con ensalmos las heridas,
Y como por milagro enfermedades
De inminente peligro; ya exigiendo
Sumas extraordinarias, ya de balde.

Acaso regalaba generoso
Amuletos, reliquias, talismanes,
Y armas forjadas bajo tal aspecto,
De temples encantados y metales;

Y tal vez codicioso las vendía,
Exigiendo crecidas cantidades.
Irregular en fin y caprichoso,
Y de contradicciones y contrastes

Tan lleno se mostraba, que imposible
Era el saber de fijo su carácter,
Ni el modo de lograr su amor y estima,
Ni el modo de tenerle y de obligarle.

Obraba como suele un inspirado,
Ciego instrumento de poder mas grande,
Y que de mano tal recibe impulso,
Que no está de los hombres al alcanze.

—Este dálmata pues llegó de paso
A Búrgos, donde el conde y personajes
De admiracion y obsequios el tributo
Le dieron, que lograba en todas partes.

El arzobispo solo demostróle
O desprecio ú horror, por contemplarle
Agente del demonio y hechicero,
Y sus ciencias ocultas condenables.

Quien con mayor afan y mas estima
Se empeñó en recibirle y obsequiarle,
Dándole alojamiento en su palacio
Y un asiento en su mesa, fué Velázquez.

Una lanza compróle á peso de oro,
Obra de un sabio armenio nigromante,
De tal virtud que si tocara un monte,
Lograra confundirle y derribarle;

Y le pidió de su futura suerte
Alguna clara luz. Dificultades
Encontró el sabio en complacerle : solo,
Movido de sus dadivas constantes,

Al tiempo de partir, con gran misterio
Le dijo estas palabras : "Rui-Velázquez!
"No temas asesinos ni envidiosos;
"De Almanzor teme el damasquino alfanje."

"En la presencia de una ilustre mora,
Jóven, doncella, hermosa, no batalles,
Si el que ella logre una corona excelsa
En el éxito estriba del combate."—

No complació al señor de Barbadillo
Ni uno ni otro consejo, que triviales
Y vagos le parecen. Era tanta
La fama de Almanzor, eran tan grandes

Su valor, su destreza y su fortuna,
Que todos procuraban no encontrarle;
Y el combatir á vista de una mora
Para ceñirle una corona, lance

Era extraño ademas, y en que no había
Personalmente él mismo de empeñarse;
Ni, si acaso, poner mas que el influjo
De su excelso poder y de su clase.

Despreció pues del sabio los avisos;
Mas como á poco tiempo declarasen
Guerra los moros, se quedó en la corte,
Hasta tener noticia y cerciorarse

De si Almanzor estaba en la frontera.
Al saber que se hallaba muy distante,
Del África corriendo las provincias,
Fué; y con una victoria asegurarse

Logró de nuevo en el poder, quedando
De enemigos y de émulos triunfante.
Varios años despues un reyezuelo
Moro vino favor á demandarle,

De una hija muy hermosa acompañado,
Contra un usurpador; y él sin mezclarse
En lucha alguna, le volvió su cetro
Con su influjo, poder, astucia y arte;

Y juzgando pasados de este modo,
Sin el menor peligro, los dos lances
A que pudo aludir el vaticinio,
Ni aun se volvió á acordar del nigromante.

Siguió siendo el tirano de Castilla,
Y cada dia su favor mas grande
Con el conde don Sancho, sin que hubiese
Fuerzas que de él pudiesen derribarle.

Como entónces muriese doña Lambra,
Tornó á entablar los suspendidos planes;
Y sin temer contradiccion ninguna,
Trató con doña Sol su nuevo enlaze;

Mas de don Sancho la impensada muerte
Derribó sus proyectos colosales,
Como un soplo derriba los palacios
Que hacen los niños con lijeros naipes.

Subió al excelso trono de Castilla
Y á gobernar por sí Fernan-González,
Y de sol tan radiante á la presencia
La estrella se apagó de Rui-Velázquez;

Pero era su poder tan gigantesco,
Tan antiguo, tan fuertes sus parciales,
Que de pronto y de un golpe derribarlo,
Daños ocasionar pudiera graves.

— En medio del jardin descuella un olmo,
Que como al dueño por capricho agrade,
Y como lo cultive, la alta pompa
Tiende creciendo en tronco y en ramaje :

De sol y jugos el terreno priva,
Con su sombra enfermando á los frutales,
Y robando al pensil el rico adorno
De flores, murtas, césped y arrayanes;

Mientra el cultivador enamorado
De su árbol predilecto, se complace
En verlo á costa de las otras plantas
Alzar la excelsa cima por los aires;

Durmiéndose á su sombra, y no cuidando
Que esteriliza cuanto en torno nace.
Pasa el verjel á manos de otro dueño,
El cual quiere al momento libertarle

De aquel tirano que lo asombra y seca;
Mas no fuera prudente, si intentase
Por el pié á golpe de segur cortarlo ;
Porqué los edificios y tapiales

Arruinara tal vez á su caida,
Causando en rededor estragos grandes.
Trata pues de cortar brazos y ramas,
De trozar luego el grueso tronco en partes,

Y de irle destruyendo poco á poco,
Sin que ruinas ni peligros cause,
Aprovechando su bambolla en leña,
Y sus ramas y cuerpo en maderámen.

Así con el antiguo favorito
Obligado se mira á manejarse
El nuevo conde, y si aun el árbol vive,
De muerte tiene el sello irrevocable.

La libertad del noble Gústios Lara
El primer golpe fué : de lo restante,
Trayendo el Moro expósito á Castilla,
El cielo vengador quiso encargarse.

Desde que allá de Sálas en la villa,
Y en el palacio del anciano padre
Halló á Mudarra, y recibió su reto,
Temblando el orgulloso Rui-Velázquez;

Huyó la corte, y en su propio alcázar
A dos leguas de Búrgos, sin mostrarse
Sinó á sus confidentes, encerróse;
Combinando tal vez inicuos planes

Para impedir el que tuviese cima
La batalla aceptada á todo trance;
Pues que legitimado ya el mancebo,
Era de todo punto inevitable.

Mas pasó el mes de término, pasóse
La víspera tambien, y entre celajes
Bajó al ocaso el sol, que al otro dia
Iba á prestar sus luces al combate.

Empezó triste y destemplada noche,
Nubarrones cruzaban por el aire,
Y una lijera niebla coronaba
Las torres del castillo de Velázquez,

Que sobre una colina y entre selvas,
Mole oscura se alzaba, de la márgen
Del Arlanzon vecino; y al reflejo,
Pálido y débil ya, de la menguante

Luna, que media faz solo asomaba
De oriente tras las cumbres desiguales,
Divisábanse en la alta plataforma,
Al traves del altísimo almenaje,

Dos ó tres hombres de armas, vagos bultos,
Que cual fantasmas de una en otra parte
Con paso igual y lento se movían;
Y de sus altas lanzas los remates

A veces fulgurando, asemejaban
Los fuegos fatuos que movibles arden
Encima de un sepulcro. Del palacio
En lo interior se vieron un instante

Cruzar varias antorchas; pero luego
Cerrado el corredor y ventanaje,
Solo en el edificio dos lumbreras
O claraboyas altas, circulares,

Con labores de piedra compartidas,
Mostraban dentro luz, y semejantes
A los ojos de un lobo, relumbraban
Al traves de las sombras impalpables.

Eran ventanas de un salon, do ardía,
Reflejando en los timbres y follajes
Del dorado arteson, rojiza tea,
Y donde estaba solo Rui-Velázquez.

— Este, delgado y alto, y que tendría
Cincuenta años lo mas, en su semblante,
Enjuto y macilento, demostraba
Temores, dudas é inquietudes grandes;

Y cruzados los brazos sobre el pecho,
Y embozado en su manto, á desiguales
Pasos la sala toda recorría,
Formando en suelo y muro una gigante

Sombra, que era mayor ó mas pequeña,
Al venir á la luz ó al retirarse.
Mas como si el rumor de sus pisadas
Pudiese sorprenderle y asustarle,

Alguna vez apresuraba el curso,
Volviendo atras el rostro. Otras pararse
Intentaba en mitad del ancho espacio,
La faz alzando á las labradas trabes

De la techumbre. Por acaso en ella
El humo de la antorcha y los esmaltes
De las toscas labores á sus ojos
Presentaban figuras espantables;

Pues lanzaba un horrísono alarido,
Al que el réprobo lanza semejante
Al tiempo de morir, viendo cerrados
De la Misericordia los umbrales.

El pequeño rumor á poco tiempo
Se oyó de lentos pasos acercarse,
Y sonar una puerta y otra puerta.
Aunqué estaba seguro el personaje

De que solo pudiera su valido
En hora tal y en sitio tal buscarle;
Se estremeció al pensar que alguien venía,
Y huyendo del salon acia la parte

Mas remota y oscura, con presteza
Se desembarazó de su ropaje
Y la daga empuñó. Pronto tres golpes
Se oyeron en la puerta; y á embozarse

Tornando, en ronco acento, "Eres Rodrigo?"
Gritó. Y como de afuera contextasen,
"Rodrigo soy, señor, y vengo solo;"—
"Harto estaba ya," dijo, "de esperarte:"

"Entra y cierra tras ti;" y entró Rodrigo.
—Era uno de los dos que libertarle
Consiguió del incendio del palacio,
Cuando del hijo en pos quiso abrasarse;

Y su primer valido y confidente,
Creciendo en el favor desde aquel lance.
La misma edad que su señor tendría;
Era de cuerpo chico y tosco empaque,

Su faz siniestra y áspera, sus ojos
En extremo mezquinos y vivaces,
Crespo y raro el cabello, pero espesas
Las blanquecinas barbas; y su traje

Un sayo gris, con una doble cuera
Ceñida y ajustada sobre el talle
Por un cinto bordado, en que colgaban
Con una argolla diferentes llaves.

—Cerró al entrar la puerta, y en silencio
Junto al umbral quedóse. Rui-Velázquez
Se adelantó hasta en medio de la sala,
Y así hablaron los dos sin acercarse.

"Qué nuevas traes, Rodrigo? ha vuelto el Zurdo?"
—" Acaba de llegar en este instante."—
" Y qué noticias da?"—" Que Gústios Lara
" Y su hijo, ó lo que sea, y Nuño, y Zaide,"

" Con gran escolta y séquito, y á salvo
" En Búrgos han entrado á media tarde."—
" Maldito el Zurdo sea!...¡ los infiernos
" Se abran, y como á suyo se lo traguen!"

" Maldita la hora en que nací!.... Y al Zurdo
¿Pudo su astucia y su valor faltarle
Solo en tal ocasion?....¿No le siguieron
Las bandidos del monte, esos infames,"

" En quienes apoyó sus esperanzas
" De poderme servir á todo trance?"—
" Sí, señor, le siguieron; pero dice
" Que ocurrieron despues dificultades"....—

" Miedo, vileza, infamia, cobardía :
Mi venganza verán los miserables.
Me habrá el Zurdo vendido ?....¿ descubierto
Tal vez á alguno mis ocultos planes ? "....

" Muera esta noche."—" Muera; pero advierte
" Que es reservado, fiel, y que con nadie
" Ha hecho nunca mencion de aquella empresa
" A que fuimos los dos."—"¿ Le ha visto alguien"

"Ahora al volver? habló ?..—Varios le han visto,
" Mas con ninguno habló. Vino á buscarme
" Al punto de llegar, y en mi aposento
" Seguro le dejé bajo de llave."—

" ¿ Y por qué no ha cumplido mis mandatos ?
"Dí, qué disculpa da ?"—"Que él propio os hable
" Permitídle, señor, y por vos mismo
" Con mas exactitud "....—" ¿ Y ha de acercarse"

" De noche ese ente vil á mi persona ? "—
" Yo le traeré sin armas, y bastantes
" Vos y yo, señor, somos contra un hombre
" En cualquiera ocasion." —" Anda á buscarle."

Despareció Rodrigo : su amo al punto
Que vió la puerta sin rumor cerrarse,
Abrió un armero que en la sala había;
Una cota de malla impenetrable

Sacó, se la vistió con gran presura;
Desenvainó la daga relumbrante,
Y escondió entrambas cosas con cautela
Bajo del manto, en que tornó á embozarse.

Sonaron de allí á poco las pisadas,
Y en la puerta los golpes; y cual ántes
Preguntando, y oyendo por respuesta
"Soy Rodrigo;"—"Entra pues," dijo Velázquez.

Apareció otra vez el escudero,
Sin otra diferencia que notarse
El pomo de un puñal en su cintura,
Y el Zurdo entró tras de él, mudo y temblante.

Era un hombron robusto y de anchos hombros,
Cuyas toscas facciones dos señales
De horrendas cicatrices afeaban,
Y sobre un sayo de gamuza ó ante

Llevaba un peto mohoso y abollado,
Sin mas grebas, manoplas ó brazales,
Ni arma ofensiva alguna, y se mostraba
Lleno de sangre y lodo. Quien le hallase,

Por salteador del monte le tendría,
No por fiel servidor de tal magnate.
Pálido, confundido, silencioso
Clavó en tierra los ojos. Rui-Velázquez,

Observándole atento, así le dijo,
De furor concentrado su semblante
Dando, y sus ojos encendidos muestra:
"Hola, señor valiente, ¿qué nos traes?"

"A ese viejo caduco y á su gente
¿Por qué en Búrgos entrar salvos dejaste?...
Los bravos de que tanto blasonabas,
¿Qué han hecho?...Habla...respóndeme,vergante."

"Habla, fruta mezquina de la horca,
Cuéntanos tu traicion, cuéntala, infame,
Ántes que para hundirla en los infiernos,
Yo mismo el alma pérfida te arranque."—

Diciendo así, acercóse algunos pasos,
Y dió un golpe tan duro sobre el jaspe
Del suelo con la planta, que al ruido
Crujió de la techumbre el maderámen.

A la luz roja de la opaca tea
Que aclaraba el salon, ya relumbrante
Ardiendo la resina, ya ofuscada
Con el humo y pavesas; personajes

Raros y de otro mundo aparecían
Los tres, que con aspectos desiguales
Ocupaban la escena. Sus tres sombras,
Que la luz dibujaba en los sillares

Del muro, acaso vagas é indecisas
Al undular la llama, acaso estables
Y en gigantesca proporcion, copiando
Los duros movimientos y ademanes

De los que las causaban; parecían
Los tres réprobos entes infernales,
Que á aquellos tres malvados inspiraban
Tanto crímen, tan bárbaras crueldades.

Furia y terror en boca, ojos y frente
Mostraba el orgulloso Rui-Velázquez:
Honda inquietud Rodrigo; y se notaba
Tanto temor y confusion tan grande

En el rostro feroz y en la persona
Del Zurdo, que con su áspero semblante,
Y con su corpulencia, y apostura,
Y su todo brutal, raro contraste

Formaban; y aun mas raro lo hallaría
Quien supiese sus vicios y maldades,
Y que el asesinato y el incendio
Eran cosas para él tan familiares.

Mas suelen estos bárbaros que sirven
Al furor de un altivo personaje,
Burlándose del cielo y de la tierra,
Comiendo iniquidad, bebiendo sangre,

A un ceño del motor de sus delitos
Confundirse sumisos y cobardes.
Pálido pues como la muerte el Zurdo,
Y cual las hojas del flexible sauce

Temblando todo, en actitud grotesca
Clemencia demandando á Rui-Velázquez,
Con voz agria, aunqué humilde y confundida,
Rompió por fin de esta manera á hablarle:

"Señor, señor, piedad.... traidor no he sido:
Dios, y la Vírgen, y los cielos saben,
Que servidor mas fiel que yo, en el mundo
Jamas se halló, ni puede serlo nadie;"

"Salvo el señor Rodrigo, que me escucha,
Y á quien pido me valga en este trance.
Mis valientes amigos me siguieron,
Y han puesto cuanto estaba de su parte;"

"Mas fué imposible....El cielo ha destruido
"Y la mágica negra nuestros planes."—
Interrumpióle, dando otra patada
Su señor irritado sobre el jaspe,

Y le dijo: "Por vida de mí mismo!
"Qué dices, infeliz?.... qué, miserable?...
"¿Piensas necio ocultar tu cobardía
"Viniendo á referirme disparates?" —

El Zurdo continuó mas alentado:
"Os digo la verdad: Dios así os guarde.
"Asesinar al conde de Castilla,
"Sentado en su dosel, señor, mandádme;"

"Y os juro que lo haré, como lo hice
Con el abad Elgardo, en el instante
Que estaba con sus monjes en el coro.
Disponéd, si queréis, que al punto abrase"

"A toda Búrgos, y esta noche misma
De sus techos veréis la llama alzarse,
Como aun no hace seis meses que se alzaba
Por cima del castillo de Álvar-Fáñez."

"Mandádme acometer á hombres armados,
Redes á hombres tender, entrar lugares
Donde hombres vivan; volaré á serviros;
Mas lidiar y embestir con nigromantes,"

"Engañar á fantasmas y á demonios,
Y entrar do solo encantamentos valen;
No puedo yo, señor, ni mis amigos,
Ni Rodrigo, ni vos, ni puede nadie." —

Un grito de terror ó de despecho,
Que lanzó furibundo el personaje,
Interrumpió de nuevo á aquel valiente,
Que jamas hasta entónces explicarse

Supo con tanta copia de palabras:
Cosa que pudo la atencion llamarle
Al turbado señor de Barbadillo,
Y pensar que alto impulso le guiase;

Pues viéndole callar, tras un momento
De suspension confusa, "Sigue, infame,"
"Sigue," le dijo: "cuenta las patrañas
"Que te han vuelto tan vil....Puede que alcanzes,"

"En lugar de castigo, mi desprecio." —
"Señor," continuó el Zurdo sin turbarse,
Pues parecía que supremo influjo
Al paso que iba hablando, le animase;

"No me tengáis por loco: cuanto os hablo
Es la pura verdad. Cuando mandaste
Que fuera acompañando al señor Rodrigo,
(No dejará que mienta, está delante)"

"Habrá unos veinte dias á dar muerte
A ese moro, ó prodigio, fuí á buscarle,
Y entre Sálas y el chozo de la bruja
Le sorprendimos ambos, como sabe"

"Aquí el señor Rodrigo, y muy bien puede
Decir, si anduve lerdo en aquel lance;
Y cómo le embestí y eché por tierra,
Y que le herí tambien, pues que de sangre"

"Saqué lleno el puñal. Pero de pronto
"Salió un demonio, cual sabéis, ó un ángel"....—
"Calla, menguado;" le gritó su dueño:
"¿Qué tiene eso que ver con hoy, cobarde?"

Y el Zurdo continuó: "Lo recordaba
"Porqué á pesar, señor, de aquel percance,
"En cuanto me mandasteis que dar fuego
"Al palacio de Sálas intentase,"

"Y si no lo lograba, que ayudado
De la tropa del monte, en el paraje
Mas áspero y oculto del camino
Entre Sálas y Búrgos, esta tarde"

"A la gente de Lara acometiese;
Procurando matar á todo trance
Al ciego y á Gonzalo.... al jóven, digo,
Y al moro viejo que se llama.... Zaide,"

"Y á Nuño el peregrino; á obedeceros
Volé; y os di, es verdad, seguridades
De que una ú otra empresa lograría
Con la gente del monte, pues se sabe"

"Que son mozos de pro, que nada temen,
Que se duelen muy poco de sus carnes,
Y que á dos hombres de armas cada uno
Acomete sin miedo. Mas las artes"

"Del demonio, señor, ni con espada,
Ni con lanza y esfuerzo se deshacen;
Y cuando el cielo mismo ú el infierno
Por alguna persona toma parte,"

"Y en proteger se empeña á una familia,
El valor de los hombres nada vale,
Y es preciso acudir á un hechicero,
Que con otros encantos.... ó entregarse"

"Al demonio, y que ayude....ó á la Vírgen,
O á un poderoso santo demandarle
Auxilio y proteccion, porqué las armas
Del mundo pueden poco en casos tales."

"Por cierto y en verdad yo nada valgo;
Mas si yo fuera vos.... Para el combate
De mañana.... Señor, ese mancebo
No es cosa de este mundo. Es.... quién lo sabe?"—

Hizo una pausa el Zurdo, y aterrado,
En silencio quedóse Rui-Velázquez,
Cuyos trémulos miembros empezaban
En helado sudor á desatarse.

El bravo continuó : " Si lo que digo,
" Ponéis, señor, en duda, aunqué verdades
" Son que dijera á la hora de mi muerte,
" Al Mellado y al Pocho preguntádles ;"

" Dirán aun mas que yo. Ya no está Sálas
" Conocida, señor ; ni en ella hay nadie
" Que nos quiera ayudar."—" Qué ?" preguntóle
Atónito y confuso Rui-Velázquez ;

" Isac y Alfonso Deza ¿han olvidado
" Los beneficios que me deben grandes ?"—
" Los primeros han sido," dijo el Zurdo,
" Con otros de su bando, en declararme,"

" Que incendiar el castillo era imposible ;
Y que ellos ya no osaban arriesgarse
A ninguna otra empresa contra Lara,
Puesto que Dios se empeña en ayudarle."

" Parece que esos moros noche y dia
Guardaban el palacio, y que los tales
Son malignos espíritus, no moros ;
Pues diz que cuando en torres y almenaje"

" Hacen la ronda en torno del castillo,
Alzan los piés del suelo, y por el aire
Van como los cernícalos : que siempre,
Ya en los vecinos campos, ya en las calles "

" De Sálas, sin saber por dó vinieron,
Y de repente suelen encontrarse
A todas horas, y el morazo viejo,
Amo de todos, y que llaman Zaide...."

" Tan Zaide es como yo, Dios me perdone.
Yo le he visto de piedra, al ménos hace
Veinte años, en la esquina de la iglesia,
Y ahora le he vuelto á ver....El mismo traje,"

" La misma barba.....Sí, pues el tal Nuño....
Diz que allá en unas tierras muy distantes,
Donde solo hay paganos, ha aprendido
Mágica negra, endemoniadas artes."

" Todito lo penetra y lo descubre....
" Fué imposible, señor."—" Pero, cobarde,"
Su dueño le gritó; " ¿cómo has perdído
" Hoy el golpe tambien ?.... dó te apostaste ? "—

" Cerca de Búrgos," respondió ; " en el paso
" Que cierran á una mano los tapiales
" De la arruinada ermita, y á la otra
" El espeso encinar. Es el paraje "

" Donde puede mejor una emboscada
Contra todo un ejército ocultarse.
Allí permanecimos todo el dia,
Y en el momento de empezar la tarde,"

" Se oyó rumor. Salimos, y á la bruja,
A la vieja maldita que años hace
Endemoniada estuvo, y que ahora vive
En aquella chozuela miserable"

" Cerca de Sálas, detuvimos. Iba,
Por estar que no puede menearse,
En unas parihuelas acia Búrgos,
Llevándola pastores y gañanes."

" Yo la quise matar, porqué temía
Que con sus roncos gritos infernales,
Nos iba á descubrir; pero el Mellado,
A quien ella en Simáncas de la cárcel"

" Sacó tiempos atras, (yo no sé cómo,
Aunqué sospecho que con malas artes);
El brazo me destuvo. Muy mal hizo,
Pues al momento la hechicera infame,"

" Astuta descubrió nuestros intentos,
Como si algun demonio ó algun ángel
Se los hubiese dicho; y la maldita
Nos hizo á todos amenazas tales,"

"Y contó de ese moro, ó lo que sea,
(Diciendo era el menor de los Infantes,
Que al mundo Dios de nuevo le enviaba)
Portentos tan extraños y tan grandes,

"Que llenó á todos de terror y asombro.
Y cantó luego coplas y romances
De venganzas del cielo, y de fantasmas
Con tan raros aullidos y visajes,"

"Que se erizaba el pelo. Miéntras tanto,
No sé cómo, lograron escaparse
Dos de los que con ella habían venido,
Aunqué estaba borracho como un zaque"

"Uno de ellos. A poco nos hallamos
Embestidos, señor, por todas partes
De los malditos moros y otra gente,
Cual si fueran venidos por el aire."

"Yo de pronto conté como unos treinta;
Mas que eran mil, con raros ademanes
De contento gritó la fiera bruja,
Afirmando tenaz, que cien gigantes"

"Descollar entre todos descubría.
El valiente Mellado, sin turbarse,
Mandó á los suyos embestir, y al punto
Trabóse un reñidísimo combate."

" Pero éramos, señor, veinte hombres solos,
Y ¿ cómo resistir?....Impenetrables
Parecían las adargas y armaduras
De nuestros enemigos; era en balde"

" El intentar herirlos, y al momento
Quedamos destrozados, con su sangre
Regando aquellos riscos, de los nuestros
Doce, los mas valientes y capaces;"

" Y los demas huyeron á los montes.
El Mellado salió con dos mortales
Lanzadas; ¡plegue á Dios que con la vida,
Pues es bravo ademas, el pobre escape!"

" Junto á mí murió Brito de un flechazo:
Al Pocho un brazo le quitó el alfanje
De ese mancebo, aparicion ó duende,
Que en destreza y valor no hay quien le iguale;"

" Y á mí me echó por tierra, y el caballo
De una lanzada me mató ese Zaide,
Que es Abran, cual lo dice su denuedo,
Y su fuerza mayor de la que cabe"

" En el puño y el pecho de un anciano,
Y lo muestra tambien, el que mirarle
Yo, que nunca fuí mandria, no podía,
Sin que todo mi cuerpo se me helase."

"De seguro, señor, no lo contara,
Segun él se empeñaba en acabarme,
A no haberme escondido entre unas peñas,
Desde donde al momento retirarse"

"Vi á nuestros vencedores, á la bruja
Llevándose consigo. Yo en su alcance
Me puse, y nunca los perdí de vista,
Arrastrando por riscos y zarzales."

"Iba pues en su mula el ciego Lara,
Su hijo á caballo; Nuño, el moro, pajes,
Escuderos, hidalgos de la villa,
En pos el escuadron de los alarbes,".

"Y un gran repuesto de armas y caballos.
Cuando estuvieron ya poco distantes
De Búrgos, como á tiro de ballesta,
El conde de Castilla, los magnates"

"De la corte, el abad, el arzobispo
Y una gran muchedunbre de habitantes
Salieron al encuentro de los Laras;
Y al viejo, y á sus hombres, y secuaces"

"Recibieron gozosos con abrazos,
Y de amor é interes con pruebas grandes;
Miéntras el pueblo como loco en vivas,
Voces y aplausos inundó los aires."—

Trémulo, y abatido, y aterrado
Tan larga relacion sufrió el magnate;
Mas las últimas nuevas de improviso
Despertaron su furia inexorable.

Se estremeció; tornaron á encenderse
Sus ojos, y sus miembros á agrandarse:
Los dientes rechinó, crujieron todos
Sus huesos, y rasgando su ropaje,

Gritó con voz tremenda: "No, no teme
" Ni al cielo, ni al infierno Rui-Velázquez.
" Mañana, sí, mi brazo y mi fortuna
" Van de laurel eterno á coronarme."

"Tiemble Castilla, España, el orbe entero:
¿Quién de mi saña puede libertarle?
De engañosos prodigios é imposturas
Necia se asuste la canalla infame;"

"Mas búrlense los hombres de mi esfera....
Rodrigo, á ese infeliz lleva al instante
A la mas honda cava del castillo,
Sin que persona viva con él hable."

"Espere allí cargado de cadenas
" El galardon debido á los cobardes."—
" Señor, señor!....piedad," clamaba el Zurdo,
Echándose por tierra, tan en balde

Como clama *piedad* en la otra vida,
En presencia del juez inexorable,
El alma del malvado impenitente;
Pues el señor de Barbadillo, "Baste,"

Gritó, y le enmudeció: "calla, ó al punto
"Mancho mis propias manos con tu sangre.
"Rodrigo! sús, sin réplica obedece;
"Quítame á ese malvado de delante."

"Dispón que den dos piensos al tordillo,
Pon á punto el arnes de los engastes,
La espada de Bernardo, que en presente
Me dió el rey de Leon cuando las paces;"

"Y la encantada lanza prodigiosa,
Cuya funda es la piel de una ceraste.
Qué puedo yo temer con tal caballo?....
Quién me puede vencer con armas tales?"

"¡Ay de los que provocan mi alto brio!....
"Conocerán mañana lo que vale."—
Hizo una larga pausa el orgulloso,
Y despues continuó: "Tal vez que darte"

"Mas órdenes tendré: deja en seguro
"A ese vil delincuente, y torna á hablarme."—
Despareció sumiso el escudero,
Llevando al Zurdo trémulo delante

Con la siniestra asido, y con la diestra
Preparado el puñal. Se oyó alejarse
El rumor de los pasos de uno y otro,
Y al fin cerrar las puertas mas distantes.

Quedó un momento como mármol, mudo
Y clavado en su puesto Rui-Velázquez;
Mas pronto, cual frenético, girando
Por la sala, en acentos discordantes

Consigo continuó: "No hay otro medio:
" Aventurarlo todo en el combate
" Es el solo recurso que me resta:
"No querrá la fortuna abandonarme".

" Ya está echada la suerte....¿Guarda acaso
A mi brazo el placer de que derrame,
Afirmando por siempre mi dominio,
De ese Lara infeliz la última sangre?"—

Dijo, y quedó en silencio largo ratò,
Y tornando su rostro á demudarse,
Se dió en la frente una palmada, y luego,
Revolviendo los ojos espantables,

Abatido exclamó: "¿Por qué la tierra
"No me traga y confunde?....¿Aventurarme
"Puedo en batalla tal?....Horrenda suerte!....
"¿Quién es, quién este oscuro personaje,"

"Que osa ponerme en tan estrecho apuro,
Que triunfa de venenos y puñales,
Y á quien dirige tan potente mano,
Que de mi gran poder burla los planes?"

"¿Será un fantasma que el encanto mueve?...
Será una aparicion?.... Sus ademanes,
Sus facciones, su voz y su osadía
Son las de aquel Gonzalo detestable."

"¿Le ha vuelto el cielo vengador al mundo?...
¡Yo, como el vulgo vil, he de llevarme
De sueños y de vagas ilusiones!....
Es un bastardo, es un bastardo infame."

"Un hijo....cielos!.... hijo de la hermana
Del terrible Almanzor. ¿Traerá su alfanje
Cual prenda de victoria?.... ¿el que el Destino,
Segun predijo el sabio nigromante,"

"En mi daño forjó?.... ¿Será que al verlo
Se me hiele de horror toda mi sangre?....
No, no entraré en la lid, de que depende
Que la verdad tremenda se declare."

"Puedo tal prueba resistir?.... Huyamos :
Solo una pronta fuga libertarme
Puede de tal conflicto. A dónde?.... á dónde?—
A Córdoba, á Navarra, y de sus haces"

"Venir al frente, á ser el extermino
De Castilla. Sí, á Cordoba : negarme
Nunca podrá Giafar....Qué digo?....ay necio!
Ministro de las iras celestiales,"

"Ese mancebo, aparicion ó encanto,
O de venganzas y exterminios ángel,
O demonio salido del infierno,
Le ha dado muerte, cual á mí ha de darme"

"Tambien mañana....Pues Navarra sea
Mi asilo, mi refugio....¿Quién fiarse
Puede del alevoso don García?
El verme desvalido y suplicante,"

"Fuera su mayor triunfo....Francia....Italia....
Prófugo!....desvalido!....miserable!....
No, prefiero la muerte."—Quedó inmoble
Y otra vez en silencio Rui-Velázquez;

Mas un rayo de luz brilló en su frente,
Aunqué fué pasajera; á animarse
Tornó, y á hablar consigo de este modo :
"Si aun la ciega Fortuna ha de ayudarme,"

"Aquí mismo ha de ser; aquí en Castilla,
En donde aun cuento amigos y parciales.
¿Por qué, necio, he perdido tiempo tanto
En los medios ocultos, en infames"

"Empresas de hombres viles?....Todo, todo,
Debe en momento tal aventurarse.
Hay muchos descontentos en Castilla:
Aun pudiera mañana á fuego y sangre"

"Entrar en Búrgos....El señor de Aranda,
El abad de Cardeña, Payo Sánchez,
Fortun Rodríguez, Álvaro Menéses,
Todos ellos....¡cuán cortos los instantes"

"Son que me restan! Ah!...si cuatro dias,
Si dos....Ya no es posible: en el combate
Cual valiente morir: no hay mas remedio,
Y ser execracion de las edades."—

Quedó en hondo silencio, y arrojóse
(Ahogado, yerto de furor, su sangre
Encendida tan pronto como helada
De pánico terror, ansias mortales

Destrozándole el alma y miembros duros)
Sobre un escaño. Sin ventura! es nave
Volcada entre arrecifes y bajíos,
Y á quien las olas con furor deshacen:

Es un cedro tronchado en la alta cumbre,
Ludibrio de los roncos huracanes:
Es un malvado en fin á quien abruman
Sus crímenes horrendos y crueldades.

Dó el rostro volverá?.... Lo eleva al cielo,
Y ve sobre su frente desplomarse
Un rayo vengador. Lo inclina á tierra,
Y ve que se abre ya para tragarle.

Lo vuelve al tiempo que pasó, y lo mira
Hondo mar de traiciones y maldades:
Al porvenir lo torna, y muerte, infamia
Y tormentos sin fin halla delante.

Oh Dios, lo que pasó! Pero su mente,
Aunqué pocas, oscuras y fugaces,
Sin duda aun vió vislumbres de esperanza;
(En los mas duros y apurados trances

Siempre las ve el mortal) y dieron tregua
En el alma infelice de Velázquez,
Tras dos ó tres hondísimos suspiros,
A todos los tormentos infernales,

Que bramando apuró; pues poco á poco
Se calmó su temblor, mas regulares
Su actitud y su gesto aparecieron;
Sentóse y ajustó la barba y traje;

Miró en torno de sí, con el embozo
Del manto se cubrió todo el semblante;
E inmóvil como un tronco, sumergióse
En tal meditacion, profunda y grande,

Que volvió á entrar en el salon Rodrigo,
Sin que de ella ni un punto le sacase
El rumor de la puerta, y de los pasos,
Que tanto susto le inspiraban ántes.

En el umbral confuso el escudero,
Sin osar del arrobo despertarle,
Quedó algunos momentos. Mas al cabo,
"Señor," dijo en voz baja. Rui-Velázquez,

Como si un trueno oyera, sorprendido,
Pavoroso se alzó; pero al instante,
Conociendo quién era el que le hablaba,
Orgulloso encubriendo sus afanes,

Y que dormido estaba, aparentando;
"Hola, Rodrigo," prorumpió; "¿encerraste
"Al Zurdo, cual mandé?.... ¿Diste la órden
"De que el tordo rodado me preparen?"—

Contextó el escudero en voz sumisa:
"Seguro el Zurdo está bajo tres llaves;
"Pero el tordo rodado....el mas hermoso
"Caballo de Castilla.... está....quién sabe?"—

"Explícate, qué dices?" abatido
Su dueño, se aventura á preguntarle:
"¿No está el tordillo atado en su pesebre
"Con los demas?"—"Señor, á media tarde,"

Prosiguió el escudero, "sacó Lope
"A beber al tordillo, rozagante,
"Fogoso como nunca. A los pretiles
"Todos, todos salimos á admirarle."

"Su cola y crin, movidas por el viento,
Formaban la apariencia de un plumaje;
Con el cuello enarcado relinchaba
Atronando en reedor montes y valles."

"Ya estampaba los cascos en la tierra
Con corvetas y saltos desiguales;
Ya moviendo á compas el paso lento,
El arena esparcía por el aire."

"Bebió en la fuente, y al volver, al punto
De llegar á la puerta, á rezelarse
Comenzó y á temblar; perdió su garbo,
Y como si una sombra ó un cadáver"

"Se le opusiese al paso, dió un bufido,
Inclinó ambas orejas adelante,
Se empinó, y se plantó. Lope, que es diestro,
Quiso á entrar por la bóveda, obligarle"

"Con palabras, halagos, y aun por fuerza;
Pero afligido el tordo, á rebelarse
Comenzó, se erizó, y al fin rompiendo,
Sin ser cosa posible el sujetarle,"

"Cabezada y ronzal, brincó y huyóse,
Desatentado atravesando el parque,
Como si le siguiera hambriento lobo:
El arroyo salvó de parte á parte,"

"Y entró en el bosque espeso, do su curso
La maleza agitada y el ramaje
Un momento indicaron. A carrera
Seguirle quiso Lope, mas fué en balde."

"Regresó sin aliento, y el cervuno
Y una lanza tomó, partiendo á escape
A alcanzar al tordillo, y á traerle;
Pero aun no ha parecido, y es ya tarde."—

Este acontecimiento poco extraño,
Para el pecho infeliz de aquel magnate
Fué la gota de líquido, que llena
Un vaso, y que lo obliga á rebosarse;

Pues si su orgullo y su altivez le dieron
Hasta el momento aquel fuerza bastante
Para esconder su abatimiento y susto,
De modo tal que no los viese nadie;

Logrando alucinar hasta á Rodrigo,
Astuto por demas y penetrante,
Y brazo, y consultor, y confidente
De sus crímenes todos y crueldades;

Al escuchar la fuga del caballo,
Que presagio patente de desastres
Y exterminio juzgó su fantasía,
A tal punto de sí llegó á olvidarse,

Que deshecho en temblor y en sudor frio,
Y en toda su grandeza miserable,
Demostrando el terror que le abrumaba,
(No hay en el mundo alguno que se iguale

Al que al malvado abruma) desplomóse
De nuevo en el escaño, rompió en grandes
Alaridos, cerró los muertos ojos,
Y abatido exclamó: "¿Qué mas señales

"Puedo tener de mi espantosa suerte?"
Y se quedó en silencio. Aproximarse
Osó entónces Rodrigo, aunqué turbado,
Sabiendo es peligroso de un magnate

Momentos presenciar, de que algun dia
Pueda, al ver el testigo, avergonzarse.
Mas como él mismo allí participaba
Del pasmo y del terror, palabras tales

En voz humilde aventuró : "No hay duda ;
"Desque al trono subió Fernan-González,
"Se ven raros prodigios....No soy hombre,
"A quien cosas comunes acobarden,"

"Ni que dé pronto asenso á maravillas ;
Pero os juro, que empieza á conturbarme
Ver cuál protege á ese mancebo moro,
O bien algun demonio, ó algun ángel."

"De las manos del Zurdo y de las mias
Escapó por milagro. La otra tarde,
Que disfrazado fuí de peregrino
A la choza de Elvida á envenenarle,"

"Tambien salvóse por extraño modo.
Ahora el Zurdo (que al fin no es un cobarde,
Ni tampoco lo son los forajidos
Que consigo llevó) no encontró en nadie

"Amparo y proteccion, ni en el camino
Ha podido lograr mas que desastres ;
Y solo se oyen referir portentos,
Que erizan el cabello, en todas partes."

"Yo á la verdad, señor, valgo bien poco,
Pero en lealtad á vos, no cedo á nadie:
Yo á rogaros me atrevo....que....mañana
No os presentéis al singular combate."

"Sé que á vuestro valor y fuerte brazo
Es querer resistir, empresa grande:
Sé que á vuestra destreza y poderío
La Fortuna jamas pudo negarle"

"Seguro triunfo en las batallas todas;
Y que de cuerpo á cuerpo quien os gane,
No se puede encontrar, ni quien en armas
Y caballos de lid os aventaje;"

"Pero mañana!!!....ah!....no, señor....creédme,
"No os presentéis al singular combate."—
"Y queda otro remedio?" consternado
Le preguntó y confuso Rui-Velázquez;

"Dí, queda otro remedio?"—Engrandecióse
El astuto Rodrigo; en su semblante
Pintóse la osadía, y con acento
Seguro y decidido, sin pararse

Repuso: "Sí, señor; acaso queda:
"Aun sentado no está Fernan-González
"Muy de firme en su trono, y en Castilla
"Vuestro influjo y poder aun son muy grandes."

"Hay pobreza, hay envidia, hay descontento:
Tenéis muchos amigos y parciales....
Y....todavía, señor....y todavía....
Si yo en vez de escudero, un personaje"

"Con vasallos, guerreros y castillos
Me encontrara, partido de este lance
Sacaría tal vez....ó pereciera
Con las ruinas de Búrgos."—"Me acertaste,"

"Amigo, el pensamiento," interrumpióle
Su amo fuera de sí. Mas á angustiarse
Tornó, y dijo: "No hay tiempo ya, no hay tiempo:
"Es imposible, sí."—"Tiempo hay bastante,"

Contextó el confidente. Y como al punto
El toque de las ánimas sonase
De un cercano convento en la alta torre
Prosiguió: "Ya lo veis: de Payo Sánchez"

"Legua y media lo mas está el castillo.
En él estar podéis buen rato ántes
De que toquen maitines: allí tiene
Cien hombres de armas de los mas audaces."

"Si se decide, al punto un mensajero,
Su propio capellan, puede avisarle
Al abad de Cardeña; á media noche
Vos aquí regresar, y en el instante,"

"Sin esperar á que amanezca....á Búrgos,
"Y allí...."—Todo su fuego Rui-Velázquez
Recobró, y abrazando al escudero;
"Sin duda," dijo, "por tu boca un ángel"

"Me acaba de animar. Al punto sea;
No perdamos, amigo, ni un instante.
Corre con gran silencio, y de tal modo
Que no lo advierta ni sospeche nadie,"

"El alazan ensilla, y el postigo
Que está á la espalda del palacio, abre.
Allí con el caballo espera, al punto
Partiré; al punto, amigo: vé, no tardes."—

"¿Pues qué, no he de ir con vos?" dijo el criado;
Y el amo replicó. "No, que importante
"Mas que nunca esta noche tu presencia
"Es aquí, en el castillo. En cuanto marche,"

"La voz de que en tranquilo, en hondo sueño
Me dejas reposando, astuto esparce.
En movimiento pon la gente toda,
Junta á los escuderos y á los pajes:"

"Dispón armas, pendones y libreas,
Todo el séquito aquel que acompañarme
Debiera á la batalla. Muy alegre
Muéstrate, como cosa indubitable"

"Asegura mi triunfo, y aun, que tengo
Algun aviso celestial, añade.
Desmiente y pon en burla los prodigios,
Que de Sálas tal vez pueden contarse."

"Saca de la bodega el vino añejo,
Entre los hombres de armas lo reparte:
Anima en fin la gente, y tenla á punto
De que ciega se arroje á cualquier lance."—

"Os entiendo, señor; id descuidado;"
Contextó el escudero: "los instantes
"Urgen, en el postigo sin tardanza
"Con el caballo me hallaréis."—Velázquez

Viendo desparecer al fiel Rodrigo,
Acia el armero apresurado vase,
Pónese una armadura empavonada,
Un casco sin cimera ni plumaje,

Una daga se ciñe y un estoque;
Se echa un ropon de caza, y despues abre
Una pequeña puerta, escucha atento;
No oyendo nada, de la estancia parte;

Pasa un estrecho corredor, y torna
A escuchar otro vez: sigue adelante,
Baja una escalerilla retorcida,
Cruza un patio y oscuros soportales,

Llega al postigo, la ferrada puerta
Encontrando encajada, al campo sale,
Halla en él á Rodrigo y al caballo,
Reconoce las cinchas y el rendaje

A tientas, y cabalga en gran silencio.
‘ Ánimo,” dice el confidente, al darle
El estribo; “ Prudencia y vigilancia,
“ Amigo,” le responde Rui-Velázquez.

Al fogoso alazan la espuela arrima,
A trote cruza el extendido parque,
Y se mete en el bosque por la senda
Que acia el castillo va de Payo Sánchez.

ROMANCE DÉCIMO.

RUGERIO. A la escasa luz que asoma
Entre los rotos nublados,
Veo dos senderos trillados:
Cuál será?....

ÁNGEL DE LA GUARDA. Rugerio, toma
El de la derecha.

EL DEMONIO. Sigue
El de la siniestra, amigo.
Versos de antigua comedia.

Suelen las gigantescas esperanzas
Que de horrendo infortunio en las congojas
Animan de repente al pecho humano,
Ser al par de brillantes, ilusorias;

Y el que engañado de su aspecto hermoso
Sin mas reflexionar en pos se arroja,
Encuentra al primer paso una barrera,
O se pierde infeliz tras vanas sombras.

Así en la noche, por el monte espeso,
Perseguido de fieras bramadoras,
O de los salteadores asesinos,
Perdido caminante se acongoja;

Y de pronto al traves de los peñascos
Una brillante luz poco remota
Advierte, y reconoce ser la lumbre
De amigo albergue y conocida choza.

Ya se figura en salvo, acia el señuelo
Se dirige anhelante, sus zozobras
Y temores olvida; y en su idea
El grato hogar y la abrigada alcoba,

Sabrosa cena y amigable abrazo
El abatido pecho le confortan.
Pero, ay desventurado! apénas mueve,
Encarado á la luz, la planta, toca

El borde de espantosos precipicios,
La cumbre de agrias peñas, que coronan
La dilatada márgen de ancho rio,
Cuya sesga corriente el paso corta,

Sin barca, vado ó puente á la esperanza;
Y ve el desventurado que no hay otra
Sinó arrojarse en la veloz corriente,
O estrellarse cayendo de las rocas;

O ser despedazado en la espesura
Por el colmillo agudo y garra corva
Del lobo rabiador, ó ser despojo
Del bandolero y de su inicua tropa.

Aun mil pasos no está de su castillo
Alongado Velázquez, y su propia
Experiencia del mundo y de los hombres
Con amargo rigor le desconhorta;

Mostrándóle cuán vano y aun funesto
Es el recurso á que se acoge, y todas
Sus ansias y tormentos se renuevan,
Y en desesperacion á hundirle tornan.

Ambicioso y osado es Payo Sánchez,
Sostener quiere pretensiones locas,
Y no empleará su fuerza y sus amigos
En las ajenas, quien las tiene propias.

La tumba de Velázquez puede solo
La basa ser de su grandeza, roca
Donde encuentre cimiento el poderío,
Que en Castilla ejercer ciego ambiciona.

¿Querrá pues sostenerle en su caida?....
Miéntras subsista en pié, no es fácil cosa,
No ya sobrepujarle, sinó aun verse
A su nivel; y poco ó nada importa

A ninguna ambicion, que la familia
De Lara torne á su grandeza y pompa:
Gústios, anciano, ciego, enfermo, inútil,
Con recuerdos no mas y antiguas glorias

Puede, y poco vivir; y ese Mudarra,
O es una aparicion y vana sombra,
Que se disipará, cuando las miras
Cumpla de quien le ha dado cuerpo y forma,

O es un mancebo ardiente, que nacido
Y educado en regiones muy remotas,
Con otros usos, religion y lengua,
Puede brillar, pero en esfera corta.

¿Quién ha de ser tan necio que aventure
Sus planes, esperanzas, fama y honra,
Abrazándose á aquel, que, abandonado
De la tierra y del cielo, se desploma?

¿Quién, que avanzar en el poder pretenda,
Se pondrá en lucha con Castilla toda,
Contra la inclinacion del nuevo conde,
Contra el brazo invencible en fin, que obra

Tales portentos á favor de Lara?
Reflexiones, tan justas y tan obvias,
En el entendimiento de Velázquez,
Abrumándole el alma, se amontonan;

Sacando la juiciosa consecuencia,
Que el confundido pecho le destroza,
De que va á prosternarse ante las plantas
De un rival inferior; á hacer notoria

Su impotencia y patentes sus terrores;
A descubrir secretos de alta monta,
A proponerle peligrosos planes,
A hacerle dueño en fin de su persona;

Para lograr, ó lástima, ó desprecio,
Si es que cadenas y prision no logra;
Y muerte, no en la lid, en el cadalso,
Siendo abominacion de España toda.

Acosado el señor de Barbadillo
De tales pensamientos, abandona
La empresa de tentar á Payo Sánchez,
Y el paso y rienda á su alazan acorta.

Suspenso queda: se le occurre acaso,
Si aun fuerza podrá hallar que le socorra
En algunos oscuros caballeros,
De él casi dependientes, pues que moran

En aquellos contornos, gente armada
Manteniendo por fausto para escolta.
A un lado y otro el alazan revuelve;
Mas pronto ve que á semejantes horas

Socorro mendigar de puerta en puerta,
No puede producir mas que deshonra;
Y que do halló obediencia poderoso,
Cercado de esplendor y regia pompa;

Trémulo, fugitivo, disfrazado,
Va insolencia á encontrar ignominiosa.
Velázquez á los hombres conocía,
Y no se alucinaba en causa propia.

—Dominador de la feraz llanura
Por los aires altivo se remonta,
Y en el tronco robusto y las raices
Profundas apoyado, la alta copa

Extiende en derredor árbol gigante.
Anidan aves mil entre sus hojas,
Abrigo en él ganados y pastores
Buscan de invierno, y de verano sombra;

Sin que ose sospechar que son sus tallos
Grato cebo, la cabra trepadora,
Ni el gañan, que sus ramas dar pudieran,
O lumbre, ó techo á su infelice choza.

Pero truena encendida oscura nube;
Derriba el árbol, con su ruina asombra
Un momento la selva, huyen las aves,
Para nunca volver, y las personas,

Y aun los brutos tambien, viéndole en tierra,
Casi en desprecio el culto antiguo tornan;
Que es mas útil tendido reconocen,
Y aquellos pronto las segures toman,

Aprovechan en leño su ramaje,
Hasta de las cortezas lo despojan;
Y estos sin susto y con osado diente
Le arrancan los renuevos y las hojas.

— Desesperado cual jamas Velázquez,
Viendo cerradas en la tierra todas
Las puertas de socorro en tanto apuro,
Con llanto de despecho la faz moja.

En el espeso monte incierto vaga,
Y al caballo las riendas abandona.
A su alcázar tornar, terror le infunde:
En los desiertos esperar la aurora,

Le horroriza tambien. Ya es media noche,
Vuelan fugaces las lijeras horas....
A la mañana....Oh Dios!....En tal conflicto
Por la primera vez al cielo torna

El pensamiento. Desdichado!....¿Cómo
Favor le pide, proteccion le implora?
Cómo, cómo, infeliz!—Por tal camino,
Que mas la eterna cólera provoca.

Juzgan ciegos los hombres que allá reinan
Las pasiones de acá; que es fácil cosa
Capitular con Dios, y que oraciones,
Y dádivas, y ofertas engañosas

Para el delito, la maldad, el crímen,
Ya que no amparo, tolerancia logran.
Así obcecado el mísero Velázquez
De tal modo consigo reflexiona:

"Si el cielo poderoso concediera
A mi lanza mañana la victoria,
Un santo monasterio yo fundara,
Diera mis bienes todos de limosna,"

"Y las vanas grandezas renunciando
Y del mundo falaz la necia pompa,
A recibir de mi pasada vida
La absolucion, me encaminara á Roma,"

"Para morir despues en un desierto.
Déme mañana, sí, déme la gloria
Del triunfo, mi secreto oculto quede,
Derrame yo en la lid la postrer gota"

"De la sangre de Lara, y mis pecados
En penitencias y con santas obras,
De tal modo expiaré, que pueda al mundo
Servir mi austeridad de ejemplo y norma."

"Si un santo sacerdote hallar me es dado....
Un monje penitente, que interponga
En mi favor ayunos y oraciones,
Dueño será de mis riquezas todas."

"Hay en estas montañas una ermita,
Do un solitario penitente mora....
Si la pudiera hallar....Un monasterio
Cerca de mi palacio....su abad goza"

"Fama de sabidor....: amigo es mio....
Les abriré mi pecho. ¿Qué me importa
De confesion bajo el sigilo?....Sea,
Si logro yo mañana la victoria."—

Así el precito habla entre sí, y en tanto
A paso lento el alazan se embosca,
Sin que rienda ni espuela le dirija,
Por una áspera senda tortuosa.

Era oscura la noche; pero á veces
La escasa luna entre las nubes rotas
Derramaba su luz. El recio viento
En los desnudos árboles y toscas

Peñas silbaba ronco. Algunos ratos
Copiosa lluvia con espesas gotas
A trechos las colinas azotaba;
Otras todo era calma y densa sombra.

Embebido en sus vanos pensamientos,
Y apurando martirios y congojas,
Iba sin saber dónde Rui-Velázquez,
Cuando al salir á un raso, que espaciosa

Vista lograba, y al momento justo
De pasajera claridad, le azora
Del alazan un súbito relincho,
Que por los valles y cavernas hondas

El eco repitió. Sobresaltado
Coge las riendas, se detiene, torna
Los ojos en redor, y de repente
Mira asomar en la vecina loma,

Bien que en incierto y ciego bulto, un hombre
A caballo y con lanza, que galopa
Como á su encuentro, dando voces vagas
Que el viento silbador confunde y borra.

Aunqué no era cobarde, los cabellos
Se le erizaron, y la sangre toda
En sus venas se heló. Tan llena estaba
Su mente de terrores, de espantosas

Fantasmas, y tan débiles sus miembros
Con tantos padeceres y zozobras;
Que ve en aquel jinete un enemigo,
Que de repente la montaña aborta,

O á Mudarra el fantástico, que viene
A saciar sus venganzas. Se abandona
Al pánico pavor, ambos ijares
Del fogoso alazan pica y destroza:

Huye á escape al traves de las malezas,
Por agrias cuestas y escarpadas trochas,
Y como con la fuga el miedo crece,
Sobre la crin del pisador se encorva,

Le aguija mas y mas, y se figura,
Una vez que acia atras el rostro torna,
Que sobre siete ciervos descarnados
Siete esqueletos hórridos le acosan,

Y que los Caras son. Cierra los ojos,
Desatentado ya, ciego se arroja
Por precipicios, setos y barrancas
Con su caballo que, cual suelta corza,

Salva troncos, torrentes y peñascos,
Sacando chispas, cuando encuentra y topa
So la herradura pedernales duros;
Con su ímpetu veloz y cascos forma

De tormenta lejana estruendo sordo,
Y de la noche las tinieblas corta,
Como los aires rápida saeta,
Sin dejar tras de sí rastro ni sombra.

—El ginete tal vez, de quien va huyendo,
Era Lope, que andaba á aquellas horas
Aun buscando al tordillo; ó bien sería
Uno de los malvados de la tropa,

Que al Zurdo acompañara aquella tarde,
Y que al monte se huyó, mermada y rota;
O algun perdido viajador. Quien fuese,
No siguió al fugitivo. ¿Qué persona

Que en su seso estuviera, se arrojara
En los ramblares y en las quiebras hondas,
Por do despareció? Mas cual si fueran
Alas sus piés, el alazan no acorta

El raudo curso, y síguele bien rato,
Hasta que al fin desfallecido choca
Con un troncon volcado, y al empuje
Que en una lastra resbaliza y monda

Hace para saltarlo, se desliza,
Con su jinete en tierra se desploma,
El monte oscuro con el golpe atruena,
Y con su peso un matorral agobia.

En el fango tendido Rui-Velázquez
Permaneció por largo tiempo, todas
Sus facultades muertas. Pero al cabo
Un turbion recio, que las densas sombras

Hendiendo, lanza pasajera nube,
El pecho y rostro pálido le azota,
Y en sí le vuelve, cual si de hondo sueño
Tremendo despertara. Se incorpora;

En pié se pone, temeroso duda,
Si aun está en este mundo y en su propia
Carne mortal. Su pensamiento llena,
Pero en confusas y embrolladas formas,

Cuanto ha pasado aquella noche. Envuelto
Se ve en densas tenieblas, y le acosa
La fuerte lluvia. En dónde está, no sabe,
Ni cómo allí ha venido. Que ya mora

La region infernal, que ya principian
Sus tormentos, sospecha, y casi torna
A perder los sentidos, yerto, helado
Y de dolores lleno. Voladora

Pasa en tanto la nube, aclara, cesa
El aguacero, media faz asoma
Por el roto celaje clara luna,
Y vida con su luz los campos cobran.

La claridad, la calma y los objetos,
Que se muestran cual son, á las congojas
De Velázquez dan tregua, le reaniman,
Y su abatido espíritu confortan.

A coordinarse empiezan sus ideas,
Vienen la fuga y golpe á su memoria,
Y el caballo echa ménos. Anhelante
Vuelve los ojos á una parte y otra,

Avanza algunos pasos, y descubre
Casi á su frente, y á distancia corta
Un pequeño edificio, en el que indica,
Que hay luz ú hogar, una alta claraboya.

Animoso se acerca, ve un caballo
Pacer la yerba que al abrigo brota
Del tosco muro; al punto reconoce
A su corcel. Con tal hallazgo todas

Sus fuerzas se reaniman; silla y freno,
Que estaban ya en desórden, le acomoda,
Y con él de las riendas examina
El edificio todo á la redonda.

Halla pronto la puerta, aunqué cerrada,
Y oye dentro una voz que armoniosa
Los salmos y las santas oraciones,
Que á maitines la Iglesia reza, entona.

Al momento conoce que es la ermita,
Do el solitario penitente mora,
Y á quien pensó buscar ha poco rato
Para pedir al cielo la victoria.

No duda pues que el cielo, el mismo cielo
A que á tal santo y proteccion se acoja,
Por tan extraño modo le ha traido;
Y sin pensarlo mas, la puerta toca,

Que cediendo al impulso, ábrese lenta,
Y se halló Rui-Velázquez en la gloria.
Nada ménos creyó, viéndose dentro
De una limpia capilla primorosa,

Cuyas blancas paredes relucían
Al claro resplandor de dos antorchas,
Que en un altar de piedra iluminaban
La imágen hermosísima y devota

De una Vírgen de cedro, colorido
El rostro, y de oro y de trasflor las ropas:
Escultura de aquellas que los griegos,
En aquel siglo de barbarie y sombras,

Dichosos los reflejos conservando
De otra mas culta edad y mas remota,
Industriosos labraban y esparcían
Con grande lucro en la cristiana Europa; [1]

Y de las cuales, aunqué raras, duran
Algunas con gran culto y luenga historia,
Del curso de la edad ennegrecidas;
Mas venerables siempre y milagrosas.

Ornaban el altar vasos diversos
De extraño esmalte y peregrina forma,
Con siemprevivas, juncias, brezo y yerbas,
Que el rigor invernal no descolora.

A un lado y otro en sendos braserillos
Humo apacible y delicioso aroma
Quemadas espartían por al aire
Ramas de enebro y escogidas gomas.

Enfrente del altar, arrodillado
En medio de la ermita, el alma toda,
Embebida en las santas oraciones
Que entonaba con voz clara y sonora,

Fijos los ojos en la sacra imágen
Con expresion sublime, y las rugosas
Manos puestas en cruz absorto estaba,
El solitario. Augusta su persona,

Y larga era su edad, noble su rostro,
Tranquilo y venerable. En blancas ondas
Su barba y sus cabellos descendían,
Y una túnica blanca y una estola

Eran su traje. Sus fervientes rezos
Ni el rumor de la puerta, ni á tal hora
La entrada de un incógnito turbaron,
Pues ni aun volvió la faz. Todo lo nota

Velázquez, y embargado de respeto,
Quédase en el umbral, y calla, y dobla
Ambas rodillas, la cabeza inclina,
Del acerado almete la despoja,

Y cruzando los brazos sobre el pecho
Con humilde actitud, en él impropia,
Lucha con los terrores y esperanzas
Que en su confusa mente se amontonan.

Era Ildovaldo el nombre que se daba
El santo anacoreta; mas su historia
Desconocida casi, aunqué en el vulgo
Fábulas, entre sí contradictorias

Y llenas de portentos ó milagros,
Se refiriesen de él. Eran notorias
Su alta sangre, y su cuna en Lombardía;
Por qué empero dejó su patria propia,

Y cuáles desengaños le trajeron
A aquella vida solitaria, cosas
Fueron siempre escondidas. Vino á España,
A Castilla y á Búrgos desde Roma,

Cuando dejaron huérfana la Iglesia
Las sacrílegas tramas de Marozzia;
Y aunqué solo llegó, consigo trajo
Grandes riquezas y soberbias joyas.

Recibióle en su casa el arzobispo,
Con altas muestras de respeto y honra,
Y ambos tuvieron conferencias largas
De gran secreto y traza misteriosa;

Y aunqué de Búrgos la atencion llamaron,
La de don Sancho, de la corte toda,
Y de Velázquez mismo, impenetrables
Quedaron y escondidas entre sombras.

Vivió Ildovaldo pues en el palacio
Arzobispal, y en gran retiro : á pocas
Semanas, en el monte aquella ermita
Trazó por sí y edificó á su costa;

Y establecido en ella, repartiendo
Ántes grandes riquezas en limosnas,
Renunció al mundo, y consagróse todo
Á ejemplar vida, penitente y sola.

No tornó mas á Búrgos: en las granjas,
Altos palacios, miserables chozas,
Aldeas y alquerías del contorno
Se le vió raras veces; y las pocas

Que en tales sitios se mostró, fué siempre
A ser íris de paz en las discordias
Domésticas, auxilio en un incendio,
O consuelo de angustias y congojas.

Era grande su ciencia y su doctrina,
Sólida su virtud, conmovedora
Su elocuencia, y ardiente y extremada
Su caridad. Tal vez de la redonda

Solían concurrir los labradôres,
Y en torno de él, á la apacible sombra
De algun árbol del bosque, ó en la ermita
Recibir embebidos de su boca

La palabra de Dios. Y tal respeto,
Tanta veneracion lograba en toda
La comarca, tal fama y santo nombre
En Castilla tambien, que aun hubo locas

Ambiciones, que osaron un apoyo
Buscar en su influencia poderosa;
Pero el anacoreta, sin airarse
Contra tales propuestas, desechólas,

Mostrando, que el varon que el siglo deja,
Y que renuncia á las mundanas pompas,
Profesando en la vida retirada
La penitencia y prácticas devotas;

A los hombres y á Dios engaña, rompe
Sus votos y en demonio se trasforma,
En cuanto parte en cosas de este mundo,
Y en las pasiones de la tierra toma.

Tal era el venerable penitente,
A cuyo umbral postrada la persona,
Mas soberbia y audaz que vió Castilla,
Ni respirar, ni alzar los ojos osa.

Acabó sus maitines Ildovaldo,
Quedó inmoble un momento, con la boca
Selló la tierra, santiguóse, y luego
Se alzó, y con faz tranquila y voz melosa,

"La paz de Dios en vuestro pecho sea,"
Dijo vuelto acia el huésped. "¿A estas horas,
"Hermano, qué buscáis en mi retiro?"—
A su acento Velázquez se recobra,

Y en pié se pone, mas turbado calla.
El cenobita continuó: "¿Las sombras
"Espesas de la noche os han borrado
"Las sendas, los caminos y las trochas,"

"Y perdido vagáis por la montaña?....
Aquí hallaréis descanso hasta la aurora,
Y con la nueva luz vuestro camino
Volveréis á encontrar.... Mas si tan corta"

"Detencion os molesta, en el momento
Yo, que conozco las veredas todas
De esta comarca, os serviré de guia."—
Velázquez, cuya mente estaba absorta

Imaginando cómo sus temores,
A tal varon, sus ansias y zozobras
Referir, y empeñarle á que á los cielos
En su favor arranque la victoria

Del tremendo combate, no responde.
El ermitaño, que en su frente nota
La terrible inquietud que le domina,
La turbacion y espanto que le agobian,

Un instante le observa en gran silencio,
Y así con interes á hablarle torna:
"Sí, foragidos hay en estos montes,
"Fieras tambien que al caminante acosan;"

"Tal vez la insana furia de los unos
Y la voraz audacia de las otras
A buscar este asilo os compelieron;
Y á él, hermano, llegasteis en buen hora."

"Seguro estáis aquí bajo el amparo
De la que de luceros se corona,
Y cuya planta la feroz cabeza
Del dragon infernal quebranta y postra."—

Rompió entónces Velázquez el silencio,
Que han menester alivio sus congojas,
Y como á su pesar, "Oh padre!" dice,
"No de bandidos, ni de fieras torvas"

"Huyendo vine aquí; sí de fantasmas,
De terribles espectros que me asombran
Y persiguen do quier.....: Del cielo airado...
De una suerte infeliz y desastrosa"....

"Y de mí, de mí mismo."—Aquí atajóle
Un helado temblor. Pero le toma
La mano, y se la aprieta el cenobita,
Y en caridad ardiendo su alma toda,

Le anima de esta suerte: "Si infortunios,
"Si de este valle de dolor agobian
"Vuestro pecho infelice las desdichas,
"En buen puerto os halláis. Consoladora"

"La madre de Dios es del afligido,
Fuente de celestial misericordia.
Postraos, pedídle su favor, y al punto
Su favor obtendréis. Nunca lo implora"

"El pecador en vano."—Rui-Velázquez
Fuerzas y aliento de repente cobra:
Con ambas manos á su pecho aprieta
La de Ildovaldo trémula y rugosa,

Clava los ojos en la santa imágen,
Y exclama en ronca voz: "Si la victoria
"Me concede mañana, yo hago voto
"De tornar esta ermita, á toda costa,

"En magnífico templo, cuyas torres
Allá en las nubes su remate escondan.
Jaspe y bronce serán las ricos muros,
De cedro las techumbres: cien antorchas,

"En blandones de plata, noche y dia
Reflejarán sobre las ricas joyas
Del ara santa. Veinte capellanes,
Y á su cabeza vos, dueño de todas"

"Mis riquezas, señor de mis Estados,
"Al culto de tan alta protectora
"Consagrarán"...—"Callád, basta, infelice!!!"
Diciendo, el voto del malvado corta

Con firme voz el santo anacoreta:
"Basta, no blasfemeis. Qué! ¿se soborna
"Por ventura á la reina de los cielos,
"Y su divina proteccion se compra?"

"Las ofertas, los dones, de este mundo
La vanidad y fugitivas pompas,
Arrastran á los míseros mortales;
Mas de la Omnipotencia nada logran?"

"Un corazon sin mancha, una alma pura
Son su altar y su templo: buenas obras,
Y caridad, y rectas intenciones
Son su culto mejor. Las voces solas"

"Que desarman el brazo de sus iras,
Que abren la celestial misericordia,
Son la del pecador arrepentido
Y la de la inocencia candorosa."—

A medida que hablaba el penitente,
Todo su aspecto, sus facciones todas
Cobraban tal grandeza y fuego santo,
Que era ya mas que humana su persona;

Un verdadero apóstol, un profeta.
Al par oscuras, infernales sombras
Ofuscaban el rostro de Velázquez,
Lívido y cadavérico, la copia

De un criminal convicto presentando,
Que su sentencia escucha. En cuanto nota
Su abatimiento el santo cenobita,
El zelo y voz enérgica reporta

Con caridad cristiana, y otro giro,
Otro ademan mas compasivo toma,
Prosiguiendo: "Sí, hermano; nadie, nadie
"En el seno de Dios eterno logra"

"Acogida mas tierna que el contrito.
Un gemido, una lágrima tansola
De sincero dolor al juez airado
En padre amorosísimo trasforma."

"El pecador, por pecador que sea,
Seguro está de hallar misericordia;
Pero....ay, si se descuida! vuela el tiempo,
Frágil es nuestra vida, y harto corta."

"No hay momento seguro: hermano mio,
Acudíd al Señor....Si es que os agobia
El peso de la culpa, alzád al cielo
Vuestra alma arrepentida: al punto todas"

"Vuestras penas veréis dulcificadas;
Sea cual fuere el conflicto que acongoja
Vuestro pecho, pedídle á Dios ayuda,
Os la dará amoroso....La victoria"

"De una lid pretendéis?"—"Sí, padre mio,"
Velázquez le responde: "la victoria
"De una batalla horrible, de combate,
"En que no solo va la fama y honra,"

"Sinó tambien condenacion eterna.
"Sí, que es prueba de sangre, en que notoria
"Ha de quedar del cielo".... Aquí embargóse
Su voz. Apresurada y anhelosa

La de Ildovaldo continuó: "¿Sin duda
"Al aceptarlo, ni la mas remota
"Sospecha, ni el escrúpulo mas leve
"Os quedó de si estaban triunfadoras"

"La razon y justicia á vuestro lado?"—
"Razon!!!....justicia!!!" repitió la boca
De Velázquez helada, cual repite
El eco oscuro en las cavernas hondas

Los gritos del pastor; y el potentado,
El guerreador, el fuerte, el que de roca
Tiene su corazon, el que de hierro
Vestido y con espada cortadora

En la cinta se muestra; confundido
Tiembla, duda, anonádase, y se apoya
Sobre el anciano débil, desarmado,
Pacífico y humilde; heladas gotas

De sudor, no de lágrimas, mojando
La blanca barba y la bendita estola
Del solitario, que afligido calla,
De una torre que se abre y se desploma,

Frágil puntal. Despues de algun momento
Ildovaldo piadoso junta todas
Sus fuerzas, á su huéspued en los brazos
Mueve, sobre un escaño le acomoda.

Socórrele solícito, le anima,
Que al cabo cobre sus sentidos logra,
Y con tal caridad le habla y consuela,
Y con tan dulce persuasion le exhorta,

Que en un momento de expansion Velázquez
Le abre su pecho, y la infernal historia
De sus odios y bárbaras venganzas,
Y del reto aceptado que le ahoga,

Con terror tan horrendo le refiere,
Como al médico docto, en quien coloca
Su esperanza final, cuenta el doliente
Su aguda enfermedad hora por hora.

Si exacta fué la relacion prolija,
Si confesó las circunstancias todas
De sus tramas atroces, Dios lo sabe:
¿Pues quién de tanta ingenuidad blasona,

Que no disculpe ó palie sus delitos,
Cuando la acusacion emprende propia?
Con horror y con lástima escuchóle
El pálido ermitaño; y la espantosa

Confesion terminada, así prorumpe:
"Cuán grande es la eterna misericordia!
"Ay, cuán grande es con vos, hermano mio!
"Tras tan largo esperar no proporciona"

"A todos tantos medios de reparo:
No los desperdiciéis. Una victoria
Pedís á Dios, y Dios está dispuesto
A daros una tan completa y pronta,"

"Tan grande, tan magnífica, que os haga
Del orbe absorto admiracion y norma,
Un astro refulgente de los cielos,
Un potentado excelso de la gloria."

"Oh cuán felice sois!....Hollád la senda;
Despreciable barrera el paso os corta.
Arrostrádla, lidiád....vuestro es el triunfo,
Con él os brinda el cielo á poca costa."—

Velázquez, confundido y enfangado
En el cieno del mundo, no remonta
Su alma precita á comprender tan altas
Magníficas ofertas, como brotan

Del inspirado labio. Solo en ellas
Halla de sus pasiones la lisonja;
Y con vehemencia, "Oh padre!" le interrumpe,
"Pues tan segura tengo la victoria,"

"Qué debo hacer?....Decíd....¿Mis pasos guie
"De vuestra santidad la clara antorcha."—
Contextó el cenobita: "Qué?....un cristiano
"Que ha confesado ya sus culpas todas,"

"Que demanda piedad al santo cielo,
Y que á la Vírgen sin mancilla toma
Por escudo y amparo; ¿lo que puede,
Lo que tansolo hacer le es dado, ignora?"

"Volád, que urge ya el tiempo: de ese anciano,
De ese anciano inocente, en quien rabiosa
Se cebó vuestra furia; á quien robasteis
Hijos, felicidad, fortuna y honra,"

"Arrojaos á las plantas, y pedídle
Perdon: os lo dará. Tal vez piadosa
La mano del Señor guardó su vida,
Para que os dé perdon. Id; sin demora"

"Luego al mundo anunciád, que es inocente
Vuestro enemigo, por que tenga pronta
Reparacion completa. Vuestros bienes
En su esplendor antiguo le repongan,"

"En vuestros brazos recibíd al jóven
Que os retó denodado. Su persona
Mirád cual si en sus venas circulara,
Siendo hijo vuestro, vuestra sangre propia."

„Tomád á vuestro cargo el que abjurando
Los infernales ritos de Mahoma,
Reciba el agua santa del bautismo,
Y que al Criador consagre su alma heroica."

"Hé aquí lo que el Señor de vos exige;
Hé aquí de un triunfo cierto la corona;
Hé aquí el ancho camino que va al cielo;
Hé aquí de salvacion la senda sola."—

En tanto que así hablaba el solitario
Con celestial fervor, el alma torva
De Velázquez demonio se convierte,
Y su pecho volcan. Fiero recobra

Todo el vigor perdido : en un infierno,
A sus ojos, la ermita se trasforma.
Álzase furibundo, y dando un grito,
Que sonó como suena entre las rocas

Duro golpe de mar, "Basta, infelice:
" Si no quieres morir, sella la boca;
" Séllala, infame," dijo al cenobita :
" Sabes tú con quién hablas?....¿á quién osas"

" La infamia proponer?....¿ y tú eres dueño
" (Maldita mi imprudencia ciega y loca)
" De mis secretos todos?....Don de muerte
" De mi confianza el don será."—Furiosa

Llevó la diestra al pomo de la daga,
Y medio fuera de la vaina forma
Relámpago funesto la cuchilla,
Reflejando la luz de las antorchas;

Pero tornó á esconderla el iracundo,
De ella quitó la mano, y, " ¿Qué me importa
" De ti, extrangero vil?" prosiguió altivo :
" Solo eres digno de desprecio y mofa."

" ¿Cómo pude obcecado ni un momento
Con mi presencia honrar tu humilde choza?
Abades tiene, príncipes la Iglesia,
Príncipes, que mis votos y limosnas"

"Presentarán al cielo, y sus favores
Para mí lograrán. Hasta la hora
En que me has visto, olvida.... ¡Desdichado,
Si aun mi nombre conservas en memoria!!!"—

Dice, aparta feroz al cenobita,
Corre á la puerta, la celada toma,
Al campo sale, su caballo busca,
Le halla al momento, apresurado monta;

Aléjase á galope, se confunde
De la montaña en las oscuras sombras,
En la espesura, en las fragosas quiebras,
Y son de trueno su carrera forma.

Inmoble, yerto en medio de la ermita
Quedó el santo varon: que una espantosa
Vision de infierno ha sido todo, juzga.
Mas en sí pronto vuelve, se recobra,

Y su cabeza venerable cubre
Con el gran capuchon, al pié se arroja
Del altar, donde el rostro contra el suelo,
Y en lágrimas deshecho, ardiente implora

De la Vírgen santísima, que mire
Con piedad aquella alma pecadora,
Que tan perdida al precipicio corre,
Y que en tales abismos se desploma.

— En tanto Rui-Velázquez el camino
Sin detenerse despechado toma
Del monasterio aquel, que está cercano
De su castillo, y rápido galopa

En busca del abad, del cual espera,
Que admitiendo sus votos y limosnas,
Arranque á su favor del alto cielo
Segura proteccion, cierta victoria.

Era ya enfermo indómito, que loco
Huye del docto físico, la sola
Medicina eficaz para salvarle
Rehusando, por amarga ó dolorosa;

Y al charlatan empírico se acoge,
Su confianza le da ciego, y coloca
Esperanza funesta en la dulzura
De los venenos y doradas drogas.

El cierzo helado despejado había
La atmósfera de nubes; ya la aurora
Rayaba, y en el último horizonte
El albor del crepúsculo las sombras

Empezaba á arrollar. Lejanas cumbres,
Anchas llanuras y peladas rocas
Borradas entre niebla aparecían;
Cuerpo tomaban las vecinas lomas,

Y los cercanos bosques, aun envueltos
En vapor blanquecino, gruesas gotas
De la pasada lluvia destilaban.
Retumbaban en torno las sonoras

Campanas del vecino monasterio,
Que saludan al alba, y que convocan
A la oracion de la mañana; y vense
Que, descollando entre la selva, asoman

Dos gigantescas puntiagudas torres,
Que de cruces de fierro se coronan.
El réprobo, al mirarlas, animoso
De su alazan el ímpetu redobla:

Metióse entre los árboles desnudos,
Y al salir de ellos, á distancia corta
El soberbio vastísimo edificio
Tiene á la vista, y se la llena toda.

Varios tristes cipreses verdinegros,
Gigantes silenciosos que custodian
La plaza donde se alza la gran mole,
Adustos por el aire se remotan,

Y marcan el tranquilo cementerio,
Donde, en hileras, funerales losas,
O encierran á los monjes que han vivido
O están llamando á los que aun vida gozan.

Ya se descubre la soberbia puerta
De la iglesia, arco osado que se apoya
En dos gruesos altísimos pilares,
Y que con gusto escaso en torno adornan

Escudos, mitras, nichos y trofeos,
Entre follajes y labores toscas;
Dejando ver el interior oscuro,
Y en perspectiva entre sus vagas sombras

Alzarse, cual fantasmas colosales,
Los enhiestos machones, que soportan
El pesado cimborio; y al fin de ellos,
Al traves de una verja primorosa,

El dorado retablo se columbra,
Al trémulo fulgor de las antorchas.
— Llega Velázquez pues, las riendas suelta,
Se ase á las crines, del arzon se arroja;

Y miéntras su alazan ijadeando,
Por la nariz hinchada se desfoga,
De humo, de espuma y de sudor cubierto;
Y lánguido á rascarse cuello y cola

Va al tronco de un cipres, y de la yerba
Pace que en torno á los lucillos brota;
Él traspasa el umbral, y á paso lento
Entra en la inmensa nave, húmeda y sola,

Sus pasos resonando y sus espuelas
Del pavimento en las cuadradas losas.
A la mitad del templo al fin se pára,
So la eminente bóveda, y se apoya

Del Fundador contra el sepulcro helado,
Trozo de mármol con labores toscas,
Sobre el que una armadura, un rojo manto
Y dos banderas desgarradas posan.

Las varias voces del discorde coro
Por las cimbrias altísimas rimbomban,
Y suena alguna tos de cuando en cuando
En las capillas lóbregas. Asoma

Allá en el presbiterio, semejante
A una fantasma, con sus blancas ropas
Un monje, que cruzando á lento paso,
Vigila los blandones, acomoda

Sobre el altar misal y vinajeras,
Apresta el incensario, las alfombras
Extiende, mulle del abad la silla,
Y las lámparas baja y las adoba.

De prima la oracion luego concluye,
Y la comunidad desciende toda,
Precedida de cruz y de ciriales:
Atraviesa la iglesia, en voces sordas

Y sumisas un salmo murmurando.
Marcha en dos largas filas, y las forman
Unos cincuenta monjes, presididos
Por el potente abad, que con gran pompa

Va detras de su grey, bien abrigadas
Frente y orejas bajo negra gorra;
Y el cuerpo en un forrado y rico manto
De nobles pliegues y de luenga cola.

Dos legos le acompañan; lleva el uno
La mitra ornada de soberbias joyas,
Otro el gremial: despues dos escuderos;
Este una espada y estandarte arbola,

Aquel lleva un escudo y capacete:
Seis hombres de armas sírvenle de escolta,
Y en pos dos monacillos y dos pajes
Un gran sillon y un escabel trasportan:

Raro acompañamiento, do resaltan
Insignias entre sí contradictorias
De pastor y guerrero, de prelado
Y de rico-home. Muestra su persona

Sexagenaria edad, pero robusta,
Regular talla, obesidad notoria,
Gravedad afectada, paso tardo,
Fuerte respiracion, mas trabajosa.

Son sus ojos alegres y vivaces,
Brota salud su faz fresca y redonda,
Y sus anchas mejillas rubicundas,
Y su nariz, acia la punta roja,

Que sabrosos manjares, suculentos
Y abundantes, su pasto son, denotan;
Y que á sus digestiones siempre ayudan
Vinos añejos de poder y aroma.

De condicion benigna y apacible,
Jamas tomaba parte en las discordias
Y manejos políticos de corte;
Obsequiar al poder tiene por norma.

Era todo su afan del monasterio
Aumentar los dominios, y su sola
Ambicion disfrutarlos en reposo;
Gozando las ventajas deliciosas

Que el derecho feudal le concedía,
A la verdad extrañas y no pocas:
Y su gusto, asistir á los banquetes,
Y tambien darlos en su celda propia.

—Al pasar el prelado y su comparsa
Junto á Velázquez, que se humilla y postra,
No dió de conocerle muestra alguna;
O tal vez por tener la vista corta,

O porqué era difícil en tal porte,
En tanta lobreguez y á aquellas horas;
Pero le echó su bendicion. Velázquez
Intenta el acercarse; mas la escolta

Se lo impide; y confuso, despechado
Sigue la procesion, que desemboca
La nave principal, al presbiterio
Hace la reverencia, y se entra toda

Allá en la sacristía. Sus canceles
Va el caballero á penetrar, y estorban
El paso los armígeros. Entónces
Humillado se siente, y en voz ronca

Pronunciando su nombre, airado dice,
Que al punto hablar con el abad le importa.
El conocerle, turba á los armados
Y le dejan entrada. No fué poca

Del abad la sorpresa. El tiempo todo
Que del poder en la grandeza y pompa
Vivió el señor de Barbadillo, estuvo
Con él en amistad: desde la hora

En que murió don Sancho, mas remiso
Comenzóle á tratar; y cuando rotas
Las cadenas de Lara, vió por tierra
A Velázquez, y claro que no logra

La gracia y el favor del nuevo conde,
Cortó con él sus relaciones todas.
Por lo que, ante sí viéndole, turbado,
En traje tal y en tal momento ahora,

No sabe qué pensar de su venida;
Y se le occurren súbito dos cosas,
Ambas desagradables: ó que viene
Con la sed de venganza que le ahoga,

A tentarle y pedirle tome parte
En algun plan osado de discordias
Y de guerra civil, con el que intenta
Recobrar el poder; ó á que le esconda

Dentro del monasterio, y le liberte
Del corvo alfanje y saña vengadora
Del moro ú del prodigio, que aquel dia
Emplazado le tiene. Se acongoja

El prudente varon, imaginando
Que muy bien puede de una suerte ú otra
Salir perjudicado su peculio,
O la quietud de que el convento goza;

Y la visita inoportuna acoge
Con aquel embarazo, que no logra
La prudencia evitar, porqué en el rostro
Y en la actitud, á su despecho, asoma.

Velázquez, solo porqué esta ocupado
En sus terribles inquietudes propias,
La del abad no advierte. Se aproxima,
Una mano solícito le toma,

La besa, y le suplica que le escuche
Por un momento en confesion á solas,
Para hacerle sumiso una consulta
Del mayor interes. Aun mas se azora

Con esta pretension el buen prelado,
Bien que hecha en tono humilde; pues la fosca
Facha de aquel demonio en carne humana
Su sangre hiela, sus palabras corta.

Falto de aliento pues para excusarse,
Y maldiciendo en su interior la hora
En que se abrió la puerta de la iglesia,
Y el caballo que trajó á tal persona,

Y que no la dejó perniquebrada
Del agrio monte por las quiebras hondas;
Álzase, y con recato y disimulo
A fray Ambrosio, un monje, cuyas formas

Eran las de un jayan, al paso dice,
Que se quede á la mira y se disponga
A entrar con una tranca en todo evento;
Y á un oratorio ó capillita angosta,

Que estaba allí en la misma sacristía,
Fuése con Rui-Velázquez. Se coloca
En un confesonario, que pudiera
De castillo servir: una poltrona,

Que cede rechinando al peso, oprime:
Se hace un ovillo con el manto, y toma
La actitud del que escucha. El caballero
Delante de él una rodilla dobla,

Y le refiere su pasada vida,
Llena de atrocidades, que no ignora
El padre espiritual, pero á que cauto,
Severo demostrarse apénas osa.

Así, cuando hace pausa el penitente,
Un *pues* ó un *ya* entremete y acomoda;
Bien un suspiro ó tos, ó alguna frase,
Tan insignificante como corta.

Pero cuando Velázquez, dando cima
A su infernal y abominable historia,
Pasó á mostrarle que dispuesto estaba
A dar todos sus bienes de limosna,

Como compensacion de sus pecados,
Para lograr que el cielo le socorra
En el presente apuro; y que al momento
Hará cesion de sus riquezas todas

Al monasterio aquel, si se le aplican
Las penitencias y las santas obras
De la comunidad, para alcanzarle
En la lid inminente la victoria;

Volvióle el alma al cuerpo al buen prelado,
Descuajóse su sangre, se recobra
Su ahogado corazon, y se convierten
Las gualdas de su faz en frescas rosas.

Y bendiciendo en su interior el punto,
En que se abrió la iglesia á tales horas,
Y al caballo que trajo tal visita,
Salva á traves de tierra tan fragosa;

Ya como aquel que marcha sin cuidado
Por senda conocida y tierra propia,
Se deja arrebatar del santo zelo,
Y reprendiendo al pecador, le exhorta

A penitencia y contricion, é insiste
En que para encontrar misericordia,
Cumpla su buen propósito al momento,
Pues mueren las palabras sin las obras.

— Velázquez ansia el verse descargado
Del voto aquel, con que presume logra
Celeste proteccion; mas aun pregunta,
" ¿Y qué, será segura la victoria?"

-El buen abad desconcertóse un poco;
Pero le respondió: "Todo se logra
" Con la ayuda de Dios. Grandes, enormes
" Vuestras culpas han sido; mas las borra"

" Vuestro arrepentimiento, y las compensa
La renuncia que hacéis de vanas pompas
Y riquezas mundanas, todo, todo
Cediéndolo al Señor. Muy poderosas"

" Por otra parte son las oraciones
De esta comunidad, de que la gloria
Tengo, aunqué indigno, yo de ser prelado.
En ella hay almas de primera nota,"

"Ángeles en la tierra, santos tales,
De virtud tan eximia y portentosa,
Y de tan dura y penitente vida,
Que influjo grande con el cielo gozan."

"Todos por vos en oracion al punto
El coro ocuparán. Yo cien antorchas
Mandaré que se enciendan : imposible
Es que la Omnipotencia quede sorda"

"A tantos ruegos, y que auxilio niegue
A quien, cual vos, por medio tal lo implora.
Reconciliado con el cielo, nada
Os debe ya asustar. Es bien notoria"

"Vuestra destreza en justas y combates;
Vuestro claro valor al mundo asombra :
El mancebo que os reta y os emplaza,
Es un pagano, un perro de Mahoma,"

"A quien falta la gracia; y aunqué tenga
Mas ó ménos razon, no ha de ser cosa
De que vencer consiga á un buen cristiano,
Al momento en que acaba de dar todas"

"Sus riquezas á un santo monasterio ;
Que es la mayor de las piadosas obras.
Ánimo pues, el tiempo no perdamos,
Firmádme al punto donacion en forma;"

"Y confiando en el cielo y en las preces
De mis monjes, volád y sin zozobra
Entrád en lid, y fulminád la lanza,
Que aunqué aprieta el Señor, jamas ahoga."—

Dijo, y sin dejar réplica á Velázquez,
A fray Ambrosio llama en voz sonora.
Ambrosio entró al momento preparado
Con una tranca; pero así que nota

Que todo en órden va, diestro la esconde,
Y actitud santa y compungida toma.
El buen abad su vigilancia y tacto
Con una sonrisita galardona,

Y le dice: "Al momento al secretario
"Busca, y para mi celda le convoca.
"Los padres receptor y despensero
"Vayan tambien con él, y sin demora."—

Despareció obediente fray Ambrosio:
El preladó dejando la poltrona,
Apóyase en el brázo de Velázquez,
Sale á la iglesia, y con la armada escolta,

Los pajes y los legos, sube al claustro,
A su huésped contando las historias
De los grandes milagros que el convento
Ha obrado, y del poder de la limosna;

Y entró en su celda, que en verdad parece,
Mas la mansion extensa y suntuosa
De un poderoso rey, que la vivienda
De un penitente, reducida y sola.

En medio de una cuadra, cuyos muros
Ricas molduras y follaje adornan,
Cuyo arteson altísimo de cedro
Timbres ostenta de mundana pompa,

Y cuyos muebles eran los mas ricos
De aquella edad; estaba una redonda
Mesa entallada con primor y esmero,
A su frente un sillon de rara forma,

Y sobre ella un jamon, pan como nieve,
Un ánade, dos truchas y una torta,
Todo en fuentes de plata repartido;
Y al lado del cubierto una gran copa

De oro, y que medio azumbre contendría,
Segun era capaz, erguida y honda;
Con un frasco de vino de Alaéjos,
Y de leche de anis una redoma.

Resplandeció de júbilo la frente
Del abad á la vista apetitosa
De su ordinario desayuno. Manda
Otro sillon poner, y franco exhorta

Al huésped á que tome alguna parte
De su almuerzo frugal, diciendo: "Todas
" Las penas, los cuidados mas enormes,
" Así que llegan de yantar las horas,"

" Deben desparecer, ponerse á un lado.
Tener el vientre lleno, es lo que importa
En cualquiera ocasion: con él vacío
El mas leve trabajo nos agobia." [2]

" Ánimo, caballero, llegád, ea,
Una presa y un trago, y luego corra
La suerte que Dios quiera. Ambos habemos
Menester fuerzas, y en verdad no cortas;"

"Yo para la oracion y penitencias,
Y vos para lidiar."—Con frente torva
Rehusó Velázquez el convite, y mudo
Va á un lejano sitial, y en él se arroja.

El abad embistió con el almuerzo;
Y á corto rato por la puerta asoman
Receptor, despensero y secretario,
Que á un lado con respeto se colocan.

Eran tres monjes de distinto empaque:
El padre receptor es de persona
Alta y recia, de rostro macilento,
Aguda la nariz, la barba roja,

Los ojos pensadores y sumidos,
Ágiles miembros, mas presencia tosca.
El padre despensero era rechoncho,
Su panza abultadísima y redonda,

Y cuellicorto tanto, que empotrada
Iba en los hombros su cabeza gorda:
Su corte todo en fin tal, que cualquiera,
De las despensas y bodegas hondas

Mirándole salir, pensar podía
Ver un pipote, una tinaja ú orza,
Que por arte diabólica ó encanto
Lograba andar como andan las personas.

Su ancho rostro bermejo y rubicundo,
La nariz chata, respingada y roma,
Los ojazos alegres y brillantes,
Negras pobladas cejas, y la boca

Espumosa, grandísima, con dientes
Ralos y llenos de amarilla toba,
Su condicion pacífica mostraban,
Y que era hombre de chiste, risa y broma.

Que estaba, es lo seguro, tan ufano
Del alto cargo y dignidad que goza,
Que ni por las dos llaves de san Pedro
Cambiara aquellas que su cinto adornan.

El padre secretario era el mas jóven
Y de mas fina y delicada estofa:
Su faz muy avispada y expresiva,
Talle gentil y delicadas formas,

Y en su porte total y en su semblante
Alguna semejanza, aunqué remota,
Tiene con el abad, cuyo cariño
Por él era sin límite. En sus ropas,

Sin ser mas que la túnica y el manto,
Se descubre elegancia primorosa;
Y fuera su presencia sorprendente,
Y de grande atractivo, si una sombra,

Un filete no mas de suficiencia,
De presuncion impertinente y tonta
No le diera aquel aire seco y duro,
Que á la primera vista tanto choca.

Sin dejar el prelado su tarea,
Despejar manda á la comparsa toda
De tiernos pajes y robustos legos,
Y las puertas cerrar. En cuanto á solas

Queda con las tres altas dignidades,
En brevedad sucinta les informa,
De que quiere el presente caballero,
Con libre voluntad madura y propia,

Donar al monasterio sus Estados,
Todos sus bienes, sus riquezas todas;
Y al abad entregar cuanto posee
En numerario, frutos, mueble y joyas,

Para que con prudencia y con buen tino
Lo reparta en sufragios y limosnas;
Y así lograr del cielo ayuda en vida,
Y en la muerte eternal misericordia.

En virtud de lo cual al secretario
Extender manda el documento en forma,
Y al padre receptor y al despensero,
Que sirvan de testigos. Les rebosa

La sorpresa y contento á los tres monjes,
Y el primero, en silencio y sin demora,
Se acerca al escritorio, un pergamino
Prepara, y pone manos á la obra.

Despues de haber escrito aquellas frases,
Pesadas, mazorrales y devotas,
Y aun de seguridad, (de que mil muestras
Se hallan en los archivos muy curiosas;

Y de las cuales se conservan muchas,
Que aun nuestras escrituras emborronan,
Porqué son de provecho al escribano,
Cuyo interese es aumentar las fojas)

Ruega á los dos testigos que se acerquen,
Y con cortes desembarazo nombra
Al señor otorgante, y le convida
A que las varias fincas de que constan

Sus Estados, le indique, por que quede
De todo escrita competente nota,
Obedeciendo al punto Rui-Velázquez,
Deja su asiento, y va como una sombra,

Como un espectro, que á la voz se mueve
Del poderoso mago que le evoca;
Y uno por uno sus castillos todos,
Sus feudos y lugares con voz honda

Y sepulcral pronuncia. Miéntras tanto
Que el ágil secretario con pasmosa
Rapidez los apunta, el despensero,
Restregando sus manos mantecosas,

A cada posesion, pago y terruño,
Que oye nombrar y ve escribir, elogia
Y echa un dulce requiebro. Ora prorumpe:
"¡Suelo de caza y buenas truchas!" ora,

"¡Sabroso queso y potenciosos vinos!
O bien, "¡Tierra de leña y lindas mozas!"
Ya, "¡Brevas como el puño y buen carnero!"
O, "¡Famosos jamones, que hay bellota!"

De tal modo risueño califica
Los diversos Estados, y se goza
En los sabrosos frutos que producen,
Y que han de dar á sus despensas honra.

Sus frases y sus gestos expresivos,
Del padre receptor contraste forman
Con la meditacion inmohle y muda,
En que puesto el pulgar dentro la boca,

Blandamente cogido con los labios,
Y la otra mano recogiendo motas
Por la túnica y manto distraida;
Calcula, cuenta y suma de memoria

La renta de las varias posesiones,
Y el nuevo capital á cuánto monta.
El que al fin de esta escena ya parece
Que ni interes ni parte en ella toma,

Es el bendito abad, que ó bien poniendo
Su confianza (la razon le sobra)
En los tres respetables dignatarios;
O porqué con desprecio ve las pompas

Y riquezas del mundo miserable;
O porqué es su costumbre, y no ser cosa
De alterarla por nada; ó bien que acaso
No puede remediarlo á tales horas;

En cuanto concluyó con los manjares,
Aliviando del peso á la redonda
Mesa, donde quedaban en desórden
Solo huesos pelados, raspas mondas,

Platos vacíos, cáscaras y migas,
Y escurridas y secas las redomas;
Del sillon se extendió sobre el respaldo,
Y á pierna suelta descuidado ronca.

Quedó en fin terminada la escritura,
Leyóla el secretario en voz sonora,
Aunqué un poco nasal y recalcada:
Rui-Velázquez con mano algo temblona

Y tarda, por no estar á escribir hecho,
Puso su nombre entero en letras gordas
Como marcas de fardo, mas no claras,
Sí apénas descifrables por borrosas.

Firmaron en seguida ambos testigos,
Y al abad la presentan, que en sí torna
A fuerza de llamarle y de moverle,
Y que al fin bostezando y torpe moja

La pluma, hace una cruz algo torcida,
Seguida de un borron y rayas toscas,
Que él llamaba su firma. Luego al punto
Las legaliza el secretario todas.

Acabado que fué tan gran negocio,
Velázquez del abad licencia toma,
Su mano besa y bendicion recibe,
Y se apresta á marchar, que urgen las horas.

El prelado con él al claustro sale,
Donde con su salud cascada y corta,
Y con estar muy fresca la mañana,
Se excusa de seguir. Pero convoca

A la comunidad, que en el momento
Con ciriales, con palio y cruz se forma,
Y á tan gran bienhechor (bien lo merece)
Acompaña y despide con gran pompa

Hasta la puerta principal, do un paje
Tiene el caballo. Apresurado monta
Velázquez, y mirando el sol tendido,
A toda rienda á su palacio torna.

ROMANCE UNDÉCIMO.

Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador.
Romancero del Cid.

Brilla la luz del apacible cielo,
Tregua logrando breve de la cruda
Estacion invernal, y el aura mansa
Celajes rotos al oriente empuja.

Ya en las gigantes torres que de Búrgos
Sobre la catedral se alzan y encumbran,
Las cóncavas campanas el arribo
Del sol inmenso á su zenit saludan;

Y los huecos sonidos que, en las nubes
Y en los montes perdiéndose, retumban,
Mézclanse al sordo estruendo que en la plaza
Inquieta forma la apiñada turba.

No solamente de Castilla toda,
Mas de Galicia, de Leon, de Astúrias,
Y de Sobrarbe, y de Navarra llegan
A presenciar tan importante lucha

(Cual suelen por ganar las perdonanzas,
De Compostela á la famosa tumba
Las romerías) tropas de curiosos,
Que en la plaza afanados sitio buscan.

En tablones, andamios y barreras
La multitud se agolpa, se disputa
Escaso asiento, vase acomodando,
Y una masa compacta, en que confusas

Brillan colores diferentes, forma.
Otras masas se estrechan y se agrupan,
En los balcones; otras los terrados
Y altas almenas con su peso abruman.

Hasta se ven las gentes en racimos
Por rejas, frontispicios y molduras,
Quedando aun fuera de la extensa plaza
Gran muchedumbre, que se afana y suda

En vano por entrar, y no pudiendo,
Se acomoda en las calles, y asegura
Ver al ménos pasar los campeones,
Y tener prontas nuevas de la pugna.

—Ya el movimiento universal del circo
Y el alto aplauso popular anuncian,
Con el son de atabales y de trompas,
Del conde insigne la presencia augusta.

Entra gallardo pues Fernan-González,
Y alto sillon bajo el dosel ocupa,
A su diestra un asiento el arzobispo
Con sus pontificales vestiduras.

Colócanse detras los ricos-hombres,
Los prelados y alcaides, y circundan
En torno el balconaje caballeros,
Cuyos arneses fúlgidos deslumbran

Con los rayos del sol, y en cuyos cascos
El viento agita matizadas plumas.
Del frente opuesto en medio se levanta
Ancho tablado en forma de tribuna,

Con paños negros adornado, donde,
El rostro ciego, la color difunta,
Circundado de todos sus parientes,
Y vestido de luto, la profunda

Compasion llama del concurso inmenso,
Y la atencion mas reverente y muda,
Gonzalo Gústios, el señor de Lara,
Que ahogado el pecho de mortal angustia,

Aunqué seguro del cercano triunfo,
Teme nuevos rigores de Fortuna.
De Sálas á su lado el arcipreste
Con Nuño le conforta; y en las puntas

Externas del balcon están dos pajes,
Que enlutados tambien, mustios empuñan
Dos astas inclinadas contra el suelo,
Para que en él se oculten y confundan

Sus insignes pendones, afrentados
Con el rigor de una sentencia injusta,
Y que no pueden tremolarse al viento,
Sin que ántes en su honor se restituyan.

—Tiene la extensa liza dos entradas
Frente á frente: á la diestra está la una,
Que custodian guerreros de Velázquez,
Y en ella el viento su estandarte undula:

La otra está á la siniestra, en que la insignia
De Mudarra tremola, y do relumbran
De dos gallardos cordobeses moros
Las cimitarras bárbaras desnudas.

— Baja el maestre del campo con dos jueces;
De un lado y otro por la plaza cruzan,
Y de que no hay engaño en el terreno,
Ni celada encubierta se aseguran,

Un rey de armas despues bando publica,
En que pena de muerte se pronuncia,
Contra quien ose entrar en la estacada,
O dé á cualquiera combatiente ayuda.

Pronto el son de timbales y añafiles
En la parte exterior, la grita y bulla
Que en las calles levanta el gran gentío,
Y el estruendo de arneses y herraduras,

Que llega, dicen, el gallardo moro,
El retador valiente. Expresion una
Y una sola actitud se advierte en todos
Cuantos el ancho circo en torno ocupan;

Y todos de la puerta que en el lado
Siniestro se abre, tornan á la oscura
Bóveda ojos y faz, el cuerpo inclinan,
Y rumor sordo por los aires zumba.

Así súbita ráfaga de viento
Resuena, mueve las lijeras puntas
De los árboles todos de una selva,
Y acia la misma parte las empuja.

Entran de dos en dos en la estacada,
Con lento paso y grave compostura,
Sobre negros caballos, ocho pajes,
Negras la veste, la gualdrapa y plumas:

Despues cuatro escuderos enlutados,
Y cuatro ancianos caballeros, cuyas
Armas empavonadas, y rodelas
Con negras manchas que el blason ocultan,

Y cuyas picas que por tierra arrastran
Sin pendoncillo la acerada punta,
Que son, van tristemente publicando,
De la casa de Lara y de su alcurnia.

En un bayo cervuno luego asoma
Caleb, vestido con riqueza suma,
Arbolando en la diestra un estandarte
Azul, y en medio una bordada luna.

A la puerta Mudarra comparece....
Entusiasmada, al verle, alza la turba
Sonoros vivas, que hasta el cielo cunden,
Y que repiten las lejanas grutas;

Y en andamios, balcones, galerías,
Los lienzos blancos que en el aire undulan,
Dan movimiento al popular aplauso
Y al valeroso retador saludan.

Sobre una yegua de color de nieve,
Joya de las riberas andaluzas,
Que alienta fuego y que salpica el aura
Con leves grumos de argentada espuma,

Entra pues el Expósito gallardo,
Y su talle gentil y su hermosura
El rumor del encanto justifican,
Y á quien portento le ha llamado, excusan.

Lleva en reedor del casco damasquino,
De una persiana tela, en que fulgura
Tejido el oro entre la lana y seda
Con tintas, que brillantes sobrepujan

A los varios matices de las flores,
A los tersos esmaltes de las frutas,
Ajustado el turbante : rica joya
Sobre la frente con primor lo anuda,

Y de ella una garzota se levanta,
Que trémula del sol el brillo emula.
De entretejida malla el coselete,
La gola y los brazales, do vislumbran

Alternadas escamas de oro y plata,
En parte cubre primorosa juba
De purpurina tela, con recamos
De oro, seda y áljofares menudas.

Las anchas bragas de delgado lino
Y faja azul, que el talle en torno ajusta,
Las grebas y esquinelas buriladas,
Dejando fuera el acicate, ocultan;

Y cual nacido el jóven en la silla
De altos borrenes, muestra la andaluza
Gracia en el cabalgar. Morisca adarga
Lleva al siniestro brazo; con la zurda

El blando freno rige, con la diestra
Una lijera lanza de dos puntas:
Un agudo puñal y una gumía
Le sujeta la faja en la cintura,

Y al lado izquierdo muéstrase, pendiente
De un cordon verde que su pecho cruza,
La cimitarra que premió su garbo
Con tanta pompa en la primera justa;

La que le fué entregada por Kerima,
La que al fiero Giafar lanzó en la tumba,
La de Almanzor en fin, la formidable
Árbitra de la bélica fortuna.

Sobre un overo Zaide le acompaña,
Padrino suyo en la inminente lucha:
Síguenle en pos diez moros á caballo;
Y á paso lento, en enlutadas mulas,

De Sálas el concejo y capellanes
Cierran la comitiva. De la turba
Recogiendo las pruebas lisonjeras
Del mas vivo interes, de la mas pura

Admiracion, Mudarra con su gente
Recorre el circo en derredor, saluda
Primero á su señor, luego á su padre,
A galope la extensa plaza cruza,

Y al lado de la puerta por do entrara,
Despues que su comparsa taciturna
Detras de las barreras se retira,
Queda solo con Zaide. Se desnuda

Del diestro guante, y de la dócil yegua
El cuello halaga y la melena hirsuta;
La rienda afloja, apóyase en su lanza,
Y espera que el contrario al campo acuda.

Pásase largo rato, y no parece;
Ya el sol declina lento, aun no se escucha
Ni lejano rumor; ya es media tarde,
Y no hay de Rui-Velázquez nueva alguna.

Tanto esperar fastidia al gran gentío,
Tardanza tal al retador disgusta,
Y el conde, el arzobispo y ricos-hombres
De que tenga la lid efecto dudan.

Se alza vago rumor entre la plebe
Y noticias extrañas se divulgan,
Que cada cual al darlas y al oirlas,
Segun su antojo ó su pasion abulta.

Uno cuenta haber visto muy temprano
Atravesar del monte la espesura
El famoso caballo de Velázquez,
Aquel caballo sin igual, que nunca

Monta otro que su dueño: que iba, dice,
Mordido por los lobos, sin montura,
Todo enlodado, y tan arisco y fiero
Como un venado montaraz; y funda

En tal encuentro la asercion siniestra
De que precipitado en las profundas
Quiebras de la montaña, Rui-Velázquez
Es de las fieras ya pasto sin duda.

Otro noticia tal contradiciendo,
Que ha visto á Rui-Velázquez asegura
Al despuntar la aurora, disfrazado
Salir á escape de la selva inculta,

Y entrar en el famoso monasterio
Que está junto á su alcázar. Se disputa
Por una y otra nueva, y aun algunos
De las dos combinar pretenden una;

Diciendo, que al salir del monasterio,
Pudo tal vez con momentánea furia
Precipitarle el corredor caballo.
Mas tal combinacion vana resulta,

Pues dice el que ha encontrado á Rui-Velázquez,
Que iba en un alazan, y en la espesura
Un tordillo se vió. Que el caballero
De la noche á favor se ha puesto en fuga,

Parece ya indudable; su tardanza
Lo confirma tambien; pero son muchas
Las opiniones y diversas. Unos
Que huyó, y que yace despeñado, juzgan;

Otros que huyendo se acogió al asilo
Del monasterio, en que el abad le oculta;
Otros que huyó, mas que se entró de paso
En la iglesia, á pedir al cielo ayuda:

Otros piensan en fin, que arrepentido,
Y medroso tambien, ha hecho renuncia
De grandeza y poder, y que vistiendo
Sayal bendito y monacal cogulla,

Se encuentra libre de acudir al campo,
Y la venganza celestial excusa.
Reuniéndose los varios pareceres
En lamentar, que al cabo se les frustra

A todos el anhelo y la esperanza
De presenciar tan importante lucha.
Los pocos partidarios de Velázquez
Llaman á estos rumores imposturas,

Y afirman que vendrá, aunqué tarde, á tiempo
De acrisolar su honor y su conducta.
Unos de Barbadillo, que han pasado
La noche toda, dicen y aseguran,

De su señor en el palacio, y cuentan
Que han visto preparar las armaduras,
La escolta, las libreas y caballos;
Que al alcaide Rodrigo, el que disfruta

De su dueño la entera confianza,
Han oido repetir, y veces muchas,
Que tranquilo en su lecho Rui-Velázquez
Gozaba dulce sueño : que en gran bulla

Los hombres de armas, pajes y escuderos
Cenaron muy alegres, sendas cubas
Apurando con brindis y canciones,
Teniendo la victoria por segura :

Y que oyeron contar cómo el tordillo
Se huyó, volviendo del beber, por culpa
Del mozo que del diestro le traía;
Y concluyen jurando que no hay duda

En que al amanecer, cuando partieron
Del castillo, ya estaban con presura
Disponiéndose pajes y caballos,
Y armándose la escolta. Estas difusas

Menudencias se acogen con aplauso
Por algunos; mas otros las recusan,
Como meras patrañas de partido,
Como invenciones de verdad desnudas.

Crece la obstinacion, y se divide
Pronto en dos bandos la imprudente turba:
Se hacen apuestas de una parte y otra,
Se argumenta, se arguye, se disputa,

Y aun hay quien, su opinion ciego sostiene,
Aun mas que con razones con injurias.
En el balcon del conde tambien anda
De encontrados dictámenes la pugna,

Y propone prudente el arzobispo,
Que vaya un escudero por la ruta
De la mansion cercana de Velázquez,
A recoger noticias mas seguras.

—En esto, estruendo súbito que cunde
En la parte exterior, tregua oportuna
Da al enconado encuentro de opiniones,
Y la atencion universal ocupa.

No acia la puerta diestra, por do debe
Llegar Velázquez á la lid, se escucha,
Sinó acia la siniestra, que es el lado
De que los moros cordobeses curan.

Mas poco importa, pues del vulgo llama,
A quien toda atencion cansa y repugna,
La expectacion acia distinto objeto,
Y de discordia el nubarron conjura.

—Unos cuantos cautivos rescatados,
Que desde las fronteras andaluzas
Llegan en aquel punto, y que á la plaza
Se empeñan en entrar, causan la bulla.

El gran gentío, que en las calles hierve,
El paso les estorba, y aunqué es mucha
La deferencia y atencion, que el pueblo
A rescatados con razon tributa;

Se opone á su intencion. Ellos tenaces
Penetrar quieren por la inmensa turba,
Y al cabo forcejando lo consiguen;
Pues hallan conocidos por fortuna

En los moros del séquito de Zaide,
Que les dan proteccion y los ayudan.
Entran, no hallan lugar en los andamios,
En la barrera escaso sitio ocupan,

Y llaman la atencion del gran gentío,
Un decrépito anciano, á quien inunda
La ondosa y cana barba hombros y pecho,
Y cuyo extraño traje con capucha,

Ser un anacoreta, un solitario
De otra region y de otra secta, anuncia;
Un tierno jovencillo, en quien esconden
Facciones femeniles y menudas

La toca ó el turbante descompuesto;
Y una tosca mujer de edad robusta,
Con otros seis ó siete miserables,
En cuyas pobres ropas la confusa

Mezcla se ve del moro y del cristiano,
Y en todos las señales de las muchas
Fatigas de un larguísimo viaje,
Hollando nieves y sufriendo lluvias.

El interes universal despiertan,
Y mas de un pecho palpitá....En la turba
Hay tantos que un hermano, un padre lloran,
Un amigo, un esposo, á quien sañuda

De Córdoba en los baños y mazmorras
Tiene la suerte en servidumbre dura!....
Tambien Zaide y Mudarra el rostro vuelven,
Que algunas voces árabes escuchan.

Mudarra al reparar en los cautivos,
Se acuerda de su patria y se demuda....
Tal vez habrán servido á su Kerima....
Noticias le traerán, ó carta suya....

Él mismo puede que conozca á alguno....
De haber visto al anciano apénas duda...,.
Un interior impulso irresistible
A dirigirse á hablarles, le estimula.

Pero al afan y vagos pensamientos,
Y á los dulces recuerdos que le angustian,
Como al rumor que en el concurso reina,
Pone fin repentino la confusa

Grita, que se alza por el diestro lado
En la parte exterior, y al circo anuncia
Con el son de timbales y clarines,
Que llega Rui-Velázquez á la lucha.

Queda en hondo silencio la gran plaza
Por un momento, y en seguida zumba
La voz universal de *Él es, ya sale;*
Y la gran multitud torna á ser muda,

Los ojos fijos en la entrada diestra,
Por donde asoma, y sin tardanza alguna
El séquito orgulloso de Velázquez
La extensa liza, cual torrente, inunda.

Todo el lujo, riqueza y vana pompa
De que un pueblo naciente y sin cultura,
Un Estado pequeño, cual Castilla,
Tornado tantas veces en laguna

De sangre por las huestes musulmanas,
O de internas discordias por la furia,
Era capaz, y que ofrecer podía
Aquella edad tan bárbara y tan ruda;

Ostentaba el señor de Barbadillo.
Corceles de poder y de hermosura,
Gran número de pajes y escuderos,
De verde y rojo, y con pintadas plumas:

De tosco hierro y de altivez armados
Ilustres caballeros de su alcurnia,
Con espada, broquel y gruesas lanzas,
Y de seis villas populosas suyas,

Los concejos, con todas su insignias,
En enjaezadas y gallardas mulas,
Forman la escolta, séquito y comparsa,
Que en buen órden le siguen y circundan.

Rodrigo en un pezeño, y adornado
Con una cota de armas, do fulguran,
Bien que en toscos recamos, los emblemas
De su señor, delante de él encumbra

Y orgulloso tremola su estandarte,
En cuyo centro brilla la figura
De un leon rampante de oro, en verde campo
Con orla de escarlata que le ajusta.

En un castaño aragones, brioso,
De carnosa cerviz, crin guedejuda,
Anca redonda y relevado pecho,
Que rezeloso y comprimido bufa,

Esparciendo la arena por el aura,
Al estampar el casco y herradura
En la tierra á compas, entra Velázquez,
Y la atencion universal subyuga.

Era gallardo, sí, diestro en las armas,
Extremado ginete, y su apostura
Imponedora y noble, aunqué altanera.
Refulgente celada penachuda,

Un peto y espaldar de duro temple,
Que rebruñidos, como el sol deslumbran;
Brazales y manoplas enlazados
Sobre afolladas mangas de gamuza;

Y ajustadas las grebas y esquinelas
A las calzas de piel de ciervo cruda,
Completaban su arnes. Era su adorno
Con aforro de malla una purpúrea

Veste ó túnica abierta, guarnecida
Con franjas de oro en bordes y costuras.
Lleva en el brazo izquierdo un ancho escudo;
En un rico tahalí de obra moruna,

Pendiente al lado la famosa espada
De Bernardo del Carpio, honra de Astúrias,
(La que el rey de Leon diera á Velázquez)
Y con el regaton puesto en la cuja,

Una gruesa, pesada y alta lanza;
En la que toda su esperanza funda,
Por ser aquella del famoso mago,
Y que debe al encanto temple y punta.

Así armado y vestido el personaje
Tres vueltas dió á la plaza, y la sesuda
Muchedumbre en silencio le contempla,
Sin que suene de aplauso voz alguna.

En cuanto Rui-Velázquez, retirada
Su comitiva toda, vuelve grupa
Al sitio por do entró, queda plantado,
Solo con su padrino, y á la pugna

Dispuesto frente á frente del contrario;
La ronca voz de la trompeta anuncia,
La sangre helando del concurso inmenso,
Que llegó el punto de empezar la lucha.

Entrambos combatientes como rayos
Parten, ardiendo en vengativa furia,
Y trabando la lid mas espantosa,
De la gran plaza en la mitad se juntan.

Tremendo fué el combate: de tal modo
En los tostados campos de Getulia
Se embisten furibundos, esgrimiendo
Voraces dientes y encorvadas uñas,

Un nervudo leon y un suelto pardo,
Y este ostentando su valor y astucia,
Aquel su fuerza y su poder, pelean,
Y con rugidos el desierto asustan.

Pesado y fuerte el castellano altivo,
La lanza en ristre, horizontal coluna,
Con rapidez y estruendo de peñasco,
Que por las agrias cuestas se derrumba,

Arrollar piensa con su empuje al moro,
Que mas ágil que una águila, le burla;
Pues la yegua y el cuerpo separando,
Pasar le deja, y como leve pluma,

Gallardo por encima del turbante
Revolviendo la lanza de dos puntas,
En el flanco ó la espalda le acomete,
Sin darle tiempo á que á escudarse acuda.

Brama Velázquez, como herido toro:
Otra vez y otra vez furioso busca
Por el frente á Mudarra, que otra y otra
El golpe esquiva de la lanza aguda.

Al cabo viendo que de tal manera
En inútil y larga escaramuza,
Sin conseguir un decisivo golpe,
Interminable tornarán la lucha;

A pié firme resuelve el castellano
Un encuentro esperar; y en su bravura
Y en el veloz empuje de su yegua
Confiado el jóven cordobes, no excusa

Dar una arremetida á aquel escollo,
Y despreciar el hierro, que relumbra,
Del mágico lanzon, pues ansia noble
De dar fin al combate le estimula.

Se aleja, toma campo, se revuelve,
El cuerpo todo con la adarga oculta,
Tiéndese sobre el cuello de la yegua,
La lanza aprieta, y rápido, cual sulca

El aura leve flecha silbadora,
Parte derecho del contrario en busca.
Este, al verle venir, cambia de intento,
Teme esperar parado, y firme empuja

Con las espuelas al corcel castaño,
Que fiero arranca convertido en furia.
Sin respirar los mira el gran gentío,
Hundido en el silencio de las tumbas.

Ay!....se encontraron: la morisca adarga
Embotar pudo la cuchilla aguda
De la encantada lanza; pero el choque
De aquel monte de hierro la andaluza

Yegua no pudo resistir, y á tierra
Vino con el jinete: en la llanura
Así al laurel gallardo de repente
Imprevisto huracan abate y trunca.

Un alarido de terror horrendo
Alzó hasta el cielo la angustiada turba,
Y Mudarra enredado en los arzones
Y en los estribos, por zafarse lucha.

Del castaño triunfante enardecido
Fué tan grande el empuje por fortuna,
Que salvando de un salto yegua y moro,
Prosiguió ciego la carrera ruda,

Sacando al caballero de la silla,
Que asido del borren y crines bruscas,
Con gran trabajo firme se sostiene,
Y por pararlo y revolverlo suda.

Lógralo al fin, y furibundo torna
A completar su triunfo; mas rehusa
El corcel rezeloso de acercase
A lo que en tierra ve, se espanta y bufa;

Cuando de pronto, "Tente, tente," grita
Una voz resonante, agria y aguda:
"Tente...¿no adviertes, monstruo, que á su hermano
" Socorro dando, en derredor se juntan

" Los Infantes de Lara ?....¿ Seis espectros
" No ves ?....Pues tu caballo sí, y le asustan;
" Por eso no se acerca."—A tales gritos
Consternado Velázquez, se atribula,

Y él y todo el concurso á un mismo tiempo
Tornan la vista á do la voz se escucha,
Y ven alzarse en medio de un andamio
Una horrenda vision de maga ó bruja:

Una vieja espantable, cuya ropa,
Que es una roja saya que se ajusta
De fantástico modo al magro cuerpo,
Un negro manto y una toca sucia,

Todo en desórden y rasgado, añaden
De cosa de otro mundo á su figura
La apariencia siniestra; y cuyos brazos,
Secos, yertos, desnudos gesticulan

De un modo amenazante. Sí, era Elvida,
La nodriza infeliz, á quien, caduca,
De horror ó de demencia ciego acceso
Agita en aquel punto, y la conturba.

Dando pues á sus gritos la cadencia
De una cancion vulgar, cantó convulsa
Con satánica voz luego estas coplas,
Horrorizando á la azorada turba:

Al traidor, al asesino
Un mar de sangre circunda,
En las ondas le sumergen
Sus víctimas insepultas.

El infierno abre la boca
Para tragarle....¿ No escuchan
De los demonios los gritos,
Con que á tal huésped saludan?

No prosiguió la vieja, pues su canto
En carcajadas hórridas se muda,
Luego en un alarido penetrante,
Y desapareció, como difunta

Cayendo desmayada. Helado miedo
Discurre por el circo; tiembla y suda
En inaccion Velázquez. Entre tanto
De la yegua se zafa con presura

El ágil cordobes, la cimitarra
Con firme diestra decidido empuña,
Corre, y de un solo tajo desjarreta
Al castaño feroz, que se derrumba,

Y á tierra cae con su señor armado,
Como encina pomposa, á quien aguda
Segur el tronco parte: con su golpe
Rúmor horrendo por las auras zumba.

Este lance imprevisto de repente
La atencion llama de la inmensa turba,
Juzgando que ha deshecho á Rui-Velázquez
Del cielo vengador llama trisulca;

Pero al ver al mancebo en pié, y gallardo
Con la cuchilla bárbara desnuda,
Ensangrentada, y rotos los jarretes
Del castaño; se olvidan de la bruja,

Y en aquel grito desahogado rompen,
Que da quien de un gran peso que le abruma,
Consigue libertarse. El caballero,
Embarazado en lanza y armadura,

Y con las convulsiones del caballo,
En tierra yace; pero á darle ayuda
El generoso moro se aproxima,
"No he menester ventaja en contra tuya,"

Con desprecio gritándole; y al punto
Que en pié le pone, aléjase, y, "Empuña,"
Le dice, "esa tu espada cortadora,
"Y demos fin á tan pesada lucha."—

Velázquez, recobrado de su asombro,
Aunqué desalentada su bravura,
Desenvaina la espada refulgente,
Y la batalla proseguir no excusa.

Desdichado señor de Barbadillo!
A dónde, á dónde vas?....Ay! esa curva
Cuchilla que te espera, es la que debes
Evitar cauto, si vivir procuras.

La cimitarra es de Almanzor, aquella
Que una olvidada prediccion reputa
Funesta para ti...Ay ¿estás seguro
De que no encubre acaso la confusa

Muchedumbre que en ti los ojos tiene,
La morisca beldad de noble alcurnia,
Que espera una corona inapreciable
Del éxito que el cielo dé á la pugna?....

Cuando el sol en ocaso se escondía,
Embístense con rabia furibunda
Los dos contrarios, y brotando chispas
Ambos aceros con fragor se cruzan,

La espada formidable de Bernardo
Y de Almanzor la cimitarra: nunca
Hasta entónces dos hierros de más fama
Disputaron la bélica fortuna.

A pié como á caballo Rui-Velázquez
Fuerte se ostenta y diestro, y aunqué duda
De lograr la victoria, despechado
Todas sus fuerzas y su saña junta.

Mudarra, tan gallardo, tan lijero
Como sobre la yegua, con astuta
Destreza manejando la cuchilla,
Ora de filo hiere, ora de punta.

El cristiano defiéndese, y responde
Con tajos ó estocadas furibundas;
Entrambos con su sangre el suelo riegan;
Mas aun no hay de cuidado herida alguna.

De la gola y del yelmo de Velázquez
Acierta el cordobes á la juntura,
Y un espantoso corte da en el cuello,
Que hubiera puesto término á la lucha;

Pero al momento mismo el castellano
Una estocada repentina ajusta
Al pecho del garzon, y le contiene,
Una herida causándole profunda.

Alto alarido de furor Mudarra
Lanza, de sangre cálida se inunda,
Y reuniendo sus fuerzas en un punto,
La victoria ó la muerte ansioso busca.

Sin reparar en la defensa propia,
Carga á Velázquez con audacia suma,
Remolinando la cuchilla corva,
Que cual claro relámpago relumbra.

Velázquez, que juzgaba decidida
Con la estocada en su favor la lucha,
Al mirarse de nuevo amenazado
Con tan firme poder, se hiela y turba.

Por resguardar los hombros y cabeza
De un tajo horrendo, á reparar su furia
Alza el brazo y espada. En el instante
El moro asesta la delgada punta

Al sobaco, que mira descubierto
Del peto y espaldar en la juntura,
Y con veloz empuje la cuchilla
Hasta la guarnicion hunde y sepulta

En el cuerpo infeliz de Rui-Velázquez,
Que vacilante un paso ó dos recula,
Lanza el ronco gemido de la muerte,
Forma en torno de sangre una laguna,

Y cae sin vida en el rojizo lodo,
Crujiendo quebrantada la armadura.
Raudo, como se arroja hambriento buitre,
De corvo pico y de rampantes uñas,

A cebarse voraz en el cádaver
Que ve en la playa entre salobre espuma
Arrójase Mudarra á su enemigo,
De la gola y del casco le desnuda,

Desenvaina la bárbara gumía
De filo cortador, el cuello trunca
Del cuerpo aun palpitante, le divide
La cabeza espantosa, por la hirsuta

Cabellera la coge, y la levanta,
Cual bandera de triunfo, cual segura
Prenda de la razon y la justicia,
Con que hizo el reto y provocó la lucha,

Y cual irrecusable testimonio
De la inocencia que á su padre ilustra.
Aplauso universal el aura llena,
Los dos pajes que estaban en las puntas

Del balcon enlutado de los Laras,
El pendon restaurado alzan y undulan,
El ciego cae al suelo de rodillas,
Y al cielo vengador gracias tributa.

Júbilo es todo, confusion y pasmo,
Cándidos lienzos al garzon saludan
Tremolando en andamios y balcones,
Por toda la ciudad vivas retumban.

Queriendo él mismo ante los piés del padre
Ofrecer por despojo de la pugna
La pérfida cabeza desangrada,
El vencedor Mudarra, no sin mucha

Dificultad se mueve, y tiende el paso;
Pero apuradas, ay! las fuerzas suyas
Con tan tremenda herida y tal pelea,
Tropieza, se resbala, se le turba

La desmayada vista, á tierra viene.
El entusiasmo universal se muda
En repentino horror y helado espanto,
En inaccion de muerte y en angustia;

Mas aquel jovencillo de facciones
Mezquinas, femeniles y menudas,
Cautivo rescatado, que en la plaza
Con el anciano de la faz caduca

Entró, y que inmoble, cual si fuera mármol,
Atento estuvo á la tremenda pugna;
Al estadio se lanza, y á do yace
El vencedor, á quién escasa ayuda

Daba ya el tardo Zaide, corre; y viendo
La herida atroz, la frente moribunda,
Se derriba en el suelo de rodillas,
Rasga su miserable vestidura,

Su pecho y rostro con las manos hiere,
El ajado turbante desanuda,
En su seno y cerviz negro torrente
De rizos y de trenzas se derrumba,

Y que es, demuestra, una gallarda jóven,
A quien el peso del dolor abruma.
Estrecha entre sus brazos á Mudarra,
Y con llanto su faz helada inunda.

Reconócela Zaide sorprendido,
Y al verla, su esperanza se asegura
De que aun consiga su pupilo amado
De la muerte vencer la saña cruda.

Admirado la observa el gran concurso,
Y del andamio la caterva inculta
Se precipita á presenciar la escena,
Los altos personajes se apresuran,

Y á la plaza tambien bajan ansiosos;
Miéntras que Nuño al ciego padre oculta
La causa del rumor y del bullicio,
Que le cuaja la sangre y le atribula.

Del grupo interesante que componen
Zaide, el herido y la doncella, turba
Desordenada en confusion creciente
Se agolpa en rededor, y lo circunda.

La jóven, espantada y afligida,
Varias palabras árabes pronuncia,
Haciendo señas de terror; y Zaide,
De intérprete sirviendo, á la confusa

Muchedumbre suplica se contenga,
Y que guarde silencio la conjura,
Manifestando que el garzon peligra
Entre tanto tropel y tanta bulla.

Pásmase oyendo tal, y se consterna
La multitud, que queda inmoble, muda,
Formando un ancho círculo extendido,
En que ni un solo respirar se escucha.

Tibia luz del crepúsculo espirante
Mayor solemnidad daba á la angustia
Universal; y la gallarda mora
(A quien ya el vulgo soñador reputa

Por una poderosa y sabia maga,
Que viene á dar al encantado ayuda,
O á terminar tal vez de extraño modo
Tan oscuros portentos) se apresura

En restañar la sangre del herido.
De su turbante con la tela ajusta
Diestramente un vendaje; en sus rodillas
La cabeza reclina, que difunta

Parece; un rico pomo de oro saca,
Y con un licor fuerte, que perfuma
Y embalsama la atmósfera, le riega
Las sienes y los pulsos, y aun algunas

Gotas le hace tragar. Al punto mismo
Late el pecho del jóven, su difunta
Tez se matiza...."Vive!!! vive!!!" exclama
La mora...."Vive!!!" repitió la turba.

Abre Mudarra los marchitos ojos,
En la deidad los clava que le cura,
Y palpitante le extendió los brazos,
Y, "Kerima!!!" gritó con voz profunda,

Cayendo nuevamnente desmayado
En el regazo de Kerima, á cuya
Ciencia y á cuyo amor concede el cielo
Poder para librarle de la tumba.

ROMANCE DUODÉCIMO.

Llegaron á san Dionis
Con música, fiesta y galas,
A cuya puerta el obispo
De pontifical estaba,
Con su guion y gremial,
Alba, mitra, estola y capa.
. . . . . .
Hechas ya las oraciones,
Llegan á la pila santa.

EL MARQUES DE MANTUA,
comedia de Lope de Vega.

Oh infelices mortales!.... ¡cuántas veces
El suspirado objeto de sus votos
Orígen es de nuevas desventuras,
Y el remedio de un mal fuente de otro!

El castillo de Sálas, restaurado
En su antiguo poder, pompa y decoro,
Es mansion de dolor, de afan, de susto,
Mas que lo fué en su mísero abandono;

Y de Lara el señor, que ver deshecho
Consigue de fortuna el ceño torvo,
Y acrisoladas su inocencia y honra,
Ahogado yace y sumergido en lloro.

El vencedor gallardo, el hijo suyo,
A quien despues de Dios lo debe todo,
El héroe triunfador, cuyo denuedo
Derribar pudo al bárbaro coloso

De calumnia y traicion que le oprimía,
Y deshacerlo en ignominia y polvo,
Y á Castilla, y á España, y á la tierra
Libres dejar de tan horrendo monstruo;

Un lecho de dolor, lecho que puede
En un sepulcro convertirse pronto,
Logra por carro de victoria, carro
En que va de la muerte al Capitolio.

Mas no, no hay que temer: el justo cielo
Con la piedad filial nunca fué corto;
Y en el momento mismo del peligro,
Le dió oportuno el salvador socorro.

Kerima en sí de la salud y vida
Los elementos trajo portentosos,
La ciencia y el amor: sí, de los brazos
Sacará de la muerte al noble moro.

Ella á su cabecera noche y dia,
Sin apartar los penetrantes ojos
De la faz moribunda, inquiere, observa,
Y le aplica los bálsamos ignotos,

Que ó bien trajo consigo, ó que elabora,
Siguiendo experta los preceptos doctos
De Aberróes, su norte y su maestro,
Con las plantas que efficuentra en los contornos;

Tal acierto logrando, y de sus mixtos
Siendo el efecto tan visible y pronto,
Que en pocas horas, de peligro fuera
Pone al mancebo; y en Kerima, absorto,

Ve el vulgo ciego una potente maga,
O del gallardo Expósito al custodio,
Que por que alcanze el agua del bautismo,
Bajó á guardarle de la vida el soplo.

A Sálas y á Castilla, de Mudarra
Dándoles fué el alivio poco á poco
Esperanza, consuelo, alegría,
Seguridad al fin, paz y alborozo;

Y lugar al discreto anciano Nuño,
Para entregarse sin ningun estorbo
A los recuerdos, agradables siempre,
De luengas tierras y de tiempos otros,

Con Egidio el mozárabe.—Era Egidio,
De peregrinacion en los remotos
Climas su compañero, aquel anciano
De extraño traje y arrugado rostro,

Que con Kerima de hombre disfrazada,
Llamando la atencion logró acomodo
En la barrera, en el momento mismo
De entrar Velázquez á morir al coso.—

Mutuamente se dieron larga cuenta
De sus varias fortunas y trastornos;
Y el mozárabe al noble castellano
El impensado y sorprendente modo

Le refirió, con que dispuso el cielo
Traerle á buscar el último reposo
En tierra de cristianos, do un amigo
Pueda cerrar sus apagados ojos.

Egidio en la ribera que tributa
Aguas del Nilo al egipciano ponto,
Se separó de Nuño; y esperando
Ver aplacado de la suerte el odio,

Y mas benevolentes las estrellas,
Tornó á su patria, en que dejó el tesoro
De su hija Gala entre los torpes brazos
Del robador Giafar. Feliz y corto

Su viaje fué; pero al tocar la orilla,
Donde Guadalquivir su curso undoso
Revuelve entre olivares y jardines,
Las altas cimbrias y recuadros de oro

De la insigne mezquita cordobesa
Reverberando en sus cristales hondos;
Hirió su pecho la fatal noticia,
Cual hiere un rayo al combatido escollo,

De que la prenda de su amor paterno
Era en la tumba ya huesos y polvo,
Dejando desdichada en este mundo
El tierno fruto del infame robo.

Al recibir tal nueva el triste padre,
Convulso de terror, ahogado, loco,
Huyó de la ciudad; buscó un asilo
De la sierra en los cerros mas remotos,

Y concibiendo el pensamiento amargo
De ver, y de consigo los despojos
Conservar para siempre de su hija;
De la noche á favor turbó el reposo

Del cementerio, abrió el sepulcro helado,
Y de él robando el esqueleto mondo,
En la gruta de que hizo su morada,
Bajo de una cruz tosca sepultólo.

En aquella aspereza, entre los riscos,
Coronados de musgo y de madroños,
De horrendos precipicios circundada,
Y guarnecida de robustos troncos,

Detestando el comercio de los hombres,
Y sin ver mas vivientes que los lobos,
Terror de la montaña, ó los milanes,
Despreciadores del rugiente noto;

Largo tiempo vivió. Despues á veces
Dejóse acaso ver en los contornos,
Ora á dar á un perdido caminante
Consuelo y direccion; ora socorro

Al cazador, que en las fragosas quiebras
Se despeñaba persiguiendo corzos;
Ora alivio á los pobres leñadores
Sofocados del recio sol de agosto;

Siempre en fin á hacer bien; y conocido
Del *solitario* con el nombre, todos
Cual númen de la sierra le encontraban
Con gran respeto siempre y con asombro.

— La noche que á Mudarra Gonzar quiso,
Del Amir en la fuente, rencoroso
Asesinar, Egidio oraba acaso,
Sentado en un peñasco no remoto;

Y al escuchar los gritos del mancebo,
Y el resonar de los alfanjes corvos,
Corrió, temiendo alguna desventura,
A donde le llamaba el eco sordo.

Llegó cuando el tirano moribundo,
Nadando en sangre, despechado, solo,
Lanzaba el alma horrenda; y á la luna,
Que refulgente entre celajes rotos

Derramaba sus últimos reflejos,
Reconocerle pudo con asombro,
Del cielo vengador la alta justicia
Viendo patente, de terror absorto.

Mas olvidando que era su enemigo,
Causa de su infortunio y de su oprobio,
Trató de darle, en caridad ardiendo,
Aunqué fué en vano, el postrimer socorro,

Y en sus brazos murió. Tal vez sería
La fantasma espantosa y el coloso
Que creyó ver Muley, cual moribundo
Refirió á los pastores en el chozo.

— Poco despues, la destemplada tarde,
En que, por despedida del otoño,
Fué la tormenta, que abrasando pinos
Y en torrentes tornando los arroyos,

Sorprendió de la sierra en los senderos
A Kerima, fugada de su propio
Alcázar y jardin; Egidio estaba
Contemplando confuso aquel trastorno,

Y alzando al cielo humildes oraciones,
Léjos de su mansion entre unos troncos
O peñas guarecido. Vió asombrado
A la hija de Giafar cruzar de pronto,

Como una aparicion, como la sombra
De su madre infeliz: en talle y rostro
Tanto á la triste madre asemejaba.
El solitario al verla, del angosto

Abrigo sale, y, "Gala!!!" repitiendo,
Corre en pos de Kerima, cuyo asombro
Fué, como dicho habemos, tal, que en tierra
Cayó: así la dejamos, bajo el toldo

Que con los secos brazos y los pliegues
Del manto que colgaba de sus hombros,
Formó el anciano atónito, queriendo
Del recio temporal darle recobro.

En cuanto Egidio se calmó un momento
Y tornó en sí de su sorpresa un poco,
Se le ocurre, (y reanímase) si aquella
Será el fruto inocente de su oprobio;

Mas la medalla que en su pecho advierte,
Le dice ser una cristiana....¿Cómo
Del musulman Giáfar puede la hija
Tener al cuello semejante adorno?

Entró oscura la noche, recio el viento
Barrió las nubes, aclarando el polo,
Calmó la tempestad, y viendo Egidio
Que aun no da señas de salir del hondo

Letargo el ente aquel que le confunde;
La alza en sus brazos de la yerba y lodo,
Y con tal carga fatigado, lento,
Hollando riscos y venciendo estorbos,

Llegar consigue á su repuesta gruta,
Y colocar sobre su lecho tosco
Aquel cuerpo infeliz, pálido, yerto,
Mas que aun late y respira. Presuroso

A la luz de una lámpara que enciende,
Toda suerte de abrigo y de socorro
Le da, y al cabo de terror ahogado,
Sus esfuerzos mirando infructuosos,

Se arroja de rodillas en la tierra,
Donde yacen de Gala los despojos,
Y encarado á la cruz de toscas ramas,
Al cielo acude con fervientes votos.

—Era ya media noche; gran silencio
Reinaba de la gruta en los contornos,
Turbado solamente con el grito
Del cárabo nocturno, ó de algun lobo

Con el siniestro aullido; y de repente
Lanzando el pecho de Kerima un corto
Quejido, la atencion del solitario
Llama. La ve moverse, abrir los ojos,

Girarlos en reedor como asombrada,
Despues incorporarse. Cual de un hondo
Sueño en sí vuelve la infeliz doncella,
Y, "Dónde estás, Mudarra?" grita. Ansioso

Acorre Egidio, y tierno le dirige
Palabras de consuelo y de conforto;
Mas, parada Kerima, inmoble, muda,
Parece no escuchar. Registra en torno

La gruta con la vista, que al fin clava
En la cruz, mide con ardientes ojos
La sombra que esta sobre el suelo forma,
Donde su madre yace. Torna el rostro,

Contempla un rato al venerable viejo,
Y en relacion sin duda encuentra todo
Cuanto ve, con los vagos pensamientos,
De su imaginacion enferma aborto;

Pues tranquila y en calma demostrando
Un dulce y completísimo abandono,
Exclama de repente: "Padre mio!....
"Vos lo seréis, pues no me queda otro."

"Sin duda estoy en tierra de Castilla....
Llevádme con Mudarra.... Sí, le adoro....
Dó está?.... le conocéis?....No, no es malvado:
Ya no tengo en el mundo mas apoyo:"—

Estas palabras rotas, el semblante
De Kerima, el faltarle aquel asombro
Que al verse en sitio tal darle debiera,
Su actitud rara y de su voz el tono,

El estado revelan de la jóven
Al solitario compasivo pronto,
Y aumentan su interes, pues que es su nieta
Le dice el alma. Tierno, cariñoso

La acaricia, le lleva la corriente,
Promete darle en su aflicion socorro,
Le hace nuevas preguntas, y escuchando
Al fin que es hija de Giafar, de gozo

Ahogado el corazon, la estrecha al seno:
Cae luego de rodillas, fervoroso
Al Dios omnipotente gracias dando:
Se alza, y torna á abrazar á aquel retoño

De la hija desdichada. Que es su abuelo,
Le explica una y mil veces.—El coloquio
Que pasó entre los dos, es imposible
Que mi voz lo repita.—Sin asombro

Oyó Kerima al venerable anciano,
Aunqué no sin sorpresa; pues ya el robo,
A que debió la vida, siendo muerte
De su gallarda madre, y los elogios

De ella, y su parte de cristiano orígen,
Mil veces repetir de varios modos
Oyó á sus siervas y locuaz nodriza,
Y de su abuelo hablar á unos y á otros.

Si era cristiana, preguntóle Egidio;
Y que no, oyendo disgustado, ¿ "Cómo
"Llevaba, replicóle, puesta al cuello
"La imágen santa de la Vírgen?"—Pronto

Kerima le contó su amarga historia,
Aunqué en desórden y en truncados trozos,
Y con la confusion que demostraba
De su cerebro mísero el trastorno.

De Abdimelik la boda, la gran justa
Le refirió de Córdoba, y el modo
Con que dió el premio al vencedor Mudarra;
El furor de su padre; el matrimonio

Tratado con Zeir; la muerte horrenda
De Giafar, hecha sin saberse cómo
Por el mismo Mudarra, que al momento
Ponerse consiguió con Zaide en cobro.

Aquí ingirió de Lara y de Velázquez
Los antiguos rencores y los odios,
Que oyó contar á la infeliz María,
Su esclava predilecta: el espantoso

Presente que su padre á Lara hizo
De las siete cabezas, cual oyólo
Referir, de prodigios adornado;
Y pasmando al abuelo, que ya absorto

La escuchaba, contóle, que Mudarra,
Su dulce amor, su idolatrado novio,
De Zahira y de Lara el castellano
Era hijo y heredero: que animoso

Marchaba acia la corte de Castilla
A dar venganza con esfuerzo heroico
A sus hermanos, y á sacar al padre
De una torre y horrendo calabozo,

En que el traidor Velázquez le tenía.
Y sobre sí volviendo, el abandono
Refirió la infeliz, en que se hallaba,
Su aguda enfermedad, y en fin el modo

Con que dejó su alcázar, y á la sierra
Vino á encontrar tan venerable apoyo:
Mezclando en tal relato extravagancias,
Inconexas especies, risa y lloro.

De dudas y de extrañas confusiones
Arrojó al solitario en un mar hondo
La narracion de su perdida nieta;
Parecida á un torrente impetuoso,

Que salta por los riscos, arrastrando
Flores, y pajas, y volcados troncos,
Cadáveres y trozos de cabañas,
En remolinos, entre espuma, y todo

En tal desórden, que los ciegos bultos
Apénas deslindar pueden los ojos,
Ni distinguir sus diferentes formas,
Causando su total pasmo y asombro.

La horrenda historia del señor de Lara
No le es nueva en verdad, puesto que él propio
Le conoció de embajador, y supo
De Giafar la perfidia, el gran destrozo

Que se hizo en los cristianos de órden suya,
Del castellano la prision, y cómo
De sus hijos las míseras cabezas
Le pusieron delante. Ni tampoco

Ignora, que fué preso allá en su patria,
Ni de Velázquez el tenaz encono;
Pues años ha que á un noble peregrino,
En los desiertos de la Siria, oyólo.

Tambien recuerda que conoce á Zaide,
Y que ántes de su fuga y de su oprobio,
Oyó hablar de un expósito, encontrado
En casa de Almanzor de extraño modo;

Mas de su mente, estos antiguos datos
La confusion aumentan y el embrollo,
Y para hallar un norte que le guie,
Resuelve al cielo demandar socorro.

—Ya la primera luz en el oriente
Iluminaba los celajes rojos,
Cuando Kerima fatigada hundióse
Del sueño bienhechor en el reposo.

Salió de la caverna el solitario,
Al cielo alzando el fatigado rostro,
Y, puesto en cruz y de rodillas, pide
Que le sirva de antorcha y de piloto.

En demandar á Dios potente ayuda,
En planes combinar contradictorios,
Y en hacer mil preguntas á su nieta,
Con las que adelantar consiguió poco;

El mozárabe Egidio pasó el dia.
Al declinar el sol, resuelve, ansioso
De abrazar un partido, el acercarse
A Córdoba, pues ya no existe el monstruo,

Causa de su retiro y desventuras:
Coge á su nieta, acia los llanos pronto
Desciende, y llega á la ciudad al punto
En que extiende la oscura noche el toldo.

—La ausencia de Kerima dado había
Grande susto en su alcázar, y alto gozo
Causó el verla venir con el anciano.
Aun la andaban buscando en los contornos

La nodriza y los fieles servidores;
Y en el palacio se encontraban solo
María y los esclavos mas humildes,
Que llenos de consuelo y de alborozo,

Mostraron gran lealtad á su señora.
De ella encargados sin temor dejólos
El solitario, haciéndoles preguntas
Que le dieron mas luz; y presuroso

Fué á ver, si aun encontraba algun amigo
De quien tomar noticias. Encontrólo,
Nada tardó en volver, y ya informado,
Trazó su plan, como discreto, pronto.

Conoce que es su obligacion primera
El sacar de los lazos del demonio
A su nieta infeliz con el bautismo;
Y que cuando lo ve perdido todo

En Córdoba, llevársela á Castilla
Es urgente, do pueda noble esposo
En Mudarra lograr, alto heredero
De un nombre y de un Estado poderosos.

Dejar resuelve pues la Andalucía,
Y los escasos restos del tesoro
De Giafar recogiendo, con su nieta,
Y con la predilecta esclava, y pocos

Mas cautivos cristianos, para siempre
Dejó su patria, atropellando estorbos,
Logrando al cabo de penosa marcha
Verse en el castellano territorio.

El movimiento de tan gran viaje,
Los distintos objetos, que los ojos
Y la mente ocuparon de Kerima,
Le dieron mas salud y mas aplomo;

Y el tierno amor al venerable abuelo,
Y un dulce melancólico abandono
Calmaron su exaltada fantasía,
Que en nuevas esperanzas halló apoyo.

Apénas se internó la caravana
Por tierra de Castilla, hablar á todos
De Mudarra, mirado cual prodigio,
Y de su noble reto oyeron solo;

Y de Egidio y Kerima fué el anhelo
De Sálas arribar al territorio,
Ántes que venza el plazo del combate,
Que da justa inquietud al uno y otro.

Apresurar la marcha dispusieron,
(Que el tiempo era en verdad escaso y corto)
Y las nieves, las lluvias, los torrentes,
Y los montes helados y fragosos

Obstáculos continuos oponían,
Y á su priesa y afan riesgos y estorbos.
En la víspera misma del combate,
Casi al anochecer, los muros toscos

Del castillo de Sálas avistaron;
Mas informados por fortuna pronto
De que los Laras en el mismo dia
Salieran para Búrgos, sin reposo

En la villa buscar, toda la noche
A Búrgos caminaron, y tansolo
Por el retardo del traidor Velázquez,
Llegar lograron, para ser socorro

Del héroe vencedor; pues sin Kerima
Fuera una tumba de su triunfo el trono,
Y la estirpe de Lara el exterminio
Hallara de su honor en el recobro.

Mas que las medicinas, la asistencia
De la perdida mora al noble moro
Restablecieron, y en salud robusta
Fué su pecho un volcan de amor dichoso;

Y Kerima cual nunca de su ardiente
Pasion en el sublime y dulce arrobo,
Para adorar á su amador triunfante
Tiene alma, corazon y vida solo;

Tal que los bosques frígidos de Arlanza,
A los templados apacibles sotos
No tienenque envidiar del Bétis claro,
De amor tan dulce y tan vehemente el solio.

Entre los pinos y peladas peñas,
Nieves esquivas y torrentes roncos,
Lo mismo arde su llama, que entre flores,
Riscos, verdura y plácidos arroyos;

Pero un carácter nuevo de Mudarra
Y de Kerima la pasion (forzoso
Decirlo es) tiene ya. Nuestros afectos,
Y el del amor aun mucho mas que todos,

Trasplantados, muy luego degeneran:
Son de tiempo y lugar: el sello pronto
Admiten de las nuevas circunstancias,
Y de cuantos objetos ven en torno.

Kerima y el Expósito en Castilla
Se aman, se adoran; aunqué no del modo
Que se amaban en Córdoba....y ¿acaso
Son las mismas personas uno y otro?

Dónde se amaron mas, dónde sus almas
Gozaron mas instantes deliciosos,
Dónde de la pasion el alto vuelo
Descubrió mas encantos y tesoros;

No me atrevo á decir. Allá en el Bétis
El cielo y tierra con sañudo rostro
Miraba su ternura : sobresaltos,
Contrariedades, despechado lloro,

Y un porvenir cerrado á la esperanza
Pábulo de su amor eran tansolo.
En Sálas el comun consentimiento,
La admiracion y el interes de todos,

La gratitud y aprobacion de un padre,
Y la seguridad de ver sus votos
Con aplaudido enlaze coronados,
Su amor alimentaban venturosó.

Gonzalo Gústios, el señor de Lara,
En la alta cumbre de la dicha y gozo,
Restablecido en honra y poderío,
Y con un heredero tan heroico,

Premiar resuelve la piedad y esfuerzo
Del hijo amado á quien lo debe todo,
Con la mano de aquella, á quien le debe
Verlo de muerte prematura en cobro;

Y con la aprobacion del alto conde
Y de toda Castilla, el matrimonio
Y el bautismo solemnes, en un dia,
De los amantes decretó amoroso.

A prepararse á entrambos sacramentos,
Y á instruirse en la fe santa, los dos novios
Se iban á consagrar; y Gústios Lara
Quiso ántes celebrar el glorioso

Triunfo de su inocencia en un convite,
En donde fué admitido el pueblo tosco,
A que asistió tambien Fernan-González,
Y do reinó entusiasmo y alborozo,

Pura cordialidad, paz y alegría,
Sin ocurrir el sinsabor mas corto;
Aunqué muchas tinajas se agotaron,
Y aunqué no anduvo el podenquero sobrio.

En tal contento universal, Mudarra
Fué el que angustiado demostróse solo:
A la siguiente luz tornar debía
Su amable director, su amigo docto,

Zaide el bueno, á su patria, y este golpe
Para su corazon era espantoso.
Sí, á la primera luz de la mañana,
En el gran patio del castillo, prontos

Los caballos de Zaide y de su escolta
Fogosos relinchaban, y los moros
De su séquito ataban el bagaje
De fuertes mulos en los altos lomos,

Ayudándoles pajes y escuderos;
Miéntras llenos de lágrimas los rostros,
El ciego Lara, Nuño, Egidio abrazan
Al querido viajero; y con sollozos

La voz ahogada, exígenle promesas
De aun á Sálas volver. Mudarra, á todos
Excediendo en dolor, deshecho en llanto,
Le encargó de las flores y el adorno

Del sepulcro adorado de su madre;
Y de su gratitud en testimonio,
De luenga carta, en que á Almanzor, su tio,
Cuenta exacta y prolija da de todo.

Entre las bendiciones y los vivas
De Castilla y de Sálas, tierno lloro
Derramando tambien, se puso en marcha
El venerable Zaide: dos palomos

Llevándose consigo, que debían
Traer el primer aviso presurosos,
De su llegada á Córdoba, correos
De que usaban los árabes y moros.

—Quedó Mudarra, cual la frágil yedra,
Cuando fiera segur le roba el olmo,
En cuyo seno dilató sus ramas,
Y que le dió para elevarse apoyo.

Ni aun logró dulce llanto, por consuelo,
Derramar en los montes y en los sotos,
De su tierna Kerima acompañado;
Pues en el mismo dia separólos

La obligacion precisa de aprestarse
A recibir la fe. Dentro en su propio
Palacio, en aposento retirado,
Bajo la direccion de un monje docto,

Encerróse Mudarra. Su Kerima
A un santo monasterio del contorno,
Del cual una parienta de los Laras
Era abadesa, retiróse, solo

Acompañada de la fiel María,
La que su esclava fué, y ahora es su todo,
Y cuyo ciego fanatismo ejerce
Un dominio sobre ella poderoso.

En la iglesia de Sálas por entónces
Se concluyó el sepulcro ó mausoolo,
En aquel siglo bárbaro un portento,
De rico mármol y trabajo tosco,

Mandado fabricar por Gústios Lara,
Para enterrar los míseros despojos
De sus hijos, las siete calaveras
Que trajo Zaide como don precioso.

La primorosa caja de ataujía,
Donde vinieron del país remoto,
Fué al punto colocada por el padre,
Con triste pompa y señoril decoro,

En la antigua capilla del palacio
Sobre un túmulo excelso provisorio,
En tanto que el sepulcro se labraba,
Y hasta que restaurado del oprobio,

En que el traidor Vélazquez le tenía,
Pudiera celebrarles un pomposo
Funeral, y esculpir sobre sus losas
Timbres limpios de infamia, y letras de oro.

Restablecido pues en su honra antigua,
Y terminado el monumento, ornólo
De los blasones de su ilustre alcurnia,
Con la nueva cimera y raro adorno

Dado á sus armas por el alto conde,
De su restauracion en testimonio:
Que eran, un roto círculo azudando,
Dos personajes, castellano y moro.

Fué el funeral magnífico en extremo,
Quedando de él la fama en los contornos,
Y que refieren rancios pergaminos,
Hoy pasto de polilla, y casi polvo.

Escoltada de hidalgos y guerreros,
De cuatro ricos-homes en los hombros,
Y de escuderos, pajes y alabardas
Con acompañamiento numeroso.

Fué la caja de cedro y ataujía
Conducida á la iglesia, donde el coro
De capellanes la recibe, y pone
Sobre un túmulo rico. Bullicioso

Pueblo de Sálas ocupaba el templo,
Y muchos forasteros del contorno,
Que acudieron á honrar los funerales
De aquellos siete mártires gloriosos.

Al terminarse la solemne misa,
Oficio de difuntos y responsos,
El arcipreste al púlpito subiendo,
Hizo de los Infantes el elogio

En un sermon, patético, sublime,
Lleno de erudicion, y nada corto,
Con oportunas citas exornado
De la santa Escritura, en que era docto;

Y con el sacristan y Nuño luego
Se acercó á cerciorarse por sí propio,
De que en la caja estaban las cabezas,
Y dar de ello al concurso testimonio.

Abrióla pues, halióla compartida
En siete divisiones, de acomodo
Sirviendo cada cual á una cabeza,
Ya blanca calavera y cráneo mondo,

Y al lado de ella escrito el nombre suyo,
En una tarja de delgado plomo.
Una por una el sacristan mostrólas
A la gran multitud, que con asombro

Clavó en aquellos restos venerandos
Con gran silencio los abiertos ojos,
Oyendo pronunciar al arcipreste
Los no olvidados nombres. Del mas mozo,

Del mas gallardo de los siete Infantes
Fué la última cabeza, que al absorto
Pueblo se presentó; y al tiempo mismo
De sonar de *Gonzalo* el nombre, un hondo

Horrísono gemido por las cimbrias
Del templo resonó, con grande asombro
Del inmenso concurso, que á la parte
Donde se oyó, se agolpa presuroso;

Y ven en tierra á la baldada Elvida,
A la vieja caduca, ya despojo
Helado de la muerte. En aquel punto
Todas las ilusiones, que el apoyo

Fueran de su existir, desparecieron,
Como la llama de la luz á un soplo,
Y cayó, cual, si faltan los puntales,
El viejo muro que perdió el aplomo.

Concluye el funeral de los Infantes
Colocando en el rico mauseolo
La caja en que sus restos aun subsisten; [3]
Y al pié de él abren en la tierra un hoyo,

Do los de la nodriza de Gonzalo
Aun yacen en olvido y en reposo;
Y el que, como buen hijo, Vasco Pérez,
Muchos años regó con tierno lloro.

Referir que el castillo de los Laras,
Que estuvo tanto tiempo en abandono,
De adulaciones cortesanas era
Ya y de bajeza miserable emporio;

Y que los mismos que al traidor Velázquez
Solícitos cercaban, alto encomio
A sus virtudes dando, ahora aplaudían
Y cercaban á Gústios poderoso;

Y que aun aquellos que tuvieron parte
En su injusta sentencia, mas orondos
De ser sus partididarios blasonaban,
Maldiciendo al vencido con encono;

No es necesario : sin que yo lo apunte,
Muy bien imaginarlo pueden todos,
Pues el décimo siglo eran los hombres
Lo que en el siglo son decimonono.

—Volvamos pues á nuestros dos amantes,
A quien el cielo por tan raros modos
Trajo á abrazar el santo cristianismo,
Y á unirse en insoluble matrimonio.

De reclusion dos meses completaron,
Y examinados por varones doctos,
Halláronlos dispuestos dignamente,
Y á recibir el agua santa idóneos...

A Búrgos fueron conducidos ambos,
Do el bautismo y ansiado desposorio
En la gran catedral se dispusieron
Con regia pompa y público alborozo.

Del invierno aterido triunfadora,
Sus galas ostentado y sus adornos,
Reinaba la apacible primavera;
En llanos y montañas el favonio

Agitaba encendidas amapolas,
Dulces tomillos y gallardos olmos;
Entre verdura y matizadas flores
Se deslizaban plácidos arroyos,

Que ántes fueran carámbanos inmobles
Y fundidos despues, torrentes roncos;
Cuando de mayo al ilustrar la aurora
Cumbres azules y celajes rojos,

De las huecas campanas el estruendo,
Que retumbando por los valles hondos,
Una bóveda inmensa de zafiro
Llenaba toda con sus ecos sordos;

En la alta torre pregonó de Búrgos
Ser ya llegado el dia venturoso,
En que iban á ganarse para el cielo
Dos almas rescatadas del demonio.

Confusas tropas de curiosa gente,
A caballo, y á pié, y en carros toscos,
Se ven llegar á la ciudad, alzando
Por sendas y caminos blanco polvo;

Y no solo familias castellanas
De las villas y pueblos del contorno,
Sinó de las provincias mas distantes
Y tambien de los reinos mas remotos.

De Búrgos en las calles y en las plazas
Crece el bullicio popular; en torno
Del alcázar del conde y de la iglesia,
A las plazas se agolpa; y acomodo,

O para ver pasar la comitiva,
O ver la ceremonia, buscan solo.
La carrera dispuesta de antemano,
Por las mas anchas calles, á que adorno

Dan telas de colores diferentes,
Y ramajes de fresnos y de pobos,
Y á que sirven de alfombra, sobre arena,
Verde juncia, mastranzos olorosos;

Solo está despejada, porqué en ella
Desde el amanecer, con ceño torvo,
Espadas cortadoras y alabardas,
Altivez imponente y agrio tono,

Hombres de armas del conde de Castilla
Ponen al paso de la gente estorbo;
Pero en rejas, balcones y terrados,
Y en bocascalles, con estruendo sordo

Se apiña, y forma grupos, y racimos,
Y enjambres de cabezas y de rostros
De toda clase, edad, color y sexo,
Por ver pasar á los gallardos novios.

Derramando su fúlgido torrente
El sol inmenso, engendrador del oro,
Por el desierto espacio caminaba
A ocupar del zenit el alto trono;

Cuando el rumor creciente de las turbas,
General movimiento, gritos roncos
De los que la carrera custodiaban,
Y de las trompas el clamor sonoro

La salida anunciaron del alcázar
De los á un tiempo néofitos y esposos,
Que en medio de comparsa numerosa,
Al templo van á coronar sus votos.

Seis donceles gallardos de alta alcurnia,
Con limpias armas, en caballos tordos
Abren la comitiva, tremolando
Blancos pendones y penachos rojos.

Despues los escuderos y los pajes,
Gobernados por cuatro mayordomos
Con pértiga de plata, á pié seguían.
Con grave continente y serio rostro,

De dos en dos, marchaban veinte hidalgos,
Y doce caballeros de abolorio
Y solar conocido en la montaña,
Bandas blancas pendiendo de sus hombros.

En dos filas en pos, á lento paso,
Cantando *Hosana* con berrido ronco,
Veinte monjes, las albas desceñidas,
Gruesa la panza, el cerviguillo gordo.

Luego los capellanes y el concejo
De la villa de Sálas, al sonoro
Compas del tamboril y de la gaita,
Con su estandarte, restaurado ha poco;

Y por fin los mazeros de palacio,
Hombres de armas y guardias orgullosos
Circundan á los altos personajes,
Regios padrinos y gallardos novios,

Que ostentan en su porte la riqueza,
Extravagante gala y raro adorno,
Que edad tan miserable consentía
A la bárbara estirpe de los godos.

Iba Fernan-González de padrino,
Robando el alma á sus vasallos todos,
Con el talle gentil y amable aspecto,
Nuncios felices de su nombre heroico:

La señora de Aranda por madrina,
Del conde hermana y dueña de gran tono,
Y aunqué ya no en la flor de la belleza,
De presencia gallarda y grato rostro;

Y en medio de los dos, del gran gentío
Encantando los pechos y los ojos,
Y fervorosos vivas recogiendo,
Van los dos catecúmenos y esposos.

Hace un año completo que en tal dia,
En bien distinto estado el uno y otro,
Y en medio de un bullicio semejante
De Córdoba cruzar las calles, viólos

El sol á la hora misma, festejando
De Abdimelik y Habiba el desposorio.
¡Cuántos diversos lances de fortuna
Han visto en tan brevísimo periodo!

Mudarra sobre el traje castellano,
Que le sienta mejor que el traje moro,
De neófito la blanca veste lleva,
Con modesto ademan, turbado y corto.

A Kerima la túnica de lino,
Puesta con negligencia y abandono,
La virginal corona de azucenas
Y rosas blancas de su frente en torno;

Los nítidos cabellos derramados
En negras ondas por el cuello y hombros;
Y los ojos á veces cual luceros
Reverberando, ó cual ardientes hornos

Encendidos; á veces eclipsados,
Fijos, como sin luz; otras de asombro
Llenos girando en torno, y otras turbios
Con gruesas gotas de salobre lloro,

Y la gran palidez de sus mejillas,
Con la boca entreabierta, cierto modo
De andar y de mover brazos y cuello,
Y el tardo respirar cansado y hondo;

Le dan una apariencia tan extraña,
Tal indeciso y vago á sus contornos,
Que asemejaba cosa de otro mundo,
Aparicion ó sueño vaporoso.

No ha gozado salud dentro del claustro,
Y en él ha dado indicios, y no pocos,
De que aun estaba endeble su cabeza,
Y su imaginacion en desentono.

Accesos ha tenido de despecho
Y de alegría, de terror y arrojo,
Que una terrible lucha demostraban
De encontradas pasiones; pero pronto

En devocion tan honda y compungida,
En entusiasmo tal, en tal arrobo
Por las santas doctrinas terminaban,
Que de las religiosas fué el asombro,

Presagiando que á ser iba un prodigio
De santidad y de fervor devoto,
Un ejemplo sublime de los fieles,
Y de infieles tal vez norma y apóstol.

—De la novía harto cerca va María,
El podenquero va cerca del novio:
En gran silencio aquella, este en voz baja
Diciendo chistes y poniendo apodos.

El noble Gústios, remozado y firme,
De contento bañado el ciego rostro,
Y conducido por el sabio Nuño,
Va en pos del hijo, á quien lo debe todo.

Lleva á su diestra al respetable Egidio,
De solitario con el sayo tosco,
Pues de no desnudarlo hasta la muerte
Hizo á los cielos inmutable voto.

Cuatro pajes por séquito de Lara,
Y cuatro rescatados de los moros
Por séquito de Egidio, y una escolta
La procesion cerraban; numeroso

Tropel siguiendo en pos desordenado,
Que crece á cada bocacalle, como
A cada paso crece el raudo rio,
Recibiendo en su curso á los arroyos.

De la iglesia mayor la excelsa torre,
Poniendo á vuelo sus metales roncos,
Ensordece la atmósfera, y anuncia
Que ya á sus puertas tiene á los esposos.

Con sus pontificales vestiduras,
Y sacra mitra recamada de oro,
Y su gremial, en derredor servido
Por prelados y abades del contorno,

(Entre los cuales su lugar tenía
Nuestro buen conocido, el que el tesoro
Y villas de Velázquez ha heredado)
El arzobispo con afable rostro

A los dos catecúmenos recibe
Del templo en el vestíbulo espacioso,
Cúbrelos con la estola, y les da entrada
En la casa de Dios; cantando el coro

De prestes y canónigos los himnos,
De aquel ceremonial entónces propios;
Y atravesando las oscuras naves,
Donde hierve concurso de curiosos,

Llegan al bautisterio. Cien antorchas
De la fuente de gracia arden en torno,
Y allí convierte el agua de la vida
Dos almas, que eran presa del demonio,

En ángeles, tan puros é inocentes
Como los que de Dios cercan el trono.
Al presbiterio luego conducidos
Los dos nuevos cristianos, bajo el solio

Del conde oyeron la solemne misa;
Y edificados se quedaron todos,
Al ver el interior recogimiento,
La santa compuncion y ardor devoto

Que mostraba Kerima. El arcipreste
De Sálas, ostentando el gran tesoro
De elocuencia y saber escriturario,
El sermon pronunció, que no fué corto.

Recibieron despues la Eucaristía
De la mano del preste los dos novios;
Y el arzobispo procedió al momento
A celebrar su union y desposorio.

De pié junto al altar los contrayentes,
Padrinos, padres y testigos prontos,
Cada cual en su puesto, y preparadas
La sortija nupcial, las arras de oro,

Principia la solemne ceremonia.
Del jóven cordobes late anheloso
El encendido corazon, mirando
Llegar sus dichas al ansiado colmo:

La doncella, mas pálida que nunca,
Clavados tiene los ardientes ojos
Siempre en su amante; tiembla, sudor frio
Le inunda el cuerpo, y le humedece el rostro.

La ungida diestra en alto, el arzobispo
Va á hacer indisoluble su consorcio
Con santa bendicion, y á entrambos manda
Que las manos se den. La suya ansioso

Tiende Mudarra en fuego convertida;
La de Kerima es crudo hielo, y solo
Se ve que no es la mano de una muerta,
Por el temblor que la sacude. Poco

Faltaba ya para enlazarse entrambas,
Cuando Kerima con horror los ojos
En la mano, que espera asir la suya,
Pone; da un alarido, aparta el rostro.

Y exclama: "No....jamas!!!....está manchada
" Con sangre de mi padre....La voz oigo
" Del cielo, que estos lazos me prohibe....
" Yo me consagro á Dios....Cristo es mi esposo."—

Dijo, resuelta del altar huyóse,
Y de María en el regazo tosco
Desmayada cayó. De mármol quedan
Los circunstantes: sin aliento el novio.

A describir su situacion no alcanza
Humana voz. Si el nombre glorïoso,
Que ganó con su hazaña, el rico Estado
Y un padre tal, hallado de tal modo,

Le compensaron el horrendo golpe;
O si la gracia celestial su apoyo
Le dió y resignacion en tal conflicto;
No he podido indagar. Que poco á poco

El tiempo volador le consolase,
Me parece seguro: ello es notorio
Que, ó por razon de Estado ó por amores,
Otro enlaze contrajo. Testimonio

Dan de su descendencia las historias,
Y viven en España entre nosotros
Los Manriques de Lara, que se precian
De hallar su orígen en tan noble tronco.[4]

FIN DEL MORO EXPÓSITO.

APÉNDICE.

ADVERTENCIA

DE LOS EDITORES.

Pensando que *El moro expósito* formaría dos volúmenes regulares, nos propusimos publicarle solo; pero al estar impresos los cinco romances, cantos ó divisiones, que con el prólogo debían componer el tomo primero, resultó ménos abultado de lo que habíamos creido. Suplicamos pues al autor, que nos facilitase algunas de sus composiciones inéditas, que ya conocíamos, para llenar la mitad del segundo volúmen, en cuyo caso incluiríamos hasta ocho romances en el otro. Puso alguna dificultad en acceder á nuestros deseos, porqué los suyos eran de que el público juzgase, si había ó no acertado en la tentativa de tomar un rumbo, nuevo entre nosotros, y un metro no acostumbrado para esta clase de poemas, sin implicar al *Expósito* en la censura, que sin duda merecerían otras obras ménos estudiadas.

Nosotros sin embargo insistimos en nuestra demanda, aspirando á hacer patente, que si el poeta había adoptado el cuarteto endecasílabo, era solo por reputarlo el mas á propósito para su asunto. La octava evita ciertamente el martilleo del asonante y se hace á la larga mas soportable al oido; pero por lo mismo que requiere mas artificio, y mayor pompa y ornato, se deslíen sobrado los pensamientos, se hace difícil el cambio de tonos, y camina la narracion con poca rapidez. Cójase cualquiera canto del *Orlando* de Ariosto, modelo inimitable de la variedad de estilo, y se verá que puede conservarse todo lo esencial de él en muchos ménos versos, poniéndolo en

romance heróico, que si se traduce en el mismo metro del original. Cierto es tambien, (para no salir de la obra que ahora publicamos) que si quisiéramos exornar con viñetas los sucesos que el texto comprende, encontraría proporcionalmente muchos mas asuntos un buen pintor en el *Expósito* que en la *Florinda*. Lo que en nuestro sentido no debe atribuirse, sinó á que el metro ofrece ménos obstáculos al progreso de la accion, cuando el estro poético no se ve arredrado por el consonante, por el corte del pensamiento, exigido casi de necesidad al fin de cada octava, por la estructura característica y amaneradade esta clase de estrofas, y por el cuidado de reservar lo mas fuerte de la imágen ó sentencia para el pareado.

Aunqué la ley que se ha prescrito al autor del *Expósito*, de variar la asonancia en cada uno de sus doce dilatadísimos romances, para evitar la monotonía, manifiesta suficientemente, que no ha recurrido á aquella con el fin de eludir las dificultades del consonante; nunca es superfluo presentar muestras indubitables de que la rima rigurosa no le da la tortura que experimentaba Meléndez. Basta leer las fáciles octavas de la *Florinda* y los dulces y cantables versos de *El sueño del proscrito*, para convencerse de que los estrechos límites de la consonancia nunca ponen en prensa sus pensamientos. Obsérvase por el contrario sobra de lozanía, cúmulo acaso excesivo de imágenes, y aquel abandono en escoger los consonantes, que caracteriza á Balbuena, á Jáuregui, al fecundo Lope y á cuantos han versificado con larga vena. Se imbuyen estos de una idea, van á ponerla en verso; é impelidos por el entusiasmo que los agita hasta llegar al fin, no pueden pararse á elegir los medios. Pasado aquel calor, la correccion es casi imposible: las producciones del ingenio se parecen á las estatuas de bronce, que ó salen bien

acabadas al vaciarlas, ó es necesario rehacerlas. El que no aprovecha los momentos de verdadera inspiracion, ó no los tenga, podrá componer obras eruditas, de estudio y de lima; pero jamas le venerará la posteridad como un esclarecido ingenio. Si Cervántes no hubiese asido la feliz ocurrencia de pintarnos á su *hidalgo manchego*, ejecutando el plan segun en la cárcel lo concibió, su nombre sería otro de los muchos que han hecho célebre nuestra literatura de principios del siglo XVII, sin ocupar, como ahora, un asiento destinado para él solo en el templo de la inmortalidad.

Entre las composiciones que agregamos en este *Apéndice*, nos merecen particular predileccion los *Romances*, género de poesía peculiar de nuestra nacion, y que no se cultiva aun con la frecuencia y esmero que debiera. Despues que los buenos poetas, de que España siempre abunda, repitan el ensayo de nuestro amigo, se estará en el caso de juzgar con mejores datos, si el romance octosílabo renueva siempre en nuestra mente el recuerdo de las jácaras y tonadas populares, como algunos críticos lo han sentado. Nosotros léjos de encontrar reminiscencia ninguna inherente á su estructura, vemos que se acomoda con igual docilidad á los asuntos festivos y jocosos, que á los de mas elevado coturno; pues si nos divierten los chistes de Góngora y Quevedo, tambien suspende agradablemente nuestro ánimo el romance de *Angélica y Medoro* del primero, y no falta sublimidad á muchos de los históricos antiguos, aunqué no sostengan el tono noble y grandioso, que campea en los del *conde de Villamediana*, *Don Álvaro de Luna* y *El alcázar de Sevilla*. Con lo cual se prueba ademas, que no necesitamos recurrir á la mitología, ni á siglos remotos, ó á hechos de historias extrañas, para captar la atencion de los lectores, á quienes deben interesar con preferencia los sucesos

que están en la esfera de su creencia y costumbres, y los sacados de los anales de su propia patria, particularmente si ha trascurrido el tiempo preciso, para que los personajes no sean juzgados con la parcialidad, de que no podemos prescindir respecto de nuestros contemporáneos, ó de los que lo han sido de nuestros padres.

¿ Y por qué no han de conmovernos asuntos mas recientes? Sépanse manejar con tino, y todo el mundo se revestirá de las pasiones y afectos del poeta, cuando nos describa las sensaciones, que en el pecho de una mujer enamorada excita la vista de un *Sombrero*, ó la desesperacion del jóven, á quien *La vuelta deseada* á su patria hunde de improviso en la mayor de las desdichas. Por grandiosos que sean los objetos, por mucho que tenga de terrible un acontecimiento, ó por mas que esté envuelto en misteriosa oscuridad; nunca se disimula la falta de destreza en quien lo refiere, ni puede encubrir semejante defecto la clase de metro que adopte. Lo que hay de consiguiente que pedir al poeta, es que verdaderamente lo sea; es decir, que con su vuelo fogoso y casi divino nos arrebate consigo á las regiones que cruza, nos divierta cuando rie, nos arranque lágrimas con su dolor, y nos haga estremecer, si las desgracias de su patria, la crueldad de los hombres ó la injusticia de la suerte le obligan alguna vez á prorumpir en gritos de indignacion.

Creemos no equivocarnos al anunciar, que las composiciones que ofrecemos al público de nuestro amigo, no obstante que pertenecen á géneros tan diversos, llevan todas el sello del espíritu creador que anima á los vates, y que están llenas de pasiones afectuosas y de toques, no ménos profundos que delicados; al paso que la versificacion es fluida, y el lenguaje el que le han enseñado nuestros excelentes maestros. De estas apreciables

dotes apénas se descubría uno que otro destello en los dos tomos de poesías, que en 1820 dió á la luz en Madrid, coleccion cuyos ejemplares quisiera reunir el autor (segun varias veces nos lo ha repetido) para entregarlos á las llamas. Por donde se ve confirmada la observacion, que hemos hecho en otra parte, de lo mucho que ganan los hombres trasplantados de su país, combatidos por la adversidad ó por las vicisitudes de los acontecimientos, y separados de la monotonía de la vida doméstica. Lo poco conocidos que son todavía entre nosotros los escritores *románticos*; así ingleses como alemanes, y la timidez con que han tenido que caminar nuestros poetas de la edad presente; han sido las dos causas principales de que se hayan dedicado con profusion á asuntos frívolos, poco dignos de las Musas del siglo decimonono. No debe por lo mismo extrañarse, que sean tantas sus odas á las bailarinas y actrices; ni la abundancia de sus sonetos á cumpleaños, nacimientos y bodas; ni que tan de continuo pidan zelos ó un millon de besos á esas zagalas de farsa, que desdicen de nuestras costumbres, no ménos que de nuestras ideas. Por fortuna parece que no está ya léjos el dia, en que descansando el Gobierno en la conciencia de que trabaja cuanto puede por que prospere y sea dichoso el pueblo, le verá sin susto gozar de una racional libertad; al mismo tiempo, que la religion, estable é impasible, como su divino Autor, no apelará, para reunir á los hombres en su gremio, á otras armas, que á la persuasion revestida de toda la dulzura de la caridad cristiana.

Aun entónces siempre hallarán los jóvenes grandes ventajas en abrazar un método de vida, que ensanche é ilustre el campo de su imaginacion; les haga sacudir el polvo de la escuela, para que abandonando la senda de la fria imitacion, den fisonomía propia á sus pensamientos, escribiendo

no por recuerdos sinó por inspiracion, y de consiguiente con originalidad; y los familarize insensiblemente con los hombres y libros de la Europa culta. Fuera de su país no pueden dejar de leer á Beranger, de estudiar á Manzoni, y de meditar á lord Byron. Aficionándose á ellos, conocerán, que mucho de lo que les parece bueno en nuestro Parnaso, sobre todo en el moderno, no son mas que traducciones, descoloridas ó exageradas; copias, mas ó ménos felices, de los latinos, italianos y franceses; muy en general pura *palabrería* en estilo *bombástico*, y cuando mas composiciones de la clase de la *Florinda* y del *Epitalamio*, escritas á la verdad con gallardía, gala y fluidez, pero que manifiestan la tiránica influencia del gusto llamado *clásico*, y que el autor aun no se atrevía, cuando las hizo, á desamparar la senda arbitrariamente marcada por los preceptistas. A medida que se ha desembarazado de tales andaderas, y que se ha atrevido á sacar las imágenes, símiles y colorido de su corazon y del tesoro inagotable de la naturaleza, y no de lo que otros han déjado escrito; su tono se ha robustecido, ha ganado mucho en valentía y originalidad su pincel, y no parece ya el poeta de 1826, ni siquiera en las odas *A las estrellas*, *Al faro de Malta* y *A su hijo Gonzalo*. Es por tanto de esperar, que la juventud española no tardará en reconocer con él, que las luces y necesidades de nuestra época están clamando por que se sacudan los grillos que el culto ciego del *clasicismo* nos había impuesto; y cuando, á despecho de la escuela del Siglo de Luis XIV, logre la independencia del pensamiento, cómo conquistó la nacional contra las huestes de Napoleon, no podrá ménos de repetir con nosotros, que en medio de pocos bienes, los males, los mas grandes males nos han venido siempre de nuestros vecinos.

Paris, 1° de diciembre de 1833.

FLORINDA.

Nunca hubiera pensado probablemente en dar al público la *Florinda*, escrita mucho ántes que *El moro expósito*, y cuando aun tenían en mi modo de escribir influencia las impresiones recibidas desde la infancia y un gusto diferente del que ahora me domina. Pero accediendo á los deseos de mis amigos, los editores, no he podido excusarme de que salga á luz, solo para completar este segundo tomo. Para ello la he revisado, reduciendo á cinco los ocho cantos de que constaba. No obstante de que he procurado hacer las supresiones de modo que forme un todo no interrumpido lo que ahora se imprime, debe mirarse siempre como fragmentos, no como una obra completa; y puedo asegurar á mis lectores, que si ganan muy poco con los trozos que aquí se publican, pierden de seguro ménos con los suprimidos.

CANTO PRIMERO.

EL BANQUETE Y LA PRISION.

I

Casi en mitad de la extendida España,
De Toledo saluda las almenas,
Y los peñascos do se empinan, baña
Tajo, que envuelve en oro sus arenas;
Y luego entre tomillos y espadaña,
Y por feraces márgenes amenas
Deslizándose, gira sosegado
Sobre un risueño y delicioso prado.

II

Rica verja de bronce los confines
De un anchuroso espacio en él cercaba,
Do entre bosques, estanques y jardines
Un palacio soberbio descollaba.
Sus cuadras y dorados camarines
El balconaje liberal mostraba,
Al esplendor de antorchas y blandones,
Que ardientes alumbraban los salones.

III

Era el alcázar de Florinda : había
Una cena magnífica dispuesta,
Para pasar hasta la luz del dia
En gozo y en placer, en danza y fiesta.
En medio de un salon, que de armonía
Llenaba suave combinada orquesta,
Las regaladas mesas se encontraban,
Y exquisitos manjares presentaban.

IV

En su reedor prelados, personajes,
Caballeros, señoras, dueñas, damas,
Ostentando riquísimos ropajes,
Y acaso ardiendo en amorosas llamas;
Hidalgos, escuderos, guardias, pajes,
De oscuros nombres y dudosas famas,
Esperaban al rey, por tributarle
Obsequio, y de su amor felicitarle.

V

Que, oh mengua! por su mal aquella corte
No era ya digna del linaje godo;
De aquel que tuvo á la virtud por norte,
Virtud con que venciera al orbe todo;
Pues olvidada de su antiguo porte,
Dormida de los vicios en el lodo,
Cercada se verá, cuando despierte,
De un mar de sangre, cautiverio y muerte.

VI

Llega el rey con su hermosa; altos sitiales
Bajo dosel de púrpura ocuparon,
Y magnates y damas principales
Con vivas su presencia celebraron:
En oro y preciosísimos cristales
Manjares deliciosos circularon,
De mil blancas antorchas á las lumbres,
Que brillaban por muros y techumbres.

VII

Galan y enamorado era Rodrigo,
Y rey que los reparos atropella,
Queriendo al orbe todo hacer testigo
De su ventura y amorosa estrella;
Y la severidad del tiempo antigo
Con ceño mira y desdeñoso huella;
Que el que adora á una linda y alta dama,
Goza tambien en publicar su llama.

VIII

Estaban á la mesa Alfonso, Eurico,
Y Rugero, Armengol, Teudo y Favila,
Y Walia descendiente de Alarico;
Gala, Eduvígis, Toda y Pudentila,
Y cuantos de linaje claro y rico
En su centro tener la corte estila;
Y todos al monarca celebrando,
Y á Florinda bellísima admirando.

IX

Ópas tambien, hermano de Witiza,
De Toledo arzobispo, cuyo osado
Pecho ambicion indómita esclaviza,
Llegó al festin despues de comenzado;
Y aunqué el semblante y el mirar suaviza,
Cauto, sagaz y á bandos avezado,
Su palidez, sus ojos y su frente
Muestran que su interior combates siente.

X

Mezclado entre la turba, que asistía
Como cortejo, escolta y aparato
De los magnates, que en la sala había
Disfrutando el festin y el regio plato;
Un incógnito entróse, á quien cubría
Armadura completa sin ornato,
La espada en cinta y baja la visera,
Cual si un soldado de la guardia fuera.

XI

A uno de los pilares arrimado,
En que estribaba el arteson del techo,
Estaba, del bullicio separado,
Con los brazos cruzados sobre el pecho;
Y como en él ninguno ha reparado,
De cuanto pasa en torno, está en acecho;
A la dama y al rey atento mira,
Y se le abrasa el corazon en ira.

XII

Álzase, del monarca confidente,
El jóven Tendo, ilustre y generoso,
Que á Gala amaba; invoca de repente
La atencion del concurso numeroso;
Y un tazon de oro y piedras refulgente
De jerezano néctar espumoso
Llena, y dice : "Brindemos, ó señores,
"Por el rey, por Florinda y sus amores."

XIII

Y Rodrigo el primero el labio toca
Al rico cerco, que el tazon orlara,
Y de Florinda la divina boca,
En donde la del rey, tambien tocara;
Y dando vueltas el licor se apoca
De mano en mano, hasta que al cabo pára
En las trémulas ya del viejo ilustre
Ruben, hebreo, de las ciencias lustre.

XIV

Era docto Ruben en las estrellas,
Insigne en nigromancía; y se decía,
Que lo futuro conociendo en ellas,
Venideros sucesos predecía;
Que un familiar espíritu sus huellas,
Sujeto siempre á su saber, seguía;
Que sombras evocaba, y que los puros
Astros obedecían sus conjuros.

XV

En la corte alto crédito gozaba
Por su edad grave y su profunda ciencia,
Y en el banquete silencioso estaba,
Con modesto ademan y continencia.
La barba que en el pecho le ondeaba,
Cual blanca nieve, daba á su presencia
Gravedad y decoro, y un ropaje
Ancho, negro y talar era su traje.

XVI

Apénas el tazon toma espumante,
En pié se pone pálido y temblando,
Sus ojos lanzan fuego, y palpitante
Lo arroja, la ancha mesa salpicando;
Y con voz ronca al trueno semejante,
"O Dios!" exclama, "ó Dios! qué estáis brindando?
"Sangre llena esta copa, sangre, y miro
"Sangre do quiera que la vista giro."

XVII

"Esta opulenta mesa se convierte
En espantable y espaciosa tumba:
El horrendo alarido de la muerte
En estas altas bóvedas retumba....
Varones, desechád el sueño inerte:
De la guerra el estruendo en torno zumba.
Ay! son lutos las galas y libreas,
Y estas antorchas funerales teas."—

XVIII

Callaron todos, y Rodrigo helado
Torna los ojos á Florinda bella,
Y en su faz el terror viendo pintado,
Al mágico maldice y á su estrella;
Y de mil pensamientos contrastado,
Pálido de su amada el rostro sella,
Y sus lágrimas bebe, y con los brazos
Le ciñe el cuello en ardorosos lazos.

XIX

Cuando de pronto aquel desconocido,
Que armado y encajada la visera,
Entre la muchedumbre confundido,
Apoyado al pilar permaneciera;
La brilladora espada embravecido
Empuña, y saca de la vaina fuera,
Y á la mesa se lanza fulminante,
Atropellando cuanto ve delante.

XX

Una estocada furibundo tira
Contra el pecho del rey, ronco gritando:
"Teme, tirano, la celeste ira,
"Que mi brazo terrible está animando."—
A un lado el cuerpo súbito retira
Rodrigo, y en la silla hirió, quedando
En su espaldar riquísimo clavada
La vengadora fulminante espada.

XXI

Dió la bella Florinda un grito agudo,
Creyendo que su amante fuera muerto:
Levántase el monarca airado y mudo:
Tiembla don Ópas demudado y yerto.
Agítase el concurso, y al sañudo
Incógnito, con ciego desconcierto,
Se arrojan Teudo y otros personajes,
Ayudados de guardias y de pajes.

XXII

Al ver su rostro, alzada la visera,
Lanza un grito Florinda y viene al suelo,
Que hondo desmayo de ella se apodera;
Queda Rodrigo cual immóvil hielo;
Tiembla Teudo el osado; Ópas se altera;
Húndense todos en espanto y duelo,
Pues de Florinda al padre venerando,
Al conde don Julian, están mirando.

XXIII

Halla el viajero en la desierta arena,
Do imperios yacen del perdido oriente,
Inculta soledad de escombros llena,
De ruinas que el tiempo hundió inclemente:
Tendido el roto mármol, donde apena
Los rastros del cincel la edad consiente,
Colunas derribadas y arquitrabes,
Ya nido á sierpes y á nocturnas aves:

XXIV

Y destructoras yedras y bastardos
Musgos brotar por juntas y labores,
Sus hojas escondiendo y tallos pardos
Del arte sobrehumano los primores:
Y alzarse mira solitarios cardos
Sobre ricos mosaicos de colores,
Y oye cuál llora tanto desconcierto
La voz desconsolada del desierto.

XXV

Pero en medio del campo de la muerte,
Del estrago del tiempo desastroso,
Triunfador de la edad y de la suerte,
Ve enhiesto en bronce lívido coloso,
(Que mas que el mármol el metal es fuerte)
Y en él yedras y musgo ponzoñoso
Prender no logran, ni saciar su saña
De los siglos voraces la guadaña.

XXVI

Así en la corrupcion que á España inunda,
Solo se mira libre de su estrago
El conde don Julian, cuya profunda
Virtud vence del vicio el torpe halago.
Llora la destruccion que le circunda,
Llórala, sin saber, ay! que el aciago
Dia se acerca, en que su honor le quite,
Y en crímenes sin fin le precipite.

XXVII

En vano opone su virtud sublime
Y su ejemplo á la furia de los vicios,
Que á su patria infeliz hunde y oprime,
Llevándola á espantosos precipicios;
Pues nada alcanza, despechado gime,
Y tiempos esperando mas propicios,
Retirado en el Bétis entre tanto
Oculta su dolor y justo llanto.

XXVIII

Solo anhelaba (es padre y es prudente)
A Florinda sacar, á su hija hermosa,
De Toledo infeliz, y del torrente
De vicios de la corte peligrosa;
Pues cumplió el tercer lustro, y eminente
Crece en beldad, y aunqué alta y generosa
Brilla en virtud, es prenda la hermosura,
Que do escándalos hay, no está segura.

XXIX

¡Y cuán leal su corazon le advierte!....
Padre infeliz!....pues ya la infortunada
Hora llegaba, en que enemiga suerte
Preparaba á Florinda recatada
Amor, deshonra, perdimiento y muerte;
Y para él la senda desastrada,
Por do traicion, venganzas y maldades
Van á la execracion de las edades.

XXX

—En su alcázar antiguo la doncella,
Entre damas ilustres, y al cuidado
De dueña venerable, creció bella,
Separada del mundo depravado.
Allí mas pura que luciente estrella,
Y con nombre de todos respetado,
Inocente, feliz, sola vivía,
Y de la corte ni aun hablar oía.

XXXI

Estaba cual la rosa del desierto,
Que nace, brilla, y su esplendor lozana
Ostenta y su fragancia al cielo abierto,
Al rojo despuntar de la mañana,
Ignorando si el mundo está cubierto
De otras rosas tambien, y si la humana
Industria en los verjeles á las flores
Cautiva, por gozar de sus olores.

XXXII

¡Cuántas veces la luna plateada,
Al asomar por cándido celaje,
Reflejando en la cumbre empizarrada
Del alcázar y altísimo almenaje,
Junto al muro sorprende disfrazada
La persona del rey, en tosco traje,
Luz lejana observando sin juicio,
O algun vago rumor por un resquicio!

XXXIII

Y tal vez descuidada la divina
Beldad, que un rey la acecha, simple ignora,
Y pulsa con la mano alabastrina
El arpa de marfil, dulce y sonora;
Y en delicada voz (porqué imagina
Que nadie ha de escucharla) encantadora
Himnos tan puros, como lo es su pecho,
Al cielo envía, al recogerse al lecho.

XXXIV

El amador, temblando, la vihuela
Melancólica y dulce requiriendo,
Que ha escuchado su acento le revela,
Amorosas endechas respondiendo;
Y como, simplecilla! no rezela
Las redes que el amor le está tendiendo;
Que es de algun jardinero el canto entiende,
Y á la letra y á la voz incauta atiende.—

XXXV

A la corte á brillar sale Florinda
Por su mal; que la cándida azucena
Vive, y vive gentil, lozana y linda
En el repuesto de la selva amena;
Pero de allí arrancada, á que se rinda
Su alta beldad natura la condena,
Por mas que brille una hora en el florero
Y la envanezca aplauso pasajero.

XXXVI

El aura del deleite suave y blando
La doncella infeliz goza, y no advierte
Que su noble virtud se va agotando,
Porqué respira el aire de la muerte.
Ya el retiro apacible despreciando,
Y la pureza de su antigua suerte,
Discrecion y beldad lucir le agrada,
Y el verse en concurrencias celebrada.

XXXVII

El árbol mas altivo y generoso,
Que en el bosque entre mil se alza y descuella,
Por mas que se defienda desdeñoso
Del atractivo de la yedra bella;
Cuando al abrazo aleve y engañoso,
Los que en torno le cercan, ceden de ella,
No escapa de sus nudos, y enredado,
Cual los demas, perece sofocado.

XXXVIII

Florinda arde, infeliz! noble combate
Contra el amor su virtuoso pecho;
Mas quien de combatir con amor trate,
Solo trata de ser roto y deshecho.
Su invencible poder la fuerza abate
Que la doncella opone sin provecho;
Y por Rodrigo se le abrasa el alma,
Logrando amor la triunfadora palma.

XXXIX

Ay! cayó al fin!....Levántase orgullosa
Antigua torre que la edad venera,
Triunfó de asaltos mil firme y gloriosa,
Y encumbra su almenaje á la alta esfera:
El suelo tiembla acaso, y poderosa,
Sobre su inmensa basa persevera;
Ni de los siglos el rigor sañudo
Romper sus gruesos murallones pudo.

XL

Pero humilde tal vez nace en la sierra
Escaso arroyo, y corre y se encamina
Al pié del templo fuerte de la guerra,
De la torre que al cielo se avecina;
Y baña en derredor su seca tierra,
Y con clara corriente cristalina
La adula reflejándola, y mil flores
Produce en sus cimientos vividores.

XLI

Al mismo tiempo, mudo y alevoso,
Lentamente socava los sillares,
Que el fiero empuje de huracan sañoso
Resistieron, y esfuerzos militares;
Y de las yerbas que brotó en el foso,
Con la raiz, las piedras angulares
Penetra, y la quebranta, y al fin hunde
El torreon, y en polvo lo confunde.

XLII

—Y el padre desdichado!....Pronto aviso
Le dió don Ópas, con infame intento
De ponerle en tan alto compromiso,
Y hacerle de sus iras instrumento.
Corrió don Julian; voló, que quiso
El daño prevenir; pero al momento
Llegó, infeliz! en que Florinda es dama,
Y nada puede restaurar su fama.

XLIII

En una fuerte torre aprisionado
Se ve, como leon que en jaula estrecha
Ruge en furor ardiendo, y despechado
Terrible fuego por los ojos echa.
En ella entró, y en ella encarcelado
Quedó, (visto lo poco que aprovecha
Ni sangre, ni virtud, ni valentía)
Al despuntar la luz del nuevo dia.

XLIV

"Yo lo vi, yo lo vi: destino horrible!
Mi alcázar, que fué templo esclarecido
De virtud y de honor incorruptible,
En lupanar infame convertido,
Y á mi vil ofensor aborrecible,
De esa inicua mujer, que mi hija ha sido,
Entre los brazos....Cielos!....y aun respira?....
Y yo no estoy vengado?....oh negra ira!"

XLV

" Dia de maldicion eterna fuera
Aquel que padre me llamé : maldito
El instante en que vi la luz primera,
Y de mi enlaze el sacrosanto rito.
¿ No llega justo cielo hasta tu esfera
De mi dolor el clamoroso grito ?....
O Dios, ¿ por qué mi brazo mas certero
No supo fulminar el noble acero ? "

XLVI

" Godos, godos ! salíd del sueño insano ;
Ved manchadas mis canas virtuosas
Por vuestro aleve y bárbaro tirano.
Temblád los que tenéis hijas hermosas :
¿ No me escucháis, y mi lamento en vano
Se pierde entre estas sombras pavorosas,
En donde, sin venganza es ya mi suerte
En infamia esperar la tarda muerte ? "

XLVII

" No será ; que en el alma aun tengo brío
" Para librarme del Destino horrendo."—
Así dijo, y bañado en sudor frio,
En desesperacion y en ira ardiendo,
Los brazos tiende con intento impío
Por las ciegas tinieblas, y cogiendo
Una daga, que oculta guardar pudo,
Grita ronco, empuñándola sañudo :

XLVIII

" Pues que no supo castigar mi espada
" Al mortal, que ofenderme osó el primero,
" Acabe mi existencia degradada;
" Durar no debe en deshonor tan fiero.
" Líbrame de esta vida emponzoñada,
" Rompe mi corazon, tajante acero."—
Dice, y alzando la resuelta mano
Va á esconder en su pecho el hierro insano.

XLIX

—Sí, cuando la esperanza, del mezquino
Mortal último apoyo, atroz deserta,
Y de reparacion no hay ya camino,
Y de oprobio la vida está cubierta;
Baje el hombre al sepulcro, que el Destino
A él le llama, con voz terrible y cierta.
¿Mas quién puede perder toda esperanza
En mundo tan sujeto á la mudanza?

L

Tenerla debe el que agraviado arde,
Guardarla debe el que infeliz respira,
Y de firme constancia hacer alarde
Cuando á la suerte embravecerse mira:
Aunqué es valor morir, es de cobarde
Pecho tambien, si á la venganza aspira,
Buscar la muerte, pues reposo alcanza
Solo el que muere, pero no venganza.

LI

—Ya el despechado conde en golpe barrendo
Va á desgarrar su corazon ardiente.
Cuando de los cerrojos el estruendo
Inesperado escucha de repente,
Y que las dobles puertas van abriendo,
Y lentos pasos que se acercan, siente,
Y de lejana luz el brillo escaso,
Por los resquicios penetrando acaso.

LII

La accion suspende atónito, y, "La suerte
"Víctimas," dice, "ofrece al brazo mio:
"Vengan, y cara comprarán mi muerte.
"Gracias, cielos, os doy, doblád mi brio:
"Ántes, agudo acero, de esconderte
"En mi pecho infeliz, copioso rio
"De sangre verterás de infame bando;
"Y soy feliz, pues moriré matando."—

LIII

Acia la puerta arrójase furioso
Para herir al que osare entrar delante:
El rumor de los pasos pavoroso
Se acerca con la antorcha relumbrante:
Caen las pesadas barras, el mohoso
Cerrojo tardamente, rechinante
Resbala en las argollas resonando,
Las bóvedas su estruendo duplicando.

LIV

Ya se estremece la ferrada puerta,
Y sobre goznes del orin pesados,
Gimiendo ronca y tarda, queda abierta,
Y los ojos del conde deslumbrados,
Pues de lámpara escasa á luz incierta,
Cuando espera encontrar hombres armados,
Ve una hermosa mujer con blanco velo,
Que parece venir del alto cielo.

LV

Tal vez al desdichado á quien oprime
La maldad de la tierra, así piadoso
Del pesar un momento le redime
El encanto del sueño delicioso;
Y en él, en forma angélica y sublime,
Le envía el justo cielo bondadoso
Vírgen celeste, que de luz vestida,
Con purísimos gozes le convida.

LVI

Mudo y absorto don Julian quedara,
Y á doblar la rodilla se previene,
Cuando el velo cayendo de la cara
De la beldad, que á consolarle viene,
Ve á los reflejos de la antorcha clara,
Que pálida y temblando ante sí tiene
A Florinda infeliz, á su hija hermosa,
Que ni labio ni planta mover osa.

LVII

Reconócela el conde desdichado,
Y lanza un ronco horrísono alarido,
Que conmoviera el torreon alzado,
Por los lúgubres ecos repetido;
Y con el brazo inexorable armado
Del hierro matador, enfurecido
Acia Florinda bárbaro se lanza
Ciego, á empezar en ella su venganza.

LVIII

Pero, ay! al descargar el golpe fiero,
Pierde su furia la indignada mano,
Y desmayada suelta el crudo acero,
Que es padre al fin el irritado anciano;
Y dando otro alarido lastimero
La espalda y rostro vuelve, y al cercano
Muro lo aplica y de la luz lo oculta,
Y en horrendo silencio se sepulta.

LIX

Florinda no respira, y fria y yerta
Su planta vacilar mísera siente:
En el umbral se apoya de la puerta,
Y en ella inclina la marchita frente;
Cuando el padre, cual suele el que despierta
De horrendo sueño, dice de repente
Con ronca y honda voz, y acento oscuro,
Y sin el rostro despegar del muro:

LX

"Complácete, malvada; tu obra mira,
Si es que á gozarte en mi deshonra vienes.
Aquí al que quiso la celeste ira
Que te engendrara, para afrenta tienes.
Mas por que con la infamia que respira
Tu corrompido pecho, no envenenes
Esta mansion de honor, huye al momento,
Pues para herirte me faltó el aliento."—

LXI

"Señor, que de otro modo, ay Dios! no osa
"Esta infeliz llamaros," con turbada
Voz le dice Florinda temerosa;
"A salvar vuestra vida idolatrada,
"A daros libertad vine anhelosa."—
"Devuélveme mi honor, infortunada,
"Que vida y libertad sin él no quiero,"—
Interrúmpela airado el padre fiero.

LXII

"Señor," la jóven sollozando exclama,
"Si es que puede mi sangre, sangre impura,
"Vertida restaurar mi nombre y fama,
"Este pecho rasgád con mano dura,
"Matád á esta infelice que os infama;
"Heríd, heríd, señor; mas de esta oscura
"Prision salíd, salvád, ay! vuestra vida,
"Con mi muerte en su honor restablecida."—

LXIII

Así diciendo se derriba al suelo,
Las trémulas rodillas abrazando
Del padre, hundida en crudo desconsuelo,
Y un torrente de lloro derramando.
Mísero el padre, convertido en hielo
Se alza del muro, mírala, y temblando
Ya va á echarle los brazos; mas le agita
De repente el furor que su alma irrita.

LXIV

A la infeliz Florinda de sí arroja,
Y en tierra la confunde con fiereza.
Ella los piés paternos besa y moja,
En ellos inclinando la cabeza.
El padre....es padre al fin....Tanta congoja
Templa ya de sus iras la braveza;
Gime en el interior de su hondo pecho,
En contraste tan áspero deshecho.

LXV

Ya mas no pudo el desdichado conde,
No pudo mas; y con entrambas manos
En su rostro las lágrimas esconde,
Y todos sus esfuerzos, ah! son vanos;
Que el corazon mas duro al fin responde
De natura á los ecos soberanos,
Y de lo mismo que ejecuta ajeno,
A su hija estrecha en su abismado seno.

LXVI

Y, "Sí," dice, "sí, aun puedes, hija mia,
"Lavar tu honor, mi bendicion ganarte,
"Enmendar el baldon, á que á la impía
"Suerte plugo indignada condenarte;
"Y de tu madre....oh Dios!....la sombra fria,
"Que miro cuál te sigue á toda parte,
"Pronta, qué horror! á maldecirte airada,
"Tener reposo y paz, verse aplacada."

LXVII

"Álzate, jura por el cielo santo,
"Jura ante el Dios terrible y justiciero,
"Ejecutar al punto, al punto, cuanto
"De ti exigir por desagravio quiero:
"Lo juras?...—Y Florinda en mudo espanto
Tiembla, y en lloro amargo y lastimero
Se deshace. Y, "Lo juras, infelice?
"Lo juras?" otra vez el padre dice.

LXVIII

Entónces ella, lánguida, marchita,
Con débil y honda voz, "Padre, lo juro,"
Prorumpe; y tal horror su pecho agita,
Que viene á dar de espaldas contra el muro.
Sin verlo don Julian, se precipita
Sobre la daga que en el suelo duro
Yace á sus piés, la coge, y de esta suerte
Ronco prosigue y respirando muerte:

LXIX

"Cumple, hija de mi amor, tu juramento:
Toma esta aguda vengadora daga,
Y tu brazo con ella en el momento
Del vil Rodrigo el corazon deshaga.
Vuela, y cuando tornares, y sangriento
Muestre que á tu ofensor dió justa paga;
Por tu esfuerzo traerás restituida
Honra á tu padre, y libertad, y vida."—

LXX

No las celestes bóvedas rompiendo,
Con repentino trueno resonante,
Rayo trisulco y vengador, cayendo
A los piés de la dama palpitante,
Su corazon hundiera en tan tremendo
Espanto, como el nombre de su amante
Del padre en boca, y el mandato horrible,
Y el juramento bárbaro y terrible.

LXXI

Y trémula, y bañada en sudor frio,
Y cárdeno el semblante, y erizados
Los cabellos, y en fuego hondo y sombrío
Reluciendo los ojos espantados,
Ni ve, ni habla, ni escucha. El conde impío
Mírala; y sus furores renovados,
La ase del brazo, y con feroz acento,
"¿Faltas," dice, "infeliz, al juramento?"....

LXXII

"Mi honor y el tuyo á restaurar te niegas?...
"Te gozarás en mi suplicio infame?....
"O la suya, ó mi muerte: no hay mas treguas:
"O mi sangre, ó la suya se derrame."—
Y Florinda, "¿A qué Furias, ah! me entregas,"
Dice, "oh padre!....si padre es bien te llame.
"Qué horror!....¿yo asesinar á mi Rodrigo?"—
"Tuyo!!!" el padre gritó, "yo te maldigo."

LXXIII

Mortal desmayo á tan terrible acento
A la dama infeliz sobrecogiera:
Véla caer el padre, y al momento
Revuelve contra sí la daga fiera;
Cuando llega don Ópas sin aliento,
De su sañudo brazo se apodera,
Y, "Salvaos," exclama, "de la muerte,
"Veníd, ó conde, aprovechád la suerte."—

LXXIV

Empero el arzobispo, que no había
En el tendido bulto reparado,
Míralo, y pierde toda su osadía,
De que aquella es Florinda cerciorado.
Y, "¿A dó, padre infeliz, tu saña impía
"Te condujo?" prorumpe horrorizado.
Y gime don Julian, y dice fiero:
"Mi maldicion ha sido, no mi acero."

CANTO SEGUNDO.

LOS PRESAGIOS.

I

Con un potro, un arnes y un escudero,
Que el arzobispo al conde ha procurado,
Libre acia el claro Bétis va lijero,
De intentos de venganza acompañado:
Que el pensamiento siempre lisonjero
Nueva esperanza ofrece á su cuidado
En deudos y en amigos, y no duda
Que hallará en ellos importante ayuda.

II

Ya la incansable voladora Fama,
A cuyos ojos nada oculta el mundo,
Y cuya voz confusa se derrama
Por cuanto cercan cielo y mar profundo;
Del atrevido rey la amante llama,
El agravio del conde furibundo,
Y en el festin su arrojo infortunado,
Ha por España toda publicado.

III

Y toda España (oh síntoma de muerte!)
Burló tal vez de la afliccion paterna.
¡Triste del pueblo, á quien su triste suerte
Tanto á la infamia y corrupcion prosterna,
Que necio rie y necio se divierte
Con los vicios de aquel que le gobierna,
De un anciano en la faz al ver el lloro,
Y ultraje torpe al femenil decoro!

IV

— Del Bétis olivoso á la ribera
El conde llega, y á Híspalis famosa,
Y á su palacio, donde inquieto espera
Sus gentes ver en turba numerosa;
Pero una y otra luz pasa lijera,
Y en soledad se mira congojosa,
Y ni deudos, ni amigos, ni parciales
Del alcázar penetran los umbrales.

V

Qué es esto?.... dónde están?.... desventurado!
Hé aquí los hombres, don Julian: advierte
Cuál los que te cercaban fortunado,
Huyen, cuando contraria ven tu suerte.
Favor, gloria, poder te roba el hado;
No hay ya de ti esperar, no hay ya temerte;
Y cuantos por muy tuyos se vendieron,
De tu fortuna, y no de ti lo fueron.

VI

Aunqué el desaire advierte, su venganza
Le inspira disimulo : con presteza
Convoca, aun alentado de esperanza,
De Híspalis y Vandalia á la nobleza.
Mas pronto en tierra ve su confianza;
Cobarde abatimiento, vil bajeza,
Degradacion, infamia, vicios, dolo,
Esclavos sin pudor hallando solo.

VII

Gime el padre infeliz, y su hondo pecho,
Ya espantoso volcan, rabia respira;
Y temblando de horror y de despecho,
Así ronco exclamó y ardiendo en ira :
"Patria infeliz !....tus hijos ¿qué se han hecho?....
"Dó están?.... dó están?....¿son estos que aquí mira
"Mi indignacion, esclavos de Rodrigo?....
"Si estos tus hijos son, yo te maldigo."—

VIII

Al atroz frenesí que su alma irrita,
Su alcázar abandona, á Híspalis deja,
En caballo veloz salta, y le agita,
Y los ijares con furor le aqueja,
Y en busca de la mar se precipita;
Pues su rencor ardiente le aconseja
De Hesperia huir, para buscar el modo
De exterminar al rey y al pueblo godo.

IX

Llega al último término de España,
A las costas que el mar sañudo azota,
Y en las arenas que hervoroso baña,
El potro deja, que cansado trota.
Tiende la vista á la húmeda campaña,
Y una pequeña barca, no remota,
Amarrada descubre en la ribera,
Entre las algas y la espuma fiera.

X

Comenzaba la noche, ronco el viento
En nubes oscurísimas bramaba;
El mar con sordo son y movimiento
Espantosa borrasca presagiaba;
Mas no desiste el conde de su intento,
Y arrojarse á las ondas solo ansiaba;
Tanto le era la patria aborrecible:
¡ Ay del que llega á estado tan terrible!

XI

Era el batel de humildes pescadores,
Que en un chozo inmediato se acogían,
Cuando del mar horrendo los furores
El sustento buscar les impedían.
De la hoguera los rojos resplandores,
A que las pobres redes recorrían,
Llamaron la atencion del conde fiero,
Y al albergue infeliz marchó lijero.

XII

Halla á los pescadores, que asustados
De su aspecto temblaron pavoroso;
Y mándales audaz, que apresurados,
Aprestando la barca, al proceloso
Mar se entreguen, y á climas apartados
Le conduzcan al punto. El peligroso
Aspecto de las ondas y los vientos
Muéstranle, que es contrario á sus intentos.

XIII

Pero empuñando la fulmínea espada,
Obedecer sin replicar ordena.
Van á la barca, que aunqué está amarrada,
La resaca la arrastra por la arena,
Era horrenda la noche, contrastada
Del hervoroso mar la playa truena,
La atmósfera se envuelve en negra bruma,
Silba ronco huracan, brama la espuma.

XIV

Otra vez, "Ay, señor, que nos perdemos!"
Dícele con pavor la pobre gente;
Y otra vez don Julian, haciendo extremos,
"Al mar, al mar," les grita broncamente.
Izan la entena pues, mueven los remos,
La frágil barca los embates siente,
Cércala espesa niebla, y ciego el conde
Huye de España, sin saber á dónde.

XV

— Y Florinda? y Rodrigo!....infortunados!....
Ámanse cual jamas por desventura;
Abismo son sus pechos desdichados,
Volcan sus almas, su pasion locura;
Y á infortunios y horrores entregados,
Luchan, cual frágil nave en noche oscura,
Contra ásperos bajíos, azotada
Del huracan y de la mar hinchada.

XVI

Sienten inexorable á toda hora,
Que sus entrañas míseras aprieta,
Una mano de hierro abrasadora,
Que arterias y pulmones les sujeta;
Y que sus corazones vengadora
Punza invisible bárbara saeta:
Respirar quieren, y les huye el aura,
Que cuanto vive, plácida restaura.

XVII

Anhelante Rodrigo y pavoroso,
Y tal vez inducido y acosado
De superior impulso misterioso,
Por tenerlo ya el cielo decretado;
Su horrendo afan, su estado desastroso
Y las desdichas que aun le guarda el hado,
Consultar con Ruben ansioso anhela,
Y en busca suya corre y se desvela.

XVIII

Desparecido de la corte habia
Desde el festin infausto el docto anciano,
Y que escondido estaba, se decía,
Consultando los libros del arcano,
En un antiguo alcázar, que existía
De luengos siglos en mitad de un llano,
Inmediato á los muros de Toledo,
Inspirando su mole pasmo y miedo.

XIX

Era pública fama, que encantado
De asombros y prodigios lleno estaba;
Del curso de los tiempos injuriado.
Horrible aspecto aterrador mostraba;
De zarzales y arenas rodeado,
Nadie acercarse á su contorno osaba:
De él huían ganados y vaqueros,
Y tornaban la faz los pasajeros.

XX

Contábase que acaso en la sombrosa
Noche salían de él largos gemidos,
Y de horrenda batalla desastrosa
El rumor de las armas y alaridos.
Y que si con la niebla tenebrosa
Iban por desventura acia él perdidos
Viajeros ó pastores, no volvían,
Y en sempiterno olvido se escondían.

XXI

Confusa tradicion el ignorante
Vulgo guardaba de que aquella fuera
Mansion de antiguo sabio nigromante,
Donde grandes tesoros escondiera.
Otros aseguraban ser constante,
Que tal encanto en el palacio hubiera,
Que el que pudiera deshacerlo un dia,
Nombre, aunqué infausto, eterno lograría.

XXII

En él se hallaba pues el docto hebreo;
Y Rodrigo arrastrado por su estrella,
Arde de consultarle en el deseo,
Y ya los campos inmediatos huella.
La blanca luna el resplandor febeo,
Húmeda y silenciosa, sola y bella,
Derramaba apacible en la llanura,
Reinando de los cielos en la altura.

XXIII

Su luz resbala por el pardo muro
Del inmenso edificio pavoroso,
Que en parte viste yedra y musgo oscuro,
Que en parte desconchado está y ruinoso.
Almenas le ha robado el tiempo duro,
En donde grita el cárabo medroso,
Y leve niebla ciñe blanquecina
La atalaya, que altísima domina.

XXIV

Alza los ojos y la faz turbada
Mudo el monarca, y la alta mole mira,
Y queda yerto, y con el alma helada,
Y su pecho oprimido no respira.
No osa mover la planta, que asustada,
Solo á retroceder temblando aspira;
Mas prosigue, que el punto era llegado
Por el cielo inmutable decretado.

XXV

Penetra los espesos matorrales,
Que en torno borran el camino y foso:
El puente, que ha mil años las mortales
Plantas no osan pasar, huella medroso.
Los maderos podridos y puntales,
Con su peso cimbrando, rechinoso
Ruido forman: llega á la ancha puerta,
Y el pié á estampar en el umbral no acierta.

XXVI

Resuelto pulsa la mohosa aldaba;
Mas de súbito espanto poseido,
La suelta, y acia atras se retiraba,
Una vez y otra vez despavorido.
Al fin (que su Destino lo arrastraba)
Da un golpe á su pesar, que repetido
Por patios y ruinosos corredores,
Retumba en largos ecos bramadores.

XXVII

Ya la atísima puerta se estremece,
Y se abre lenta con fragor tremendo:
Oscuro el ancho pórtico aparece
Inhabitado y en silencio horrendo:
Por las junturas de las losas crece
Inculta yerba, frio verdin cubriendo
Gradas de roto mármol; y aunqué espanta
Su vista, el rey á hollarlas se adelanta.

XXVIII

Cuando el sabio Ruben, el docto anciano,
De amarillez y de dolor cubierto,
Y una pálida antorcha en la una mano,
Sale para atajar su paso incierto,
Y, "¿A dónde, ó ciego rey, corres insano?"
Le dice entre gemidos; "¿ dó inexperto
"Mueves la planta audaz. Ay !, que camina
"A hallar tu fin, de España la ruina."

XXIX

"Huye, infeliz."—Mas pálido el monarca,
"No," exclama, "no, que á consultarte vengo,
"Y en tu saber, que cielo y tierra abarca,
"Cifrada solo mi esperanza tengo.
"Consuela mi afanar, ó que la Parca
"Esta vida tremenda que mantengo,
"Siegue piadosa, y cesen mis delirios,
"Y mis remordimientos y martirios."—

XXX

"Desdichado!" responde el docto hebreo:
"Mis labios sella el áspero Destino,
"Que potente se opone á tu deseo.
"Respeta humilde su querer divino:
"Nada puedo decirte; y cuando veo
"Cercano, ay Dios! el fin de tu camino,
"Que revelarlo y que salvarte pueda,
"La fuerza de los astros me lo veda."

XXXI

"Ay!....mas huye....no pierdas ni un momento;
"Que el de la perdicion está inminente."—
Rodrigo en espantoso desaliento,
Por fuerza oculta detener se siente.
Vuelve el mágico á instarle; cuando el viento
Retumba con los sones de repente
De una campana del torreon, que había
Siglos que nadie resonar oía.

XXXII

A cuyo áspero horrísono tañido
El virtuoso Ruben desconcertado,
"Ya no hay reparacion," dando un gemido
Exclama; "no, que el término es llegado.
"Entra, si estás de esfuerzo apercibido:
"Toma esta antorcha, y un arcon cerrado,
"Que encontrarás, descubre: en él tu suerte:
"La mia es bajar al reino de la muerte."—

XXXIII

Despareció Ruben: Rodrigo helado
Tiembla, y por mano oculta irresistible
Para retroceder se halla atajado,
Entre las sombras y el silencio horrible;
Y ya, del mismo miedo arrebatado,
Resuélvese á apurar su hado terrible:
Que desesperacion suele y denuedo,
En apuro final, tornarse el miedo.

XXXIV

Ábrense con fragor antiguas puertas,
Y el rey pasa atrevido los umbrales,
Formando sombras con la antorcha inciertas
Colunas y arruinados barandales.
Arcadas atraviesa descubiertas,
Patios llenos de lodo y matorrales:
Sobre quebradas losas se acelera,
Y hállase en la magnífica escalera.

XXXV

Mansa, de mármol negro y ancha asciende,
De polvo, do estampada no ve huella,
Cubierta toda. Osado el paso tiende
Por una y otra de las gradas de ella:
En lo alto un largo corredor se extiende,
Y por atraversarlo se atropella;
Y en la anchurosa cuadra entra, temblando
Y atónito su espacio registrando.

XXXVI

El arteson altísimo aparece
De espectros y de sombras habitado,
De oro y mármol el muro le parece,
Pero uno muerto, y otro deslustrado;
Y en medio de la sala se le ofrece,
Del polvo de la edad entapizado,
Un ancho arcon de cedro, carcomido
Y de mohosas barras guarnecido.

XXXVII

Se acerca yerto, frio, palpitante,
Y la fuerza del astro que le inclina,
Presta á sus brazos el vigor bastante,
Y el arca á descubrir se determina.
Ya la pesada tapa alza anhelante,
Que en los gonces tardísimos rechina;
Y del oscuro seno, alzada apena,
Con son de nube que inflamada truena,

XXXVIII

Entre humo denso y llama aterradora,
Cual es la de las iras del Eterno,
Fantasma colosal, reina y señora
De los vicios que aborta el hondo áverno,
Alzase; y á Rodrigo vengadora
Se acerca, con sonrisa del infierno,
Y, esgrimiendo un buril de brasa ardiente,
Exterminio grabó sobre su frente.

XXXIX

Y largo estruendo, horrendo resonando,
Cual le oyó el orbe nuevo al alarido
De Leviatan y de su horrible bando,
Por la alta diestra de Miguel vencido;
O cual le escuchará, cuando temblando
Vuelva á ser nada, y del Criador olvido;
El encantado alcázar se estremece,
Y como polvo, y humo desparece.

XL

Hállase el rey en la mitad de un llano,
Do descuellan sepulcros suntuosos,
Que de voraz incendio no lejano
Alumbran resplandores espantosos.
Torna absorto la faz, y el toledano
Muro, y sus altos templos, y famosos
Palacios reconoce, que en horrendo
Fuego desolador están ardiendo.

XLI

Y siente que sus plantas humedece
Sangre que empapa cálida la tierra;
Y que acia el sur retumba y sordo crece
Clamor de trompas y rumor de guerra;
Y ve que á todos lados se aparece,
Inundando llanura, monte y sierra,
Tropel innumerable de escuadrones
De extrañas y fierísimas naciones.

XLII

El exterminador ángel extiende
Sus alas sobre ellos, y los guia
Con la espada de Dios. Delante hiende
Bramador huracan la niebla fria,
Y en pos su espesa y negra sombra tiende
La noche del error, donde la impía
Esclavitud y la barbarie viven,
Y á devorar al orbe se aperciben.

XLIII

Quiere el mísero huir al acercarse
La fiera multitud, mas de repente
Ve las antiguas losas quebrantarse:
Oye gemir las urnas sordamente;
Y mira de sus senos levantarse,
Ceñida aun de oro y de laurel la frente,
Las sombras de sus ínclitos mayores,
Clavando en él los ojos vengadores,

XLIV

Y esconderse en la niebla vagarosa,
Gimiendo, y exclamando en roncos gritos:
" Maldicion, maldicion para el que osa
" Nuestro sueño turbar con sus delitos,
" Hundiendo en noche horrenda y desastrosa
" Patria, y honor, y sacrosantos ritos."—
Más resistir el infeliz no pudo,
Y vino al suelo desmayado y mudo.

XLV

En él por largo tiempo ni aun respira,
Casi cadáver insensible, helado;
Y cuando en sí volvió, solo se mira,
Tendido en medio del desierto prado.
Atónito en reedor los ojos gira;
Y no hallando el alcázar encantado,[5]
Ni rastro alguno de él, se alza y de miedo
Ahogado el corazon, huye á Toledo.

XLVI

—Florinda en tanto por la selva umbrosa,
Que su palacio y su jardin cercaba,
Como ni un punto la infeliz reposa,
Con su querida Elvira paseaba;
Y en inquieto silencio, congojosa,
Con lloro amargo de dolor regaba
Ambas mejillas, aunqué mustias, bellas,
Lamentando el rigor de las estrellas.

XLVII

A un dulce pajarillo, que volando
De árbol en árbol y de rama en rama,
Melancólicos trinos gorjeando,
Sus penas templa, y la atencion le llama,
Sigue embebida en el acento blando,
Y en pos se enselva la afligida dama;
Y sin notarlo, léjos los confines
Deja de su palacio y sus jardines

XLVIII

Y hállase en un collado delicioso,
Manso dominador de la ancha vega,
Que el aurífero Tajo caudaloso
Grato enriquece y apacible riega;
Y do en chozas humildes al reposo
Sencillo pueblo pastoril se entrega,
De inocencia y candor acompañado,
Y de sus fieles perros y ganado.

XLIX

¡Oh, cuán hermosa, y pura, y refulgente
Brilla la luna en el zafir del cielo,
Rielando en la plácida corriente,
Y aljofarando el esmaltado suelo!
¡Qué bálsamo respira el fresco ambiente!
¡Qué silenciosa paz, cuánto consuelo
Del mísero mortal presenta al alma
El campo delicioso en noche calma!

L

Y tú, apacible y regalado sueño,
Consolador del mundo; tú que miras
Con espantado y pavoroso ceño
Las pasiones, y de ellas te retiras;
¡Cuán suave, coronado de beleño,
Con alas silenciosas mudo giras
Por la fresca, adormida y ancha vega,
Que á tu encanto dulcísimo se entrega!

LI

Huyes de los soberbios artesones,
Do brilla el oro en cimbrias y en follajes:
Huyes de los armados galeones,
Y de los eminentes almenajes;
Y buscas las pacíficas regiones,
Donde chozas humildes de ramajes
Albergan el candor y la inocencia,
Y en ellas ejercitas tu influencia.

LII.

El orgulloso y bárbaro tirano,
Que de púrpura y oro oprime el lecho,
Tu dulce néctar solicita en vano,
De rezelo y pavor hendido el pecho.
Ya ve la daga en sobornada mano,
Ya el rayo vengador hendiendo el techo,
Ya á impulso popular rotas y abiertas
Cobardes guardias, reforzadas puertas.

LIII

El que sigue feroz al duro Marte,
Abrumado del peso de la malla,
Temeroso procura desecharte
Al rayo de Lucina en la muralla;
Y el que del globo en la remota parte
El oro busca y con la mar batalla,
Si la codicia no, la voz del noto
Le despierta ó el grito del piloto.

LIV

Al sencillo pastor, tranquilo en tanto,
Ni ambicion ni codicia le desvela,
Ni odio le turba, ni le inquieta espanto,
Ni envidia vil, ni pérfida cautela;
Y desde que la noche tiende el manto,
Hasta que el pajarillo canta y vuela
Risueño saludando á el alba pura,
Goza en tus brazos celestial dulzura.

LV

El mágico poder obra en la dama
Del feliz espectáculo que admira,
Y el consuelo en sus venas se derrama
Con el aura inocente, que respira.
Siéntase pues sobre la fresca grama,
La mano asiendo de su amada Elvira,
Y en éxtasis, que templa sus dolores,
Enjúganse sus ojos brilladores.

LVI

Cuando oye de los perros vigilantes,
Muestras de lealtad, fieles ladridos;
Y á los rayos de Cintia rutilantes,
Sobre yerbas y flores esparcidos,
A un zagal (que con pasos anhelantes
A uno de aquellos chozos reducidos
Se acerca silencioso) ve la dama,
Y su muda atencion despierta y llama.

LVII

Y en seguida, de un rústico instrumento
La blanda melodía resonando,
Conmovió suave al adormido viento,
Voz á la vega y á la noche dando;
Y un delicioso enamorado acento.
A la par de la música sonando,
Hijo de una pasion, sencilla y pura,
Así esparció á las auras su dulzura:

LVIII

"Mi consuelo, mi dicha encantadora,
Mas linda que la flor del verde lino,
Y mas lozana que la fresca aurora,
Que al sol siembra de rosas el camino;
Dulce zagala, á quien mi pecho adora,
Por mi feliz, dulcísimo Destino:
¡Ay, cuánto tarda el venidero dia,
Que anhelo pase, por llamarte mia!"

LIX

"¡Oh, cuán gallarda ante el altar sagrado
Mañana á dar el premio á mis amores,
Dirigirás el paso recatado,
La sien ceñida de fragantes flores;
Y de la rosa el brillo retratado
En tu inocente faz, con los colores
Del púdico rubor, tu mano tierna
La dicha hará de tu pastor eterna."

LX

"Mas bella que la luz de hermoso dia
En el zafir del Tajo retratada,
Es tu cándida frente, Alcina mia,
Que parece azucena anacarada;
Y el negro manto de la noche umbría
No ostenta en primavera sosegada
Lucero brillador, ni el mayor de ellos,
Que se compare con tus ojos bellos."

LXI

"¿Cómo Lauso sin ti vivir pudiera,
Encanto, eterno bien del pecho mio,
Mas dulce á mi anhelar, que en la pradera
Es el nuevo alcacel á mi cabrío?
La vida sin tu amor, ¿qué me sirviera,
Dueño de mi existencia y mi alvedrío?
Solo á adorarte el hado me destina,
Para amarte nací, gallarda Alcina."

LXII

"Ah! cuán dichosos por la selva y prados
Al rojo amanecer los dos saldremos,
Confundidos en uno ambos ganados,
Y los pintados riscos buscaremos;
Y entre amores sabrosos, y envidiados
Del cielo y de la tierra, pasaremos
Dias felices, horas placenteras,
En estas dichosísimas riberas!"

LXIII

" Qué regalos tendrás del amor mio!....
No brillará en la selva flor temprana,
Que no adorne tu frente ; cabe el rio
Conchas te cogeré cada mañana;
Y en cuanto arrullen por el bosque umbrío,
En la pompa del álamo lozana,
Tórtolas blancas, tenderé mis redes ;
Y ya contarlas como tuyas puedes."

LXIV

" Un cervatillo con la piel manchada
De rojo y gris, y con el lomo pardo,
Que encontré la otra siesta en la enramada,
Para ofrecerlo á tu beldad, lo guardo
En el redil, do encierro mi manada :
Custodiado lo tengo, y solo aguardo
A que pazca y que trisque : cuando sea
Tuyo, Alcina, verás cuál te recrea."

LXV

" Y en cuanto el sol su luz tienda en el llano,
He de plantar (en sitio que encubierto
Esté del soplo ardiente del solano,
Y de la escarcha del invierno yerto)
Un almendro, que pronto alze lozano
Gallarda cima de verdor cubierto,
Y acuerde en las tempranas primaveras
Nuestras delicias del amor primeras."—

LXVI

Cesó la voz, y el eco sonoroso
Aun los últimos sones repetía,
Miéntras ufano aquel pastor dichoso
Con guirnaldas el tosco umbral vestía;
Cuando por él saliendo el dueño hermoso,
Que su llama honestísima encendía,
Ternezas se dijeron con amores,
Cuyo susurro resonó en las flores.

LXVII

Tan inocente amor, dicha tan pura
Compara á los abismos de su pecho
Florinda, y el raudal de la amargura
Hierve en su corazon, roto y deshecho;
Que solo el que es dichoso, la ventura
De los demas contempla satisfecho;
Pero, ay! al infeliz dichas ajenas
La furia le redoblan de sus penas.

LXVIII

Y con ojos que el llanto no humedece,
Y que de aquellas chozas no retira,
Mármol yerto la mísera parece,
Reclinada en el seno de su Elvira;
Hasta que recordando, se estremece,
Rompe en ardientes lágrimas, suspira,
Y prorumpe con voz que conmoviera
Al cielo, si piedad en él hubiera:

LXIX

"Lo ves?....lo ves?....oh ciego, injusto hado!
Ay!....el amor los hace venturosos;
El mismo amor, que tiene destrozado
Mi pecho con tormentos espantosos.
¿Por qué esta diferencia, cielo airado?
Unos aman, y amando son dichosos,
Y otros aman, y amando los confundes,
Y en mar horrendo de dolor los hundes,"

LXX

"Como á mí, triste!....Cual si crímen fuera
Verse mi corazon á amor sujeto,
O del mortal en manos estuviera
Elegir para amar hora y objeto.
Todo lo rige la celeste esfera:
Inevitable al hombre es su decreto:
Si el cielo con pastones nos ostiga,
¿De qué delito luego nos castiga?"

LXXI

"¿Es que en la corte y entre jaspes y oro
Todo es maldad y horrores, y conserva
El hado de sus dichas el tesoro
Para las chozas de ramaje y yerba?
¿Y por qué á mí infeliz á eterno lloro
Me hizo á la luz nacer la suerte acerba
En Toledo, en alcázares dorados,
Y no en las selvas y apacibles prados?"

LXXII

" Alejémonos, ay! de estos lugares;
" Que tanta dicha me desgarra el alma,
" Y aun temo con mis hórridos pesares
" De esa mansion feliz turbar la calma." —
Dijo, y á los etéreos luminares
Alzó una y otra sudorosa palma,
Llenas de llanto las mejillas bellas,
Como favor pidiendo á las estrellas.

LXXIII

Apoyada levántase en su Elvira,
Y volviendo los ojos de la vega,
Angustiada á su alcázar se retira,
Y ya á los bosques inmediatos llega.
Advierte en ellos que á lo léjos gira,
Con paso incierto entre la sombra ciega,
Un silencioso bulto, que la espanta,
Y lanza un grito, sin mover la planta.

LXXIV

A cuyo acento viene presuroso
Aquel objeto que su horror motiva;
Quiere Florinda huir, y en el herboso
Suelo su propio asombro la derriba;
Cuando halla que es Rodrigo, que anheloso,
Yerto el cabello, helada la expresiva
Frente, los ojos secos y espantados,
Sostiénela con brazos desmayados.

LXXV

Rodrigo el infeliz, que abrir no osa
Los labios de terror, y que en horrendo
Secreto guardará la temerosa
Vision, de que turbado viene huyendo:
Ni sabrá cuál la vega es deliciosa,
Que su amada Florinda ha estado viendo;
Que el temor de aumentar su mutua pena,
A silencio azaroso los condena.

LXXVI

Abrázanse gimiendo, y fugitiva
El aura compadece sus dolores:
La selva los contempla compasiva,
Y sin piedad los astros brilladores;
Miéntras cruel de su esplendor los priva
La luna, que nacer vió sus amores,
Pues, funesto presagio! el rostro oculta
En negra nube, que el terror abulta.

CANTO TERCERO.

LA VENGANZA.

I

Viento setentrional, sopla, y gallardo,
Aunqué crespes del mar las turbias ondas,
El seno abulta de las lonas pardo,
Sin que la tierra nebuloso escondas.
No te demuestres á mi anhelo tardo,
Que á mis ruegos es justo correspondas,
Pues cantando el rigor de mi fortuna,
En Albion te adormecí en tu cuna.

II

Sí, ya á mis ojos férvido horizonte,
Entre celajes de risueña grana,
Cumbres azules de lejano monte
Muestra al primer albor de la mañana.
Terreno es español....Alma, dispónte,
Dispónte á recibir el premio ufana
De tu constancia y padecer, gozando
De amor y de amistad el beso blando.

III

Salve, costas amadas! — Desdichado!....
¡Mísero yo, que en ilusion perdido,
Pude un momento la crueldad del hado
Dar, y mi suerte bárbara al olvido!....
¡Ay, el tiempo dichoso aun no es llegado!
Una tremenda voz hiere mi oido,
Voz de infortunio, de despecho y muerte:
¡Oh, cuán terrible es la sañuda suerte!

IV

Siniestra voz con temeroso acento,
"Huye, infelice," desde allí me grita,
"Que á ver tu patria por mayor tormento
"Tu Destino cruel te precipita;
"Mas no la pisarás: que el raudo viento
"Que hincha tus lonas y la mar agita,
"Te arrebata, infeliz! á otras arenas,
"En donde arrastres tu destierro y penas."—

V

Dó volveré los ojos? Tú, desnudo,
Abila, de verdor, tú, cuya frente
De ásperas rocas Hércules membrudo
Alzó, abriendo camino al mar rugiente;
Permite á un desdichado, á quien sañudo
Destino acosa, la angustiada mente
Y la vista tender, para consuelo,
Por tu gran mole que se eleva al cielo.[6]

VI

Mas, oh prodigio!...¿á quién allá en tu cumbre,
Cual fantasma de muerte, alzarse veo,
Y de sus ojos la tartárea lumbre
Sobrepujar el resplandor febeo,
Como en noche fatal la muchedumbre
De estrellas vence, ardiendo en apogeo,
Sobre las rotas nubes desiguales,
El sangriento Orïon, nuncio de males?

VII

Ay, que es el conde don Julian! Airados
El viento y mar, de la tartesia arena
A los montes del Africa abrasados,
Le condujeron á llorar su pena;
Y desde allí, con ojos inflamados,
Y alma de anhelo vengativo llena,
Miró al traves de las cerúleas olas,
Y maldijo las costas españolas.

VIII

Allí en la cumbre de los riscos yerta,
Su alarido atronando la montaña,
De aquella playa bárbara y desierta
Las sierpes, con pavor, tiemblan su saña;
Y allí le mira el sol, cuando despierta,
Y allí, cuando de luz los orbes baña,
Y allí desde el ocaso al fin del dia,
Y allí una y otra vez la noche fria.

IX

Allí tambien le encuentra un mensajero,
Que en pequeño batel de alado pino,
Desde España, cortando el golfo fiero,
Con carta y órden de don Ópas vino;
Del vil don Ópas, que logró mañero
Saber dó el conde gime peregrino;
Y en carta astuta de este modo escrita,
A la venganza y la traicion le incita:

X

"Del África arenosa las regiones
De gloria inundan, y de honor sedientas,
Nuevas valerosísimas naciones;
¿Y tú su vecindad por nada cuentas?
¿No ves que serán tuyos sus pendones,
Si á su ambicion y arrojo representas,
Cuán cerca les ofrece la Fortuna
A España rica y sin defensa alguna?"

XI

"Marcha en su busca, su valor enciende,
A su cabeza ponte, y sin tardanza
El corto espacio de los mares hiende,
Y á las béticas playas te abalanza.
Harto te digo: de tu mano pende
O restaurar tu nombre, y la venganza
Tener, que tu manchada gloria exige,
O morir en la afrenta: conde, elige"....

XII

Más no leyó : las canas venerables
De la rugosa frente se erizaron,
Y sus ojos, con fuego formidables,
Al mensajero infame fulminaron ;
Y asordando los piélagos instables
Con voces, que cual trueno retumbaron,
"¡ Yo á mi patria traidor! yo contra España!!!"
Dijo, y huyó por la áspera montaña.

XIII

Mas, ay! vano es huir : consigo lleva
El consejo fatal, y allá en su pecho
El oculto veneno entró y se ceba,
Y ya en su corazon el daño ha hecho.
Así en vano á escapar el ciervo prueba
Del dardo que el costado le ha deshecho;
Que no ya el dardo cortará su vida,
Sinó la yerba que dejó en la herida.

XIV

Conócelo el astuto mensajero,
Sagaz cual su señor, y al conde airado
No intenta perseguir, ántes lijero
Torna á surcar el piélago salado :
Tál diestro agricultor con cierto agüero,
Cuando en terreno fértil ha sembrado,
Ya no se afana mas, porqué el tributo
Sabe que le ha de dar la tierra en fruto.

XV

Solo el conde en el áspero desierto,
Vuelve á mirar la seductora carta,
Y nuevo horror le inspira y desconcierto,
Y otra vez de ella el pensamiento aparta:
Que jamas corazon de honor cubierto,
Aunqué la patria lo destroze y parta
Con vil persecucion y ofensa grave,
Hacerla presa de extrangeros sabe.

XVI

Tal crímen es, que de pensarlo, el conde,
Aunqué irritado, tiembla; y en su pecho
A Ópas maldice, y al papel en donde
Ofrece tal venganza á su despecho.
¿Mas de virtud humana quién responde,
Cuando en horrenda tempestad deshecho
El huracan de las pasiones ruge,
Y audaz la embiste con furioso empuje?

XVII

Casi cien giros completado había
La tierra en derredor del sol ardiente,
Desde la fuga y el famoso dia
En que Mahoma trastornó el oriente;[7]
Y en que hermanando astucia y osadía,
Alzó arrogante la soberbia frente,
Cual hombre celestial, y cual profeta,
Que de Dios los decretos interpreta.

XVIII

Obediencia, y amor, y ciego culto
Halló entre gentes rudas, que pensaron
Que el mismo Dios en él hablaba oculto,
Y sus dogmas y leyes abrazaron;
Y cundiendo en los pueblos el tumulto,
Que las nuevas doctrinas motivaron,
Llenó su nombre y gloria el hemisferio,
Que absorto vió nacer un nuevo imperio.

XIX

Un nuevo imperio, que cual suele acaso
Raudo torrente en turbio remolino,
Rompiendo el dique, por el campo raso
Extender bramador su ancho camino;
O como en el desierto tiende el paso
Sobre la llana arena el torbellino;
Nació, creció, elevóse y furibundo
Combatió al cielo, estremeciendo al mundo;

XX

Pues Mahoma exaltando las pasiones
De las gentes del sur, y en fanatismo
Abrasando encendidos corazones,
Hizo temblar al firmamento mismo:
Tornó tímidos ciervos en leones,
Inflamó astuto en bélico heroismo
Pueblos supersticiosos, y con ellos
De altas naciones oprimió los cuellos.

XXI

¡Tánto puede el saber ó la fortuna
De un hombre solo!....y tánto, que aun enciende
Su excelso influjo sin mudanza alguna
En la estirpe feliz que de él desciende.
Así el imperio de la media luna,
Muerto Mahoma, en nueva gloria esplende,
Y ven del islamismo las falanjes
El fértil Nilo y opulento Gánges.

XXII

— Muza conduce al último occidente
Sus vencedoras huestes y pendones,
Y hace que postren al Coran la frente
Garamantas y etiópicas naciones,
Y el pardo bereber y el libio ardiente;
Y cubre con invictos escuadrones
La Tingitania y la Numidia, y huella
Las costas, do el Atlántico se estrella.

XXIII

Costas, cuya conquista (ya mirando
La África toda á su poder sujeta,
Y sometida del Califa al mando,
Y al culto y á la ley del gran Profeta)
A su hijo Abdalazis encarga, ansiando
Con paterna aficion, justa y discreta,
Que se ensaye en la lid, y adquiera gloria,
Completando su acero la victoria.

XXIV

Así Getulia por sus montes mira
Rey de las selvas al leon sañudo,
Despues que destrozar, ardiendo en ira,
Ganados, perros y pastores pudo;
Cuál de la lid sangriento se retira,
Y á sus cachorros con rugido agudo
Incita á que en los restos fuerzas prueben,
Y en la matanza y destruccion se ceben.

XXV

Jóven Abdalazis, y aleccionado
Del padre triunfador en la alta escuela,
De fortuna y valor acompañado,
Al ensayo feliz ansioso vuela;
Y cual rayo en las nubes engendrado,
Corre, llega, combate, vence, asuela,
Y ornado de laurel, de gloria lleno,
Torna al abrigo del paterno seno.

XXVI

Con lágrimas de gozo el padre anciano
Al jóven vencedor los brazos tiende,
Y gracias rinde al cielo soberano,
Que en hijo tal su noble sangre enciende;
Y por festejo del valor temprano
Que en el mancebo triunfador esplende,
Y de ver completada la conquista,
Fiestas y juegos bélicos alista.

XXVII

No léjos de la playa, en que las olas
Del paso hercúleo brillan, y do enfrente
De las cercanas playas españolas
Ábila se avecina al sol ardiente,
Bajo la insignia de las crespas colas
Júntase ufana la guerrera gente,
Que de Mahoma sigue los pendones,
Humillando al Coran tantas naciones.

XXVIII

Y con ellos los pueblos africanos,
Descendencia de Agar, llegan ansiosos,
Ya humildes á los ritos mahometanos,
A presenciar los juegos suntuosos,
Que en unos valles y apacibles llanos,
De palmas y naranjos olorosos
Ornados en reedor, el sarraceno
Va á celebrar, de sus conquistas lleno.

XXIX

Preside el campo Muza, coronado
De los rayos espléndidos de gloria,
Que á su cabello venerable han dado
La constante fortuna y la victoria;
Y en segundo lugar (si lo es su lado)
Brillan, dignos tambien de alta memoria,
Los otros adalides, campeones,
Honor de los lunados escuadrones.

XXX

A contender los premios se presenta
La flor del Asia y África, gallarda
Lozana juventud de honra sedienta,
Y á quien tan alta gloria el cielo guarda:
Cuál en potro feroz, que fuego alienta
La carrera del viento juzga tarda,
Y cuál ostenta luchador robusto
Fuerzas, que al mismo Alcídes dieran susto.

XXXI

Quién disputa el acierto en la saeta,
Los golpes quién de ponderosa maza;
Este al toro feroz postra y sujeta;
Aquel al bravo tigre despedaza:
Otros con ágil pié tocan la meta,
Y todos muestran en la extensa plaza
Fuerzas, y robustez, y valentía,
Destreza, emulacion, alta osadía.

XXXII

Allí, excelso Tarif, la gruesa lanza
Tu brazo triunfador vibró membrudo,
Y tanto trecho rehilando alcanza,
Que do llegó, ninguna llegar pudo;
Y allí con harto orgullo y confianza
Tu cuerpo colosal muestras desnudo,
O Zegrí, que desprecias arrogante
De Abencerraj los miembros de gigante.

XXXIII

A ambos en espantosa lucha mira
Desde zenit el sol, y ambos deshechos
Ardéis sañudos en rencor y en ira,
Y en fuertes lazos os tenéis estrechos.
El odio innato, que bramando gira
Por vuestras venas y encendidos pechos,
Tal fuerza os da, que iguales en la gloria,
No queda por ninguno la victoria.

XXXIV

Ya los astros os tienen destinada
Generacion, do se conserve y crezca
Esa rivalidad envenenada
Tanto, que envidia su heredad parezca;
Y un tiempo ha de llegar en que Granada
De vuestros nietos al furor perezca,
Cuando discordia atroz así los cieguè,
Que vuestra sangre sus palacios riegue. [8]

XXXV

Tambien tú, Abhen-Halí, jóven lozano,
De alfanje damasquino haciendo prueba,
Revuelves el corcel con blanda mano,
Llamando la atencion tu gloria nueva.
Ay! que víctima á ser de amor insano
Tu destino cruel te arrastra y lleva
A Córdoba famosa, do tu suerte
Será amar, tener zelos, darte muerte.

XXXVI

Sí, yo mismo en el muro derruido
De aquella insigne Córdoba, do el cielo
Me dió el nacer, y que jamas olvido,
He visto las señales de tu duelo.
Aun de tu ingrata Zaida allí esculpido,
Sin que lo ultraje de la edad el vuelo,
Vive el nombre, que trémulo escribiste
Con la daga, que en ti despues hundiste.

XXXVII

Lo he visto, y no sin lágrimas : el pardo
Musgo las letras casi borra, y crece
De yedra y zarza matorral bastardo,
Que de aquel sitio el defensor parece.
Alza la crencha solitario cardo
Sobre tu ignota tumba, y resplandece
En las piedras tu sangre, mancha oscura,
Que allí á despecho de los tiempos dura.

XXXVIII

¡ Cuántas veces tu historia dolorosa,
Infante tierno, me acalló en la cuna !
¡ Cuántas despues, ya jóven, con medrosa,
Planta, al reflejo de la opaca luna,
Visité aquel lugar, donde reposa
Tu ceniza infeliz !....Y aun noche alguna
Mi mente oyó gemidos aterrada,
Y creyó ver vagar tu sombra helada. [9]

XXXIX

Quince vèces el astro refulgente,
Centro del mundo y causador del dia,
La vega iluminó, donde eminente
El valor musulman resplandecía;
Y ya alzando la voz y la alta mente
Hafiz, el noble vate, en quien ardía
La llama celestial, con sacro verso
Cantaba tanta hazaña al universo.

XL

Cuando el conde infeliz encaminado
Del gran rumor y estruendos militares,
Solo, se acerca á la llanura armado,
Por desusadas sendas y ramblares:
Llega, y la inmensa multitud pasmado,
Oculto en los cercanos olivares,
Contempla; y su designio atroz le espanta,
Y aun indeciso suspendió la planta.

XLI

Lanzando empero un hórrido alarido,
Cual espíritu réprobo, que mira
Que ha para siempre la mansion perdido
De la Misericordia, ardiendo en ira
Prosigue, de los astros compelido;
Entre la muchedumbre mudo gira,
Y en medio de la liza se presenta,
La vista universal teniendo atenta.

XLII

Su deslustrado peto opaca lumbre
Lanza, como siniestro meteoro,
Que del cóncavo cielo en la alta cumbre
Arde de los planetas entre el coro.
De sus áridos ojos la vislumbre
Brilla, y la faz, que moja escaso lloro,
Como fuego infernal : barba y cabello
El seno escarcha, y emblanquece el cuello.

XLIII

Suspéndese el concurso inmenso, y mudo
Su extraño aspecto admira y continente.
Él con espada bate el ancho escudo,
Y tiembla y calla sin alzar la frente;
Cuando de pronto encárase sañudo
Al asiento de Muza preeminente,
Y en ronca voz, que ensordecer pudiera
Al huracan, habló de esta manera:

XLIV

" Egregio capitan, claros varones,
Dignos de dominar toda la tierra ,
Nuevas valerosísimas naciones,
Cuyo poder al universo aterra ;
¿ En inútiles pruebas, y en funciones
Desperdiciáis el tiempo, que á la guerra
Debierais consagrar y á la victoria,
Y á completar vuestra naciente gloria ?"

XLV

" ¿ Pensáis que los destinos esplendentes,
Que os guarda el cielo en inmutable arcano,
Llenos están, cuando aun existen gentes,
No domadas al yugo mahometano ?
¿ Vuestros invictos ánimos valientes
Caben solo en el ámbito africano,
Y ese vuestro denuedo sin segundo;
Que caber no pudiera en todo el mundo?"

XLVI

" Volád á donde os llama la Fortuna,
No sea término el mar á vuestra saña,
Y el pendon victorioso de la luna
Amague á Europa, combatiendo á España.
Vecina, rica, sin defensa alguna
Se os ofrece ; la luz del sol no baña,
Ni mejor parte tiene el orbe todo :
Veníd, arrebatádla al débil godo."—

XLVII

Hondo espanto su voz ahogó, y el hielo
Pasmóle el corazon, cuando su boca
Nombró á la patria, y temeroso al cielo
Miró, sabiendo que su horror provoca.
En el desesperado desconsuelo,
Que confunde su aliento y le sofoca,
Ve á la virtud que de él huye y se aleja,
Y en la eternal reprobacion le deja.

XLVIII

Es tradicion antigua de que en tanto
Que el traidor alentaba al sarraceno,
Tembló la España toda, y negro manto
Robóle el claro sol, bramando el trueno;
Y que terror secreto y mudo espanto,
Cayendo repentino, turbó el seno
De cuantos godos en el orbe había:
¡Tánto funesto fuéles aquel dia!

XLIX

Al espirar del conde el vil acento,
La inmensa muchedumbre el aire llena
Del confuso rumor, que forma el viento,
Cuando en los valles de Moncayo suena.
Todos gritan con bárbaro ardimiento:
"A España, á España, el cielo nos lo ordena;
"Este del gran Profeta es mensajero;"
Y todos arden en furor guerrero.

L

Solo el prudente Muza no responde,
Y aunqué el ansia de gloria que le enciende,
En su faz generosa mal se esconde,
Acia su pabellon el paso tiende.
En tanto que cercando al fiero conde
La entusiasmada multitud, que entiende
Ver en él un ministro del Profeta,
Le agasaja, le admira y le respeta.

LI

Mas él á todo obsequio indiferente,
Ni ve, ni escucha; que su pecho insano
El peso abrumador del crímen siente,
Y torna mudo al olivar cercano:
Pues si remordimientos no consiente
Un gran delito en corazon humano,
Cierto terrible asombro siempre inspira,
Engendrador tal vez de mayor ira.

LII

Entró la noche, y solo y combatido
De varios encontrados pensamientos,
Como cedro en el monte sacudido
Por bramadores encontrados vientos,
Muza, adalid prudente y advertido,
Del conde recordando los acentos,
No acierta á decidir, y duda y vuelve,
O miéntras piensa mas, ménos resuelve.

LIII

El silencioso sueño por la vega
Sus alas tiende, ungidas de rocío,
Y al reposo dulcísimo se entrega
Y á la quietud el bárbaro gentío.
En la alta cumbre plácida despliega
Su lánguido esplendor, húmedo y frio,
Con tibias luces, la creciente luna,
Protectora de la árabe fortuna.

LIV

Cuando Muza, agitado y cuidadoso,
(Bien que el sueño halagase sus intentos,
Renaciendo en las horas del reposo
Sus altos ambiciosos pensamientos;
O bien que el cielo, airado y rigoroso,
Avisos no omitiese ni portentos,
Con que la destruccion, ya decretada,
Precipitar de Hesperia desdichada)

LV

Vió vestirse de rayos esplendentes
Las pardas sombras de la noche oscura,
Y con lampos de luz resplandecientes
El seno abrirse de la tierra dura;
Y entre vapores férvidos ardientes
Alzarse á la region del cielo pura
El formidable espectro de Mahoma,
Cual númen infernal que el aire doma.

LVI

Armas, despojos, rayos de la guerra,
Famas de altas naciones y fortuna
Huellan sus piés, que estriban en la tierra,
Miéntras su frente escóndese en la luna.
Arde el Coran, que al universo aterra,
En medio de su pecho, cual laguna
De encendidos metales, y parece
Que á su presencia el orbe se estremece.

LVII

Muza pasmado la rodilla inclina,
Postrando contra el suelo su semblante,
Cuando la colosal diestra encamina
El grave espectro, y le ase del turbante;
Y las nubes hendiendo, le avecina
A Ábila peñascoso en corto instante,
Y párase con él en la alta cumbre,
Que temblando abortó tartárea lumbre.

LVIII

Y desatando allí con diestra fuerte
El lauro eterno, que su frente orlaba,
Lo arroja; y como flecha de la muerte,
Hendiendo el aire rápido silbaba,
Siniestra luz lanzando: de tal suerte,
Que mísero planeta asemejaba,
A quien el Hacedor con ceño mira,
Y que perdido los espacios gira.

LIX

Y salvando los mares espumosos,
Cayó tronando en medio de la España,
Cuyos campos y montes espaciosos
Con perniciosa luz alumbra y baña.
A los ojos de Muza codiciosos
Patente haciendo en perspectiva extraña,
Oh gran portento! cuanto encierra y cria
La goda miseranda monarquía.

LX

Allí campos y vegas abundantes,
Do opimas mieses el favonio ondea;
Cumbres allá, donde árboles gigantes
Entre las nubes aquilon menea;
Aquí llanuras, sotos y odorantes
Prados, donde agua hermosa serpentea,
Adornados de yerbas y de flores,
Poblados de ganados y pastores.

LXI

Allá contempla de ásperas montañas,
Por celestial disposicion abiertas,
De ricos minerales las entrañas
Desde el cimiento hasta las cumbres yertas:
Allí mira cuál riegan las campañas,
De los dones riquísimos cubiertas
De Minerva y de Baco, extensos rios,
Que arrastran oro en sus raudales frios.

LXII

Y por do quier ciudades afamadas,
Altos templos, soberbios edificios;
Mas de gentes cobardes habitadas,
Presa infeliz del lujo y de los vicios.
Las fortalezas ve desmoronadas,
Que del descuido infame dan indicios;
Los arneses yacer de orin cubiertos,
E indómito el caballo en los desiertos.

LXIII

Absorto y en silencio sepultado,
Está el caudillo á la vision atento,
Del formidable espectro acompañado
Dominador de la region del viento;
Y ante sus graves plantas prosternado
Anhela solo el escuchar su acento,
Pues, aunqué en llama ardiendo está guerrera,
Solo una voz, solo un mandato espera.

LXIV

Al fin lo oyó, pues que con voz tronante
Cual la tremenda voz de los torrentes,
Gritó : "Allí está el laurel, y allí triunfante
"Lo hallarán, si lo buscan, mis valientes."—
No dijo mas: el trueno retumbante
Sonó, bramó la mar, los refulgentes
Astros escureciéronse, de guerra
Sintióse estruendo, y retembló la tierra.

LXV

Cesó el prodigio: Muza confundido
Se halla en su pabellon; mas tanto aliento
Dentro en su corazon siente encendido,
Que conoce el influjo del portento;
Y saltándo del lecho, "Obedecido
"Serás, ó gran Profeta," en alto acento
Exclama, y sale al campo, cuando el dia
Sus primeros albores extendía.

LXVI

Recorre la llanura: "Guerra, guerra,"
Grita; y las trompas *guerra* pregonando,
El sueño perezoso de la tierra
Van con las negras sombras disipando.
El pueblo, al ronco son que en llano y sierra
Retumba, diligente recordando,
Repite el grito, y al caudillo aclama,
Y en el furor armígero se inflama..

LXVII

Siente el conde el rumor, torna á la vega,
Y al ver arder el pueblo mahometano,
A la atroz esperanza su alma entrega
De ver cumplido su rencor insano.
Hiende la multitud, á Muza llega,
Feroz le aprieta la robusta mano,
Y, "Yo," le dice, "yo seré tu guia,
"Y tuya la española monarquía."—

LXVIII

Ya no hay reposo; el campo sarraceno
Hierve, y á preparar se precipita
La audaz empresa; que del ansia lleno
De gloria, el furor bélico le agita.
Tasca el potro de Arabia el duro freno;
El brillar del acero la luz quita
Al mismo sol: el polvo al aire crece,
Y retemblando el suelo se estremece.

LXIX

Los altos cedros y robustos pinos
Que las cercanas cumbres adornaban,
De las nubes altísimas vecinos,
Y aquellos horizontes circundaban,
Cediendo á la segur, los cristalinos
Mares aborrecidos abrumaban,
Convertidos en naves; y las telas,
Que el persa matizó, tórnanse velas.

LXX

Ya resuenan las rocas de las playas
Al estruendo y guerrera gritería:
El agua azotan las flexibles hayas,
Y de hervorosa espuma se cubría:
Cortan veloces las cerúleas rayas
Las anchas proras; y del mediodía
Soplando el austro, entre calma y niebla,
El mar de pinos y guerreros puebla.

LXXI

Poco el salobre espacio á tanta quilla,
Y poco á tanta vela es todo el viento:
Jamas vió el ronco mar sobre su orilla
Tanto bajel, ni tan osado intento,
Ni el sol eterno que en los cielos brilla,
Empresa tal desde su firme asiento
Espantado alumbró, ni vió la tierra
Mas aparatos de exterminio y guerra.

LXXII

Alzate entumecido, y rebramando
Hunde rugiente en tu abismoso seno
El colosal poder del fiero bando,
Que va el orbe á dejar de asombro lleno.
Tu irresistible empuje ¿para cuándo,
Y tu furor, que desconoce freno,
Y con que cielo y tierras acobardas,
Mar indomable y turbulento, guardas?

LXXIII

Mas, ay! que decidida la Fortuna,
A cuya ciega ley solo obedeces,
Protege los pendones de la luna,
Y paso por tu seno les ofreces;
Y no soberbio mar, sinó laguna
De tranquilo verjel, manso pareces,
Que como claro espejo reverbera
La plata y el zafir de la alta esfera.

LXXIV

Tal vez sobre las nubes vióse en vano
A Ruben, entre espíritus impuros,
Rombos trazando con la sabia mano,
Para á su voz ligar los astros puros;
Mas sordo estuvo el elemento cano,
Y el viento al gran poder de sus conjuros:
Que no contrastan voluntad del cielo
La ciencia humana ni el mortal desvelo.

LXXV

Dicen tambien, que al retemblar pasmado,
Viendo venir la inesperada guerra,
Calpe, inmenso peñon, que al cielo alzado
Entre nubes la frente árida encierra;
Avanzóse acia el mar, desengonzado
Por fuerza oculta de la firme tierra,
Entrándose con pasmo de las olas,
Como á guardar las costas españolas.

LXXVI

Mas crudo el cielo le detuvo el paso,
Y enclavado dejóle, do al presente
Un angosto arenal hundido y raso,
Mar entónces, lo liga al continente.
Allí, estéril y adusto, aun muestra acaso
Aspecto aterrador, mirando enfrente
Los africanos enemigos montes
Alzarse en los cercanos horizontes.

CANTO CUARTO.

LA BATALLA.

I

La noche horrenda que el monarca hispano
En el antiguo alcázar se introdujo,
Donde á saber misterios del arcano
La fuerza de los astros le condujo,
Fué la que á guerra al jefe mahometano
Movió del gran Profeta el alto influjo;
Y al mismo punto en que gritó *á la guerra*,
Aquel alcázar confundióse en tierra.

II

Y¡ ay, cuánto luto, abatimiento y llanto
Nació en Toledo el azaroso dia,
Que vió deshecho su temido encanto,
Pues que fugaz desparecido había!
Pronto del jóven rey el ciego espanto
Los terribles secretos que escondía,
Descubrió, y pronto la lijera Fama
Por el reino infelice los derrama.

III

Pesa el brazo de Dios irresistible
Sobre el pueblo español : ya su terreno
Gime y se agita con temblor horrible;
Ya le confunde pavoroso trueno;
Ya le turba un terror incomprensible;
Ya el aire escucha de clamores lleno;
Ya ve eclipsado el sol, ya opaca y muerta
La luna mira, y de vapor cubierta.

IV

Por mustias vegas y marchitos prados
Huyen de sombras leves y fugaces,
Que ver no es dado al hombre, los ganados,
Con las fieras del monte haciendo paces.
Cruzan de noche entre hórridos nublados
Fantasmas blanquecinas, y en voraces
Llamas, que los mortales no encendieran,
Antiguas selvas con asombro ardieran.

V

Yace la plebe en vergonzoso miedo,
Que á la infame nobleza se difunde,
Y á los viles magnates de Toledo
El porvenir oscuro los confunde;
Y como, do hay delitos, no hay denuedo,
En desaliento mísero se hunde,
Oh baldonosa suerte! España toda:
¡Quién conociera así la estirpe goda!

VI

Don Ópas solo, (¡oh fuerza incomprensible
Del espíritu atroz de la venganza!
¡Oh de negra traicion frialdad horrible,
Cuánto vuestro poder inicuo alcanza!)
Don Ópas solo, tanto y tan terrible
Presagio, lisonjero á su esperanza,
Con infernal placer mira y contempla,
Y para nuevos crímenes le templa.

VII

Y tú, que por tu mal naciste hermosa,
Y por serlo, culpable; ¡ay cuál espanto
Pinta tu faz marchita y congojosa,
Implorando piedad del cielo santo!
Tu estancia de oro y mármol te es odiosa;
Tu lecho potro de tormento y llanto,
Fuego horrible tu amor, tu vida muerte:
Oh Florinda infeliz! oh amarga suerte!

VIII

En vano cruzas con incierta huella,
Buscando algun consuelo, tus jardines,
Donde creciste candorosa y bella,
Envidia de azucenas y jazmines:
Do gozaste despues, por mala estrella,
El aura del deleite en los festines,
Y donde hora los zéfiros y flores
Te abruman y acrecientan tus dolores.

IX

¡Ay, que no son los apacibles dias
En que con la virtud que respirabas,
Cuanto te circundaba, embellecías,
Y tus reflejos mismos disfrutabas!
Gozo del cielo en tu interior tenías,
Por eso en los verjeles lo encontrabas:
Huyó con tu virtud, y en vano vienes
En ellos á buscar lo que no tienes.

X

Tansolo al corazon que está inocente,
Son de placer la matizada alfombra
Del campo, el murmurar de la corriente,
Del bosque ameno la tranquila sombra;
Pero al que atroz remordimiento siente,
Y un espantoso porvenir le asombra,
No alcanza su dulcísima influencia;
Que no hay placer do falta la inocencia.

XI.

¿Miras llorando á la argentada luna?
La misma es que te dió sus luces bellas
La noche aciaga, que falaz Fortuna
Te hizo perder de la virtud las huellas.
Ay! juzgaste tu dicha cual ninguna,
Y que te la envidiaban las estrellas,
Al gozar de tu amante las caricias....
¡Cuán caro es un momento de delicias!

XII

¿Mas qué escuchaste que te aterra, ó triste?—
Un ruiseñor que entre los ramos trina.
¿Será aquel mismo que en la selva oiste,
Cediendo á la pasion que te domina?....
Cuando loca de amor te estremeciste,
Son celestial y música divina
En tu delirio pudo parecerte,
Lo que ahora son de infierno y voz de muerte.

XIII

Y dó tu amante está?....dónde Rodrigo?
De ti se aleja?....tu presencia evita?
No es desamor, cual, por mayor castigo,
Tu mente á imaginar se precipita.
Es que la ira de Dios lleva consigo;
Está en su frente la venganza escrita;
Y por mas que en tu fuego se consuma,
Huye de ti, que tu beldad le abruma.

XIV

No lo advertiste anoche?....En sueño hundido,
En negra sombra y en silencio mudo
Toledo estaba: de repente oido
Fué en el palacio un alarido agudo.
Tendo corrió al rumor despavorido,
Y tú tambien, temiendo al hado crudo;
¿Y cuál los dos hallasteis á tu amante?
¿Qué os dijo su actitud y su semblante?

XV

Sobre el marmóreo pavimento helado
De un oscuro salon tendido estaba;
El acero á mitad desenvainado
Con mano incierta y trémula empuñaba;
Con débil voz de pecho acongojado
Hondo quejido apénas arrojaba:
Llegasteis, y le alzasteis, y al momento
Huyó, sin conocerte, á su aposento.

XVI

¿Qué pudo horrorizarle de tal suerte? —
Nadie en palacio penetrado había.
¿Las alas del arcángel de la muerte
Volar en torno de su frente oiría?
¿Soñó que estaba á punto de perderte?
¿Qué enemigos temió su fantasía? —
Ni él lo dijo, ni nadie ha sospechado
Qué asombro le condujo á tal estado.

XVII

¿Quién los abismos sondear consigue
De un pecho donde hierven las pasiones,
Cuando el rigor del cielo le persigue,
Y le aterra con negras ilusiones?....
¿Y es por ventura extraño que atosigue
A los contaminados corazones
Roedor remordimiento, noche y dia,
Con cuantas sombras el espanto cria?

XVIII

Entre ellas vive el infeliz monarca,
Y entre ellas los infames cortesanos;
Y de Toledo habitan la comarca,
Y corren á los pueblos mas lejanos:
Que en cuanto el cetro de Rodrigo abarca,
Los avisos del cielo soberanos
Claros indicios dan de estar vecina
Al imperio español grande ruina.

XIX

Brama la guerra; el son de los clarines,
Gran tiempo no escuchado, el armamento
Manda, y de Hesperia á los remotos fines
Llega en las alas rápidas del viento;
Y aunqué esparce el asombro en los confines
Del imperio español, bastardo aliento,
Que siempre el gran peligro inspira á todos,
Las armas empuñar hace á los godos.

XX

Don Ópas el traidor, que de concierto
Con el pérfido conde está, procura
Aumentar el terror y el desconcierto,
Para ver su venganza mas segura;
Y por si acaso en la nacion despierto
Del antiguo valor un resto aun dura,
Que sus inicuos planes contradiga,
Sagaz en prevenirlo se fatiga.

XXI

Astutó sus tesoros prodigando,
El número acrecienta de parciales,
Y fingiendo valor, y aparentando
La palma merecer de los leales;
Arma copiosa hueste y grueso bando,
Y trueca las insignias patriancales
Por el arnes, nombrándose altanero
De altar y trono el defensor primero.

XXII

Campo marcial, no corte, es ya Toledo;
Todo es armas, penachos y pendones;
Que el vicio torpe y vergonzoso miedo
De honra y valor usurpan los blasones;
Y aunqué el arnes no basta á dar denuedo,
Al vestirle los góticos varones
Hácense jactanciosos é insolentes,
Juzgándose invencibles y valientes.[10]

XXIII

Mas como suele en abrasado monte,
Do altos cedros, arbustos, flores, grama,
De humo y terror cubriendo el horizonte,
Tragó voraz la asoladora llama;
Algun roble encontrarse, que aun remonte
(Bien que tostado y pobre de hoja y rama)
La copa al viento; así en España había
Tal cual varon con honra y valentía.

XXIV

Aunqué pocos, las armas empuñaron,
Y en patriotismo y en virtud ardiendo,
Con lo mejor que en torno de sí hallaron,
Pequeñísima hueste componiendo,
A la defensa intrépidos volaron,
A la patria sus vidas ofreciendo;
Mas, oh dolor! su esfuerzo y noble saña
No son bastantes á salvar á España.

XXV

¡Ay del peñasco, que en la excelsa cima
Socava el agua y saca de sus quicios!
Estorbo no hallará que lo redima
De bajar á los hondos precipicios.
¡Ay del Estado, cuyas basas lima
El corroedor halago de los vicios!
De pocos la virtud no lo sostiene,
Si al exterminio despeñado viene.

XXVI

—Entre tanto el valiente sarraceno
Tala del Bétis la apacible tierra,
Sin encontrar á sus furores freno
En altos muros, ni en fragosa sierra;
Y yermo deja su contorno ameno,
Sembrando muerte, y orfandad, y guerra;
Y hasta las torres de Híspalis famosa
Temen la servidumbre desastrosa.

XXVII

Tadmiro en ellas refugiado clama,
Varios mensajes al monarca envía,
Diciendo, que cual suele en mies la llama,
El bárbaro africano se extendía;
Y el socorro urgentísimo reclama,
A la corte culpando de tardía.
Mueven por fin sus ruegos á Rodrigo,
Y dispone marchar al enemigo.

XXVIII

Ya con Favila de las huestes parte
A los bélicos campos se dirige:
En pos agita el viento el estandarte
Que con intento vil don Ópas rige:
Entre ilustres caudillos se reparte
La fuerza goda, y lo florido elige
El rey para su escolta, guardia y mando,
Grave escuadron de próceres formando.

XXIX

Tiembla Florinda, al acercarse el dia
De ausentarse su amor, porqué en su idea
Presentimiento triste la advertía
De cuál la suerte que le aguarda, sea.
Sabe ya que su padre conducía
De enemigos la bárbara ralea;
Y de tan negro crímen, que la asombra,
Causa fatal, y con razon, se nombra.

XXX.

Y, "Si yo orígen soy de tantos males,
"Y de tantos delitos, infelice!
"¿Por qué las justas iras celestiales
"En mí tansolo no descargan?" dice.
Y demudan su rostro las señales
Del despecho, y frenética maldice
El punto aciago en que miró á Rodrigo,
A quien mas ama, por mayor castigo.

XXXI.

Ya en su delirio vencedoras mira
Las góticas banderas, y pendiente
De afrentoso cadalso cuál espira
El padre, por su causa delincuente:
Ya al sarraceno, respirando ira,
De roja sangre abriendo ancho torrente
En crudo encuentro, arrebatar triunfante
Corona y vida á su adorado amante.

XXXII

Otras veces terrible le presenta
Su atormentada y loca fantasía
Al padre y al amante, que en sangrienta
Lid se acometen con fiereza impía:
En lucha tan fatal, ¿á quién intenta
Ayudar la infeliz? ¿por cuál envía
Su voto al cielo? De las dos ¿qué espada
De funesto laurel querrá adornada?

XXXIII

Entre las dos la mísera encontrarse
Solo es justo que anhele, y el acero
De la una y otrá con furor cebarse
Ver en su insano corazon primero;
Y ansiando á las batallas arrojarse,
Pide deshecha en lloro lastimero
A su amante, á su rey, que para escudo,
Consigo la conduzca al trance crudo.

XXXIV

Pero el monarca, que en el alma lleva
Presagios de exterminio y vencimiento,
Y en su interior desmayo clara prueba
De que apuró de Dios el sufrimiento;
Aunqué jamas á contrariar se atreva
De su amor ni el mas leve pensamiento;
¿Cómo podrá, ó Florinda, complacerte,
Llevándote á los campos de la muerte?

XXXV

Ya el sol anuncia el azaroso dia
De la separacion: las trompas suenan,
Y la bélica turba y gritería
Calles y plazas de Toledo llenan.
Relinchando con noble lozanía,
Potros, que en vano halagan ó refrenan,
Con corvetas y saltos desiguales
Encienden los hollados pedernales.

XXXVI

Huestes y numerosos guerreadores
Que al rey ayuden en tan grave empresa,
Preséntanle ciudades y señores
De las ricas comarcas que atrayiesa.
Así los rios hácense mayores,
Y su caudal en el camino engruesa
Con los arroyos, venas y torrentes,
Que les dan sus raudales trasparentes.

XXXVII

Altivo ya el monarca y orgulloso
De ver tantas banderas á su mando,
Los montes Marianos presuroso
Pasa, del Bétis la mansion hollando:
Del Bétis, que risueño y caudaloso
Lo mejor de la España fecundando,
Besa la regia planta, y le saluda,
Y á sus hijos convoca á darle ayuda.

XXXVIII

Ya el regio carro rápido pasea
Los campos encantados y verjeles
De Turdetania, do Favonio ondea
Selvas de olivos, bosques de laureles;
Do jamas reina invierno, donde emplea
Eternamente Flora sus pinceles;
Donde el azahar las auras embalsama,
Y altísimos ingenios Febo inflama.

XXXIX

Al fin Híspalis clara en sí recibe
Al monarca y ejército potente,
Y con apoyo tal torna y revive
De su terror al áfrico inclemente :
A sus valientes junta, y apercibe
Armas, caballos, y tesoro, y gente,
Mirando, del peligro ya olvidada,
A la tierra, al infierno, al cielo en nada.

XL

A marchar contra el bárbaro agareno
Se preparaba el godo poderío,
Cuando el contorno de Híspalis ameno,
Tembló, y la márgen del hercúleo rio,
Porqué parte del campo sarraceno
Se acerca á provocar el desafío,
Sangre, y terror, y esclavitud sembrando,
Al ejército hispano despreciando.

XLI

Vense desde los altos torreones
Olivares arder, pueblos, pensiles,
Y entre el humo los árabes pendones,
Y óyense llantos, voces, añafiles.
Huyen abandonando sus mansiones,
Sus riquezas, sus huertas, sus rediles,
Sus míseras familias y ganados,
De Híspalis á los muros asombrados.

XLII

Tal, cuando por diciembre turbio brama
Guadalquivir, y la limesa orilla
Rompiendo, en la ancha vega se derrama,
Y al mas erguido alcor vence y humilla;
Desde los mismos muros, (que alta fama,
No ya poder, conservan) gran Sevilla,
Pálidos vi buscar refugio en ellos
A cuantos moran tus contornos bellos.

XLIII

—La afrenta el godo rey conoce y siente,
De que no todo el grueso mahometano,
Sinó pequeña parte osada intente
Correr, ante su vista, monte y llano.
De purpúreo rubor tiñó la frente;
Que el desprecio es dogal de un soberano,
Y resuelve salir á dar castigo
A la audacia del bárbaro enemigo.

LXIV

De los buenos y honrados caballeros
Junta el corto escuadron; que en grande apuro,
No viles cortesanos lisonjeros
Busca un monarca para estar seguro:
Y á encontrar á los árabes guerreros,
Pasa el rastrillo del hispalio muro,
Pues desaliento entre sus godos mira,
Y á entusiasmarlos con su ejemplo aspira.

XLV

De Tablada en los llanos espaciosos,
Que por la márgen bética se extienden,
Halla á los agarenos orgullosos,
Que al verse acometidos se sorprenden,
Mas no dejan la presa; valerosos
A defenderla impávidos atienden,
Y al pequeño escuadron cargan feroces,
Con duras armas y tremendas voces.

XLVI

Trábase cruda lid, cuando aparece,
Cual precursor del rayo en la tormenta
Relámpago que ardiendo resplandece,
Y el mudo asombro y confusion aumenta,
El conde fiero. A su presencia crece
De ambas partes la cólera sangrienta;
Pero él del rostro la visera alzando,
Con tronadora voz dijo gritando:

XLVII

"Pues, cual nunca esperé, tienes, Rodrigo,
Fuerza y valor para esgrimir la espada;
Ven á batalla singular conmigo,
Y la lid se suspenda comenzada.
Ven de mi brazo á recibir castigo....
O ya que mi honra tienes mancillada,
Y por ti mi virtud yace en el lodo,
Quita la vida, á quien quitaste todo."—

LXVIII

Calló, y á su señal el sarraceno
Deja la lid y á un lado se retira.
Al pronto queda el rey de asombro lleno,
Mas la voz del honor lo torna en ira.
Pone al valor de sus vasallos freno:
La lanza arroja, de la espada tira,
Y así gritando, con la espuela aflige
El corcel, y acia el conde se dirige:

LXIX

"Aunqué al infame golpe del verdugo
"Debe un traidor morir, ya que ponerte
"Entre mis manos á los cielos plugo,
"Tendrás, sin merecerla, honrada muerte."
Dijo; y dos bravos toros que aun al yugo
Su furia no rindieron, de la suerte
Que el conde furibundo y el monarca,
El Tórmes ve lidiar en su comarca.

L

En despecho y venganza el conde arde,
Y aunqué al ocaso de la edad se inclina,
Sin peligro encontrar que le acobarde,
Ni un punto en fuerzas ni en valor declina.
De pasadas hazañas hace alarde,
Cual de antiguos trofeos parda encina:
Parece escollo de templado acero,
Y osténtase fortísimo guerrero.

LI

Vergüenza, orgullo, juventud lozana
El alma encienden del monarca godo :
Desde los muros de Híspalis cercana,
Que le contempla ve su reino todo;
Y que de un vil traidor la furia insana
Es quien osa ultrajarle de tal modo:
Y parece el valor que altivo ostenta,
Laurel despreciador de la tormenta.

LII

Varias veces bramando se embistieron,
Sin encontrar en su furor ventaja:
Peligrosos fendientes repitieron
Y agudos golpes con la punta baja.
De sudor los caballos se cubrieron,
Alzando espuma y ardorosa braja,
Y al fin entre la gola y el almete
Del conde, el rey la tersa espada mete.

LIII

Y cuando herido don Julian se mira,
Aunqué leve fué el daño, en su hondo pecho
Gimió, y ardiendo en espantosa ira,
Redoblando sus fuerzas el despecho;
Un golpe, y otro, y mil furioso tira
Sobre el yelmo real, y á largo trecho
El penacho y corona al aire saltan,
Y el duro suelo con su brillo esmaltan.

LIV

Pierde aliento Rodrigo: el conde fiero,
Al ver que el regio casco firme pudo
Burlar el filo del tajante acero
Y de su brazo el ímpetu sañudo;
La espada cual diestrísimo guerrero,
Soltó, la maza enarboló forzudo,
Y aunqué el yelmo á su golpe se sostiene,
A su golpe el monarca á tierra viene.

LV

A arrojarse sobre él precipitado
Va el conde, y á dar fin á la contienda,
Cuando de pronto un caballero armado,
Que desde Híspalis viene á toda rienda,
De broquel prevenido, y sin que al lado
Lanza descuelle ó cimitarra penda,
Y cuyo rostro la visera esconde,
Lánzase entre Rodrigo y entre el conde.

LVI

Este, que á su victoria estorbos halla,
Y quien se atreva á su furor, no advierte
Que viene sin estoque á la batalla
Aquel soldado; y respirando muerte,
La maza esgrime, á cuyo golpe estalla
(Que no es como el del rey templado y fuerte)
El yelmo, y rotos el encaje y lazos,
Casco y visera saltan en pedazos.

LVII

Y queda, oh confusion! queda patente
De Florinda infeliz el rostro bello;
Y de gallardos rizos el torrente
Los hombros cubre y el armado cuello.
Yelo y mortal palor muestra su frente,
De deseperacion terrible sello,
Y con agudo acento *Padre!* grita,
Y al suelo cabe el rey se precipita.

LVIII

Don Julian, sorpreso, horrorizado,
Un alarido arroja, vuelve el freno,
Y huye, cual si se viera fulminado
De ardiente nube al retumbar el trueno.
Con su imprevista fuga amedrentado,
El escuadron le sigue sarraceno:
Quedan confusos los guerreros godos,
Y á la dama y al rey acuden todos.

LIX

Los pechos solo, donde amor reinando
El gran poder ostenta de su llama,
Que las celestes iras despreciando
Entre infortunio y crímenes se inflama;
La emocion que Rodrigo probó, cuando
Tornó á la vida en brazos de su dama,
Lograrán conocer: pintarla excede.
Al poder que á mi labio se concede.

LX

Y cuál entre dulcísimas caricias,
De amargura mezcladas y de lloro,
Y entre atroces tormentos y delicias,
(Que tal contraste es del amor tesoro)
A tu amador atónito noticias,
Cómo á Toledo y sus salones de oro,
Mujer apasionada, abandonaste,
Y de él en pos venir perdida osaste;

LXI

Y cómo tu belleza encantadora
De Marte con las galas escondiste,
Y sin temer la guerra asoladora
A arrostrar su peligro audaz corriste;
Y cómo al ver la saña vengadora
De tu padre cruel, te estremeciste,
Y entre tu amante y él fuiste muralla,
Término dando á la feroz batalla;

LXII

Quede en su punto aquí, pues que mi acento
De intentar describirlo humilde cede:
anta fineza de amoroso aliento
Solo sentirse, y no pintarse puede.
Almas, á quien el alto firmamento
De la ternura el don fatal concede,
Juzgád, ay! lo que pasa en dos amantes
Puestos en circunstancias semejantes.

LXIII

Mas dejemos de amor el eco blando,
Que la trompa guerrera el viento llena,
Los cristianos pendones convocando
Y las haces hispánicas ordena;
Y ya la márgen bética dejando,
A buscar á la turba sarracena
Marchan, y á decidir de fuerte á fuerte
En un combate la española suerte.

LXIV

De escuadras la confusa muchedumbre
Campos inunda, y montes, y riberas;
El polvo roba al sol su clara lumbre;
Llenan el viento lanzas y banderas.
Retumba el llano y la fragosa cumbre,
Y el ronco estruendo de las armas fieras,
De relinchos, de trompas y atabales,
A las bóvedas cunde celestiales.

LXV

Rodrigo, aunqué abatida siente el alma,
Y poco en tanta multitud confia,
Y que ya de perder el cetro y palma
Cercano teme el desastroso dia;
Aparentando del valor la calma,
Acia el campo fatal las haces guia,
Llevando á su Florinda hermosa al lado,
No ya encubierta en traje de soldado.

CANTO QUINTO.

EL EXTERMINIO.

I

A la entrada del campo y llano extenso,
Por donde Guadalete se apresura
A dar al mar vecino humilde censo,
Entre adelfas, palmares y verdura;
De huestes godas el concurso inmenso,
Con las tinieblas de la noche oscura
Se detuvo, sentando sus reales
Sobre varias colinas desiguales.

II

De esparcidas fogatas los reflejos,
Que en el opuesto lado relucían,
Y de grande rumor confusos dejos,
Que el nocturno silencio interrumpían,
De que no estaba el enemigo léjos
A los caudillos godos advertían;
Y á defender el campo cuidadosos
Con valladar atienden y anchos fosos.

III

Brilló la ansiada aurora en el oriente,
Y el gótico poder y el mahometano
Se encuentran acampados frente á frente,
Teniendo en medio el espacioso llano.
Ambos tocan al arma de repente,
Y la vaga region del viento vano
El son de trompas y añafiles llena,
Y hórrido tierra, y mar, y cielo atruena.

IV

La muchedumbre gótica contiene,
Si no asusta, á los árabes pendones:
De estos la fama y el valor detiene,
Y aun pasma á los hispanos escuadrones.
Ni el uno ni otro campo al llano viene,
Aunqué uno y otro ordena sus legiones;
Y largo tiempo en actitud guerrera,
Cada cual verse acometido espera.

V

Confusas voces alza el sarraceno,
Que cunden por las vegas y collados,
Como retumba pavoroso trueno
Entre los riscos de Pirene helados.
Hondo silencio de presagios lleno
Reina entre los hispánicos soldados,
Cual anunciando horrísona tormenta,
Calma pesada óscuro el aire ostenta.

VI

Pero Tarif, que la árabe grandeza,
De Muza en nombre, rige y acaudilla;
Ordenando sus haces con destreza,
Y viendo el gran furor que en ellas brilla,
Las exhorta, y exalta su braveza
Empuñando la bárbara cuchilla;
Y su tremenda voz sonó de suerte
Que pareció trompeta de la muerte.

VII

Añafiles, bocinas, atabales
La atmósfera purísima atronando,
Y el grito de las furias infernales
Arrojan á la lid al fiero bando.
El monarca español en sus reales
Venir las huestes áfricas mirando,
A ordenar la falange se apresura,
Para bajar tambien á la llanura.

VIII

La custodia del campo donde deja
Su repuesto, sus tiendas, su tesoro
Y á su hermosa Florinda, á quien aqueja
Hondo pesar y despechado lloro;
Encarga, en tanto que á lidiar se aleja,
Y á contrastar al denodado moro,
Al vil Vernulfo y al traidor don Opas,
Oh ceguedad! con sus infames tropas.

IX.

Y desde el carro de marfil y acero
De cortadoras hoces erizado,
Que con son de borrasca, mas lijero
Que cierzo volador, recorre el prado;
De rico arnes de claro reverbero,
Y de plumas y joyas adornado,
Cual era entre los godos uso antigo, [11]
A sus huestes tambien habló Rodrigo.

X

Ya del acometer la seña dando,
Las numerosas haces precipita
Contra las tropas del contrario bando,
Que vienen á la lid con alta grita.
Nube de agudas flechas, que silbando
Cruzan de entrâmbas partes, la luz quita
Al sol, el viento gime, y la ancha tierra
Se estremece al bramido de la guerra.

XI

Cual de opuestas montañas se derrumban
Dos hinchados torrentes espumosos,
Y á los profundos valles, que retumban
Con su estruendo, despéñanse furiosos;
Y allí sus aguas, que bramando zumban,
Revuelven, y confúndense hervorosos,
Alzando blanca niebla; así corrieron,
Y así entrambas naciones se embistieron.

XII

Terrible fué el encuentro: parecía
Que los montes riscosos y empinados,
Llegado al universo el postrer dia,
Bajaban al abismo despeñados;
Y oyóse tal estruendo, cual se oiría
Cuando, al ver sus cimientos quebrantados,
Atlántida infeliz huyó del mundo,
Tragándola voraz el mar profundo.

XIII

Nube densa de polvo al aire crece,
Que cielo, tierra, mar borra y confunde:
Cual relámpago el hierro resplandece,
El rumor de la lid cual trueno cunde:
¡ Tál, cuando Marte atroz los embravece,
Y su fuego Discordia les infunde,
Y las insanas Furias los acosan,
Tormentas contrahacer los hombres osan!

XIV

De las inmensas huestes de Rodrigo,
Ya enardecidas en feroz combate,
Aunqué no son lo que en el tiempo antigo,
Y aunqué sangre enviciada en ellas late,
Ni el poder ni el furor del enemigo,
El renacido y noble aliento abate:
¡ Tánto el llamarse godo y ser de España,
Honra da en la ocasion, esfuerzo y saña!

XV

De abisinios y negros etiopes
Desbandadas escuadras, do campean
Estaturas y esfuerzos de Ciclopes,
Cercar el flanco gótico desean;
Y girando en carreras y galopes
Casi lo desbaratan y rodean;
Pero detienen su gallarda furia
Los leves hijos del florido Turia,

XVI

Que unidos á los diestros baleares,
Cuyas hondas jamas el tiro erraron,
Saliendo de unas quiebras y ramblares,
Sobre ellos de improviso descargaron;
Y con flechas y piedras á millares
A los bárbaros rudos destrozaron,
Que el Nilo en sus riberas ve feroces
Insultar á la luz con necias voces.

XVII

Cerrada y gruesa hueste de egipcianos,
Con largas picas y luciente malla,
Intenta penetrar de los cristianos
El poderoso cuerpo de batalla;
Mas su teson y esfuerzo serán vanos,
Que el godo cual fortísima muralla,
Restos de la romana disciplina,
El choque á resistir se determina.

XVIII

En el ala siniestra en tanto audaces
Al gétulo y masilio caballero
Del Bétis cargan las ecuestres haces,
Cubiertas de armas de templado acero.
Unos y otros resisten pertinaces;
Crece la llama del combate fiero,
Y pretal con pretal, lanza con lanza,
Terrible es de ambas partes la matanza.

XIX

El jóven Teudo con furor pelea,
Y es su brazo ministro de la muerte:
Un pezeño de Córdoba espolea
Rugero, tan gallardo como fuerte.
Aunqué anciano, Tadmiro audaz rodea
La aguda espada con dichosa suerte,
Y á Moraicel, asombro del levante,
Destrózale la adarga y el turbante.

XX

Malec asirio con Arnaldo cierra,
Y con la cimitarra de Damasco
(Que de temple mejor no entró en la guerra,
Y que abriera un durísimo peñasco)
Del alto potro le derriba en tierra,
La pelta hendida y abollado el casco;
Mas con la tersa espada de Toledo
Dió Ervigio noble fin á tal denuedo.

XXI

Abencerraj, tremendo, en otra parte
La maza esgrime de nudosa encina,
Y á los furiosos golpes que reparte,
Las góticas escuadras extermina.
Ni detenerle consiguiera Marte;
Pero Eurico, de fuerte coracina
Vestido y de valor, á hallarle viene,
Y con la pica su furor detiene.

XXII

Por donde el carro de Rodrigo pasa,
No hay resistir, y rápido parece
Bramador huracan que el monte arrasa,
O llama que entre pinos se embravece.
Por otra parte, cuanto encuentra, abrasa
De Tarif el alfanje, y resplandece,
Como el rayo de Dios, cuando arruina
Gigante torre ó colosal encina.

XXIII

Lago horrendo de sangre es la llanura,
De armas y de cadáveres henchido;
Es todo Guadalete sangre oscura,
Y de él se aleja el mar estremecido.
Aun indecisa la batalla dura,
Y en medio de los aires suspendido
El ángel del Señor, pasmado ignora
A quién lleva la palma triunfadora.

XXIV

Igual á cada parte el sol fulgente
Cinco veces miró la lid reñida, [12]
Hasta que al fin por la cristiana gente
Vió á la ciega Fortuna decidida.
Desmaya roto el áfrico valiente,
Victoria el pueblo gótico apellida,
Y en todos lados las lunadas colas
Póstranse á las banderas españolas.

XXV

Entónces los intentos infernales,
Que desde tiempo tanto Ópas medita,
Descubre; y á Vernulfo y sus parciales
Primero arenga, y contra el rey excita:
Despues en cuantos guardan los reales,
El miedo siembra, la codicia irrita;
Y cuando al robo y la traicion provoca,
Tu nombre, ó santo Dios! suena en su boca.

XXVI

"¿Así la sangre goda se prodiga,
Para que intruso rey en torpes vicios,
Manchando el nombre de los godos siga,
Y cavándole nuevos precipicios?
Nuevos; pues aunqué el triunfo se consiga
Despues de tan costosos sacrificios,
España queda en brazos de la muerte,
África entera, y ofendida, y fuerte."

XXVII

" De Dios el brazo sus invictas haces
Ha conducido de la España al suelo;
¿Por qué pues demostrarnos pertinaces
Contra inmutable voluntad del cielo?
Lograr podemos ventajosas paces,
Y hacer menor de nuestra patria el duelo,
A Rodrigo vicioso abandonando
Y á cuantos siguen su ominoso bando."

XXVIII

" En medio de tan recios temporales
Salud busquemos, y aun fortuna nueva:
Grandes tesoros hay en los reales,
De la avaricia de Rodrigo prueba.
Pues sudor vuestro son riquezas tales,
Y lo propio cobrar nadie reprueba,
Tomádlas sin tardar, cobrádlas luego,
Y el campo y valladar consuma el fuego."

XXIX

" Estos soberbios pabellones ardan,
Contra quien Dios pronuncia el anatema,
Porqué la causa vergonzosa guardan,
Que nos ha puesto en la ocasion extrema.
Qué?...,aun piedad y respeto os acobardan?
Yo os juro que de Dios la ira suprema
Ministros de venganza os ha elegido:
Incendiád este campo corrompido."

XXX

"Y volemos á unir nuestros pendones
Con los del conde don Julian: el modo
Es este de encontrar con las naciones,
Que al cabo han de vencernos, acomodo.
Sus fuertes y valientes escuadrones
No se han movido contra el pueblo godo,
Sí en ayuda del conde, á dar castigo
A los crímenes torpes de Rodrigo."—

XXXI

Dijo, y robado el campamento habían
Las tropas de traidores roto el freno;
Y en desórden confuso descendían
A dar auxilio al conde y sarraceno;
Y altas llamas las tiendas consumían
Dejando el campo de clamores lleno,
Cuando empezó á mostrarse la Fortuna
Contraria á los pendones de la luna.

XXXII

Las huestes vencedoras que escucharon
A su espalda el rumor y vocería,
A inesperado ataque imaginaron
Que nueva gente bárbara venía.
Tornan, y cuando atónitos miraron
La llama que su campo consumía,
Su arrojo triunfador espanto mudo
Vuélvese, y hielo su ímpetu sañudo.

XXXIII

Nótanlo los vencidos musulmanos,
Y aunqué temen al ver en la llanura
Nuevas huestes bajar de los cristianos;
Como el conde traidor los asegura,
Alarido feroz alzan ufanos,
Recobran luego su infernal bravura,
Y mirando á su lado á los traidores,
Tórnanse de vencidos vencedores. [13]

XXXIV

Ya no fué lid, fué bárbara matanza,
Y exterminio, y horror, y completarse
De las iras celestes la venganza,
Y el godo imperio en muerte desplomarse.
Huye de toda Hesperia la esperanza,
Ni ya de salvacion camino hallarse
En el valor ó en la constancia puede,
Que al Destino inmutable todo cede.

XXXV

Aun hay, aun hay, quien en furor ardiendo
El nombre godo con teson mantiene,
Y quien muerte á deshonra prefiriendo,
Todo el poder de la África contiene.
Donde Rodrigo asiste, allí el horrendo
Combate encarnizado se sostiene,
Miéntras que los cobardes torpe muerte
Hallan, huyendo en vano de la suerte.

XXXVI

¿Mas quién es aquel jóven que el primero
Con tal teson persiste en la batalla,
Y contra el campo musulman entero
Se ostenta, cual fortísima muralla?....
Desde el principio del combate fiero
Turbantes destrozando, hendiendo malla,
Fué brazo de la muerte, y ahora ufano
Último apoyo del imperio hispano.

XXXVII

A un alazan fortísimo embravece,
Que con feroz aliento el aura inflama:
Su peto sol en el zenit parece,
Sus ojos arden con celeste llama:
Sobre su rico yelmo resplandece
Claro lucero, que esplendor derrama,
Y de su invicta espada en la cuchilla
La hermosa luz de la esperanza brilla.

XXXVIII

Anhelosa le sigue á toda parte
Con ojos que el dolor y el llanto empaña,
Y sin que de él un punto los aparte,
La sin ventura moribunda España.
Tiembla de verle entre el furor de Marte,
Aunqué se goza al admirar su saña;
A él solo atiende en tan fatal desmayo:
Ay, que es el gloriosísimo Pelayo!!!

XXXIX

Salve, hijo de Favila, á quien el cielo
Destina á restaurar el nombre hispano:
Hoy es el dia de exterminio y duelo,
Y contrariar no puedes al arcano:
El de reparacion y el de consuelo
Brillará, y tu valor no será en vano:
Guárdate, deja ya la lid perdida;
Que es de la patria tu preciosa vida.

XL

Ni de Pelayo la invencible lanza,
Ni del honrado Ervigio y de los buenos
El tenaz resistir dan ya esperanza
De atajar á los bravos sarracenos.
Espantosa es de godos la matanza,
De la tierra infeliz los hondos senos
Empapados en sangre retemblaron,
Ayes tristes los aires asordaron.

XLI

A los remotos mares de occidente
El sol horrorizado descendía;
En calma estaba el abrasado ambiente,
Nube cárdena el cielo oscurecía;
De tarde en tarde lampo refulgente
El lejano horizonte confundía;
Bramaba sordo el retumbante trueno,
De terrores el mundo estaba lleno.

XLII

La cuadriga del carro del monarca
Anhelante no encuentra ya camino
Sobre tantos despojos de la Parca,
Que embarazan el eje diamantino.
En sangre la falcada rueda encharca,
Y el pesado timon de fuerte pino
Rompe, y tropieza respirando espuma,
Y en vano el crudo latigo la abruma.

XLIII

El llanto del despecho la faz moja
Del triste rey. De la corona rica
Y del soberbio manto se despoja,
Salta del carro, y sangre le salpica:
El cetro, que el Señor le quita, arroja:
Furioso empuña una fornida pica,
Monta en caballo que aventaja al viento,
Y corre al incendiado campamento.

XLIV

Mas dónde, dónde va?....Desventurado!
Vuelve á morir, ó mísero Rodrigo.
¿No ves que el crudo cielo está cerrado
A toda compasion para contigo?
¿Juzgas que algun consuelo te ha dejado,
Y contra su furor algun abrigo?
Aun no conoces tu tremenda suerte:
Solo un remedio ya te resta, muerte.

XLV

Cuando ves desplomarse tu alto imperio,
Y cómo te han vendido los traidores;
La flor y gloria del distrito hesperio
Yacer muertas de Marte á los furores;
Tu patria en espantoso cautiverio,
Y tu fama entregada á los horrores
De eterna execracion; ¿juzgas que el hado
El consuelo de amor te ha conservado?

XLVI

En su seno la dicha encontrarías,
Al lado de Florinda, en el desierto,
Sin echar ménos los pasados dias,
De tosca piel y oscuridad cubierto;
Y aun dulcísimas horas gozarías,
Sin temer de Fortuna el rostro incierto,
Como sueños viniendo á tu memoria
Vagos recuerdos de tu imperio y gloria.

XLVII

Vagos recuerdos, que el crisol ardiente
De recíproco amor purificando,
El desprecio trajeran á tu mente
De mundo, hombres, riquezas, gloria y mando;
Y que un momento aun tu tranquila frente
De tinta melancólica bañando,
Te hicieran en el seno de tu hermosa
Verter alguna lágrima preciosa.

XLVIII

Del campo el fuego ya casi extinguido,
Al monarca infeliz fatal señuelo,
Preside entre fragmentos esparcido
A las venganzas últimas del cielo.
Ya han los feroces moros recorrido
Las cenizas y restos de aquel suelo,
Y entre troncos y telas abrasadas
Aun cebado sus bárbaras espadas.

XLIX

Allí queda ya solo el conde fiero,
Que de su horrendo crímen abrumado,
De la llama al reflejo postrimero
Las ruinas recorre ensangrentado;
Y entre tanto cadáver, que el acero
Y el incendio voraz han destrozado,
Nuevas de su hija inquiere sin provecho,
Agotando la copa del despecho.

L

Tal de tirano vil sombra sangrienta,
Entre sepulcros que pobló su ira,
Al lampo aterrador de la tormenta,
Acaso en la espantosa noche gira.
Allí del exterminio aun se alimenta,
Y sangre y rabia aun con furor respira;
O allí privada del descanso eterno
Apura los suplicios del infierno.

LI

Don Julian con ojos centellantes
Del regio pabellon ve la ruina,
Y sus muertas cenizas humeçantes
Angustioso revuelve y examina
Entre cuerpos ha poco palpitantes,
Y entre espantables bultos imagina
Ver el cadáver de una hermosa dama,
Cuya cabeza consumió la llama.

LII

Pasmásele la sangre, y confundido
Sus miembros de sudor inunda helado;
Y tiembla, y pierde fuerzas y sentido,
Yerto el cabello, el corazon ahogado.
Aunqué á saber no acierta quien ha sido
Aquel cuerpo infeliz medio quemado,
Conmocion horrorosa su alma agita,
Y gimiendo sobre él se precipita.

LIII

Hallarse allí con Julian pudiera
El infeliz Rodrigo, si ya el cielo,
Ablandado tal vez, no le opusiera
Piadoso estorbo á su engañado anhelo;
Pues ya casi en los límites se viera
De aquel fatal y desastroso suelo,
Cuando escuadron de infieles sobrevino,
Que le embiste, atajándole el camino.

LIV

Aunqué incógnito y solo allí se mira,
Y sin mengua fugarse puede acaso,
No olvida que fué rey; y ardiendo en ira,
Trata de abrirse con las armas paso.
A llegar á sus tiendas solo aspira,
Que aun humo esparcen por el aire raso;
Y al potro acosa con la aguda espuela,
Alto el escudo, en ristre la arandela.

LV

Mas, ay! que es uno, los contrarios ciento,
Y ni paso ni fuga encontrar puede.
Revuelve á todos lados con aliento,
Y en constancia y valor ni un punto cede.
Aunqué su decision y su ardimiento
Al de un oscuro caballero excede,
No acierta que combate con Rodrigo,
Y le cerca y le estrecha el enemigo.

LVI

Mas como allá en el circo sevillano
Suele un toro retinto, cuando advierte
Que la vida salvar intenta en vano,
Cara vender la inevitable muerte;
Y embiste audaz al peloton galano
De hombres y de caballos, de tal suerte
Que de sangre y despojos la ancha arena,
Y de terror al gran concurso llena;

LVII

Fin glorioso el monarca así buscando,
Vibra y revuelve la nudosa lanza,
Y potros y ginetes arrollando,
Muestra hasta dónde su denuedo alcanza.
Dos, cuatro, seis infieles derribando,
De los demas enciende la venganza,
Que armas diversas con furor esgrimen,
Y le estrechan, le atajan y le oprimen.

LVIII

Resiste en vano el despechado godo,
Hasta que aun mas que herido, fatigado,
Pierde el arzon, y en el sangriento lodo
De fuerzas y sentidos cae privado;
Así vencido y destrozado todo
El bárbaro escuadron, apresurado
De Guadalete las riberas deja,
Y su hueste á buscar veloz se aleja.

LIX

Reina silencio grande en aquel llano,
Do murió la española monarquía,
Y donde hundido el godo soberano
En desmayo letárgico yacía.
El ejército altivo mahometano
A Híspalis triunfador se dirigía,
Los restos de la gótica grandeza
Persiguiendo con hórrida fiereza.

LX

Ya de la oscura noche el carro lento
Se acercaba á los mares de occidente,
Cuando en sí torna y al vital aliento
El infeliz Rodrigo de repente,
Porqué oye acaso un dolorido acento
Que conmoviendo el silencioso ambiente,
Cual débil voz de congojosa dama
Entre sollozos le desperta y llama.

LXI

Torna en sí, y recobrando sus sentidos
Ve una hermosa mujer y un noble anciano,
Ambos de blancas túnicas vestidos,
Que lentos cruzan por el aire vano;
Y sintiendo en el alma hondos latidos,
Reconoce el semblante soberano
De su Florinda, en quien delante tiene,
Y que es Ruben el que con ella viene.

LXII

Acia su amor los brazos encamina,
Y estrecha, ay triste! el vagaroso viento:
Tiende á Ruben la mano, y blanquecina
Niebla encuentra, y no mas, su amigo intento;
Pero una y otra sombra allí vecina
Siempre ve junto á sí, y el sordo acento
Oye con que una y otra sollozando,
Rodrigo! sin cesar están clamando.

LXIII

Advierte que al un lado se desvían,
Y que le llaman. Síguelas ansioso,
Pues gimiendo parece que porfían
En sacarle del campo desastroso.
Por entre los cadáveres le guian,
Y ya del Guadalete sanguinoso
Con ellas apartado, llega á un monte,
Cuando el alba argentaba el horizonte.

LXIV

La luz disipa el prodigioso encanto:
Queda Rodrigo solo; y su postrera
Fortuna, envuelta en misterioso manto
El cielo quiso que ignorada fuera.[14]
Quién podrá descubrirla?....No osa tanto
Mortal ninguno....Pero no pudiera,
Amante y rey, en tan horrenda suerte,
Otra encontrar mas grata que la muerte.

FIN DE LA FLORINDA.

COMPOSICIONES SUELTAS.

A LAS ESTRELLAS.

O refulgentes astros, cuya lumbre
El manto oscuro de la noche esmalta,
Y que en los altos cercos silenciosos
Giráis mudos y eternos;

Y ó tú, lánguida luna, que argentada
Las tinieblas presides, y los mares
Mueves á tu placer, y ahora apacible
Señoreas el cielo :

¡ Ay, cuántas veces, ay! para mí gratas,
Vuestro esplendor sagrado ha embellecido
Dulces felices horas de mi vida,
Que á no tornar volaron!

¡ Cuántas veces los pálidos reflejos
De vuestros claros rostros, derramados
Húmedos, resbalar por las colinas
Vi apacibles de Bétis,

Y en su puro cristal vuestra belleza
Reverberar con cándidos fulgores
Admiré, al lado de mi prenda amada,
Mas que vosotros bella!

Ahora al brillar en las salobres ondas,
Solo y mísero, prófugo y errante,
De todo bien me contempláis desnudo,
Y á compasion os muevo.

Ay! ahora mismo vuestras luces claras,
Que el mar repite y reverente adoro,
Se derraman tambien sobre el retiro,
Donde mi bien me llora.

Tal vez en este instante sus divinos
Ojos clava en vosotros, ó lucientes
Astros, y os pide con lloroso ruego,
Que no alteréis los mares;

Y el trémulo esplendor de vuestras lumbres
En las preciosas lágrimas riela,
Que esmaltan, ay! sus pálidas mejillas,
Y mas bella la tornan.

En mayo de 1824, á bordo del paquete ingles *Francis Freeling*, navegando de Gibraltar á Falmouth.

EL SUEÑO DEL PROSCRITO.

O sueño delicioso,
Que hace un momento tan feliz me hacías,
¿Huyes y me abandonas inclemente,
Y en el mar borrascoso
Tornas á hundirme de las ansias mias?....
Ay!....los fugaces cuadros que mi mente
Ha un instante en tus brazos contemplaba,
Los juzgué realidad; y mis pesares
Y mi destino bárbaro olvidaba:
Y ¿todo fué ilusion?....Vuelve, halagüeño,
Vuelve, ó consolador, ó ansiado sueño.

Por tu mágico influjo llevado,
Yo me he visto en mi patria adorada,
No de sangre y de llanto inundada,
No cubierta de luto y de horror;

Sinó libre, triunfante, felice,
Como un tiempo que huyó presuroso,
Cual celaje risueño y hermoso,
Al soplar huracan bramador.

Encantadas riberas de Bétis,
Sacros bosques de adelfas y rosas,
Apacibles colinas graciosas,
Ha un momento que en vos me encontré;

Y tranquila ilustrando ese cielo
De zafiro á la luna fulgente,
Rielar en la riza corriente
Resbalando por flores miré.

¡Oh consuelo de todas mis penas
A mi lado mi Angélica estaba,
Que con voz celestial entonaba
Dulces himnos de dicha y de amor;

Y yo ufano pulsaba la lira,
A su voz y á su encanto obediente:
Y al oirnos el plácido ambiente,
No agitaba ni rama ni flor.

¡Cuántas sombras de amantes dichosos,
Que otro tiempo aquel suelo habitaron,
Juzgué ver que á los dos nos cercaron
Escuchando la dulce cancion!

Ah! mis penas horribles cesaban,
Y en mi vida feliz y contento
Fuí jamas, como el corto momento
De tan grata fugaz ilusion.

Pero, ay desventurado!
Era sueño engañoso,
Que voló presuroso,
Y ahora es mayor mi mal!
Son ilusion mis dichas,
Son realidad mis penas:
Así feroz lo ordenas,
Oh Destino fatal.

Despierto súbito,
Y me hallo prófugo
Del suelo hispánico,
Donde nací;
Donde mi Angélica
De amargas lágrimas
Su rostro pálido
Baña por mí.

En vez del bálsamo
Del aura plácida
Del cielo bético,
Que tanto amé;
Las nieblas hórridas
Del frio Támesis
Con pecho mísero
Respiraré.

Lóndres, setiembre de 1824.

A LOS EXCELENTISIMOS SEÑORES

MARQUESES DE SANTA CRUZ,

EN LA BODA DE SU HIJA TERCERA,

DOÑA FERNANDA DE SILVA Y GIRON.

No sonará mi acento
En el nupcial festin. Ay!....no me es dado
Del insigne Mirisco[15] al dulce lado
Su cítara pulsar encantadora,
Y enriquecer el viento
Con altos versos y con voz sonora.

Oh! si el poder del Númen que me inspira,
Y de amistad el fuego sacrosanto,
Que arde en mi pecho, á mi olvidada lira
Dieran tal vuelo y á mi rudo canto,
Que sus ecos llegaran
A la orilla del regio Manzanáres....
¡ Cuál mis fervientes votos resonaran,
Unidos de Mirisco á los cantares!

En el risueño dia,
En que Fernanda tímida, inocente,
En las aras del Dios omnipotente
Jura constante amor á un tierno esposo,
Ilustre y venturoso;
Yo su beldad y gracias cantaría.
Yo, que la vi de la apacible cuna
Salir del mar de Cádiz en la orilla;
Y como al lado de la blanca luna
La estrella esplendorosa
De amor adorna el cielo y pura brilla,
Brillar al lado de su madre hermosa.
Yo, que en la márgen del soberbio Sena
La vi crecer, cual crece
Tallo gentil de cándida azucena,
Que el blando aliento de las auras mece.
Yo en fin, que cuando el áspero Destino
Me arrancó fiero á mis paternos lares,
Arrastrándome al hórrido camino
De amargura y dolor, del Manzanáres
La vi ninfa gentil; y reclinada
De su madre adorada
En el cándido seno, parecía
Cabe rosa esplendente
Medio abierto pimpollo, que lozano,
Al rojo amanecer de hermoso dia,
Muestra el matiz de pudorosa frente,
De perlas lleno y de beldad riente.

En el eco lejano
De mi voz sonaría
La dicha excelsa del esposo ufano,
Y de la abuela y padres la alegría,
Y la esperanza altísima, que nace
Con tan ilustre enlaze,
De nuevos héroes á la patria mia.

Mas ay! mi voz ahogada
Del infortunio por la mano helada,
No puede allá volar, ni aspira á tanto;
Y acostumbrada al llanto,
No acierta á dar al viento
Dulces himnos de júbilo y contento.

Tranquilos vates que las cuerdas de oro,
De la patria en las selvas y jardines,
Os es dado pulsar, y en alto coro
Cantar la pompa y celebrar festines;
Alzád la voz, miéntras airada suerte
Me condena al silencio de la muerte.

Al silencio!!! y por qué?....Cuando gozosos
Arder la sacra antorcha de Himeneo,
Y su tercer trofeo
Alzar Amor en lazos venturosos
Ven por tercera vez en sus salones
De Santa Cruz los ínclitos marqueses;

Cuando barras, castillos y leones
Esperan nuevos héroes, cuyas glorias
Reproduzcan altísimas memorias;
Yo olvido de Fortuna los reveses,
Arde mi mente en estro sacrosanto,
Brota mi rudo labio son divino,
Y es á mi pecho necesario el canto,
Como el agua al sediento peregrino.

Sí, cantaré: ¿qué importa que no suene
Allá en Madrid mi dolorido acento?
¿Qué importa que no llene,
Entre los bríndis y el clamor sonoro
De himnos de gozo y voces de contento,
Un soberbio arteson de cedro y oro?
Sonar la voz del infortunio debe
Con mas solemnidad, y en otra escena,
Cuando amistad lo arroba y enajena,
Y á entonar cantos de placer se atreve.

Sí, cantaré sobre estas, que combate
Ronco el púnico mar, peñas desnudas,
Y so la inmensa bóveda del cielo.
El santo fuego que en mi pecho late,
Engrandece mi voz, entre las mudas
Terribles sombras del nocturno velo,
Y las estrellas, contra mí sañudas,
Y la luna menguante

Iluminan mi pálido semblante,
Y brillan en las lágrimas que lloro,
Y de mi lira en el marfil y el oro.

Las gracias, los amores,
La virtud, la alegría
Vengan tan fausto dia,
Fernanda, á celebrar;

Y de virgíneas flores
Coronen tu alma frente,
Que como sol naciente
No halla en el orbe par.

El fuego honesto y puro
Que arde en tu pecho hermoso,
Mereciendo dichoso
Paterna bendicion;

Sea manantial seguro
De placeres sin cuento,
Y siempre con aumento
Arda en tu corazon.

Bendiga el santo cielo
Tu enlaze y lo fecunde,
Para que en bien redunde
Del imperio español,

Que espera con anhelo
Bazanes y Girones,
Que lleven sus pendones
Por cuanto alumbra el sol.

Girones y Bazanes,
Que cual Hércules nuevos,
Puedan, cuando mancebos,
La sierpe sofocar;

Y entre sabios afanes
Crezcan, y á las Españas
Con virtudes y hazañas
Consigan restaurar.

Vence el rugir del mar mi altivo acento,
Y se dilata por su espacio undoso:
Sobre las alas rápidas del viento
Mi canto numeroso
Llega á las playas donde fué Cartago,
Y entre el estruendo vago
De las olas que rómpense en la arena,
O entre ásperos bajíos
Suenan los versos mios,
Y el dulce nombre de Fernanda suena.

Sopla el austro fogoso,
Y su nombre y mis versos arrebata,
Entre celajes de luciente plata,
A la cumbre del blanco Lilibeo,

Cárcel ardiente ó bramadora tumba
De los furores del audaz Tifeo;
Y al nombre de Giron esclarecido
Que entre sus riscos cóncavos retumba,
Callan su ronco hervor y su ladrido
Scila y Caríbdis de respeto llenas,
Conmuévese Trinacria, y mis cantares
Ledas, cruzando los desiertos mares,
Repiten seductoras las Sirenas....

Mas ¿qué rumor vecino,
Llenando al mudo viento,
Viene á turbar el éxtasis divino,
Y á sorprender mi entusiasmado aliento?
¿Es el breton soldado
Que en los adarves usurpados grita,
De orgullo, astucia y de opulencia armado?

¿Es el rudo piloto moscovita,[16]
Que á zarpar se apresura
Entre las sombras de la noche oscura,
No para dar el rumbo al mar helado
Y saludar á su aterida tierra,
Sinó á llevar el exterminio y guerra,
Y el devorante fuego,
Mintiendo amparo al oprimido griego,
En sus toscos bajeles,
Preñados de ambicion y orgullo insano,

Al caduco otomano,
Y del torpe serrallo á los verjeles?

No; que es mas noble estruendo
El que en torno rimbomba y sordo cunde,
Pues nuevo ardor difunde
En mi mente, mi canto engrandeciendo.
De los sepulcros venerandos nace,
Que del gran Precursor el templo santo,
Que Malta alzara en su pasada gloria,
Ornan el pavimiento y rico muro
De terso mármol y de bronce oscuro,
Entre lauros eternos de victoria
Y nobles timbres del infiel espanto,
Que en respetar el tiempo se complace.

De los sepulcros nace, que entre tanto
Sepulcro de famosos campeones
De todas las católicas naciones,
Héroes hispanos guardan en su seno;
Y en cuyas letras, que la edad no empaña,
Nombres de horror al torvo sarraceno,
Nombres de gloria á la guerrera España
Se ven, Silvas, y Caros, y Bazanes,
Y Borjas, y Girones,
Pimenteles, Quiñones,
Y Osorios, y Pachecos, y Guzmanes.
De estos, de estos las sombras conmovidas

Al eco de mi voz, se alzan gloriosas,
De Fernanda las dichas celebrando,
Y ledas presagiando
Héroes, que con sus hechos rivalizen
Y los insignes nombres eternizen.

¡Oh gloria de Aragon y de Castilla!
¡Qué lampo de celeste reverbero
Perdurable en sus rostros centellea!
¡Qué fuertes armas de templado acero,
Do la cruz blanca refulgente brilla!
¡Qué ricos mantos que el ambiente ondea!....
Tales por conquistar la tumba santa
Los vió lidiar Jerusalen, y tales
Hazañas inmortales
En Ródas, Chipre y Candia ejecutaron,
Y tales rechazaron,
Al ínclito Valeta obedeciendo,
De estas peñas al turco furibundo,
Cuyo poder tremendo
Era entónces terror del ancho mundo.
Cércanme en torno por el aire vano....

Así los semidioses revolaban
En derredor del gran cantor troyano
Y su acento inmortal solemnizaban:
Así hendiendo la niebla, circundaban
Al bardo caledon las sombras leves
De los guerreros de Morven y Tura,

Cuando en la noche oscura,
Despreciando los vientos y las nieves,
Sobre los riscos de Loclin sentado,
Pulsaba el arpa al lado de Malvina,
Y la voz ronca del torrente hinchado
Sobrepujaba con su voz divina.

Malta. jaii de 1829.

AL FARO DEL PUERTO

DE MALTA.

Envuelve al mundo extenso triste noche,
Ronco huracan y borrascosas nubes
Confunden y tinieblas impalpables
El cielo, el mar, la tierra;

Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del cáos, que refleja y arde
Con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes,
Y revienta á tus piés, do rebramante,
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto:

Tú con lengua de fuego *aquí está* dices,
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como á númen bienhechor te adora,
Y en ti los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,
Que zéfiro amoroso desenrolla,
Con recamos de estrellas y luceros,
Por él rueda la luna;

Y entónces tú, de niebla vaporosa
Vestido, dejas ver en formas vagas
Tu cuerpo colosal, y tu diadema
Arde á par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde
Rocas aleves, áridos escollos
Falso señuelo son, lejanas lumbres
Engañan á las naves;

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
Tú, cuya inmoble posicion indica
El trono de un monarca, eres su norte,
Les adviertes su engaño.

Así de la razon arde la antorcha,
En medio del furor de las pasiones,
O de aleves halagos de Fortuna,
A los ojos del alma.

Desque refugio de la airada suerte
En esta escasa tierra que presides,
Y grato albergue el cielo bondadoso
Me concedió propicio,

Ni una vez sola á mis pesares busco
Dulce olvido del sueño entre los brazos,
Sin saludarte, y sin tornar los ojos
A tu espléndida frente.

¡ Cuántos, ay, desde el seno de los mares
Al par los tornarán !....Tras larga ausencia
Unos, que vuelven á su patria amada,
A sus hijos y esposa:

Otros, prófugos, pobres, perseguidos,
Que asilo buscan, cual busqué, lejano,
Y á quienes, que lo hallaron, tu luz dice,
Hospitalaria estrella.

Arde, y sirve de norte á los bajeles,
Que de mi patria, aunqué de tarde en tarde,
Me traen nuevas amargas, y renglones
Con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraste
Mis afligidos ojos, ¡ cuál mi pecho,
Destrozado y hundido en amargura,
Palpitó venturoso !

Del Lacio moribundo las riberas
Huyendo inhospitables, contrastado
Del viento y mar, entre ásperos bajíos,
Vi tu lumbre divina:

Viéronla como yo los marineros,
Y olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdían,
Malta, *Malta* gritaron;

Y fuiste á nuestros ojos la aureola
Que orna la frente de la santa imágen,
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.

Jamas te olvidaré, jamas....tansolo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
La benéfica llama,

Por la llama y los fúlgidos destellos,
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El arcángel dorado, que corona
De Córdoba la torre.

Malta, setiembre de 1828.

A MI HIJO GONZALO,

DE EDAD DE CINCO MESES.

De tu madre en el seno
Duermes, dulce amor mio,
Cual perla de rocío
Duerme en el seno de la tierna flor.
De mil encantos lleno
Reluce en tu semblante,
Cual sol en el diamante,
De una alma nueva el celestial candor.

Aun en la tierra impura
Tu pié no se ha estampado,
Ni han tus manos tocado
El crudo hierro y corruptor metal;
Ni ha ofendido á criatura
Esa boca süave,
Que aun pronunciar no sabe,
Y en que reina pureza angelical.

Ignoras lo que es muerte,
Y lo que es vida ignoras;
Mas en tanto las horas
Contigo mudas caminando van.

¿Y cuál será tu suerte?....
Qué te importa? Risueño
Gozas tranquilo sueño,
Sin darte el dia de mañana afan.

Duerme, prenda adorada;
Pero de cuando en cuando
Despierta al beso blando,
Que te daremos, ó tu madre ó yo;

Y déjame encantada
Con tu risa inocente
El alma, que doliente
Del infortunio el cáliz apuró.

Sí, cuando te sonríes
A mis tiernas caricias,
En un mar de delicias
Olvido cuanto ha sido y ha de ser:

¿Qué me importa, si ries
Mirándome amoroso,
El ceño desdeñoso
De Fortuna y las iras del poder?

Mas no hay placer completo:
Ay!.... siempre que te miro,
Se me escapa un suspiro,
Pensando cuál será tu porvenir.

Misterioso secreto,
Que como tú yo ignoro,
Que ni el saber, ni el oro,
Ni la fuerza consiguen descubrir.

Un pimpollo de rosa
Cae al dulce arroyuelo,
Que apénas cubre el suelo,
Durmiendo manso entre una y otra flor:

¡Feliz, si en él se posa
Y entre sus juncias prende,
Y los tallos extiende
Bajo el abrigo del paterno amor!

Mas invisible, artera,
Con las flores jugando,
La corriente arrastrando
Lo va del rio al rápido raudal:

Aun puede una ribera
Lograr en él, do viva,
Do un jardin lo reciba,
Y llegue á ser magnífico rosal.

Pero si el turbio rio
Lo lleva al mar, ay triste!
El huracan lo embiste,
Las olas lo arrebatan con furor;

Y perece, hijo mio,
Bajando al hondo seno,
O en el salobre cieno,
Yaciendo al pié de escollo bramador.

Paris, enero de 1832.

LA

VUELTA DESEADA.

ROMANCE I.

Entre aquellos olivares
que Torreblanca domina,
y ciñen de un lado y otro
el camino de Sevilla,
Por un atajo atraviesa,
para llegar mas de prisa,
una carretela verde
con una gran vaca encima;
Toda cubierta de barro,
tableros, muelles y viga,
de barro seco y reciente,
y de tierras muy distintas.
Cuatro andaluces caballos,
que en torno lodo salpican,
en humo y sudor envueltos
de ella presurosos tiran;
Y del postillon las voces
con que los nombra y anima;
del látigo los chasquidos,
que los acosan y ostigan;

El son de los cascabeles,
y el de las ruedas que giran
rápidas, tras sí dejando
dos huellas no interrumpidas ;
Forman estruendo confuso,
y que viene posta avisan
á los carros y arrieros,
que acia un lado se desvían.
Dentro de la carretela
un hombre aun jóven camina,
que revuelve á todos lados
la desencajada vista.
Es Várgas : alegre torna
de su patria á las delicias,
despues de vagar seis años
emigrado en otros climas.
Antiguos amigos halla
en cuantos objetos mira,
y en árboles, tapias, lindes
dulces memorias antiguas:
Lo pasado y lo presente
anudando va, y delira
entre esperanzas risueñas
y entre ya pasadas dichas.

Trastornos, persecuciones,
desventuras, injusticias,
en sus mas floridos años
le arrancaron de Sevilla,
Abandonando riquezas,
honores, nombre y familia,
y dejándose allí el alma
en el pecho de Jacinta.
Jacinta, encanto y adorno
de toda la Andalucía;
y por sus luengas pestañas,
por su apacible sonrisa,
Por los graciosos hoyuelos
que avaloran sus mejillas,
por su cuerpo primoroso
y por sus formas divinas,
Por su gracia y su talento
y su modestia expresiva;
el hechizo de los hombres,
de las mujeres la envidia.
Diez y seis años contaba,
cuando Várgas, alta dicha!
logró conmover su pecho
y agitar su alma sencilla,
Al par que el amable jóven
ardió en la pasion mas viva,
al mirar á una doncella,
tan inocente y tan linda.

En sus puros corazones
creció desde la hora misma,
y el trato y correspondencia
acrecentó en pocos dias,
Un primer amor de aquellos
que las estrellas combinan,
amor que de dos personas
el destino eterno fija.
En los lazos de himeneo
á unirse dichosos iban,
con el aplauso felice
de sus contentas familias;
Cuando se alzó tronadora
la borrasca embravecida,
que, infelices! confundiólos
del infortunio en la sima.

Seis años, oh cuán eternos!
Várgas por tierras distintas
huyó infelice, luchando
del Destino con las iras,
Sin encontrar de consuelo
ni de esperanza mezquina
un solo sueño de noche,
un solo rayo de dia.

Las extranjeras beldades
estatuas le parecían,
las ciudades opulentas
que el orbe humillado admira,
Desiertos....Ay! pero puede
feliz llamarse en sus cuitas,
venturoso en su destierro,
fortunado en sus desdichas.
Creció el amor con la ausencia
en el pecho de Jacinta,
que la distancia y el tiempo,
al que es verdadero, afirman.
De cuando en cuando se cruzan
papeles que lo acreditan,
cartas trazadas con llanto,
cartas con el alma escritas.

ROMANCE II.

Todo en el mundo es mudable,
ni el bien ni el mal son eternos:
la apacible primavera
sigue al rigoroso invierno;
A la oscura noche el dia,
y á la borrasca, que al cielo
empañó con densas nubes
y asustó con rudos truenos,

La calma serena y pura.
Así suelen á los tiempos
de desventuras y llantos
seguir de paz y consuelo.
Del Rin en la orilla helada,
abrumado de sí mesmo,
Várgas proscrito gemía
su fortuna maldiciendo;
Cuando noticias recibe
de que la patria le ha abierto
las puertas....Júzgalo absorto
ilusion de su deseo;
Mas Jacinta se lo escribe,
y cuanto ella dice, es cierto.
Otra carta....de la madre
de Jacinta....que al momento
Vuele á Sevilla, le ruega,
en donde dará Himeneo,
el dia de su llegada,
á tan constante amor premio.

No la paloma, que presa
llora en doloroso encierro,
si acaso un resquicio mira,
tiende apresurado el vuelo

Acia el palomar y nido,
en donde vió el sol primero;
ni el torrente, á quien contuvo
el malecon interpuesto,
En cuanto lo encuentra roto,
se arroja á su antiguo lecho,
y por él se precipita
acia la mar, que es su centro;
Tan veloces como Várgas
corre, sin tomar resuello,
á Sevilla: los instantes
son para él siglos eternos.
Montes, llanuras, ciudades,
rios, Estados diversos
atras deja, y los caballos
de tardos acusa y lentos.
Ya salva las altas cumbres
del nevado Pirineo;
entra en España, ya escucha
la lengua de sus abuelos....
Qué importa? ni un solo instante
retarda su raudo vuelo.
Halla á cada paso amigos,
halla intereses y deudos:
No se pára, corre, corre,
que tiene en Sevilla puesto
su afan, y hasta que descubra
la Giralda, no hay sosiego.

Apénas ha quince dias
que en las márgenes del Reno
de su Jacinta la carta
leyó, juzgándolo sueño;
Y los caños de Carmona
ve ya á la diestra creciendo,
y al frente la antigua puerta,
para él la puerta del cielo.
Cualquiera mujer que mira
en mantilla y de paseo,
que es Jacinta que le espera,
juzga, y le palpita el pecho.
Al llegar se desengaña,
y en otra que ve mas léjos....
Jacinta fuera de casa
está, sí, sale á su encuentro.
Era en punto medio dia:
entra por fin, y molestos
los guardas el carruaje
detienen corto momento.
Los maldice y les da oro,
por que le detengan ménos:
corre, al postillon le grita,
y torna á marchar de nuevo.

Por las retorcidas calles
echa pestes y reniegos
á cada lenta carreta,
á cada corro interpuesto,
Que á templar el paso obliga
de los caballos lijeros,
y anheloso á verse llega
de la cuidad en el centro.

Oye de fúnebres cantos
el triste son desde léjos,
se aproxima, y por la calle
que va á tomar, un entierro
Pasa. Con hachas de cera,
pobres, vestidos de negro,
van de dos en dos; los siguen
las cofradías; á lento
Paso un féretro se acerca,
de un blanco paño cubierto,
con una palma y corona
de blancas flores....Agüero
Terrible! que es de doncella
principal y de respeto
el funeral le parece....
Hierve taciturno el pueblo

En derredor. Manda Várgas,
turbado con tal encuentro,
que tome por otra calle,
al postillon. Revolviendo
Este los caballos, torna
por un callejon estrecho,
y á la casa ansiada llega
despues de corto rodeo.
Mucha gente en los balcones
está, mostrando en sus gestos
sorpresa de que en tal dia
llegue á la casa un viajero.

Párase la carretela:
la puerta está abierta, yermos
el ancho portal y el patio;
reina en la casa el silencio.
De un salto Várgas se apea;
corre á la escalera presto;
de ella por un lado y otro
de cera advierte un reguero
Reciente. Veloz la sube,
abre la mampara....Cielos!
colgada está la antesala
en reedor con paños negros.

Enlutada una gran mesa
mira colocada en medio,
y en sus cuatro ángulos arden,
sobre cuatro candeleros
De plata, cándidas velas
consumidas casi: el suelo
cubren deshojadas flores,
siemprevivas y romero.
Dios!....pobre Várgas! absorto,
sin voz, sin alma, y en hielo
convertido, ni respira.
Ojos cual los de un espectro
Gira en derredor; se ahoga
sin respiracion su pecho.
Volviendo en sí un corto instante,
oye llorar allá dentro;
Cuando se abre lentamente
una puerta que al momento
se cierra, y un sacerdote
que por ella sale, lleno
De lágrimas el semblante,
(de dar en vano consuelo
viene á una madre infelice)
queda inmoble á Várgas viendo.
Várgas le mira, y no alienta;
mas tras de breve silencio
rompe al cabo, y le pregunta
con un augustiado esfuerzo,

"Dónde está?"....Quedóse helada
su lengua. Fáltale aliento
al turbado sacerdote,
y con agitado aspecto
Alza el rostro, y levantando
la diestra, señala al cielo.
Várgas le comprende; arroja
un alarido de infierno;
Huye veloz, la escalera
baja delirante, ciego
nada ve, corre cual loco
por las calles, y muy presto
Desaparece. — En Sevilla
la noticia cunde luego
de su llegada: le buscan
sus amigos y sus deudos.
Todo, todo en vano: algunos
dan señas de que le vieron
junto á la torre del oro,
cuando el sol ya estaba puesto.

En un remanso, que forma
el Guadalquivir no léjos,
de Gélves, á las dos noches
unos pescadores vieron,

A la luz de escasa luna,
de un jóven ahogado el cuerpo
vestido aun. Procuraron
compasivos recogerlo;
Pero al llegar con la barca,
y al agitar con los remos
el agua, veloz corriente
llevó el cadáver. Suspensos
Siguiéronle un corto rato
con los ojos, y muy presto
fué leve punto en las aguas,
y de vista lo perdieron.

EL SOMBRERO.

ROMANCE I.

LA TARDE.

Entre Estepona y Marbella,
una torre fulminada,
hoy nido de aves marinas,
y en otro tiempo atalaya,
Corona con sus escombros
una roca solitaria,
que se entapiza de espumas,
cuando las olas la bañan.
A la derecha se extiende
una humilde y lisa playa,
cuyas menudas arenas
humedece la resaca;
Y oculta entre dos ribazos
forma una escondida cala,
abrigo de pescadoras
ó contrabandistas barcas.

A este temeroso sitio,
miéntras lento declinaba
á ponerse un sol de otoño
entre celajes de nácar;
Estando el viento adormido,
la mar blanquecina en calma,
y sin turbar el silencio
de las voladoras auras,
Sinó el grito de un milano
que los espacios cruzaba,
y los de dos gaviotas,
cuyo tálamo era el agua;
La divina Rosalía,
la hermosa de la comarca,
fugitiva y anhelante
llegó, sudosa y turbada.

Su gentil cabeza y hombros
cubre un pañolon de grana,
dejando ver negras trenzas,
que un peine de concha enlaza;
Y de seda una toquilla,
azul, rosa, verde y blanca,
que las formas virginales
del seno dibuja y guarda.

Su gallardo cuerpo adorna
de muselina enramada
un vestido; con la diestra
recoge la undosa falda,
Y el pié primoroso y breve,
que apénas su huella estampa
en la movediza arena,
mas limpio desembaraza.
Bajo el brazo izquierdo tiene
un envoltorio de nada,
cubierto con un pañuelo,
do el jalde y rojo resaltan.
Inocente Rosalía!
qué busca allí?....Temeraria!
¡Cuál su semblante divino,
lleno de vida y de gracia,
Desencajado se muestra!....
qué palidez!....qué miradas!....
está haciendo, bien se advierte,
un grande esfuerzo su alma.
Sí, los ojos brilladores,
los ojos que tienen fama
en toda la Andalucía,
por su fuego y sus pestañas,
En el peñon, que lejano
apénas se dibujaba
entre la neblina, (seña
de mudarse el tiempo) clava.

Dos lágrimas relucientes
sus mejillas deslustradas
queman, un hondo suspiro
del pecho oprimido arranca.
Queda suspensa un momento:
luego de pronto la cara
vuelve á Estepona, temblando:
juzga que una voz la llama.
Y la llama, es cierto....Ay triste!
mas qué importa? Otra, mas alta,
mas fuerte, mas poderosa,
desde Gibraltar la arrastra.

En el peñasco asentóse,
de la hundida torre basa,
miró en torno, y de su seno
sacó y repasó esta carta:
"Sí, mi bien; sin ti la vida
me es insoportable carga;
resuélvete, y no abandones
á quien ciego te idolatra."
"Contigo nada me asusta,
sin ti todo me acobarda.
Mi destino está en tus manos;
ten resolucion, y basta."

"Resolucion, Rosalía,
cúmpleme pues tus palabras:
no tendrás que arrepentirte,
te lo juro con el alma."
"En cuanto venga la noche,
volaré sin mas tardanza
al sitio aquel que tú sabes,
en una segura lancha."
"Espérame, vida mia:
si no te encuentro, si faltas,
ten como cierta mi muerte.
Corro al momento á la plaza"
"De Estepona, allí pregono
mi proscrito nombre, y paga
de mi amor será un cadalso
delante de tus ventanas."—
Se estremeció Rosalía,
no leyó mas, y borraban
sus lágrimas abundantes
las letras de aquella carta.
Llévala á los labios frios,
la estrecha al seno con ansia,
mira al cielo, *Estoy resuelta*,
dice, y se consterna y calla.

Torna al peñon (que parece
una colosal fantasma
con un turbante de nubes,
de nieblas con una faja)
La vista otra vez. La extiende
por la mar, que muerta y llana,
fundido oro se diría
del sol poniente en la fragua.
Juzga ver un negro punto
que se mueve á gran distancia:
ya se muestra, ya se esconde.
Será?...oh Dios!...será?...La escasa
Luz del crepúsculo todo
lo confunde, borra y tapa.
Con los ojos Rosalía
los resplandores, que aun marcan
La línea del horizonte,
sigue. Una nube la espanta,
que por el sur aparece,
oscura y encapotada;
Y aun mas el ver acercarse
por allí dos velas blancas,
cuyas puntas ilumina
del sol ya puesto la llama.

ROMANCE II.

LA NOCHE.

Entró la noche; con ella
despertándose fué el viento,
y el mar empezó á moverse
con un mugidor estruendo.
Las nubes entapizando
el oscuro y alto cielo,
la débil luz ocultaban
de estrellas y de luceros.
No había luna; densas sombras
en corto rato envolvieron
tierra y mar. De Rosalía
ya desfallece el esfuerzo.
Arrepentida, asombrada,
intenta....No, no hay remedio.
Cierra los ojos, é inclina
la cabeza sobre el pecho.
La humedad la hiela toda,
corto abrigo es el pañuelo;
tiembla de terror su alma,
tiembla de frio su cuerpo.

Si cualquier rumor la asusta,
más sus mismos pensamientos;
pues ni uno solo le ocurre
de esperanza ó de consuelo.
Las velas que ha divisado
cuando el sol ya estaba puesto,
la atormentan, la confunden.
Las ha conocido : cielos!
Son, sí, las del guardacosta,
jabeque armado y velero,
terror de los emigrados,
de contrabandistas miedo.

Infelice Rosalía!....
á las ánimas de léjos
tocar las campanas oye
de la torre de su pueblo.
¡Oh cuánto la sobresaltan
aquellos amigos ecos!
Parécele que son voces
que la nombran. — Gran silencio
Reinó despues largo espacio.
Las olas, que van creciendo,
llegan á besar la peña,
de Rosalía los tiernos

Piés mojan....y no lo advierte:
clavada está. Los destellos
de la espuma que se rompe,
secas algas revolviendo,
La deslumbran. De continuo
la reventazon inciertos
fugitivos grupos blancos
le ofrece del mar en medio,
Cual pálidas llamaradas.
Ella piensa que los remos
y la proa de un esquife
las causan....Vanos deseos!

Así pasó largas horas,
cuando un lampo ve de fuego
en alta mar, y en seguida
oye al cabo de un momento
Poumb!....y retumbar en torno
como un pavoroso trueno,
que se repite y se pierde
de aquella costa en los huecos.
Ve pronto acia el lado mismo
otros dos ó tres pequeños
fogonazos; mas no llega
el sordo estampido de ellos.

Otra roja llamarada....
Poumb! otra vez.... Dios! qué es esto?
Repitiéndose perdióse
este son como el primero.
No hubo mas: creció furioso
el temporal, y mas recio
sopló el sudoeste; las olas
de Rosalía el asiento
Embisten, de agua salobre
la bañan; estar mas tiempo
no puede allí: busca abrigo
de la torre entre los restos.
La lluvia cae á torrentes,
parece que tiembla el suelo;
dijérase ser llegada
ya la fin del universo.

ROMANCE III.

LA MAÑANA.

Raya en el remoto oriente
una luz parda y siniestra;
á mostrarse en vagas formas
ya los objetos empiezan.

Espectáculo espantoso
ofrece naturaleza,
las olas como montañas,
movibles y verdinegras
Se combaten, crecen, corren
para tragarse la tierra,
ya los abismos descubren,
ya en las nubes se revientan.
Rómpense en las altas rocas
alzando salobre niebla,
y la playa arriba suben,
y luego á su centro ruedan
Con un asordante estruendo:
silba el huracan, espesa
lluvia el horizonte borra,
y lo confunde y lo mezcla.

La infelice Rosalía,
toda empapada, cubierta
con el pañolon mojado,
que ó bien la ciñe y aprieta,
O agitado por el viento,
le azota el rostro y flamea,
volando ya desparcidas
fuera de él las negras trenzas;

Falta de aliento, de vida,
el alma rota y deshecha,
asida de los sillares
se aguanta inmóvil y yerta.
Aparicion de otro mundo,
Sílfida, á quien maga artera
cortó las lijeras alas,
la juzgaran, si la vieran.
Tiende espantados los ojos
por el cáos : nada encuentra
que socorro ó que consuelo
en tal apuro le ofrezca.
Descubre que una gran ola,
que tronadora se acerca,
entre las blancas espumas
envuelve una cosa negra :
De ella no aparta los ojos,
ve que en la playa se estrella,
que al huir deja un sombrero
rodando sobre el arena,
Y una tabla. — Rosalía
salta de las ruinas fuera,
corre allá, miéntras las olas
se retiran. No la aterra
Otra mayor, que se avanza
mas hinchada, mas soberbia.
Ve en el madero lavado
los restos de sangre fresca....

Coge el sombrero....infelice!
Lo reconoce....las fuerzas
le faltan, cae, y al momento
precipítase sobre ella
Una salobre montaña
que la playa arriba entra,
y rápida retrocede,
no dejando nada en ella.

Cual si dar, tansolo objeto
de la borrasca tremenda,
lecho nupcial en los mares
á dos infelices, fuera;
A templar su furia ronca
los huracanes empiezan,
bajan las olas, la lluvia
se disminuye, y aun cesa.
Rómpese el cielo de plomo,
y por pedazos se muestra
el azul, que ardientes rayos
de claro sol atraviesan:
Ya se aclara el horizonte;
por el lado de la tierra
fórmanlo azules colinas,
que aun en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, oscura,
movible, lo forma y cierra
del lado del mar, y asoma
la claridad detras de ella.
Aunqué silba duro el viento,
aunqué es la resaca recia,
torna al mundo la esperanza
de prolongar su existencia.

En esto una triste madre
y un tierno hermanillo llegan,
buscando á su Rosalía,
á aquella playa funesta.
Llenos de lodo, empapados,
muertos de cansancio y pena,
tienden en reedor los ojos,
y nada, oh martirio! encuentran.
Al retroceder las aguas,
unas femeniles huellas
de pié breve reconocen
estampadas en la arena....
"Rosalía!....Rosalía!!!"
Gritan, y no oyen respuesta.
Van á la arruinada torre,
y hállanse sobre una piedra

Un envoltorio deshecho
entre fango, espuma y tierra,
y un pañuelo rojo y jalde,
que le sirve de cubierta.

EL CONDE
DE VILLAMEDIANA.

ROMANCE I.

LOS TOROS.

Está en la plaza mayor
todo Madrid celebrando
con un festejo los dias
de su rey Felipe cuarto.
Este ocupa, con la reina
y los jefes de palacio,
el regio balcon, vestido
de tapices y brocados.
En los otros, que hermosean
reposteros y damascos,
los grandes con sus señoras,
y los nobles cortesanos
Ostentan soberbias galas,
terciopelos y penachos.
Las damas y caballeros
llenan los segundos altos,

Y de fiesta gran gentío
los barandales y andamios,
jardin do á impulso del viento
ondean colores varios.
Ante la panadería,
del balcon del rey debajo,
y de espalda á la barrera,
en la arena del estadio,
La guardia tudesca en ala,
parece un muro de paño,
rojo y jalde, con cornisa
hecha de rostros humanos,
Sobre la cual vuelan plumas
en lugar de jaramagos,
y brillan las alabardas
heridas del sol de mayo.
Los alguaciles de corte
con sus varas en la mano,
á la jineta, en rocines
están en fila á los lados.
El rey, la reina, los grandes,
las damas, los cortesanos,
los tudescos y alguaciles,
el inmenso pueblo, y cuantos
En la plaza están, los ojos
tornan de Toledo al arco,
por cuya barrera asoma
un caballero á caballo.

Vese en medio de la arena,
furia y humo respirando,
los ojos como dos brasas,
los cuernos ensangrentados,
Con la pezuña esparciendo
ardiente polvo, el mas bravo
retinto, á quien dió Jarama
yerba encantada en sus campos.
Aun no estrenó la almohadilla
de su cuello erguido y alto
hierro alguno, ni ha embestido
una sola vez en vano.
Entre capas desgarradas
y moribundos caballos,
se ostenta como el guerrero,
que se corona de lauro,
Entre rendidos pendones,
sobre muros derribados:
del Genio del exterminio
parece emblema y retrato.

En un tordillo fogoso,
de africana yegua parto,
que de alba espuma salpica
el pretal, el pecho y brazos;
Que desdeñoso la tierra
hiere á compas con los cascos;
que una purpúrea gualdrapa
con primorosos recamos,
De felpa y ante la silla,
en el testero un penacho,
la cabezada y rendaje
de oro y seda roja, y lazos
En el codon y en las crines
soberbio ostenta y ufano;
á combatir con el toro
sale aquel señor gallardo.
Viste una capa y ropilla
de terciopelo, mas blanco
que la nieve, de oro y perlas,
trenzillas y pasamanos;
Las cuchilladas, aforros,
vueltas y faja de raso
carmesí; calzas de punto,
borceguíes datilados,
Valona y puños de encaje;
esparcen reflejos claros
en su pecho los rubíes
de la cruz de Santiago.

Un sombrero con cintillo
de diamantes, sujetando
seis blancas gentiles plumas,
corona su noble garbo.
Con la izquierda rige el freno,
en la diestra lleva en alto
un pequeño rejoncillo
con la cuchilla de á palmo.
Acompáñanle dos pajes
á pié, de uno y otro lado,
y llevan las rojas capas
prontas al lance en la mano:
Síguenle sus escuderos
y un gran tropel de lacayos,
los que por respeto al toro
se van haciendo reacios.

Puesto en medio de la plaza
personaje tan bizarro,
saluda al rey y á la reina
con gentil desembarazo.
Aquel, serio corresponde,
esta muestra sobresalto,
miéntras el concurso inmenso
prorumpe en vivas y aplausos.

Era el gran don Juan de Társis,
caballero cortesano,
conde de Villamediana,
de Madrid y España encanto
Por su esclarecido ingenio,
por su generoso trato,
por su gallarda presencia,
por su discrecion y fausto.
Gran favor se le supone,
aunqué secreto, en palacio,
pues susurran malas lenguas....
pero mejor es dejarlo.
De todos y todas dicen,
y es poner puertas al campo,
querer de los maliciosos
sellar los ojos y labios.

Valiente Villamediana,
cortas las riendas y bajo
del rejoncillo el acero,
vase al toro paso á paso.
Este cabecea, bufa,
la tierra escarba marrajo,
y espera instante oportuno
en que partir como el rayo.

El paje de la derecha
con grande soltura y garbo
á la fiera irrita y llama,
la capa ante ella ondeando.
Embiste pues, el ginete
tuerce el bridon, de soslayo
pasa el toro, el otro paje
con la capa hace un engaño,
Y lo revuelve, y de nuevo
lo pára. Determinado
le ostiga de frente el conde;
torna á embestir rebramando
El jarameño; parece
que el caballero y caballo
van á volar á las nubes,
cuando de la fiera intactos
En primorosas corvetas
se separan y con saltos.
Un punto el toro vacila
bramido ronco lanzando,
Y desplómase en la tierra,
haciendo de sangre un lago
con el torrente que brota
por la cerviz, do clavado
Medio rejon aparece;
que el otro medio en la mano
del noble y valiente conde
va al concurso saludando.

Por balcones y barandas,
vallas, barreras y andamios,
formando una riza nube,
ondean pañuelos blancos;
Y, *viva!* el pueblo repite,
y los caballeros, *bravo!*
y, *qué galan!* las mujeres,
haciendo lenguas las manos.
La reina, que sin aliento
los ojos desencajados
en jinete y toro tuvo,
vuelve, ansiosa respirando;
"Qué bien pica el conde!" dice,
y, "Muy bien," los cortesanos
repiten. El rey responde:
"Bien pica, pero muy alto;"
Y en el rostro de la reina
clavó los ojos un rato.
Esta demudóse, y todos
los señores de palacio,
En quienes opinion propia
fuera un peregrino hallazgo,
repitieron, no sabiendo
lo que decían acaso,
Y de entrambas majestades
queriendo seguir el rastro:
"Pica muy bien; mas debiera
"haber picado mas bajo."

Dos toros mas se corrieron,
en que caballeros varios
con gala y con valentía
gran destreza demostraron;
Mas es pretender lucirlo
despues del conde gallardo,
exceso del amor propio,
cuyos esfuerzos son vanos.
Ser en punto medio dia
las campanas avisaron
de santa Cruz en la torre.
En su carroza á palacio
Retiráronse los reyes,
tras ellos los cortesanos,
y aquel inmenso gentío,
la plaza desocupando,
Se apiñó en arcos y puertas,
haciendo un todo compacto,
que por las primeras calles
rompió; que luego en pedazos
Por otras mas dividióse;
despues en grupos, que al cabo
reducidos á familias,
muy pronto se dispersaron.

Tal vez así se desagua
un artificial pantano,
cuando se abren las compuertas
del malecon, y apretados
Torrentes por ellas salen,
que luego en arroyos varios
se dividen, y se pierden
finalmente por los campos.

ROMANCE II.

LAS MÁSCARAS Y CAÑAS.

Siguió el festejo á la tarde,
y llenóse la gran plaza
con el pueblo y con la corte,
cual lo estuvo la mañana.
Magníficas son las fiestas
que la regia villa paga,
para celebrar el nombre
del poderoso monarca.
De clarines y timbales
al son que asorda las auras,
y al de orquestas numerosas
que entonan guerrera marcha,

En órden y á lento paso
numerosas mascaradas
entran por partes distintas,
y al rey y á la reina acatan.
De los reinos diferentes
que el reino forman de España,
ostenta cada cuadrilla
distintivos y antiguallas,
Arbolando un estandarte
con el blason de sus armas;
y de su música propia
al compas de las sonatas,
Mézclanse lijeras luego,
formando mímica danza,
en concertado desórden
de figuras ensayadas.
Los cascos y coseletes
de la indómita Cantabria,
de los fieles castellanos
las dobles cueras y calzas:
Las fulgentes armaduras,
de los infánzones gala,
del lijero valenciano
los zaragüelles y mantas:
De chistosos andaluces
los sombrerones y capas,
y las chupas con hombreras
y con caireles de plata:

Los turbantes granadinos,
jubas, albornoces, fajas;
los terciopelos y sedas
de vestes napolitanas:
De la Bélgica los sayos
con sus encajes y randas;
los milaneses justillos
con las chambergas casacas;
Y las esplendentes plumas
teñidas de tintas varias,
con los arcos y las flechas
que el cacique indiano gasta;
Forman un todo indeciso
que cubre la extensa plaza
de movibles resplandores,
de confusion bigarrada.
Parece que está cubierta
con una alfombra persiana,
cuyos matices se mueven
al conjuro de una maga.
Aquí añafiles moriscos,
allí tamboril y gaita,
mas allá trompas guerreras,
acá sonorosas flautas:
Las antárticas bocinas
en un lado, las guitarras
y crótalos, en el otro
los caracoles de caza,

Forman estruendo confuso,
en que ya el acorde falta,
y que llenando el espacio,
aun mas aturde, que halaga.
Por fin terminado el baile,
sepáranse las comparsas,
y acia lados diferentes,
en órden puestas, descansan;
Y cada una se dirige,
segun la suerte la llama,
á saludar á los reyes
con solemnidad y pausa,
Y doblando la rodilla,
ofrecen á su monarca
un rico don de productos
de aquel reino que retratan.
Despejando luego todas,
el circo desembarazan
á los nobles caballeros,
que salen á correr cañas.

Por la izquierda y la derecha
á un tiempo entraron galanas
dos diferentes cuadrillas,
que á unirse en el centro marchan.

Compónese cada una,
compitiendo en garbo y gala,
de doce nobles jinetes
que de dos en dos avanzan.
El conde de Orgaz, mancebo
de gentileza y de gracia,
es caudillo de la una;
de la otra es Villamediana.
Aquel, en caballo negro
enjaezado de plata,
de terciopelo amarillo
con celestes cuchilladas,
Vestido sale : figura
con argentinas escamas
peto y espaldar, y azules
lleva plumas y gualdrapa.
Este, en un caballo blanco,
cuya crin el oro enlaza,
ostenta un rico vestido
de terciopelo escarlata:
El arnes de hojuelas de oro
y de rica seda blanca,
con brillantes bordaduras
los afollados y faja.
Unidas las dos cuadrillas,
acia el regio balcon ambas
al paso la pista siguen
de los jefes que las mandan;

Y el concurso en gran silencio
curioso la vista clava
de los dos gallardos condes
en las brillantes adargas,
Pues logrando de discretos
y de enamorados fama,
interesa á todo el mundo
ver las empresas que sacan.
Es la de Orgaz una hoguera,
de la que el vuelo levanta
el fénix con este mote:
Me da vida quien me abrasa.
Un letrero solamente
es la de Villamediana
que dice: *Son mis amores....*
y luego reales de plata,
Puestos cual si fueran letras,
con que aquel renglon acaba.
La empresa de Orgaz la entienden
todos, y aciertan la llama
Que le da vida y le quema.
La del de Villamediana
despierta mas confusiones,
aunqué es en verdad bien clara.
Propension funesta tiene
el jóven galan que alcanza
favores de una señora,
á la par hermosa y alta,

De publicarlos al punto
y de sacarlos á plaza:
vanidad de enamorados
que en peligros no repara.
Muchos el sentido entienden
que las monedas declaran;
mas por miedo disimulan
y de explicarlo se guardan.
Otros, necios, se calientan
los cascos por descifrarla:
"*Son mis amores dinero*,"
repiten; pero no cuadra
Con el carácter del conde
esta explicacion villana.
"*Mis amores efectivos*
"*son*," dicen otros: bobada!
Velasquillo el contrahecho,
enano y bufon que alcanza,
no sin despertar envidia,
gran favor con el monarca,
A disgusto de los grandes
en el balcon regio estaba,
malicias diciendo y chistes,
con insolencia y con gracia;
Y ó por faltarle su astucia
entónces, ó porqué trata
de vengarse del desprecio
con que la reina le acaba;

O porqué ve de mal ojo
al noble Villamediana,
ó por gusto de hacer daño,
que es de tales bichos ansia;
Dijo: "Ta, ta; ya comprendo
"lo que dice aquella adarga:
"*Son mis amores reales*,"
y soltó la carcajada.
Trémulo el rey y amarillo
y conteniendo la saña,
"Pues yo se los haré cuartos,"
respondió al punto en voz baja.
Le oyó la reina, y quedóse
inmóvil como una estatua,
pálida como la muerte,
hecha pedazos el alma.

Las cuadrillas empuñando,
en vez de robustas lanzas,
de cintas y oro vestidas
leves quebradizas cañas,
Se embistieron....Imposible
es ya que encuentre palabras
con que describir la fiesta:
mi atencion la reina embarga.

Pobre señora! tampoco
merece versos y fama
tal diversion, ya reflejo
débil, copia degradada
De las justas que ha dos siglos
los caballeros usaban
con gloria; que nunca gloria
en donde hay peligro falta,
Y en que las picas de guerra
doblés petos abollaban,
no los juncos inocentes
sedas, brocados y holandas.

ROMANCE III.

EL SARAO.

Miéntras que la monarquía
se desmorona y el borde
toca de una sima horrenda,
duermen en pueriles goces,
Entre placeres se aturden,
deleites solo conocen,
sin cuidarse del peligro,
el rey de España y sus nobles.

Así una casa se quema,
así desdichas atroces
sobre una infeliz familia
el ciego Destino pone;
Y en tanto el imbécil rie,
duerme el embriagado jóven,
y el niño con sus juguetes
es el mas feliz del orbe.
Si alegre fué todo el dia
con públicas diversiones,
con saraos y luminarias
no lo fué menos la noche.
El pueblo las anchas calles
en gozosas turbas corre,
para ver iluminadas
las casas de los señores.
En las plazas principales
suenan músicas acordes,
y farsas se representan
del rey celebrando el nombre.

Del palacio del Retiro
llenos están los salones
de todo el fausto y la gala,
que son honra de la corte.

En los soberbios jardines
brillan vasos de colores,
que en el estanque reflejan
formando guirnaldas dobles.
Un gran fuego de artificio
las densas tinieblas rompe,
y rastros de luz envía
á las celestes regiones:
De los rayos que le lanzan
los nublados tronadores,
dijérase, que la tierra
se estaba vengando entónces.
Varias encendidas ruedas,
girando luego veloces
en atmósfera de chispas,
parecen mágicos soles;
Mas pronto en huecos tronidos,
de humo blanco alzando un monte,
se disipa y desparece
aquel gigante enorme
De luz, que ofuscó los astros,
y que deslumbró á la corte,
como trasunto ú emblema
del orgullo de los hombres.

En el salon de los reinos,
donde el trono de dos orbes
de oro y terciopelo estriba
en colosales leones,
El rey está con las damas,
la reina con los señores,
y chocolate, y conservas,
y helados pasan en órden,
En marcelinas de oro
y en bandejas, cuyos bordes
lucientes piedras adornan
en caprichosas labores.
En seguida se bailaron,
al compas de alegres sones,
las folías y chaconas,
y aun zarabandas ignobles.
De cada señora al lado
sitio un caballero escoge,
y en un cojin para hablarle
la rodilla izquierda pone.
Allí en animados grupos
lo mas rico y lo mas noble
de Madrid y España asiste,
y extrangeros de alto porte.
Estaban pues....¿de qué sirve
que el tiempo perdamos, nombres
ya olvidados repitiendo,
y que alcanzaron entónces

Boga por riqueza y sangre,
mas que hoy ya nadie conoce?
De conocidos hablemos,
de amigos nuestros, de hombres,
Que aun los vemos y tratamos,
aunqué ha dos siglos que esconde
sus cenizas el sepulcro,
sima que todo lo sorbe.

En un lado de la sala
estaba el famoso Lope,
el fénix de los ingenios,
con el cabello y vigote
Blancos como pura nieve;
y al traves se reconoce
de sus clericales ropas
que fué guerrero de jóven.
La insignia adorna su pecho
de la hospitalaria órden,
y el fuego brilla en sus ojos
que hace á los mortales dioses.
Con él habla un caballero,
cabeza gorda, deformes
los piés, de negro azabache
melena y barba, mas noble

Aspecto : diciendo chistes
está, y resuenan conformes
carcajadas y aun aplausos,
en cuantos hablar le oyen.
Es don Francisco Quevedo,
á quien un clérigo torpe
ya por la edad, ceceando
y con malicias responde.
Ser el tal pronto se advierte
don Luis Góngora y Argote,
del nuevo estilo de moda
inventor, coluna y norte.
El padre Paravicino,
que de sabio alto renombre
goza, y á Madrid encanta
por sus peinados sermones,
Tambien es del corro ; y luego
en él ufano ingirióse,
aun tan niño que en sus labios
ni bozo se ve que asome,
Don Estéyan de Villégas,
español Anacreonte,
en versos cortos divino,
insufrible en los mayores.
En una pausa en el baile,
de Villamediana el conde,
que ha danzado con la reina,
alargó la mano á Lope,

Y como ingenio de marca
entre los otros mostróse.
Acaba de publicarse
su poema de *Faetonte*,
En aquel tiempo un prodigio,
que hoy tiene apénas lectores;
obra de perverso gusto
y de hinchados clausulones.
Góngora, que envanecido,
un adepto de alto nombre
ve en tan claro personaje,
sus encomios prodigóle;
Y todos le celebraban,
aunqué yo decir no ose,
si sus versos aplaudían,
ó su favor en la corte.
Don Francisco Manuel Melo,
en quien se juntan los dotes
de historiador y poeta
con los bélicos blasones,
Allí está, aunqué taciturno:
sin duda abriga temores
de que el duque de Braganza
su osado intento no logre.
El gran don Diego Velázquez,
de pinceles españoles
gloria, tambien conversaba
con tan famosos autores;

Pero lo que dicen ellos,
parece que apénas oye,
porqué de Rúbens los cuadros
con gran encanto recorre;
Y en aquel retrato ecuestre
del Emperador, en donde
apuró Ticiano el arte,
los ojos árabes pone.

Tambien el rey un momento
afable al corro acercóse,
hablando de una comedia
que salió al público entónces,
Y cuyo autor se nombraba
Un ingenio de esta corte.
A la cual, aunqué por cierto
era un disparate enorme,
Todos dieron mil elogios
y de portento renombre,
pues que es obra del rey mismo,
no hay en Madrid quien ignore.
Ya muy tarde entró en la sala,
saludos y adulaciones
recibiendo del concurso,
con aire altanero y noble

El conde-duque: se llegan
los grandes y embajadores
para hablarle, el rey Felipe
con gran cariño le acoge;
Y con él, y con el Nuncio
y un milanes enredóse
en importante coloquio,
que su atencion regia absorve.

La reina, que en gallardía
á todas se sobrepone,
y cuyos hermosos ojos,
brillantes como dos soles,
En Villamediana tuvo
clavados toda la noche;
viendo al rey y al favorito
con aquellos dos señores
Extrangeros en consulta,
que ha de ser larga supone
la conversacion, notando
que hay vivas contextaciones.
Más atenta al conde mira,
le hace una seña, y veloce,
aunqué con gran disimulo,
de la sala retiróse,

De una danza numerosa
que empezó la gente jóven
á enredar, aprovechando
la confusion y el desórden.
Conoció al punto la seña
el favorecido conde,
que amantes favorecidos
la mas pequeña conocen;
Pero no son ellos solos:
tambien, ay! de ellas se imponen
los zelosos....el monarca
la seña fatal recoge.
A salir Villamediana
siguiendo su amado norte,
iba por distinto lado
del salon, cuando turbóle
El ver al rey furibundo,
que con miradas atroces,
ojos cual los de un fantasma,
en él sin quitarlos pone.
Sobrecogido, de mármol,
ni á dar un paso atrevióse,
y trabó disimulando,
un altercado con Lope.

ROMANCE IV.

FINAL.

En aquella galería,
adornada de arabescos
y follajes primorosos,
con oro y esmaltes hechos,
Y cuya baranda rica
daba acia el jardin pequeño,
en que el caballo de bronce
estuvo por largo tiempo;
Sin mas luz que la que esparce
la luna en mitad del cielo,
esperando á alguien la reina,
está turbada y con miedo.
Del concurso de la danza
y de la orquesta el estruendo,
que los salones ocupa,
oye resonar de léjos;
Y aunqué sabe que notada
ha de ser su ausencia presto,
por dar al conde un aviso
atropella todos riesgos.

Siglos los instantes juzga
con mortal desasosiego,
y en el barandal dorado
palpitante apoya el pecho.
Mira al ecuestre coloso,
inmóvil, oscuro, enhiesto,
entre laureles y murtas,
y tiembla infelice al verlo.
Alza á la pálida luna
los ojos de llanto llenos,
y se extravía su mente
por precipicios horrendos.

Sin rumor y de puntillas,
como fantasma ó espectro,
en el corredor entróse,
la parte oscura siguiendo,
Un hombre embozado : llega
por detras en gran silencio
á la reina, que, de espaldas
estando, no puede verlo,
Y le tapa el noble rostro
con dos manos como hielo,
pero delicadas manos
que agita un temblor lijero.

¿Quién pudiera aproximarse
á dama de tal respeto,
sinó el amante dichoso
con tan inocente juego?
Así lo pensó ella misma,
pues aunqué al primer momento
de sorpresa lanzó un grito,
pronto sobre sí volviendo:
"Déjame, conde," prorumpe
con dulces lánguidos ecos;
"no es esta ocasion de burlas,
"pues es de infortunios tiempo."
"Déjame, y escucha, conde."—
Libre la dejan en esto
las manos que la cegaban,
y se encuentra sola, cielos!
Con su marido, que arroja
por los ojos rabia y fuego.
Queda la infeliz difunta;
mas tienen el privilegio
Las hembras del disimulo,
y en los críticos encuentros
mucha mayor agudeza
que el hombre de mas ingenio.
Al oir que el rey pregunta
con voz como voz de infierno,
"Yo conde?....yo?"—En sí tornando
la reina, responde presto

"Sí, señor, de Barcelona....
y se complace mi pecho
en tal título, afirmado
con vuestro poder y esfuerzo,"
"Despues que habéis reprimido
"la rebelion de aquel pueblo."—
Quedó pasmado el monarca:
"Discreta sois por extremo,
Repuso, y tras pausa leve,
"¿Mas qué infortunios tenemos?"—
Ya alentada la señora,
pues siempre el paso primero
Es el trabajoso, dijo:
"No faltan, señor, por cierto:
"dígalo Flándes perdida,
"y de Nápoles los reinos,"
"Donde un ambicioso intenta
arrebatarnos el cetro;
ó Milan, donde la peste,
está tanto estrago haciendo;"
"Y Portugal vacilante,
"do traidores encubiertos"....
Aquí atajóla Filipo
con voz de lejano trueno:
"Basta pues, basta, señora;
sois francesa, bien lo veo;
tenéis interes muy grande
en mi honor y en el del reino."

"Veréis que uno y otro al punto
para aquietaros sostengo,
y que lavaré con sangre
la mancha que advierta en ellos."—
Calló, y una atroz mirada
con el rostro descompuesto,
que pareció mas terrible
de la luna á los reflejos,
Clavó en la reina, mirada
que destrozó aguda el seno
de la infeliz, pues temblando
cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno
vuela ó se deshace un sueño,
desapareció el monarca:
fué á su cámara en silencio,
Tocó un silbato de oro,
que tuvo mágico efecto,
pues salió de los tapices,
al silbido obedeciendo,
Por una encubierta entrada
un humilde ballestero,
cual espíritu maligno
que al conjuro está sujeto.

Era el favorito oculto
del rey: ambos un momento
hablaron con tal sigilo,
que el labio apénas movieron;
Solo al irse el confidente,
se oyó decir al rey esto:
"Asegura bien el golpe,
"y si has de vivir, secreto."

Al sarao y á los salones
tornó Filipo muy presto:
aunqué pálido el semblante,
tranquilo y tal vez risueño,
Volvió á hablar al conde-duque,
el cual como astuto y diestro,
qué su señor encubría
conoció cuidados nuevos.
Al cabo de corto rato
anunciósе que en su lecho,
la reina indispuesta estaba,
y se dió fin al festejo.
Sucedió al bullicio alegre,
al son de los instrumentos
y á la confusion festiva,
el mas profundo silencio.

Los cortesanos al punto
las actitudes y gestos
dejaron de la alegría,
y tomaron los del duelo;
Y á vaciarse los salones
comenzaron del inmenso
concurso, que los llenaba,
de galas, vapor y estruendo.
Villamediana confuso,
de inquietud funesta lleno,
al retirarse saluda
al monarca con respeto;
Y este con una sonrisa
le deja aterrado y yerto;
miéntras afable despide
á los otros palaciegos.

De la desdichada reina
la favorita corriendo
sale por las antesalas,
busca al conde sin aliento,
Penetra la muchedumbre,
le hace señas desde léjos:
al fin le alcanza, va á hablarle,
un papel lleva encubierto;

Cuando se pára y se hiela,
al rey de repente viendo:
tal queda liebre cobarde
de la serpiente al aspecto.
El gran tropel que desciende
las escaleras, violento
arrastra á Villamediana,
que va delirante y ciego.
Su carroza no parece....
en la de Orgaz toma puesto,
y ambos condes por las calles,
(que aun no estaban, cual las vemos,
Alumbradas con faroles)
veloces van y en silencio.
Grita en una encrucijada
una voz *Conde!* El cochero
Pára al punto los caballos;
pregunta Orgaz desde dentro:
"A cual de los dos?" De afuera,
"Villamediana," dijeron.
Villamediana al estribo,
juzgando que es mensajero
de la reina quien le llama,
sacó la cabeza y pecho;
Y al punto se lo traspasa
una daga de gran precio
con tal furor, que á la espalda
asomó el agudo hierro.

Cayó el herido en el coche
un mar de sangre vertiendo,
y de su amigo en los brazos
al instante quedó muerto.

DON ÁLVARO DE LUNA.

ROMANCE I.

LA VENTA.

En la ruta de Portillo
y en las márgenes del Duero,
hubo (aun escombros lo dicen)
una venta en otro tiempo.
A su puerta una mañana
estaba sentado un lego
de san Francisco, tres mulas
de los ronzales teniendo.
De la venta en la cocina
se hallaban dos reverendos,
de una sarten apurando
magras con tomate y huevos.
De maestresala servía
sin caperuza el ventero,
que solícito llenaba
las tazas de vino añejo.

Era el uno el padre Espina,
predicador del convento
del Abrojo, el otro un fraile
anciano, de ciencia y peso.

Aunqué con buen apetito,
mustios ambos y en silencio
se mostraban, cuando el huésped
les habló así con respeto:
" ¿Es verdad, benditos padres,
que el condestable está preso?....
Anoche dió esta noticia,
que nos pasmó, un caballero."—
Contextóle el religioso:
" Pues no os engañó, que es cierto."
Y continuó el padre Espina:
"Sí, desengaños son estos"
" Que avisan á los mortales,
de que son perecederos
los bienes que nos da el mundo,
y su grandeza embeleco."—
El villano, sin turbarse,
le cortó el sermon diciendo
" Y tambien de que castiga
" sin palo ni piedra el cielo."

" Aun está fresca la sangre
de Alonso López Vivero.
Yo estaba al pié de la torre,
cuando el condestable mesmo
" Le arrojó de ella : yo he visto
de oro las cargas á cientos
entrar allá en su palacio.
Dicen tambien, y lo creo,'
" Que hechizado al rey tenía,
" y aun añaden"....—" No debemos,"
dijo grave el religioso,
" dar á hablilla tal acceso."

La ventera que hasta entónces
se estuvo callada al fuego,
con la mano en la mejilla,
mostrando gran sentimiento,
Y que era, aunqué no muy verde,
fresca y limpia con extremo,
abultada de pechera
y con buen par de ojos negros ;
Saltó súbita : " Envidiosos,
" que no sirven ni por pienso
" para descalzarle, han sido
" los que en trance tal le han puesto."—

Díjole el marido: "Calla,"
y ella respondió: "No quiero....
"Qué señor tan llano!....parte
"el corazon!....Mes y medio"
"Hace que le vimos todos
tan galan en el festejo,
que se celebró en la plaza
de Valladolid....Qué diestro!"
"Qué valiente!....qué gallardo!
"Fué el único del torneo."—
"Calla," con cólera grande
volvió á decir el ventero;
Y ella, en vez de obedecerle,
á continuar: "Qué discreto!
"el oirle daba gusto....
"Alfonso López Vivero"
"Era un vil que le vendía."—
"Calla," repitió de nuevo
mas airado el hombre; y ella:
"No me da la gana: cierto"
"Es cuanto digo....El tesoro
lo ganó en la guerra, ó premio
es que el rey le ha dado en paga
de servicios que le ha hecho."
"La reina y los ricos-hombres
"revoltosos y soberbios"....—
"Maldita tu lengua sea,"
clamó furioso el ventero.

"Tú porqué allá te criaste
"en su palacio, y....yo necio"....
Y ella prosiguió llorando:
"La tonta fuí yo, mostrenco."—
Iban en el matrimonio
á poner paz y concierto
los padres, cuando, *ya llegan*,
gritó desde afuera el lego;
Y dejando á los esposos,
que sin duda prosiguiendo
la disputa, la acabaron
á puñadas, segun temo,
Fuéronse á la puerta al punto,
sobre sus mulas subieron,
y aquella venta dejaron,
hecha un abreviado infierno.

ROMANCE II.

EL CAMINO.

Se alza una nube de polvo
de léjos por el camino,
y al tropel que la levanta,
borra y tiene confundido.

En ella relampaguean
reflejos de acero limpio,
y forman un trueno sordo,
herraduras y relinchos.
Dando lugar á que llegue,
los religiosos franciscos
á lento paso se ponen,
y atras miran de continuo.

Se acerca gran cabalgada,
y vese claro y distinto
que Diego Estúñiga, el jóven,
es de ella jefe y caudillo.
En un alazan fogoso
viene de hierro vestido,
la gruesa lanza en la cuja,
la luenga espada en el cinto,
Un penacho jalde y negro,
cual matorral sobre un risco,
ondea sobre su almete,
y da al sol variados visos.
El ancho dorado escudo,
de una cadena ceñido,
ostenta la banda negra,
timbre de su casa antiguo.

Vienen tras él diez jinetes,
de la cimera al estribo
armados de punta en blanco,
y en las lanzas pendoncillos.
Marchan todos en silencio,
y en todos el sobrescrito
de gran duelo y gran tristeza
se ve de ballesta á tiro.
Se dijera ser la escolta,
no de un caballero vivo,
sí de un caballero muerto
que iba al postrimer asilo.
En medio de ellos venía,
cabizbajo y abatido,
caballero en una mula
con jaeces harto ricos,
Un insigne personaje,
de aspecto notable y digno,
de estatura no muy alta,
pero gallarda y de brio.
Un sayo de paño verde
con franjas de oro guarnido
es su traje, y lleva al hombro,
mas blanco que los armiños,
Un gran manto, en cuyos pliegues
la cruz roja, distintivo
de maestre de Santiago,
luce en recamo prolijo;

Y una toca de velludo
negro con bordados picos,
mas sin airon ni garzota,
es de su cabeza abrigo.
Era su mirar resuelto,
bien que apagado y sombrío,
y su aire tan de persona
de poder y de dominio,
Que por mas que se notaba
ser un preso, descubrirlo
sin sentir, era imposible,
cierto respeto sumiso.
Don Álvaro era de Luna,
del rey don Juan favorito,
que á Castilla largos años
rigió sin freno á su arbitrio.

Cuando emparejó la tropa
con los dos padres franciscos,
paráronse estos, y humildes
saludo cortes y fino
Hicieron al condestable,
de quien eran muy amigos.
Don Álvaro contextóles
tan galan como expresivo :

Ellos en la armada escolta
se ingirieron de improviso,
tomando del gran maestre
á uno y otro lado sitio.
Largo rato caminaron
todos en silencio hundidos;
pero al cabo el padre Espina
se resolvió, y así dijo:
"En verdad, señor, que valen
poco del mundo mezquino
las honras y los haberes
para el varon de juicio."
"El hombre cristiano y cuerdo
debe acia norte mas fijo
encaminar su esperanza,
servir solo á Dios benigno."
"Lo que nos da, lo mantiene,
y al que busca en él asilo,
para siempre se lo acuerda
en eterno paraíso."—
Con grande atencion escucha
tan saludables avisos
don Álvaro, que engañado
juzgó, al salir de Portillo,
Que iba á recobrar honores,
favor, riqueza y dominio;
y entreviendo en el instante
su verdadero destino,

Se estremeció á pesar suyo,
cubrióse de sudor frio,
y, "¿Voy á morir acaso?"
preguntó como indeciso.
Contextóle el religioso:
"Todos, miéntras somos vivos,
"vamos á morir. El hombre
"que va preso....en mas peligro"....
—"Basta" exclamó el condestable;
y dando á su aspecto altivo
gran dignidad y gran calma,
y al semblante noble brillo,
"Basta," siguió: "no es la muerte,
"cuando se sabe de fijo
"que llega, tan espantosa
"como el vulgo vil lo ha dicho."
"Venga pues: si el rey lo quiere,
yo con gusto la recibo.
Padres, hasta el duro trance
no me dejéis, os suplico."—
Oyendo tales razones
lloró Estúñiga escondido
en su celada, y lloraron
hasta los armados mismos.
Ambos buenos religiosos
cumplieron bien con su oficio,
consolando al condestable
con discrecion y con tino

Y él oyéndolos atento,
siguió la marcha tranquilo,
sin dar de dolor ni susto
en su noble rostro viso.

ROMANCE III.

LAS CALLES.—LA CAPILLA.—EL PALACIO.

Para quien al dia siguiente
mira la muerte segura,
el declinar de la tarde
solemnidad tiene mucha.
En el sol, que va á ponerse
y espeso vapor ofusca,
(semejante á un rey que el trono
á su pesar desocupa,
Y dignidad conservando
del mundo huye, y se sepulta
donde los hombres no adviertan
su dolor y desventuras)
Con honda atencion los ojos
clavó don Álvar de Luna.
Así que lo vió traspuesto,
lanzó un suspiro de angustia,

Como el que lanza el amante,
cuando el horizonte oculta
el bajel, en que su amada
los desiertos mares surca
Para no volver. Ansioso
lleva sus miradas mudas
á las montes apartados,
cuyas cumbres aun relumbran,
A los ya enlutados bosques,
á las calladas llanuras,
á los altos campanarios
que entre nieblas se dibujan:
Retardar el despedirse
de la perspectiva augusta
que presenta el universo,
parece que solo busca.
Y al notar que poco á poco
la luz menguante y confusa
del crepúsculo confunde
la escena que le circunda,
Piensa ya ver de la muerte
la terrible sombra, en cuya
oscuridad para siempre
corre á hundirse, y se atribula.
Sus pensamientos penetran
los doctos frailes, y endulzan
con eternas esperanzas
su meditacion profunda.

Entre dos luces llegaron
á Valladolid, y turba
desordenada en las calles
con sordo rumor circula.
De Alonso López Vivero
por la calle y casa cruzan,
donde viven sus criados,
donde llora su viüda.
Aquellos como canalla,
que si al poderoso adula,
en cuanto le ve caido,
feroz le escarnece y burla;
De la cabalgada el paso
atajan con ciega furia,
y con denuestos y voces
al ilustre preso insultan.
Este furioso (presente
el tiempo pasado juzga,
que aun conserva el poderío,
que aun domina á la fortuna)
Lleva soberbio la mano
á buscar en su cintura
la guarnicion de la espada....
mas, ay! en vano la busca.

Va preso....espada no lleva....
Ah!....lo advierte, y furibunda
mirada va á dar al cielo;
mas se anonada y conturba.
Queda con los ojos fijos,
parece su faz difunta:
tiembla, y en sudor helado
sus miembros todos se inundan.
Delante se halla un espectro....
un espectro!....Sí: la mula
algo ve tambien; esquiva
se rezela, empina y bufa.
¿De Alonso López Vivero
ha salido de la tumba
la sombra?—De que el maestre
ante sí la vió, no hay duda.
En confesion se lo dijo
aquella noche con muchas
lágrimas al padre Espina....
de Dios la venganza es justa.
Con el cuento de la lanza
á palos abre la turba
Estúñiga denodado,
y la atropella y asusta;
Y en salvo al ilustre preso
condujo á la casa suya,
en que estaba preparada
una capilla segura,

Donde pasó el condestable
con la espiritual ayuda
noche serena, pidiendo
á Dios perdon de sus culpas.
Cenó, durmió cortos ratos,
repitió tambien algunas
trobas del famoso Mena,
que pintan como locuras
Las mundanas ambiciones:
oró con fervor, en suma
fué un cristiano caballero,
un hombre de fe y de alcurnia.

Entre tanto, el que parece
ser el reo, á quien la dura
sentencia estaba leida,
y á quien la cuchilla aguda
Del verdugo amenazaba,
era el rey....Mísero! lucha
náufrago desventurado
en airado mar de angustias.
Ama á don Álvaro, mira
su sentencia como injusta:
de la reina y de los grandes
se la ha arrancado la furia.

Que su trono se desploma,
y hasta su existencia juzga,
y que al morir el maestre
abrazadas irán juntas
El alma de aquel amigo
y el alma afligida suya.
¡Grande mal es la flaqueza
en hombre que cetro empuña!
Revolcándose en su lecho,
rasgando sus vestiduras,
paseándose sin tino
por la cámara, que alumbra
Una lámpara medrosa,
que en el cortinaje abulta
vagas sombras....infelice!
qué noche pasó!....Que ocupa
Ve un rincon de aquella sala,
de pié con la boca muda,
su físico Fernan Gómez.
A él se va las manos juntas,
Y suplicante le dice:
"Si es que mi salud procuras,
"anda á ver al condestable,
"así Dios te dé su ayuda."—
El bachiller respondióle:
"Le debo mercedes muchas,
"perdone vueseñoría:
"no oso verle en tal angustia."—

Conmovido el rey, en llanto
rompió y en voces confusas,
que el alma á Gómez partieron,
segun dicen cartas suyas. [17]

Entró al estruendo la reina
en la cámara, cual una
aparicion, como maga
que viene á doblar astuta
Los encantos y conjuros
con que alto preso asegura,
y con que la empresa afirma,
de que pende su fortuna.
Calló el rey, quedó de mármol
al verla: ella le pregunta,
"Qué es esto?" y oyendo, "Nada,"
retiróse muy adusta.
Largo rato el rey estuvo
cual ligado por la oculta
fuerza del prestigio. Luego
torna á mas reñida pugna
De afectos: la amistad vence,
llama con voz resoluta
á Solis su maestresala,
dícele: "Al momento busca

"A Diego Estúñiga, y díle"....
En su garganta se anuda
la voz, porqué entra la reina
otra vez....calla y trasuda.
La reina á Solis llevóse,
y el rey abrió con presura
el balcon, cual si quisiese
gozar del aura nocturna;
Y el trono, cetro y corona
maldiciendo en voces mudas,
ojos de lágrimas llenos
clavó en la menguante luna.

ROMANCE IV.

LA PLAZA.

Mediada está la mañana;
ya el fatal momento llega,
y don Álvaro de Luna
sin turbarse oye la seña.
Recibe la Eucaristía,
y en Dios la esperanza puesta,
sereno baja á la calle,
donde la escolta le espera.

Cabalga sobre su mula,
que adorna gualdrapa negra,
y tan airoso cabalga,
cual para batalla ó fiesta.
Un sayo de paño negro
sin insignia ni venera
es su traje, y con el garbo
que un manto triunfal lo lleva;
Y sin toca, ni birrete,
ni otro adorno, descubierta,
bien aliñado el cabello,
la levantada cabeza.
Los dos padres franciscanos
se asen de las estriberas,
y hombres de armas en buen órden
le custodian y le cercan.
Así camina el maestre
con tan gallarda presencia
y con tan sereno rostro,
que impone á cuantos le encuentran.
Sus enemigos no osan
clavar la vista soberbia
en él, como consternados
ya de su venganza horrenda:
Sus partidarios parecen
decirle con mudas lenguas,
que aun morirán por salvarle
y encenderán civil guerra;

Y aquel silencio terrible
por todas la calles reina,
que ó gran terror, ó despecho
grande siempre manifiesta.
Silencio que solamente
de cuando en cuando se quiebra
con la voz del pregonero,
que á los mas valientes hiela,
Diciendo: *Esta es la justicia*
que facer el rey ordena
á este usurpador tirano
de su corona y su hacienda.
Siempre que oye el condestable
este vil pregon, aprieta
la mano del padre Espina,
que en voz sumisa le esfuerza.

Arriba á la triste plaza,
que ha pocos dias le viera
tan galan en el torneo,
con tal poder y opulencia.
El apretado concurso
el cuadrado espacio llena:
vese una masa compacta
de rostros y de cabezas:

Parece que el pavimento
se ha elevado de la tierra,
ó que casas y palacios
su basa han hundido en ella.
Un callejon, que tapiales
de hombres apiñados cierran,
sirviéndole de linderos
lanzas en vez de arboleda,
Ofrece paso hasta donde
lecho de muerte descuella,
en mitad del gran gentío
que como la mar olea,
El reducido tablado,
enlutado con bayetas:
una gran tumba parece
que el pueblo en hombros sustenta.
Sobre él está colocado
un altar á la derecha,
de terciopelo vestido;
y entre amarillas candelas,
Cuya luz el sol deslustra
y arder el viento no deja,
un Crucifijo de plata
en cruz de ébano campea.
Yace un ataud humilde
colocado á la izquierda:
cerca de él se ve una escarpia
en un pilar de madera;

Y en medio, de firme, un tajo,
delante una almohada negra,
y una hacha en cuya cuchilla
los rayos del sol reflejan.

Al pié del cadalso el reo
de la alta mula se apea:
fervoroso el padre Espina
con él sube y no le deja.
De pié ya sobre el tablado
tres personas se presentan
á las medrosas miradas
de la muchedumbre inmensa:
El ministro de la muerte,
el que lo es de vida eterna,
y el que dando al uno el cuerpo,
al otro el alma encomienda.
Turbado el tosco verdugo
de atreverse á tal alteza,
necio terror da á su frente,
que cubre jalde montera.
El religioso metido
en su capucha, se queda
de mármol; cruza los brazos,
y con fervor mudo reza.

El condestable sereno
el pié al Crucifijo besa,
y luego tiende los ojos
por la turba que le observa;
Y viendo junto al tablado
en actitud lastimera
á Moráles su escudero,
hecho de lealtad emblema,
Le llama, de oro un anillo,
que el sello de sellar era
de su puridad las cartas,
del pulgar quita, y le entrega
Diciéndole: "Amigo, toma,
"ya no conservo otra prenda."—
Despues atisbó á Barrasa,
paje del príncipe, cerca,
Y así le habló en voz sonora:
"Díle á tu dueño, que vea
"de dar á los que le sirvan,
"otra mejor recompensa."—
Viendo el pilar y la escarpia,
"Para qué?" pregunta. Tiembla
el sayon, y le responde,
hablar no osando, por señas.
Y prosiguió el condestable
con una sonrisa acerba:
"Despues de yo degollado,
"nada son cuerpo y cabeza."—

Entónces el padre Espina,
que piense solo, le ruega,
en Dios; y él, "Padre, es mi norte
" y mi esperanza," contexta.
Se ajusta el traje, descubre
la garganta, ve que llega
el verdugo para atarle
las manos con una cuerda:
Saca del seno una cinta,
labrada con oro y seda,
y, "Átalas," le dice, "amigo,"
" si es necesario, con esta."—
De hinojos en la almohada
se pone, el cuello presenta,
el religioso le grita:
" Dios te abre los brazos, vuela;"
El hacha cae como un rayo,
salta la insigne cabeza,
se alza universal gemido,
y tres campanadas suenan.

EL ALCÁZAR

DE SEVILLA.

ROMANCE I.

Magnífico es el alcázar
con que se ilustra Sevilla,
deliciosos sus jardines,
su excelsa portada rica.
De maderos entallados,
en mil labores prolijas,
se levanta el frontispicio
de resaltadas cornisas;
Y hay en ellas un letrero,
donde, con letras antiguas,
Don Pedro hizo estos palacios,
esculpido se divisa.
Mal dicen en sus salones
las modernas fruslerías,
mal en sus soberbios patios
gente sin barba y ropilla.

¡Cuántas apacibles tardes,
en la grata compañía
de chistosos sevillanos
y de sevillanas lindas,
Recorrí aquellos verjeles,
en cuya entrada se miran
gigantes de arrayan hechos
con actitudes distintas!
Las adelfas y naranjos
forman calles extendidas,
y un oscuro laberinto,
que á los hurtos de amor brinda.
Hay en tierra surtidores
escondidos; se improvisan,
saltando entre los mosaicos
de pintadas piedrecillas,
Y á los forasteros mojan,
con algazara y con risa
de los que ya escarmentados
el chasco pesado evitan.

En las tardes del estío,
cuando al ocaso declina
el sol entre leves nubes,
que de oro y grana matiza

Aquel trasparente cielo
con ráfagas purpurinas,
cortado por un celaje
que el zéfiro manso riza;
Aquella atmósfera ardiente,
en que fuego se respira,
¡qué languidez dan al cuerpo!
¡qué temple al alma divina!
De los baños, tan famosos
por quien los gozó, la vista,
la del soberbio edificio,
obra gótica y morisca,
Tétrico en partes, en partes
alegre, y en el que indican
los dominios diferentes
ya reparos, ya ruinas;
Con recuerdos y memorias
de las edades antiguas
y de los modernos años,
embargan la fantasía.
El azahar y los jazmines,
que si los ojos hechizan,
embalsaman el ambiente
con los aromas que espiran;
De las fuentes el murmurio,
la lejana gritería,
que de la ciudad, del rio,
de la alameda contigua,

De Triana y de la puente,
confusa llega y perdida,
con el son de las campanas
que en la alta Giralda vibran;
Forman un todo encantado,
que nunca jamas se olvida,
y que al recordarlo, siempre
mi alma y corazon palpitan.

Muchas deliciosas noches,
cuando aun ardiente latía
mi ya helado pecho, alegres,
de concurrencia escogida
Vi aquellos salones llenos;
y á la juventud cuadrillas
ó contradanzas bailando
al son de orquestas festivas.
En las doradas techumbres
los pasos, la charla y risas
de las parejas gallardas,
por amor tal vez unidas,
Con el son de los violines
confundidos se extendían,
acordes ecos hallando
por las esmaltadas cimbrias.

Mas, ay! aquellos pensiles
no he pisado un solo dia,
sin ver (sueños de mi mente!)
la sombra de la Padilla,
Lanzando un hondo gemido
cruzar leve ante mi vista,
como un vapor, como un humo
que entre los árboles gira:
Ni entré en aquellos salones,
sin figurárseme erguida
del fundador la fantasma
en helada sangre tinta:
Ni en el vestíbulo oscuro,
el que tiene en la cornisa
de los reyes los retratos,
el que en colunas estriba,
Al que adornan azulejos
abajo, y esmalte arriba,
el que muestra en cada muro
un rico balcon, y encima
El hondo arteson dorado,
que lo corona y atrista;
sin ver en tierra un cadáver.
Aun en las losas se mira

Una tenaz mancha oscura....
ni las edades la limpian!
Sangre!!! sangre!!!....¡oh cielos, cuántos,
sin saber que lo es, la pisan!

ROMANCE II.

Quinientos años mas jóven
era el magnífico alcázar;
aun lustrosas sus paredes,
su alto almenaje sin faltas,
Y lucientes los esmaltes
de las techumbres doradas,
mansion del rey de Castilla
orgulloso se ostentaba;
Cuando del mayo florido
una apacible mañana,
en aquel salon que tiene
los balcones á la plaza,
Dos ilustres personajes
en grande silencio estaban:
un caballero era el uno,
el otro una hermosa dama.

Rica berberisca alfombra,
del rey moro de Granada
don ó tributo, cubría
las losas de aquella cuadra.
Un cortinaje de seda
con listas y flores varias,
matizado en el oriente,
que galeras venecianas
(Tal vez de su dux regalo)
trajeron á nuestra España;
del abierto balconaje
el radiante sol templaba.
En el testero de enfrente
de maderas cinceladas
un rico oratorio había
con embutidos de nácar,
Y en él la imágen devota
de la Vírgen soberana,
escultura harto mezquina,
mas no de atractivos falta,
De la cual era el adorno
una corona de plata,
reverberando en su cerco
ametistas y esmeraldas.

Un manuscrito precioso
con las oraciones santas,
ornatos de miniatura,
y de oro y marfil las tapas,
Colocado se veía
sobre un atril, que formaban
de un ángel mal esculpido,
aunqué con primor, las alas;
Y de brocado de oro
en el suelo una almohada,
mostrando, por medio hundida,
de dos rodillas la marca.
En los muros blanqueados
con cal de Morón, de caza
pendían varios trofeos,
banderas y limpias armas;
Y en una mesa ó bufete
puesta en medio de la estancia
con un tapete cubierta,
cuyos picos arrastraban,
Un templado laud había,
un rico juego de tablas,
búcaros llenos de flores,
y un cofre de filigrana.

De un balcon sentóse cerca,
muy pensativa la dama,
en un gran sillon dorado,
cuyo respaldo formaba
Un dosel ó guardapolvo
en una curva gallarda,
de castillos, de leones
y de corona adornada.
Un vistoso brial de seda
verde, y con labores varias
de sirgo y perlas, y en torno
de oro recamos y franjas,
Era su traje; una toca
muy mas que la nieve blanca,
y un claro cendal cubrían
sus trenzas negras y largas.
Celestial era su rostro
y divina su garganta;
pero del color de cera,
que miedo y penas retrata:
Dos soles eran sus ojos
bajo las luengas pestañas,
donde dos perlas preciosas,
prontas á correr, brillaban.
Era una fresca azucena,
á quien cruda muerte amaga,
porqué un corroedor gusano
ya su hondo cáliz desgarra.

Ora un blanco pañizuelo,
con puntas bordado y randas,
revolvía con las manos
convulsas y deslustradas;
Ora absorta y distraida,
agitaba en torno el aura
con un precioso abanico
de ricas plumas de Arabia.

Delgado era el caballero,
de estatura no muy alta,
vivaces ojos, la boca
inquieta, roja la barba,
Pálido y enjuto el rostro,
nariz corva y afilada,
noble su porte, y siniestras
y terribles sus miradas.
Envuelto en un rojo manto,
de oro bordado y con chapas,
y una gorra en la cabeza
puesta de lado con gracia,
De largo á largo medía
con pasos lentos la estancia,
y pasiones diferentes
su mudo rostro mostraba.

A veces se enrojecía,
arrojando fieras llamas
por los encendidos ojos,
hechos del infierno brasas;
Luego extendía sus labios
sonrisa feroz y amarga;
ó en las doradas techumbres
fijaba atroces miradas;
Bien apresurado el curso
de pié á cabeza temblaba;
bien repuesto proseguía
su paso noble con calma.
Así he visto al tigre fiero,
ya tranquilo, ya con rabia,
revolverse á todos lados
dentro de la estrecha jaula.
Marchando sobre la alfombra,
no se oían sus pisadas;
pero sordas le crujían,
siempre que se meneaba,
Canillas y choquezuelas.
Diz que el cielo (cosa rara!)
de igual rumor ha dotado,
allá en tierras muy lejanas,
Para que la evite el hombre,
á una serpiente que llaman
de cascabel, y que al punto
que se acerca, pica y mata.

Doña María Padilla
era la llorosa dama,
y el callado caballero
el rey don Pedro de España.

ROMANCE III.

Cual de solitaria torre
en torno están revolando
fieras aves de rapiña,
cuando el sol baja al ocaso,
Así en torno de don Pedro
vuelan pensamientos varios,
cuyas sombras ofuscaban
de su semblante los rasgos.
Ya ocupa su airada mente
el poder de sus hermanos,
á los que mató la madre,
y á quienes llama bastardos:
Ya de los grandes inquietos
la insolencia y desacato,
ó la mengua del tesoro
sin medios de repararlo:

Ya la linda doña Aldonza,
á quien tiene á buen recaudo;
ó las sangrientas fantasmas
de inocentes que ha matado:
Ya una proyectada empresa
rompiendo la fe de un pacto
contra el moro granadino;
ó una traicion, ó un engaño.
Mas, como las mismas aves
se van escondiendo al cabo
entre las almenas rotas
del castillo solitario,
Y solo constante queda,
en torno de él volteando,
la mas voraz, la mas fuerte,
la que no admite descanso;
Así aquel tropel confuso
de pensamientos extraños,
en que se encontró don Pedro
envuelto pequeño rato,
En su pecho y su cabeza
fueron nidos encontrando,
y quedó despierta y viva,
dándole gran sobresalto,
La imágen de don Fadrique,
el mejor de sus hermanos,
norma de los caballeros
y maestre de Santiago.

Del rey de Aragon acaba
don Fadrique el esforzado
de conquistar á Jumilla
con noble denuedo y brazo:
Deja en lugar de las barras
los castillos tremolando,
y viene á entregar las llaves
á su rey, señor y hermano.
Sabe el rey que no es rebelde,
que es su amigo y partidario,
y mas que á Tello y á Enrique
le está embravecido odiando.
Don Fadrique fué el que tuvo
de venir á Francia encargo
por la reina doña Blanca;
mas tardó en llevarla un año.
Con ella en Navarra estuvo....
y un rumor corrió entre tanto
de aquellos que son ponzoña,
ora ciertos, ora falsos.
Doña Blanca está en Medina,
y en una torre pagando
las tardanzas del viaje,
las hablillas de palacio;

Y el cuello de don Fadrique
está en los hombros intacto,
porqué tiene gran valía,
poder mucho y nombre claro.
Mas ay de él!....es de las damas
el ídolo por su trato,
por su gallarda presencia,
y por su esfuerzo bizarro;
Y si no da sombra al trono,
porqué es fiel, da, mal pecado!
al corazon duros zelos;
y esto es peor, si aquello es malo.
Doña María Padilla,
cuyo entendimiento claro
del regio amante penetra
los mas ocultos arcanos,
Y en quien la bondad del alma
sobrepuja á los encantos
de su peregrino rostro
y de su cuerpo gallardo;
Vive víctima infelice
de continuo sobresalto,
porqué al rey ama, y le mira
á mal fin tender el paso.
Conoce que sobre sangre,
persecuciones y llantos
no está nunca firme un trono,
nunca seguro un palacio;

Y tiene dos tiernas niñas,
que con otro padre acaso,
aunqué ilegítimo fruto,
pudieran todo esperarlo.
Ve en el insigne Fadrique
un apoyo, un partidario:
sabe que llega á Sevilla,
y á voces le está indicando
De su fiero amante el rostro,
que viene en momento aciago;
y por aquietar sospechas,
ó darles punto mas alto,
Al fin rompiendo el silencio,
aunqué con trémulos labios,
osó hablar, y estas palabras
entre los dos se mezclaron:
" ¿Con qué hoy llegará triunfante
" don Fadrique, vuestro hermano?"—
" Y por cierto que ya tarda
" en llegar aquí el bastardo."—
" Bien os sirve!....sí, en Jumilla
" como un héroe se ha portado:
" de su lealtad os da pruebas;
" es muy valiente."—Lo es harto.—
" Ya estaréis, señor, seguro
" de su pecho noble y franco."—
" Aun mas lo estaré mañana."—
Enmudecieron entrambos.

ROMANCE IV.

Grande rumor se alza y cunde
de armas caballos y pueblo
de Sevilla por las calles,
al maestre recibiendo.
Suenan los vivas unidos
con los retumbantes ecos,
que en la altísima Giralda
esparce el bronce hasta el cielo.
Vase acercando la turba,
pero se la escucha ménos:
ya á la plaza de palacio
llega, y párase en silencio;
Que la vista del alcázar
gozaba del privilegio
de apagar todo entusiasmo,
de convertir todo en miedo.
Quedó pues mudo el gentío,
falto de accion y de aliento,
para pisar la gran plaza
con un mágico respeto;
Y el maestre de Santiago,
con algunos caballeros
de su órden, entra, seguido
de corto acompañamiento.

Dirígese acia la puerta,
como aquel que va derecho,
á encontrar de un buen hermano
el alma y brazos abiertos;
O como noble caudillo,
que por sus gloriosos hechos
de un rey á recibir llega
los elogios y los premios.
Sobre un morcillo lozano
que espuma respira y fuego,
y á quien contiene la brida,
si ensoberbece el arreo,
Muéstrase el noble Fadrique
con el blanco manto suelto,
en que el collar y cruz roja
van su dignidad diciendo;
Y una toca de velludo
carmesí lleva, do el viento
agita un blanco penacho
con borlas de oro sujeto.

Pálido como la muerte
el iracundo don Pedro,
en cuanto entrar en la plaza
vió al hermano desde léjos,

Como si de mármol fuera,
quedó del salon en medio,
y en sus furibundos ojos
ardió un relámpago horrendo;
Pero pronto en sí tornando,
salióse del aposento,
cual si del huésped quisiera
buscar afable el encuentro.
Así que volver la espalda
le vió la Padilla, lleno
el corazon de amargura
y de llanto el rostro bello,
Álzase y sale turbada
del balcon al antepecho,
al gallardo maestre indica
con actitudes y gesto,
Que llega en mal hora, y mueve
por el aire el pañizuelo;
diciéndole en mudas señas,
que se ponga en salvo luego.
Nada comprende Fadrique,
y por saludos teniendo
los avisos, corresponde
cual galan y cual discreto;
Y á la ancha portada llega,
do guardias y ballesteros
le dejan el paso libre,
mas no entrada á su cortejo.

Si no conoció las señas
de la Padilla, don Pedro
las conoció, pues paróse
aun indeciso y suspenso
De la cámara en la puerta
un breve instante, y volviendo
los ojos, vió que la dama
agitaba el blanco lienzo.
Oh Dios! ¿fué esta accion tan noble
de tan puro y santo intento,
la que llamó á los verdugos,
y la que firmó el decreto?

Apénas puso el maestre,
de dos solos escuderos
seguido, el pié confiado
en el vestíbulo regio,
Donde varios hombres de armas,
vestidos de doble hierro,
paseándose guardaban
de la escalera el ingreso;
Cuando á uno de los balcones,
como aparicion de infierno,
el rey se asoma gritando:
Matád al maestre, maceros.

Siguió como en la tormenta
el súbito rayo al trueno,
y seis refornidas mazas
sobre Fadrique cayeron.
Llevó la mano al estoque,
pero en el tabardo envuelto
halló el puño, y fué imposible
desenredarlo tan presto.
Cayó en tierra, un mar de sangre
del roto cráneo vertiendo,
y lanzando un alarido,
que llegó sin duda al cielo.
Voló al instante la nueva
de tan horrible suceso;
apelaron á la fuga
los freiles y caballeros;
Huyó á esconderse en sus casas,
temblando de horror, el pueblo,
y del alcázar quedaron
los alrededores desiertos.

Diz que el ver sangre embravece
al tigre con tanto extremo,
que prosigue los destrozos,
aunqué ya esté satisfecho

Su vientre; porqué se goza
en teñir de rojo el suelo.
Sin duda al rey de Castilla
le sucedía lo mesmo:
En cuanto vió á don Fadrique
deplomarse en tierra yerto,
corrió por palacio todo
buscando á sus escuderos,
Que trémulos y amarillos
de aposento en aposento
huyen, sin hallar amparo,
corren, sin hallar un puerto.
Por dicha logró fugarse
ó esconderse el uno de ellos;
Sancho Villégas el otro
no fué tan feliz ó diestro.
Viendo que el rey le persigue,
entróse de espanto muerto,
donde estaba la Padilla
desmayada y en su lecho,
Asistida por sus damas,
que están temblando de miedo,
y con sus niñas al lado
ángeles en alma y cuerpo.
Mirando allí el infelice
aun perseguirle el espectro
que en asilos no repara,
coge en sus brazos de presto

A doña Beatriz, que apénas
cuenta seis años completos,
hija por quien el rey tiene
el mas cariñoso extremo.
Pero, ay! de nada le sirve....
En vano allá en el desierto
con la cruz santa se abraza
el peregrino, si recio
Brama el sur, si arde el espacio,
si olas de arena, creciendo
mar espantoso, confunden
la baja tierra y el cielo.
Con la niña entre los brazos
y de rodillas, el pecho
traspasóle furibunda
la daga del rey don Pedro.

Cual si no hubiese en palacio
nada ocurrido de nuevo,
se asentó el rey á la mesa,
como acostumbra, comiendo:
Jugó en seguida á las tablas,
salió despues á paseo,
fué á ver armar las galeras
que han de ir á Vizcaya luego;

Y en cuanto cubrió la noche
con su manto el hemisferio,
entró en la torre del oro,
donde tiene en un encierro
A la linda doña Aldonza,
á la cual del monasterio
de santa Clara ha sacado,
y á la que idolatra ciego.
Fué un rato á hablar en seguida
con Leví, su tesorero,
en quien tiene su privanza,
aunqué es un infame hebreo;
Y muy tarde retiróse
sin mas acompañamiento
que un moro su favorito,
hombre bajo por supuesto.
Entró en el tranquilo alcázar,
llegó al vestíbulo excelso,
y en él paróse un instante
la vista en torno moviendo.
Una lámpara pendiente
del artesonado techo
en derredor derramaba,
ya sombras, y ya reflejos:
Entre las tersas columnas
dos hombres de armas, dos negros
bultos se veían solos,
vigilantes y en silencio;

Y en tierra aun tendido estaba,
de un lago de sangre en medio,
el maestre don Fadrique,
en su roto manto envuelto.
Se acercó el rey, contemplóle
con atencion un momento,
y notando que no estaba
del todo su hermano muerto,
Pues aun respiraba acaso
palpitante el hondo pecho,
le dió con el pié un empuje
que hizo estremecer el cuerpo;
Desnudó la aguda daga,
al moro la dió, diciendo,
Acábalo, y sosegado
subió, y entregóse al sueño.

NOTAS.

1ª Página 85 y 86.

Escultura de aquellas que los griegos
. . . . . .
Industriosos labraban y esparcían
Con grande lucro en la cristiana Europa.

El conde de Cicognara dice en el lib. III cap. 1 de su *Storia della scultura*, hablando del estado en que se hallaba esta arte en Bizancio en la edad media, lo que sigue: "Presso la corte d'oriente il lusso aveva già invaso "i dritti del gusto e d'ogni altro sublime magistero delle "arti, e da Constantinopoli venivano tratte opere magni-"fiche, in cui il lavoro era sempre vinto dalla materia. "Si spedivano in regalo dagl' imperatori ai pontefici e "alle chiese, ed erano riguardate come oggetti preziosi."

Si conforme nuestra accion pasa en el siglo décimo, pasara en el siguiente, hubiéramos podido hacer mencion de un escultor español llamado Aparicio, cuando apénas los había en Italia. Le recuerdan Cean Bermúdez, en su *Diccionario de los profesores de las bellas artes*, y el mismo Cicognara en el libro IV cap. 7.

2ª Página 118.

Tener el vientre lleno, es lo que importa
En cualquiera ocasion: con él vacío
El mas leve trabajo nos agobia.

No es mi intento satirizar al estado monástico, sinó

pintar las costumbres del siglo décimo; y cuando introduzco en mi obra soberanos con poder escaso, ricos-hombres feroces y ambiciosos, y pueblos ignorantes y miserables, me tocaba presentar á los monjes segun eran generalmente en aquellos tiempos de tinieblas y de confusion.

Su glotonería y relajacion pueden muy bien inferirse de lo que siglo y medio despues escribía san Bernardo en la *Apología dirigida á Guillermo, abad de san Teodorico,* al capít. IX. "Entre tanto" (dice el santo hablando de las comidas de los monjes de aquella época) "sucédense "manjares á manjares, y en vez de las carnes solas, de "que se abstienen, se multiplican los corpulentos peces. "Si cuando estás saciado de los primeros, pruebas otros, "te parecerá que aun no hás comido pescado, porqué "tal es el esmero y tal el arte con que todo se prepara "en la cocina, que despues de haber devorado de los cua-"tro ó cinco platos que se han servido, ni impiden los "primeros que se coma de los otros, ni el estar harto, "embota el apetito....¿Quién alcanzará á decir todos los "modos de aderezar y batir los huevos, (por no tocar "otras materias) el prolijo estudio con qué saben volver-"los, revolverlos, liquidarlos, endurecerlos, consumirlos, "en fin cómo los sirven, ya fritos, ya asados, ora rellenos, "ora juntos, ora separados?....Ni olvidan el adorno en "los manjares, pues no piensan ménos en halagar á los o-"jos, que en lisonjear al paladar; y así aun cuando una "tronada de regüeldos anuncia que el estómago está reple-"to, no por eso queda satisfecha la curiosidad...¿Qué diré "de la bebida, no ya del agua, sinó del vino, que no acos-"tumbran aguar de modo alguno?.... ¡Ojalá que nos "contentásemos con beberlo solo, aunqué puro! Ver-"güenza es decirlo, pero mas vergüenza es hacerlo; y si

" es vergonzoso oirlo, que no lo sea enmendarse. Repara
" cómo en una comida desocupan tres y cuatro veces una
" profunda copa casi llena, y cómo entre los diferentes vi-
" nos, mas por el olor que por el gusto, y no tanto be-
" biéndolos, sinó oliéndolos apénas, saben con un tino y
" prontitud admirables escoger el de mas cuerpo. ¿Y la
" costumbre que, segun dicen, tienen algunos monasterios
" de servir en las grandes festividades vinos adobados
" con miel y especias, que la comunidad bebe en el re-
" fectorio?....¿Qué se puede hacer al dejar tal mesa mas
" que dormir? Y si al que aun no ha hecho la digestion,
" le obligas á ir al coro, lo que le arrancarás, será llanto,
" no canto."

Luego añade en el capítulo décimo de la misma *Apologia*: " Buscan para vestirse, no lo que abriga del frio,
" sinó lo que excita el orgullo; no en fin lo que, segun
" la regla, puede comprarse mas barato, sinó lo que pa-
" rece mas hermoso y vano."

El mismo san Bernardo me ha sugerido la pintura del lujo y fausto, de que rodeo á mi abad, por la que él hace de los de su tiempo en el capít. XI de la citada *Apologia*, cuando dice: " ¿Qué muestra nos ofrecen esos abades
" de su humildad, (por no tocar otros puntos) cuando
" salen acompañados de tanta pompa, de tantos caballos,
" y con el cortejo de tantos hombres de armas, pues el
" séquito de uno solo bastaría para dos obispos? Miento,
" si no digo haber visto abad con un acompañamiento de
" sesenta caballos, y tal vez muchos mas. Si los vieras
" caminar, dirías que no eran padres de monasterios, sinó
" señores de castillos; no directores espirituales, sinó
" príncipes de provincias. Disponen ademas, que formen
" parte de su equipaje servilletas, vasos, calentadores,
" candeleros, y lios, no con jergones para dormir, sinó
" hasta con adornos para la cama. Apénas cualquiera de

"ellos se aleja cuatro leguas de su convento, lleva con-
"sigo un ajuar completo, como si fuese á la guerra, ó
"tuviese que atravesar un desierto, donde no pudiera
"hallarse lo necesario....¿A qué esa caterva de criados
"y de acémilas, si aun llevando solo lo necesario, no
"dejamos de ser unos huéspedes incómodos."

Sin salir de las obras de este santo, hallo en la homilía cuarta *Sobre los loores de la Virgen María*, que reprende así la soberbia y avaricia de ciertos monjes: "Lo que
"mas me duele, es ver á algunos que despues de haber
"renunciado á las pompas del siglo, aprenden á ser mas
"soberbios en la escuela de la humildad, más insolentes
"bajo las alas del manso y humilde Maestro, y mas in-
"sufribles en el claustro que lo habían sido en el mundo.
"Prueba aun mayor perversidad, que muchos que no
"quieren ser vilipendiados en la casa de Dios, no podían
"sinó ser despreciables en sus casas....Hay otros (lo
"que no puede verse sin dolor) que despues de abrazar
"la milicia de Cristo, se mezclan de nuevo en los nego-
"cios terrenos, enfrascándose otra vez en las pasiones
"mundanas.... So pretexto del bien de la comunidad li-
"sonjean á los ricos, visitan á las matronas, y aun, con-
"tra el edicto de su emperador, desean lo ajeno, y lo
"reclaman en juicio, como si fuese suyo."

En el sermon 77 *Sobre los Cánticos* se explica de esta manera acerca de la esplendidez y rapacidad de algunos prelados, que seguirían la misma escuela que el vecino de Velázquez: "Aman los regalos, y no pueden amar al
"mismo tiempo á Cristo, porqué dedicaron sus manos al
"dinero. Mira cuál se presentan de limpios y ataviados,
"y vestidos con esmero, como una novia que sale de su
"tocador. ¿No es cierto que, al ver á cualquiera de estos
"en público, le creerás, mas bien una esposa, que un

" guardian de la esposa (*de su iglesia*)? ¿De dónde pues
" te parece que saca él tanta abundancia de cosas, el es-
" plendor de los trajes, el lujo de la mesa, y tanta vajilla
" de plata y oro, sinó de los bienes de la esposa? Así es
" que ella está pobre, miserable, desnuda, macilenta,
" sin aseo, sin ornato, sin sangre, porqué en estos tiem-
" pos no se procura adornar á la esposa, sinó desnudarla;
" no guardarla, sinó perderla; no defenderla, sinó ex-
" ponerla á peligros; no educarla, sinó prostituirla; no
" apacentar el rebaño, sinó degollarlo y devorarlo."

Semejantes escesos fueron sin duda á ménos en los siglos posteriores; pero aun quedarían de ellos lastimosos vestigios en el decimoquinto, cuando el docto canciller de Castilla, Pero López de Ayala, se lamenta del modo siguiente en el pasaje de su *Rimado del palacio,* que publicó la *Revista española* del 8 de diciembre de 1832:

La nave de san Pedro está en gran perdicion
Por los nuestros pecados et la nuestra ocasion.
. . . . . .
Mas los nuestros prelados non lo tienen en cura:
Asaz han que facer por la nuestra ventura:
Cohechan los sus súbditos sin ninguna mesura,
E olvidan la conciencia et la sancta Escriptura.
. . . . . .
Desque la dignidad una vez han cobrado,
De ordenar la eglesia toman poco cuidado,
Et cómo serán ricos mas curan, (mal pecado!)
Et non curan cómo esto les será demandado.
El nombre sacramento que Cristo ordenó,
Cuando con sus discipulos en la cena cenó,
Cuales ministros tiene el que por nos murió,
Vergüenza es decirlo quien esta cosa vió.
Unos prestes lo tractan, que verlos es pavor,
Et tómanlo en las manos sin ningunt buen amor,
Sin estar confesados, et aun (que es lo peor)
Que tienen cada noche consigo otro dolor.
. . . . . .
Cuando van á ordenarse, tanto que tienen plata,
Luego pasan l'exámen sin ninguna barata,

Ca nunca el obispo por tales cosas caía;
Luego les da sus letras con su scello et data.
Non saben las palabras de la consagracion,
Nin curan de saber, nin lo han á corazon.
Si puede haber tres perros, un galgo et un furon,
Clérigo de la aldea tiene que es infanzon.
Luego los feligreses le catan casamiento
D'alguna su vecina: (mal pecado!) non miento;
Et nunca por tal fecho resciben escarmiento,
Ca el su señor obispo ferido es de tal viento.
Palabras del bautismo, et cuáles deben ser,
Uno entre ciento dellos non las quieren saber.
. . . . . .
Si estos son ministros, sonlo de Satanas,
Ca nunca buenas obras tú facerlos verás.
Gran caballa de fijos siempre les fallarás
Derredor de su fuego; que nunca y cabrás.
En toda la aldea non ha tan apostada,
Como la su manceba, et tan bien afeitada:
Cuando él canta misa, ella le da el oblada,
Et anda (mal pecado!) tal órden bellacada.
. . . . . .
Feriados sus eglesias debian gobernar:
Per cobdicia del mundo allí quieren morar,
Et ayudan revolver el regno á mas andar,
Como revuelven tordos el pobre palomar.

De estas citas puede colegirse, que nada he exagerado en ninguna de las calidades reprensibles y viciosas que atribuyo á mi abad, ni me he separado de lo que daban de sí aquellos tiempos de corrupcion.—En cuanto á los medios que puso para heredar á Velázquez en vida, han declamado contra ellos las personas timoratas de todas las edades, como lo sienta el Sr. Rodríguez Campománes en el capítulo primero de su *Tratado de la regalía de amortisacion* por estas palabras: "Hubo durante "esta segunda época (de la Iglesia) en los testamentos "y herencias de viudas y pupilos abuso de parte de al- "gunos eclesiásticos y monjes con sugestiones para "captar las herencias. No me atrevería á indicar este "instantáneo desórden, si las leyes civiles no hiciesen

" mencion de él, y del dictado de *heredipetas* ó *cor-*
" *redores de herencias*, con que censuraban y motejaban
" á los que abusaban de la piedad de las viudas y otras
" personas devotas: de que dimanó revocar á los ecle-
" siásticos y monjes, y despues á las iglesias, la capa-
" cidad de adquirir. No fueron emperadores paganos
" é impíos los que promulgaron tales leyes, sinó religio-
" sísimos y católicos."

" A los santos padres que dan noticia de esta ley,
" jamas se les ofreció poner en duda la potestad impe-
" rial para establecerla....Su amargura consiste en que
" la avaricia de algunos eclesiásticos hubiese dado causa
" á la ley revocatoria del privilegio de adquirir. *Nec de*
" *lege conqueror, sed doleo, quod meruerimus hanc legem*,
" dice san Gerónimo."

El abuso debió en efecto haber llegado á ser tan escandaloso, que don Cárlos tercero lo calificó de tal en el preámbulo del auto acordado, que es ahora la ley 15 del título XX del libro décimo de la *Novísima recopilacion*, en el que se lee: " La ambicion humana ha llegado á
" corromper aun lo mas sagrado, pues muchos confe-
" sores, olvidados de su conciencia, con varias sugestio-
" nes inducen á los penitentes, y lo que es mas, á los que
" están en artículo de muerte, á que les dejen sus heren-
" cias con título de fideicomisos, ó con el de distribuir-
" las en obras pias, ó aplicarlas á las iglesias y conventos
" de su instituto, fundar capellanías y otras disposiciones
" pias; de donde proviene, que los legítimos herederos,
" la jurisdiccion real y derechos de la real Hacienda que-
" dan defraudados, las conciencias de los que esto aconse-
" jan y ejecutan, bastantemente enredadas, y sobre todo
" el daño es gravísimo, y mucho mayor el escándalo....
" Contrayendo la duda á lo particular de algun género de
" mandas, comprende el Consejo, que las que hacen los

" fieles á sus confesores, parientes, religiones y conventos
" en la enfermedad de que mueren, por la mayor parte
" no son libres, ni con las calidades necesarias; ántes
" bien muy violentas, y dispuestas con persuasiones y en-
" gaños, sin algun consuelo del enfermo que las deja en
" perjuicio de otros parientes suyos y obras mas pias;
" y así acordó, que no valgan las mandas, que fueren
" hechas, en la enfermedad de que uno muere, á su
" confesor, sea clérigo ó religioso, ni á deudo de ellos, ni
" á su iglesia ó religion, para excusar los fraudes re-
" feridos....De esta suerte se asegura el consuelo del do-
" nante en aquel aprieto, y se evitarán las persuasiones,
" sugestiones y fraudes con que le turban y truecan
" la voluntad contra la afeccion dictada por la natu-
" raleza en favor de la propia familia."

3.ª Página 18.ª

Concluye el funeral de los Infantes
Colocando en el rico mausoleo
La caja en que sus restos aun subsisten.

Recordando que mi amigo el Excmo. Sr. duque de Frías es el actual poseedor del Estado de Sálas, le escribí rogándole me comunicara las noticias que se conservasen en su casa, sobre los siete Infantes de Lara, y si había algun documento que acreditase la tradicion de existir sus cabezas en aquella villa. Me hizo la fineza de contextar inmediamente, remitiéndome los dos siguientes extractos de documentos que existen en su archivo.

1.º En un manuscrito, que se dice lo fué por el Sr. condestable de Castilla, don Pedro Fernández de Velasco, duque tercero de Frías, (el cual falleció en 12 de noviembre de 1559) tratando del orígen y genealogía de su gran casa

de Velasco, y con relacion á la adquisicion de la villa de Sálas de los Infantes, al folio 21 dice entre otras cosas: *Hernan Sánchez de Velasco, hijo de Sancho Sánchez y doña Sancha Carrillo, murió en un combate en el cerco de Algeciras, por los años de* 1313 *ó* 14, *casado con doña Mayor de Castañeda, la cual trajo en dote la villa de Palácios de la Sierra, y otros vasallos en la Hoz de Lara, y la casa que tenia en la villa de Sálas* Gonzalo Gústios, padre de los siete Infantes de Lara. *Los cuales ignoro por qué se llamaron* Infantes, *si no era por ser caballeros mancebos; que ni eran hijos, ni nietos de rey, y tampoco dejaron succesion. Los de Lara descendieron de un hijo bastardo, que Gonzalo Gústios tuvo en una mora, hermana del rey Almanzor de Córdoba, el cual se llamó Mudarra González. Vino á Castilla, se hizo cristiano, y vengó la muerte de sus hermanos, muertos por los moros á instancias de Rui-Velázquez. Mudarra González heredó de su padre la villa de Sálas, la casa y toda la otra hacienda que Gonzalo Gústios tenia,* etc.—Mas adelante añade el condestable, autor de este manuscrito, que ignoraba si doña Mayor de Castañeda era parienta de los Laras, y cómo hubo aquella casa, *que habia sido de Gonzalo Gústios, titulada de los Infantes de Lara.*

II°. «En 12 de diciembre de 1579 se hizo una informa-
"cion de oficio por el gobernador de la expresada villa
" de Sálas, con asistencia de los señores don Pedro de
" Tovar y doña María de Recalde, su mujer, marqueses
" de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano del nú-
" mero de ella, de la cual resulta, que pues allí había en
" la iglesia mayor de santa María, en la pared de la ca-
" pilla del lado del Evangelio *las cabezas de los siete In-*
" *fantes de la Hoz de Lara, y la de Gústios, su padre, y la*
" *de Mudarra González, su hijo bastardo*, que por haber

" tantos años que estaban allí, y ser los letreros antiquí-
" simos, dudaban algunas personas, si era verdad; man-
" dase abrir las pinturas de ellas, y armas con que estaba
" cubierta dicha pared, para saber lo que había dentro, y
" enterarse de la verdad. Y dicho gobernador, poniéndolo
" en ejecucion, mandó á un oficial que quitase una tabla
" pintada, que estaba inclusa en la dicha pared, la cual
" tiene *siete cabezas* de pintura antigua, al parecer de
" mas de cien años, y encima de ellas hay siete letreros,
" cuyos nombres dicen: *Diego Gonzalez*, *Martin Gonzalez*,
" *Suero Gonzalez*, *don Fernan Gonzalez*, *Ruy-Gonzalez*,
" *Gústios Gonzalez*, *Gonzalo Gonzalez*. Y al cabo de ellas,
" un poco mas abajo, está otra cabeza, que dice el le-
" trero que está sobre ella *Nuño Salido*. Y de la otra parte
" de arriba de las cabezas está un castillo dorado, y en-
" cima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arri-
" ba; el letrero del uno dice *Gonzalo Gústios*, y el del otro
" *Mudarra Gonzalez, los cuales tienen cada uno en la mano*
" *medio anillo y le están juntando*. Y quitada la dicha tabla,
" pareció en la pared otra pintura muy antiquísima, con
" los mismos nombres que la primera, excepto que el
" nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la
" primera tabla, dice *Nuño Salido*, y en el mas antiguo
" *Nuño Sabido*. Y visto que dichas pinturas estaban sobre
" piedra, y que no había ningun oficial de cantería que
" rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el dia
" 16 de dicho mes y año de 1579 mandó el propio gober-
" nador á Pedro Saler cantero, que tentase la dicha pared
" para saber, si estaba hueca; y dando golpes con un
" martillo donde estaban las armas, (que es un castillo
" dorado) sonó hueco. Y quitando la pintura que estaba
" sobre la dicha piedra, se halló otra piedra de cerca de
" media vara de largo y una tercia de alto, que se me-

"neaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes mu-
"chos vecinos de la villa, la quitó, y dentro había un
"hueco grande á manera de capilla, en el cual estaba un
"arca, clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la
"pusieron junto á las gradas del altar, donde se desclavó,
"y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano,
"sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las
"dichas cabezas, algo deshechas, desmolidas y desco-
"yuntadas del largo tiempo, aunqué las quijadas y cascos
"están de manera que claramente se conoció ser cabe-
"zas antiguas, que estaban en la dicha arca. Y vistas por
"mucha parte de los vecinos de aquella villa, y otros, el
"dicho gobernador mandó al oficial tornase á clavar el
"arca, y él lo verificó con cinco ó seis clavos en la cu-
"bierta, dejando dentro las dichas cabezas, y volviendo á
"poner el arca en la capilla y lugar donde ántes estaba."

No dejando duda este documento acerca del lugar en que estaban (y aun subsisten hoy dia) las cabezas de los siete Infantes de Lara, la de su padre, la de Mudarra y la de Nuño Salido; solo puede ser cierto lo que pretenden los religiosos de san Pedro de Arlanza, (aunqué igual posesion alegan los de san Millan de la Cogulla) entendiéndose ser los cuerpos de los Infantes sin las cabezas lo que existe en uno de estos dos monasterios. A no ser que esto nazca, segun apunta Garibay, "de querer los reli-
"giosos atribuir á sus casas auctoridad y antigüedad con
"las sepulturas de semejantes caballeros, que eran de
"la mayor estima y valor que había en Castilla."

Ántes de recibir la carta del duque de Frías, tenía yo presentes los nombres que Moráles y otros autores dan á los siete Infantes; pero el llamarse uno Rui-Gómez, y haber dos del nombre de Gonzalo González, cuadraba mal con mi plan. Ménos me acomoda todavía denominar á

ninguno de ellos Rui-González ó Gústios, porqué se les confundiría entónces con su tio y con su padre. He dejado por lo mismo los nombres de *Enrico* y *Veremundo*, que había sustituido á los de dos de los siete hermanos.

En otras cosas me he desviado tambien de lo que refieren los historiadores: he adoptado la ficcion de Mátos Fragoso en la comedia *El traidor contra su sangre y siete Infantes de Lara*, de presentar ciego al padre por efecto de su larga prision; y porqué me hubiera hecho gran falta el personaje de Nuño Salido, le supongo aun vivo al tiempo del bautismo de Mudarra y Kerima, cuando aquellos le dan muerto con los Infantes en el campo de Albácar, Almenar, Almenara ó Arabiana, pues con tanta diversidad lo señalan los antiguos escritores y romances.

4ª Página 201.

Y viven en España entre nosotros
Los Manriques de Lara, que se precian
De hallar su origen en tan noble tronco.

Ambrosio de Moráles en su *Crónica general de España*, libro XVII cap. 16, dice: "Notoria cosa es en Castilla, "y en que ninguno duda, que Mudarra González, como "heredero de la casa de Lara, así fué el tronco y principio "de los caballeros Manriques, cuyo ínclito linaje está muy "extendido por tantas y tan principales casas de grandes "y de señores en el reino. Todos en conformidad proce-"den así, cuando tratan la descendencia. Mudarra Gon-"zález, señor de Lara, tuvo por hijo al conde don Ordoño "de Lara: hijo de este fué el conde don Diego Ordóñez "de Lara, el que reptó á Zamora sobre la muerte del rey "don Sancho, y peleó con los hijos de Árias Gonzalo. Y "fué tan principal caballero don Diego Ordóñez, que casó "con la infanta doña Urraca, hija del rey don García de "Navarra, hermano del rey don Fernando el Magno,

"como parece por un privilegio que desto puso Estévan "Garibay en su muy diligente *Crónica de Navarra*. Don "Diego Ordóñez tuvo por hijo al conde don Pedro de "Lara, muy conocido en nuestras historias y en privile- "gios, en tiempo del emperador don Alonso, hijo de la "reina doña Urraca. Su hijo mayor se llamó don Amala- "rico, ó Amaltrique, ó Manrique de Lara, que pobló á "Molina, y tambien es muy conocido en privilegios y en "nuestras historias, hasta que lo mataron en la batalla "de Huete, en tiempo de la niñez del rey don Alonso, el "de las Návas. En todo esto concuerdan todos los que "dello escriben."

Garibay, Argote de Molina, Mariana, Gudiel y otros autores de gran peso aseguran lo mismo. Los obispos Sampiro y Pelayo, casi contemporáneos, y despues don Rodrigo Sánchez y don Alonso de Cartagena, hablan de la muerte de los Infantes, pero sin nombrar á Mudarra: Salazar de Mendoza y Fray Prudencio de Sandoval hacen á los Manriques de Lara descendientes de uno de los siete Infantes.

Don Luis de Salazar y Castro en su *Historia genealógica de la casa de Lara*, libro primero capítulos 11 y 12, combate á los autores mencionados, y en el principio del libro segundo le da otro orígen, aunqué tomado siempre de los condes de Castilla.

5ª. Página 254.

Y no hallando el alcázar encantado.

El arzobispo don Rodrigo en el lib. III cap. 17, y despues de él la *Crónica general de España* que mandó componer el rey don Alonso el sabio, refiere así esta aventura en la parte segunda, capít. 55: "En la ciudad de Toledo "habíe un palacio que estaba siempre cerrado tiempo

"habíe ya de muchos reyes, é teníe muchas cerraduras; "é el rey Rodrigo fizol abrir, porqué cuidaba que yacíe "y algun haber en él. Mas cuando el palacio fué abierto, "non fallaron en él ninguna cosa, sinon una arca otrosí "cerrada, é el rey mandóla abrir, é non fallaron en ella "sinon un paño pintado, que estaban en él escriptas letras "latinas que decíen así: *Cuando aquestas cerraduras serán "quebradas, é el palacio é el arca serán abiertos, é los que "y yacen, lo fueren á ver, gentes de tal manera como en "el paño están pintados, entrarán en España, é la conque-"rirán, é serán ende señores.* E el rey, cuando aquello "vió, pesol mucho, porquel palacio ficiera abrir, é fizo "cerrar el arca é el palacio así como estaba de primero; "é en aquel paño estaban pintados homes de caras, é de "parescer, é de manera, é de vestidos, así como agora "andan los alárabes, é tenían las cabezas cubiertas con "tocas, é estaban caballeros en caballos, é los vestidos "eran de muchos colores, é tenían en las manos espadas, "é señas, é pendones alzados. E los ricos-homes é el "rey fueron espantados por aquellas pinturas que así "habíen visto."

Uno de nuestros mas antiguos romances cuenta este caso del modo siguiente:

Vino gente de Toledo
por le haber de suplicar,
que á la antigua casa de Hércules
quisiese un candado echar,
como sus antepasados
lo solían costumbrar.
El rey no puso el candado,
mas todos los fué á quebrar,
pensando que gran tesoro
Hércules debia dejar.
Entrando dentro en la casa,
nada otro fuera hallar,
sinó letras que decían:

Rey has sido por tu mal;
que el rey que esta casa abriere,
á España tiene quemar.
Un cofre de gran riqueza
hallaron dentro un pilar,
dentro dél nuevas banderas
con figuras de espantar:
alárabes de caballo
sin poderse menear,
con espadas á los cuellos,
ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
no curó de mas mirar:
vino un águila del cielo,
la casa fuera quemar.

6ª Página 266.

Por tu gran mole que se eleva al cielo.

Las primeras octavas del canto tercero fueron escritas á bordo del bergantin ingles *Æschylus* el mes de enero del año 1825, en el Estrecho de Gibraltar, viniendo el autor de Lóndres con objeto de detenerse pocos dias en aquella plaza, y continuar su viaje á Italia.

7ª Página 270.

Desde la fuga y el famoso dia
En que Mahoma trastornó el oriente.

Taric ben Zeyad hizo la primera entrada ó reconocimiento en la costa de Andalucía, por órden de Muza, en la luna de Ramazan, año 91 de la hégira, es decir, en julio de 710; y la segunda, por la punta de Gezira Alhadra, que se llamó despues en honor suyo Gebal Taric (Gibraltar) ó monte de Taric, el dia cinco de la luna de Rageb del año 92. Así resulta de las crónicas árabes que recogió Conde en la *Historia de la dominacion de los árabes en España;* pero Mariana dice positivamente que sucedió lo último el año 713 de J. C.

8ª Página 276.

Cuando discordia atroz así los ciegue,
Que vuestra sangre sus palacios riegue

Sabido es, que la discordia de Zegríes y Abencerrajes facilitó la conquista de Granada á los reyes católicos. Es digna de leerse la relacion poética de las disensiones de estas dos familias, que escribió, con el título de *Guerras civiles de Granada*, Gines Pérez de Hita en dos volúmenes en octavo.

9ª. Página 277.

Mi mente oyó gemidos aterrada,
Y creyó ver vagar su sombra helada.

En Córdoba se cuenta una conseja de un cierto moro Abhen-Halí, que dicen se mató por zelos de su querida en los jardines del antiguo alcázar, hoy huerta de la Inquisicion. Añaden que está enterrado al pié de un antiquísimo naranjo que allí existe, junto al viejo muro y torreones, que por aquella parte dominan al rio.

10ª. Página 298.

Y aunqué el arnes no basta á dar denuedo,
Al vestirle los góticos varones,
Hácense jactanciosos é insolentes,
Juzgándose invencibles y valientes.

"Juntóse á este llamamiento gran número de gente: "los que ménos cuentan, dicen fueron pasados de cien "mil combatientes. Pero con la larga paz, como acontece, "mostrábanse ellos alegres y bravos, blasonaban y aun re-"negaban; mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y "aun sin fuerza para sufrir los trabajos y incomodidades

" de la guerra: la mayor parte iban desarmados, con hon-
" das solamente ó bastones." MARIANA, lib. VI. cap. 23.

No se diferencia mucho lo que sobre el particular cuentan las crónicas de los árabes, las cuales dicen, que llegó Ruderic (Rodrigo) á los campos de Sidonia con un ejército de noventa mil hombres, número cuádruplo del de los muslimes; aunqué estos les llevaban gran ventaja en la disciplina y armas. En la *Historia verdadera del rey don Rodrigo*, compuesta, á lo que suena, por Abulcacim Tarif Abentarique, se aumenta el número de los árabes haciéndolos subir á *ciento y ochenta mil hombres de á pié y cuarenta mil de á caballo, sin mucha mas gente que serria en el ejército de lo necessario;* miéntras el de don Rodrigo es solo de viente y tres mil hombres de á caballo y ciento treinta mil infantes. Cito dicha *Historia* que anda en manos de todos, para hacer ver cuán justamente la calificó Conde de *absurda fabula, publicada por el morisco Miguel de Luna, que la fingió, manifestando su ignorancia en la materia y su impudente osadia literaria.*

11ª Página 316.

Y desde el carro de marfil y acero,
. . . . . .
De rico arnes de claro reverbero,
Y de plumas y joyas adornado,
Cual era entre los godos uso antigo.

" El rey Rodrigo andaba entónces con su corona de oro
" en la cabeza, é vestido de paños de peso en un lecho (*Ma-*
"*riana lo llama* carro) de marfil que llevaban dos mulos;
" ca así era entónces costumbre de andar los reyes de los
" godos." CRÓNICA GENERAL, parte segunda, cap. 55. Las de los árabes dicen tambien, que en la batalla de Guadalete el rey se presentó los primeros dias al combate en

un carro bélico, adornado de marfil, tirado de dos robustos mulos blancos, llevando su cabeza ceñida de una corona ó diadema de perlas, y con una clámide de púrpura bordada de oro.

«En carro de marfil, envuelto en sedas,
La frente orlada en oro, y mas dispuesto
Al triunfo y al festin, que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldicion eterna.»

QUINTANA en la tragedia de *Pelayo*.

12ª Página 321.

Igual á cada parte el sol fulgente
Cinco veces miró la lid reñida.

Sigo en esto á fray Luis de Leon, cuando dice en la *Profecía del Tajo*:

«El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual á cada parte:
La sexta, ay! te condena,
O cara patria, á bárbara cadena.»

Segun Mariana, fueron siete los dias que duró la pelea, ó las escaramuzas, como él lo entiende, y al octavo se dió la batalla campal, conformándose con la *Crónica general*, cuyas palabras son: "Así comenzaron la fazienda, é "duró ocho dias, que nunca ficieron sinon lidiar de un "domingo fasta otro."

Ni nuestros poetas ni nuestras crónicas van de acuerdo con lo que refieren los árabes en las suyas, pues ellos solo dan la duracion de tres dias á la pelea.

13ª Página 324.

Y mirando á su lado á los traidores,
Tornánse de vencidos vencedores.

"La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia

"sin declararse; solo los moros daban alguna muestra "de flaqueza, y parece querían ciar y aun volver las es- "paldas, cuando don Ópas (oh increible maldad!) disimu- "lada hasta entónces la traicion, en lo mas recio de la "pelea, segun que de secreto lo tenía concertado, con "un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos." MARIANA *en el lugar ántes citado.*

Coinciden las crónicas árabes en cuanto dicen que estuvo indecisa la victoria tres dias, y que el tercero, viendo Taric que flaqueaban los suyos, los exhortó á morir peleando; con lo que animados, consiguieron un completo triunfo, persiguiendo despues otros tres dias á los restos del ejército cristiano.

14.ª Página 334.

Queda Rodrigo solo; y su postrera
Fortuna, envuelta en misterioso manto,
El cielo quiso que ignorada fuera.

"Mas los cristianos lidiando é seyendo ya los mas "dellos muertos, é los otros fuidos, no sabe home que "fuese fecho del rey don Rodrigo en este tiempo deste "comedio; pero la corona, é las vestiduras é la nobreza "real, é los zapatos de oro é de piedras preciosas, é el "su caballo, al cual decíen Orella, fueron fallados en un "tremedal cerca del rio Guadalete sin el cuerpo." CRÓNICA GENERAL *en el capítulo arriba mencionado.*

Dicha *Crónica*, Mariana y otros historiadores añaden, que en Viseo de Portugal se halló doscientos años despues el sepulcro de don Rodrigo, por donde se entiende, que salido de la batalla, huyó á aquel reino. Difiere de esta la relacion de los árabes, que dan por cierto haber muerto Taric por su mano, el tercer dia del combate, á don Ro-

drigo, á quien conoció por el caballo y las insignias, mandándole cortar la cabeza, que envió en presente á Muza.

15ª Página 343.

Del insigne Mirisco al dulce lado.

Mirisco es el nombre que tiene entre los árcades de Roma el Excmo. Sr. Duque de Frías, quien había escrito ántes que yo una linda composicion á este mismo asunto.

16ª Página 349.

¿Es el rudo piloto moscovita,
Que á zarpar se apresura. . . . .

Cuando se compusieron estos versos, zarpaba del puerto de Malta para levante la escuadra rusa al mando del almirante conde Heyden, la que en los meses anteriores, combinada con la inglesa y francesa, había combatido en Navarino.

17ª Página 443.

Que el alma á Gómez partieran,
segun dicen cartas sujas.

Es la epístola CIII del *Centon epistolario* del bachiller Fernan Gómez de Cibdá-real, médico de don Juan segundo.

ÍNDICE

DE LO QUE CONTIENE

EL TOMO SEGUNDO.

EL MORO EXPÓSITO.

Página.

Romance nono..... 5
Romance décimo..... 71
Romance undécimo..... 127
Romance duodécimo..... 161

APÉNDICE.

Advertencia de los editores..... 205

FLORINDA.

Canto primero..... 213
Canto segundo..... 239
Canto tercero..... 265
Canto cuarto..... 291
Canto quinto..... 313

COMPOSICIONES SUELTAS.

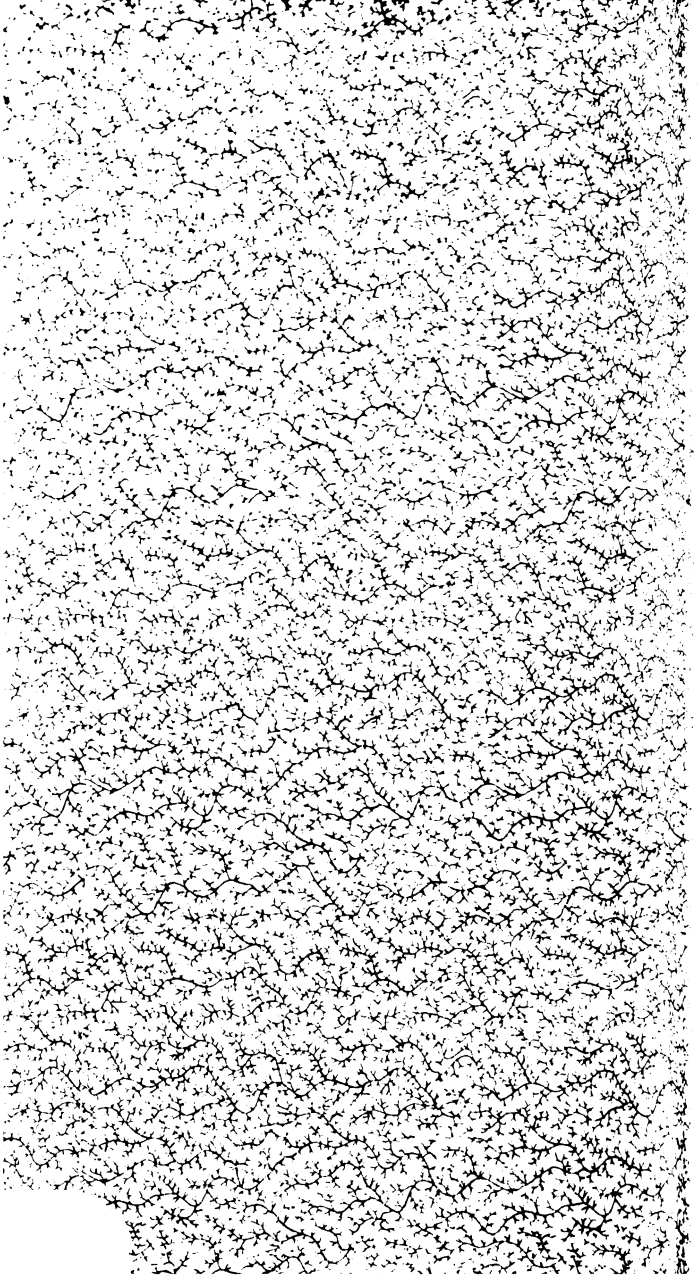
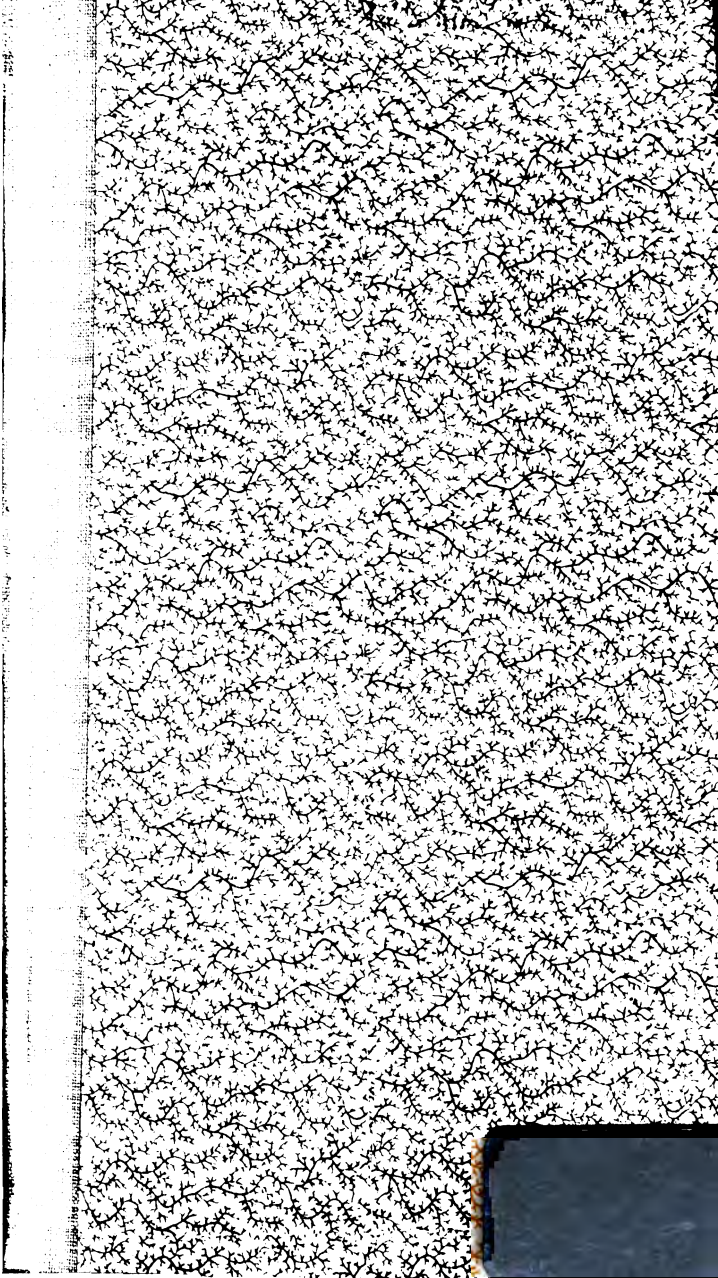
A las estrellas..... 337
El sueño del proscrito..... 339

Página.

A los Exemos. Sres. marqueses de santa Cruz, en la boda de su hija tercera, doña Fernanda de Silva y Girou. 343
Al faro del puerto de Malta..... 353
A mi hijo Gonzalo, de edad de cinco meses..... 357
La vuelta deseada, romance..... 361
El sombrero, romance..... 375
El conde de Villamediana, romance..... 391
Don Álvaro de Luna, romance..... 427
El alcázar de Sevilla, romance..... 451
Notas..... 477

FIN DEL SEGUNDO Y ULTIMO TOMO.

ERRATAS NOTABLES

DEL TOMO SEGUNDO.

Página	36	*Línea* 23	*Dice*	y raro	*Léase* y ralo
	44	19		al se*ñor*	al se*ó*
	53	18		infelic*e*	infeli*z*
	68	22		otr*o* vez :	otr*a* vez :
	77	5		en leñ*o*	en leñ*a*
	97	11		huésp*ued*	huésped
	98	10		eterna	eterna*l*
	163	15		consuelo, alegría,	consuelo *y* alegría ,
	206	6 y 7		sent*ido*.	sentir
	224	16		y *d* la voz	y la voz
	226	23		la quebranta,	las quebranta,
	248	1		atísima	altísima
	256	12		hen*d*ido	hen*c*ido
	304	23		*Sus* míseras	*Las* míseras
	333	8		desperta	despierta